Soraya Torralba

Hasta que la ARENA del RELOJ deje de ser ETERNA



Hasta que la

ARENA del RELOJ

deje de ser

ETERNA

Soraya Torralba

1º Edición: septiembre de 2023

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), ni su incorporación a un sistema informático sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Copyright © 2023, Soraya Sánchez Torralba
All Rights Reserved

ISBN: 9798859702329

© Diseño de cubierta: Soraya Sánchez Torralba.
© Imágenes de cubierta: Canva.
© Ilustraciones interiores: Canva.

A todas esas personas que son
una bonita casualidad en mi vida.
Que aparecen y te preguntas:
¿cómo pude vivir toda mi vida sin conocerte?

El tiempo tiene una manera maravillosa de mostrarnos lo que realmente importa.

MARGARET PETERS

Prólogo

La oscuridad es aterradora.

Asusta, inquieta, te hace sentir vulnerable. Roba todo atisbo de esperanza. Y, a la vez, puede ser un lugar cómodo, tranquilo y sordo. Sobre todo sordo. Porque puedes estar rodeado de ruido en la oscuridad y sentir que lo escuchas todo como en un eco lejano. Como si tuvieras una cantidad ingente de cera en los oídos.

Pero no hay oscuridad más perturbadora que la de tu propia mente.

El apagón global.

La oscuridad definitiva.

Y lo peor de todo es que, cuando eres consciente de esa oscuridad, ya es tarde.

No puedes hacer nada.

No hay esperanza ni salvación.

Solo queda… la nada.

Prólogo 1

Inés

Ciudad costera
14 años antes de la actualidad

Inspiré.

Espiré.

Repetí.

Solo hay dos cosas en esta *jodía* vida que me pongan nerviosa: las nuevas tecnologías (las difíciles, como la banca *online*; las redes sociales se me dan como la seda) y decepcionar a mi padre. Y, aquel día, las náuseas que tenía aferradas a la boca de mi estómago se debían a la segunda opción.

Me costó un triunfo tomar aquella decisión y todavía me duele haberle dado falsas esperanzas cuando me dejé llevar por la corriente solo por ganar tiempo. De hecho, sabía que papá me iba a preguntar en cuanto pusiera un pie dentro. Lo que no imaginé es que todo sería mucho peor.

Según subía las escaleras hacia la puerta de la casita en la que vivíamos (bueno, mi padre sigue viviendo ahí), sentía que los nervios iban a tragarme para escupirme después en forma de papilla asquerosa. Odiaba decepcionar a mi padre. Corrijo: odiaba romperle las ilusiones. Unas ilusiones que se creaba solo, todo sea dicho, pero hacerlas añicos dolía igual.

Al llegar a la puerta, volví a inspirar y a espirar. Pensé que iba a acabar hiperventilando con tanta respiración. Metí la llave en la cerradura y empujé la puerta. Fruncí el ceño en cuanto me percaté de que la casa estaba a oscuras.

—¿Papá? —lo llamé desde la entradita.

Dejé las llaves en el cuenco que teníamos encima del mueble y anduve por el pasillo. Un sudor frío me recorrió el cuerpo. Algo no iba bien. No, no iba nada bien. Empecé a caminar más rápido hacia el salón. ¿Qué estaba pasando? El corazón me empezó a latir muy rápido.

—¡Papá! No tiene gracia, ¿vale?

Cuando llegué al salón (que también estaba en penumbra), lo primero que hice fue darle al interruptor para encender la maldita luz y…

—¡¡SORPRESA!!

Mi corazón se paró. Por unos segundos, creo que sufrí un microinfarto. Estaba segura de que, desde ese día, tendría una mancha negra en el corazón debido a que alguna parte de él habría muerto. Pensé en que iba a necesitar marcapasos antes de los cuarenta. Por suerte, antes de que me desmayara, un montón de gente sin rostro empezó a abalanzarse sobre mí.

—¡Churrita! —Reconocí la voz de la tía Susi.

—¡Ángel! —La tía Mari.

—¡Microbio! —Odio que la tía Pili me llame así desde que estaba en la barriga de mi madre.

—¡Peluchita! —La tía Luci. Es la más cursi de las cuatro.

—¡Princesa! —Papá también me abraza.

—*Little doll!* —Me extrañó ver a Zoe en casa porque, a esas horas, debía estar trabajando. Más tarde me enteré de que se había escapado. Claro que le importaba bien poco que la echaran después de la bomba que soltó minutos después.

Como se puede comprobar, en mi familia siempre hemos sido mucho de motes. Bueno, aún lo seguimos siendo. Hay cosas que nunca cambian.

A ver, voy a intentar poner un poco de orden aquí porque seguro que te estás volviendo *crazy* con tanto nombre. Mi padre, Carlos, es el mayor de cuatro hermanas. De mayor a menor, se sitúan: Susana (Susi), María del Socorro (Mari), Pilar (Pili) y Lucía (Luci). Sí, a parte de los motes, también nos van los diminutivos. Menos con Zoe, mi hermana mayor (tres años mayor, en concreto), que tiene un nombre tan corto y exótico que es imposible llamarla de otra manera. O como conmigo, que también tengo un nombre corto, aunque ya se encargó Zoe de ponerme un mote.

El caso es que siempre he estado muy unida a la familia de mi padre. Llevo toda mi vida viviendo en esta ciudad costera (aquí nació papá), a pesar de que mi familia materna es de las antípodas. Sí, sí, como lo lees, tengo sangre neozelandesa. Me apena haber ido solo unas pocas veces a visitar el lugar donde nació mi madre, Helena, pero aquel no es mi hogar. Nunca sentí una conexión especial con aquel país. Desde que mamá murió, perdí el poco contacto que tenía con todo aquello.

—¿Qué hacéis todas aquí? —pregunté en cuanto recuperé, más o menos, el ritmo normal de latidos de mi corazón.

—¡Darte una sorpresa! —me dijo la tía Pili como si fuera una obviedad.

—Tu padre nos llamó para contarnos que habías aprobado la selectividad y que en septiembre empiezas la universidad. Estamos tan orgullosas de ti, churrita. —La tía Susi se sacó un pañuelo de la manga para limpiarse las lágrimas. Es la más blandita de las cuatro.

Tragué saliva.

Volví a tragar saliva.

Los miré a todos con cara de horror. Mierda. No me esperaba nada de esto. Dar la noticia que tenía que dar, no solo delante de mi padre, sino también delante de mis tías que me sonreían con orgullo… me partió el alma.

Me senté en el sofá bajo la atenta mirada de toda mi familia, me pasé las manos por mi abultado pelo rizado con nerviosismo y volví a inspirar.

—Tengo que contaros algo —dijimos mi hermana y yo a la vez.

¡¿Qué?! La miré con el ceño fruncido. ¿Qué tendría que contar ella? ¿Y por qué había decidido hablar a la misma vez que yo? Supuestamente, estábamos hablando de mi entrada en la universidad.

—Déjame hablar a mi primero, por favor —me pidió Zoe.

Se la veía muy nerviosa y, aunque me resistí porque quería quitarme mi peso de encima cuanto antes, la dejé hablar. Supongo que quise ser cobarde un ratito más.

—Me independizo —anunció.

—¡¿Qué?! —exclamamos todos a la vez.

—Me voy a vivir a Auckland —remató.

Oh, oh. Eso no iba a acabar bien.

—¿Pero qué estás diciendo, hija? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo te vas a ir a vivir sola tan lejos? ¿Y con qué dinero?

Mis tías se quedaron todas mudas. De normal, son bastante entrometidas y no pierden oportunidad en expresar su opinión respecto a nuestras vidas, pero saben que, cuando nuestro padre se pone serio, mejor no abrir la boca. A su hermano mayor, aunque lo torean la mayoría de las veces, siempre lo han respetado.

—Papá, llevo años trabajando cada verano para tener un colchón. Y no estaré sola, la abuela vive allí.

Es verdad. De nuestra familia materna, solo quedaba la abuela Autumn.

—Ya hablaremos tú y yo —zanjó papá—. Este es el día de tu hermana.

Magnífica jugada, Zoe. Me dejó a papá cabreado para el resto del día. ¿Cómo iba a soltar yo la bomba con semejante panorama? Pensé que se lo iba a tomar todavía peor.

—Bueno, tanto como mi día… —intenté suavizar el asunto.

—Por supuesto que sí, cariño. Tu ingreso en la universidad es un acontecimiento importante.

—Papá…

—Uy, ese tono no me gusta nada. —La tía Luci siempre fue la más perspicaz y la que mejor me conoce.

—¿Qué pasa, hija?

—No voy a ir a la universidad.

Ale, a tomar por culo. Ya estaba dicho. Hasta parecía que respiraba mejor. Observé en derredor a mi familia y…

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Un avión pasó por encima del edificio en ese preciso momento.

Silencio.

Escuchamos la sirena de una ambulancia.

Silencio.

—Lo sabía —saltó Zoe.

«No está el horno para bollos. Cierra el pico», quise decirle a mi hermana con la mirada, pero creo que solo logré fulminarla.

—¿Pero qué dices, Inés? ¿Como que no vas a ir? —Mi padre pareció despertar de su letargo.

Mierda. Cuando papá me llama «Inés» y no «princesa», conseguía (y consigue) que se me pusiera la piel de gallina. Eso es que está muy afectado y decepcionado. Me levanté del sofá y fui a su encuentro para cogerle la mano y hablarle con sinceridad. Entre mi padre y yo siempre ha habido un grado de confianza muy alto. Sobre todo desde que mamá falta.

—Papá, nunca se me ha dado bien estudiar. Tú lo sabes. Todos lo sabéis —dije, dirigiéndome al resto de mi familia—. No es lo mío.

—Yo pensaba que te gustaba la veterinaria.

—Y me gusta, pero no creo que valga para sacarme una carrera así.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás, microbio —intervino la tía Pili.

—La decisión está tomada. Buscaré trabajo y, lo demás, ya se verá.

No soy una persona que se coma demasiado la cabeza. La vida son dos días y uno lo

pasamos durmiendo, así que si puedo rascarle horas a ese día que pasamos en la oscuridad, lo hago. En ese momento, solo pensé en que quería hacer muchas otras cosas aparte de sufrir por estudiar. Como le dije a mi padre, no me gustaba, no se me daba bien; había llorado lágrimas de sangre para aprobar la selectividad. Papá nunca las vio, pero las derramé. No quería pasar más por eso, no quería pasarme cinco años más estudiando y, sobre todo, no quería alejarme de mi familia porque me habría tenido que mudar a Madrid.

Ese día vi la decepción en los ojos de mi padre. Se quedó en silencio durante el resto de la tarde y los días siguientes hasta que asimiló que su castillo de naipes se había derrumbado ante él. Su hija mayor se iba a vivir al extranjero por tiempo indefinido y su hija pequeña no iba a pisar la universidad.

¿Nunca?

Prólogo 2

Ulises

1 año y 3 meses antes de la actualidad
Madrid

Las diez y veinticuatro minutos.

Hacía nueve minutos que la clienta debería haber llegado. Odio a la gente impuntual. De verdad, me quitan la vida. Odio esperar y sentir que pierdo el tiempo. Salí a la recepción a tomarme un vaso de agua y le pregunté a Sara qué tal se encontraba. Es una cabezona de mucho cuidado y fue a trabajar con el resfriado que llevaba encima. No pienses que soy un jefe cabrón que no le dio el día; al contrario, le insistí en que se tomara un par de días para recuperarse, pero no quiso.

A las diez y veintiséis minutos, una chica rubia, enfundada en una bufanda enorme y un paraguas, apareció por la puerta algo acelerada.

—Perdón, perdón. Sé que llego tarde, pero es que me he perdido al salir del metro. ¡Maldito Google Maps!

Me hizo tanta gracia lo apurada que parecía, que se me pasó el enfado de inmediato. Sabía que ella no era de aquí y el condenado GPS puede ser un quebradero de cabeza para muchos. Como para mi hermana que, como ella misma dice, tiene la orientación de una brújula estropeada.

—Eres Blanca, ¿verdad?

La chica sonrió tímida y asintió.

—Venga, pasa conmigo. Ya tengo listo tu tatuaje. —Le guiñé un ojo—. ¿Tienes ganas?

—Ahora mismo, tengo más miedo que ganas.

Era el primer tatuaje de la chica y, a diferencia de las demás niñas que vienen a hacerse los mismos tatuajes que el noventa por ciento de la población, el que diseñamos para ella era la polla. A simple vista, podía parecer que no tenía nada de especial, pero lo tenía. Nos comunicamos por teléfono, ya que ella no vive en Madrid, pero, desde el primer momento, nos entendimos a la perfección. No sé qué significará el tatuaje para Blanca; no le quise preguntar porque tiendo a no meterme en la vida de mis clientes, pero me sorprendió lo claro que tenía el diseño y, de hecho, me presentó un boceto al que yo terminé de dar forma.

¿Sabes qué vi yo al mirar ese dibujo? Libertad. No sé por qué, porque una montaña rusa con una explosión de colores detrás puede significar muchas cosas, pero es lo que sentí al mirarlo.

—Túmbate en la camilla y extiende el brazo —le pedí.

Blanca me hizo caso. Le temblaba todo el cuerpo y me pareció hasta tierno. Rondaría los 30, más o menos, y estaba más nerviosa que cualquier niña que se hace su primer tatuaje con los dieciocho años recién cumplidos.

—Tranquila, mujer. Verás como es menos de lo que imaginas.

—Mi amiga Inés dice que te dé charla para que mi mente se distraiga y no piense en el dolor.

Sonreí. Me hizo gracia el consejo de su amiga. Normalmente, la gente me cuenta historias estrambóticas de amigos con sus tatuajes o su experiencia con el dolor en ciertas zonas del cuerpo, pero nunca había tenido un cliente que me dijera que le habían aconsejado dar charla al tatuador. De hecho, la mayoría de la gente se queda en silencio durante toda la sesión. Y, ojo, no me molesta; a mí me la pela si me hablan o no mientras pueda hacer bien mi trabajo.

—Tu amiga Inés es sabia —le contesté—. Puedes hablarme de lo que quieras.

Una hora después, creía que tenía resaca. Me habló muchísimo de su amiga Inés. Me la describió tan al detalle, que casi pude verla en mi cabeza: rubia, pelo muy rizado, ojos tan claros que parecen transparentes, alta, delgada pero con curvas… Aunque no solo me habló de su físico, sino también de que ama a los animales y de que su risa es… original. Vamos a dejarlo ahí porque Blanca no utilizó esa palabra, precisamente.

El tatuaje quedó perfecto, aunque parezca que esté mal que lo diga yo. En realidad, esa vez, yo solo tuve que ejecutar el dibujo porque apenas modifiqué su boceto. Me sentí orgulloso del trabajo.

—¿Cómo te lo ves?

—Es perfecto… —susurró emocionada.

—Es uno de los trabajos que más he disfrutado de hacer —reconocí.

—Bah, eso es porque nos hemos reído mucho a costa de Inés, pero seguro que has tenido trabajos que han sido infinitamente mejores que este.

Me reí. Cuando me acordaba de todo lo que me había contado de su amiga no lo podía evitar.

—Tengo que reconocer que me ha dado curiosidad tu amiga, pero me refería al tatuaje. Es cierto que he tenido trabajos que conllevan mucho curro con el diseño y la ejecución, pero este tatuaje tiene alma y eso no lo tienen la mayoría. Créeme.

Normalmente no salgo de la sala para despedirme de los clientes a no ser que sea mi momento de descanso, pero, esa vez, salí para acompañar a Blanca a la puerta.

—Muchas gracias, Ulises. Qué pena que vivamos tan lejos, le diría a Inés que cambiara de tatuador y viniera aquí.

—Si le apetece hacerse un viaje a Madrid como tú, siempre se lo puedes decir. —Le guiñé un ojo.

Ella me sonrió y salió por la puerta.

—Sara, ¿ha llegado el siguiente?

Es increíble la cantidad de personas con las que nos relacionamos en nuestra vida para, casi con seguridad, no volver a verlas nunca más. Coincidimos en un momento en el tiempo que parece insignificante e, incluso, compartimos algo de conversación y ya está. Pero, durante esos pocos minutos, se crea un vínculo; uno que solemos olvidar a los pocos días. Creo que Blanca y su amiga (que aun sin conocerla, ya sé muchos detalles suyos) son unas de esas personas…
¿O no?

1

¿Crees que tu niña interior estaría orgullosa de ti?

Inés

Ciudad costera
Abril

Clin, clin.

Cada vez que ese sonido sale de mi móvil, un sudor frío recorre mi espina dorsal. Llevo ya dos semanas esperando un correo electrónico con muchas ganas y expectación. Sobre todo con GANAS. Sí, en letras mayúsculas. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan ilusionada por algo. Quizá sea una locura. No, sé que lo es. ¿Y qué más da? Estoy decidida a hacerlo de una vez por todas. Y si no me aceptan…

«Vale. Para. Deja esa línea de pensamientos justo donde está.
No nos podemos permitir pensar en que algo salga mal
porque todavía no ha pasado nada».

Con las manos sudorosas, cojo mi teléfono de la mesa en la que trabajo, abro la aplicación del correo electrónico y…



DE: Admisiones Universidad Complutense de Madrid
11 de abril a las 12:47 horas
Para: Inés Zarauz Evans

ASUNTO: Comunicación de admisión en Grados Universitarios

Estimada Inés Zarauz Evans:

Nos es grato comunicarle que ha resultado admitida en el Grado en Veterinaria para el curso académico que comenzará en septiembre, impartido por la Universidad Complutense de Madrid.

Reciba un cordial saludo.

Tengo que leer el correo mil veces seguidas para cerciorarme de que es real. He entrado. Me han admitido. Diosa, no me lo creo. Me pellizco. AU. Sí, joder, ¡estoy dentro! Me pongo a bailar en mi mesa, con disimulo, porque no es plan de que me tomen por una descerebrada. Más de lo que ya lo hacen, quiero decir. Aunque, ahora mismo, me la pela. Me quedan dos telediarios en este antro. ¡Que piensen lo que les dé la gana!

Releo el texto y anoto mentalmente los pasos a seguir para terminar de formalizar la admisión. Quedo conmigo misma en ponerme mañana con la documentación que tengo que presentar, aunque vaya a necesitar ayuda para ello porque hay que hacerlo telemáticamente.

¡Qué ilusionada estoy!

Quién me lo iba a decir a mí. A los dieciocho años no quise oír nada acerca de seguir estudiando. No fui a la universidad, para disgusto de mi padre (creo que todavía lo tiene guardado en el corazón), pero seguro que ahora va a saltar de alegría. También se lo tengo que decir a los demás. He guardado este secreto como una puta. Nadie sabe mis planes porque no quería verme influenciada por la opinión de nadie. Soy un pelín celosa de mi intimidad y me gusta tomar las decisiones sola con mi cabeza. Pocas veces pido opinión y, si la necesito, mi pichurrina es mi mejor consejera. Mi padre y mis tías también, pero me aturullan más que otra cosa. Por eso, hace tiempo que decidí contarles mis decisiones cuando ya estuvieran tomadas.

¿Qué es lo que me ha hecho cambiar de opinión a estas alturas de mi vida? No me avergüenza contarlo: Blanca y Marta. Ellas. Dos de las personas más importantes de mi vida. Son un ejemplo para mí.

Blanca, mi pichurrina, que pensaba que llegaba tarde a todo en la vida, se dio cuenta de que no; de que tiene mucho tiempo por delante y lucha todos los días por ser feliz junto a su chico, Gonzalo. En pocos meses, se les viene una nueva aventura y es que están embarazados de su primer bebé. Mi amiga, a pesar de jurar y perjurar que no quería hijos, está ilusionada, aunque trate de mostrar apatía por lo mal que lleva el embarazo. Y no hablo del padre, que se le cae la baba cada vez que enseña una ecografía del pequeño bichín (sí, así llamo a mi futuro sobrino, no

sé de qué te sorprendes a estas alturas).

Y Marta… Puff, no sé qué decir de ella. Hay tantas cosas. Es la hermana de Gonzalo, eso para empezar, y la conocí porque es la vecina de Blanca. Tiene una hija de un año y pico, Gabriela; una monada de niña que quiero como si fuera mi sobrina y que concibió cuando tenía apenas veintidós años. Sí, Marta es muy joven, pero le echó un par de ovarios al decidir criar a su hija sola. Su coraje es una gran inspiración para mí. Es madre trabajadora; muy buena en lo suyo, por cierto. Para ser justas, Marta es buena en todos los aspectos de su vida: como madre, profesional, hermana, amiga. Por eso no pude evitar enamorarme de ella.

Te oigo pensar desde aquí, así que para. El tema de mis sentimientos y mi sexualidad lo dejo para otro momento. Ahora estamos tratando el tema de mi entrada en la universidad.

El caso es que dos de mis pilares en la vida han tenido mucho que ver en mi decisión de volver a estudiar a mis casi 32 años. Me han hecho ver que, cuando deseas algo con todas tus fuerzas, puedes conseguirlo. Blanca y Marta, a su manera, luchan cada día por aquello que las hace felices. Y el amor que siento por los pequeños bichitos de este mundo me hace feliz. Quiero ayudar. Quiero sentirme útil. Siempre quise ser veterinaria, pero, al terminar la selectividad, sentí que no era mi momento. Lo pasé tan mal que quise resetearme.

Además, Blanca me hizo una pregunta hace unos meses. Justo cuando supo que se había quedado embarazada a la primera y maldecía la puntería de Gonzalo al sentir que todo había sido muy rápido. Fue el susto inicial. El caso, que ya me he ido por las ramas, es que me hizo una pregunta:

—¿Crees que tu niña interior estaría orgullosa de ti?

Medité unos segundos la respuesta. Era una pregunta superprofunda para haber salido de la cabeza de mi amiga. Eso me pegaba más a mí. Aun así, me costó llegar a una conclusión.

—Sí y no. Sí porque creo que está orgullosa por no habernos traicionado nunca; y no porque nunca cumplí nuestro sueño.

Y, al escucharme decir esas palabras, algo hizo clic en mi cabeza.

—La mía está cabreadísima conmigo, seguro. De pequeña soñaba con un cuento de hadas. Ya sabes, con una gran casa, un príncipe que fuera mi marido y mírame.

Joder, qué de mierda nos meten a las mujeres cuando somos niñas, de verdad. Menos mal que eso, poco a poco, va evolucionando.

—Pichurrina, claro que tienes tu cuento de hadas. Es verdad que el piso en el que vivís no es una mansión, pero es un hogar y eso es más grande que cualquier otra cosa. No tienes un marido, *todavía* —enfaticé esta palabra porque estaba segura de que, tarde o temprano, Gonzalo se lo iba a pedir—, pero Gonzalo es tu príncipe y el amor de tu vida. ¿Qué más da si hay anillo o no?

—No me has dejado terminar —me reprocha mi amiga—. Quería decir que mi niña interior era estúpida. ¿Sabes lo que importa? Que la mujer que eres ahora esté orgullosa y yo no puedo estarlo más de la familia que he creado —dijo tocándose su vientre, todavía plano en ese momento.

Esa charla fue el empujón que necesitaba. Quizá no debí dejarlo pasar tanto tiempo, pero estaba acomodada en mi trabajo, me daba para vivir y se me fue de las manos. Igualmente, soy de las personas que piensan que todo pasa por algo y que todo tiene su momento. Y el mío es ahora. Ya. En cinco meses empieza una nueva vida para mí.

Bueno, en realidad, comienza antes. Mi plan es mudarme a Madrid en junio, asentarme y adaptarme a la ciudad antes de empezar las clases y buscar un trabajo a media jornada que me permita estudiar a la vez. No es que sea yo mucho de planear, pero la ilusión ha hecho que lo

haya ido hilando todo en mi cabeza desde que envié la solicitud de admisión.

Ahora solo queda hacer lo más difícil y no, no es mudarme; es contárselo a mi gente: mi familia y amigos. Despedirme de ellos va a ser duro. No quiero ni pensar qué voy a hacer sin que mi pichurrina esté a tan solo unos metros de distancia y sin mi padre y mis tías. Pero esto es lo correcto; es lo que quiero hacer. Es mi maldito sueño. Así que tengo que hacer de tripas corazón, echarle un par de ovarios e implorar a la Diosa que todo salga bien.

2

Cómo lidiar con la mala hostia

Ulises

Madrid
Abril

Las diez y cuarto.

¿Dónde demonios está Sara? Ella nunca llega tarde. De hecho, siempre suele llegar antes de la hora porque, por suerte o por desgracia, se ha adaptado a mis manías. Decido enviarle un mensaje; lo mismo ha habido algún problema con el transporte público.



Bueno, parece que está bien. El primer cliente está a punto de llegar (debería hacerlo en diez minutos), así que enciendo el ordenador de recepción para facilitarle el trabajo a mi compañera y, de paso, echo un vistazo al Excel de las cuentas del negocio. Mientras estoy enfrascado en esa tarea, la puerta del local se abre y una ojerosa Sara aparece delante del mostrador de recepción. Trae la cara desencajada.

—Guau. Tienes una pinta horrible, Sarita.

—No me toques los ovarios, Uli. No es el día, créeme.

Vaya, parece que la cafeína todavía no le ha hecho efecto. Está más arisca de lo normal y la experiencia me dice que, cuando esto pase, me retire antes de que me salte a la yugular.

—Haz pasar al cliente cuando llegue —me limito a decir mientras le dejo su espacio de trabajo libre y yo vuelvo a mi sala.

La mañana pasa sin pena ni gloria, pero a Sara no se le ha agotado la mala hostia que traía de casa. A la hora de la comida intento darle conversación, a ver si consigo, al menos, que sonría un poco. No hay suerte.

—¿Por qué has llegado tarde? —le pregunto a bocajarro, ya que no consigo que hable con normalidad; solo se está comunicando con monosílabos.

—No me apetece hablar de ello.

No insisto. Dios. Porque Sarita es mi amiga, si no, ya le habría dicho cuatro cosas. A

veces se le olvida que, aparte de amigo, soy su jefe. Supongo que la confianza da mucho asco y entre nosotros hay mucho de eso; de confianza, no de asco. Ya hablaré con ella en otro momento.

—¿Quieres un café? —le ofrezco.

—No —responde en un susurro inseguro.

Joder, hoy está más rara que un perro verde. ¿Desde cuándo Sara no mata por un café? Creo que es la primera vez desde que la conozco (hace tres años) que rechaza la cafeína después de comer. Y también es la primera vez que está tan borde durante tanto rato.

Decido seguir centrado en mi trabajo el resto de la tarde. Tengo un par de citas para perfilar los diseños de unos tatuajes para dos clientes. Son bastante específicos y la elaboración va a llevar su tiempo, así que necesito toda mi concentración para que mi trabajo sea impecable. Pero, cuando estoy en mitad de una reunión con el último cliente, oigo gritos fuera.

—¡Que te largues, joder! ¿No me has oído? No puedes venir aquí cuando te dé la gana.

—¿Se puede saber qué te he hecho yo para que me grites? Solo quiero que me cuentes qué pasa, Sara. Y puedo venir cuando me salga de la punta de la polla, que para eso es el negocio de mi amigo.

Me quedo muy cortado delante de mi cliente sin saber cómo justificar los gritos, pero así yo no puedo trabajar.

—Sergio, discúlpame. Voy a ver qué pasa ahí fuera. No tardo.

—No te preocupes, tío.

Salgo escopetado y de muy mala hostia del pequeño despacho donde me reúno con los clientes. Cuando llego a la recepción, son Sara y mi amigo Lucas los que se están gritando.

—¿Se os ha caído un jodido tornillo de la cabeza? —les espeto con un tono de voz bajo para que Sergio no siga escuchando este lamentable espectáculo—. Dejad de hacer el gilipollas y calmaos.

—¡Es ella! Se ha puesto a gritarme en cuanto he cruzado la puerta —se excusa mi amigo.

—Es que no sé qué parte de «déjame en paz» no has entendido.

—¿Pero qué cojones te he hecho? Nena…

—¡¡No me llames así!! —chilla histérica.

Vale, se acabó. Ahora me toca a mí.

—¡Tiempo muerto! A ver, par de imbéciles, esto es mi curro y el tuyo, Sara —le reprocho—, y estoy en una reunión con un cliente; reunión que he tenido que interrumpir por vuestra jodida culpa. Así que, Lucas, haz el favor de marcharte. No vas a conseguir nada de ella en este momento. Y, Sarita, baja el volumen un par de tonos, ¿quieres? Que vaya día llevas. No quiero ni una gilipollez más. Ya hablaremos —les digo a los dos—. Ahora, voy a volver al despacho y quiero un silencio sepulcral. ¿Se me ha entendido bien?

Lucas sale escopetado del local sin mirarnos a ninguno y Sara vuelve detrás del mostrador de recepción sin apartar la vista de la puerta. ¿Qué cojones les habrá pasado?

Puedo decir que Lucas es mi mejor amigo; al menos, desde que el que lo había sido desde que tengo uso de razón me diera tal puñalada por la espalda que tuve que buscar otro mejor amigo. Lucas apareció en mi vida como otras tantas personas: fue un cliente. Como sus tatuajes suelen ser muy elaborados, las sesiones duran varias horas, así que hablábamos de muchas cosas. Un día en que la sesión se nos fue de las manos y terminamos a las tantas, me propuso tomar unas cervezas en un local al lado del estudio y acepté. Desde entonces, han pasado dos años y nos hemos hecho inseparables.

Algunos días se pasaba a recogerme a la salida del trabajo, así que ha coincidido mucho con Sara; hablaban y hacían tiempo juntos mientras yo dejaba todo recogido en mi santuario.

Hasta un día que, cuando fui a reunirme con ellos a la recepción, los pillé liándose a lo bestia encima del mostrador. Vaya, parecía que habían hecho algo más que «hacer tiempo juntos», ¿no? Después de aquella pillada, han estado viéndose (hago énfasis en esta palabra porque no quieren admitir que son más novios que otra cosa) y parecía que les iba bien. No tengo ni idea de la tripa que se le ha roto a Sara. He tenido que pedirle a Lucas que se vaya para no entorpecer mi trabajo ni cabrear más a mi amiga, pero he podido ver el dolor en sus ojos. Tengo una conversación pendiente con él.

Vuelvo a mi trabajo. Joder, he perdido diez minutos con esta mierda y odio perder el tiempo. Me descuadra el resto del día y me pone nervioso. Me disculpo otra vez con Sergio y retomamos la reunión. Al finalizar, me despido de él en la recepción. Sara no me mira, pero no va a tener la suerte de que lo deje estar. Después del numerito que me ha montado antes, pienso preguntarle hasta por las veces que ha meado hoy.

—Sara, vamos a mi despacho.

—Uli, me tengo que ir. Tengo prisa.

—Y una mierda, Sarita. Venga, vamos.

Obedece, no le queda otra. Cuando entramos al despacho (bueno, en realidad, es un eufemismo porque es un cuchitril al que me gusta llamar así porque suena importante), Sara se sienta en una de las sillas y yo lo hago en el borde de la mesa. Cruzo los brazos sobre el pecho y suspiro a la espera de una explicación… que no llega.

—Estoy esperando a que me lo cuentes.

—No hay nada que contar.

—Ya lo creo que sí, Sara. Algo muy gordo ha tenido que pasar para que le hayas gritado así. Llámame perspicaz, pero tu mala hostia de hoy tiene el nombre de Lucas.

Sara me retira la mirada y se tapa los ojos con una mano. Me acerco a ella despacio, me pongo a su altura y hago que me mire.

—Venga, cielo, ¿qué es lo que pasa? ¿Se ha portado mal contigo Lucas? ¿Tengo que darle una paliza?

Ella se ríe, pero, a la vez, se le escapa una lágrima a la que le siguen unas cuantas más y acaba llorando desconsolada. Me arrodillo en el suelo para poder abrazarla. Le paso una mano por la espalda mientras le susurro que todo va a ir bien, aunque no sepa cuál es la magnitud del problema. Conozco a mi amigo, sé que no la dañaría a propósito, pero algo gordo tiene que ser para que Sara llore así.

—Estoy embarazada, Uli.

Me. Cago. En. La. Puta.

Eso sí que no me lo esperaba. Mierda. Pues sí que era gordo el asunto. Y grave. Muy grave. Joder.

—¿De Lucas?

Sara me mira fatal. Ya, lo sé, joder. Es una pregunta estúpida y un poco ofensiva, pero es que me he quedado en shock.

—Vale, perdona. Me ha pillado desprevenido la noticia. Olvida la pregunta.

Sigo acunando a mi amiga mientras se le pasa el sofocón. Mi cabeza no para de imaginarse la cara de Lucas cuando se entere, pero el resoplido de Sara me trae de vuelta a ella.

—Qué movida.

—Supongo que te has enterado hoy, ¿no? De ahí tu humor de mierda.

—Esta mañana. Justo antes de salir, he vomitado el desayuno. Cuando estaba sentada en el suelo del baño, recuperándome, he visto los tampones en el cesto que tengo debajo del lavabo.

He echado cuentas y me he bajado corriendo a la farmacia a por dos test, por si uno fallaba. Ambos positivos. Por eso he llegado tarde.

Vaya síncope le ha tenido que dar a la pobre.

—¿Qué vas a hacer? —me atrevo a preguntar.

—No lo sé —responde muy bajito—. Ni siquiera estamos juntos, no somos novios, solo nos acostamos. Joder, me quiero morir, Ulises.

—Eh, cielo, no digas eso. Cuéntaselo a Lucas y tomad una decisión entre los dos.

—No quiero ver a Lucas. Mira lo que me ha hecho.

—Sarita —le digo con cariño—, él no tiene toda la culpa de esto. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé —claudica—, pero estoy tan enfadada y asustada…

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

—No sé cómo puedes estar tan seguro.

—Porque sois mis amigos, os conozco y estáis locos el uno por el otro por mucho que me lo neguéis. Os queréis, Sara, y quizá va siendo hora de que lo asumáis.

Lo que parecía que iba a ser un día tranquilo se ha convertido en uno de los más locos de mi vida. Mis dos mejores amigos tienen un bebé en camino. ¿No es increíble? Me da pena perderme la reacción de Lucas, pero soy consciente de que ese momento lo tienen que vivir en la intimidad.

Cuando, por fin, entro por la puerta de casa, me recibe la soledad. Dios, ¿por qué me pesa tanto últimamente? Nunca me ha importado vivir solo; al contrario, no quise compartir piso con mi hermana porque me gusta tener mi propio espacio. Entonces no entiendo por qué me siento así.

«Porque uno puede dar la espalda a una verdad
durante un tiempo, pero no toda la vida. Y tu verdad
te lleva pesando desde que te encontraste
con Laura en el pueblo».

A veces, debemos hacer más caso a nuestro subconsciente. Tiene todas las respuestas.

3

Resolviendo crisis varias

Inés

Ciudad costera
Abril

—¡Qué harta estoy!

—¿Qué tripa se te ha roto ahora, pichurrina?

—Pues cuál va a ser, ¡la mía! ¿Por qué los embarazos tienen que durar nueve meses y no dos? Estoy cansada de las náuseas y de sentirme gorda.

—Estás como se supone que debes estar en tu estado, exagerada.

—Gonzalo me rehúye. No me toca ni con un palo.

—Gonzalo no te rehúye, Blanca, solo tiene cuidado después del susto que tuvisteis la otra vez.

Hace dos meses tuvieron un susto con su bebé. Blanca empezó a tener contracciones. A los médicos les preocupaba que tuviera una rotura de bolsa, pero por suerte todo quedó en nada y tanto ella como el bichín están perfectamente. Aunque Gonzalo se quedó un poco traumatizado y ahora le da miedo acostarse con su novia.

—Lo sé, lo sé, pero me subo por las paredes, Inés. Estoy cachonda todo el maldito día. ¿Y sabes lo que hace el cabrón de mi novio?

—Sorpréndeme.

—Abre el cajón de la mesilla y ¡me pasa el Satisfyer! ¡Esto acaba en divorcio!

—Primero, te lo pasa para usarlo juntos; y segundo, ni siquiera estáis casados —le recuerdo para picarla.

Blanca rueda los ojos.

—Joder, Inés, ya me entiendes.

—¿Tú eres consciente de que te estoy escuchando, pequeña delincuente? Por si no te has dado cuenta a estas alturas, la cocina no tiene pared.

—¡Tú te callas! Que esto es culpa tuya —le dice a Gonzalo, señalándose la barriga.

No puedo hacer otra cosa que reírme a carcajadas. Mierda. Mierda. Una vez que empiezo, no puedo parar y, según mi pichurrina (y el resto de mortales), mi risa es… Bueno, que no es bonita.

He venido un poco antes a casa de mi amiga porque siento que los momentos juntas se nos escapan. Quiero aprovechar al máximo estos ratitos antes de mudarme a Madrid. En breve, vendrán los demás y esto será un auténtico caos.

—Bueno, ¿y tú qué?

—¿Yo qué de qué?

—Inés, llevas días muy rara. Algo te ronda la cabeza. ¿Es por tu cumpleaños?

—¿Qué? No, para nada. Tengo muchas ganas de que llegue y pasar ese finde con vosotros. No es nada, no te preocupes.

El veintidós de abril es mi cumpleaños y he organizado una pequeña escapada a Madrid. En realidad, es un poco trampa. Pretendo llevar allí a mis amigos y contarles que voy a ir a la universidad y que me mudo. Quiero que conozcan el campus y el sitio en el que voy a vivir los próximos cinco años. Necesito hacerlo con ellos cogiéndome la mano.

Blanca me escruta con la mirada, achinando los ojos y torciendo el morro como si intentara penetrar en mis pensamientos. Por suerte, todavía no consigue leer mentes, así que, de momento, estoy a salvo. Pero, de repente, mi pichurrina deja de escrutarme y empieza a hacer pucheros.

«Ay, no, otra vez no».

—¡Gonzalo! Necesitamos refuerzos.

El novio de mi amiga entiende al momento qué es lo que ocurre y se acerca a nosotras, que estamos sentadas en el sofá. Le hago hueco para que se siente en medio y empieza a acunar a mi amiga, la cual ha empezado a hipar debido al llanto.

—Ey, pequeña delincuente. Venga, ya está.

—Ya no me quieres, usurpador. No me quieres —berrea Blanca.

Pongo los ojos en blanco. Con el embarazo se ha vuelto más exagerada y peliculera. Claro que luego les echa la culpa a las hormonas y aquí no ha pasado nada.

—Cariño, eres lo que más quiero en la vida. Tú y el bebé lo sois todo para mí.

Me levanto del sofá para darles un poco de intimidad. Necesitan decirse ñoñerías para que mi amiga se tranquilice. Voy a la cocina a terminar de preparar lo que Gonzalo ha dejado a medias mientras pienso en la envidia que me dan. Soy una chica romántica por naturaleza. Yo me enamoro solo con respirar, aunque me rompan el corazón. Pero desde Marta, siento que estoy un poco anestesiada.

Ding, dong.

Hablando de la reina de Roma…

Los tortolitos parecen no haber oído el timbre, siguen en su mundo, así que me acerco yo a abrir la puerta.

—¡Inés! —Marta se lanza a darme dos besos—. ¡Qué guapa estás! ¿Y la parejita?

Le devuelvo los dos besos a mi amiga, le doy un abrazo y la dirijo a la cocina para no molestar a la parejita.

—Ahí están, en el sofá, resolviendo una crisis.

—¿Otra?

—Si, hija, sí. Blanca está descontrolada.

—Pobrecilla, está llevando fatal el embarazo. La entiendo, ¿eh? El mío también fue un infierno.

Mientras charlo con Marta, noto que unas manitas se aferran a mi pierna. ¡Madre! No me había dado cuenta de que la pequeñaja nos seguía por su propio pie.

—*Ita Iné.*

—¡Mi niña! —La levanto del suelo para achucharla—. Estás para comerte.

Enseguida quiere que la baje al suelo, lo cual hago, y veo que va directa hacia sus tíos. Ni Marta ni yo se lo impedimos. Ellos la sientan entre medias y empiezan a hacerle carantoñas mientras Gabriela sonríe.

—¿Y Miguel? —pregunto con aire distraído.

Miguel es el novio de Marta y mi compañero de trabajo. Yo los presenté. Sí, sabía lo que hacía, más o menos. Era parte del plan desesperado de desenamorarme de la hermana pequeña de mi *cuñado*. Vale, en honor a la verdad, no los presenté con esa intención. Conecté con Miguel a nivel *amiguil* en cuanto entró nuevo en mi empresa, así que decidí llevarlo a una quedada para que mis amigos lo conocieran y resulta que los que conectaron a nivel sentimental fueron ellos: Marta y Miguel. Encima, tuve que hacer de celestina. Sí, mi vida parece una película con un guion malísimo. El caso es que ambos, al principio, estaban muy cortados. Se gustaban, se notaba a leguas, pero no daban el maldito paso. Hablé con los dos por separado. Marta estaba acojonada, literal. Hacía mucho tiempo que no se relacionaba con el género masculino de esa manera: la sexual. Vamos, desde que se quedó embarazada de Gabriela. Además, se sentía insegura al ser madre soltera porque, ¿qué tío iba a querer salir con una chica que tenía un bebé de un año? A Miguel, por su parte, Marta le intimidaba. Le importaba tres cojones (palabras textuales) que ella fuera madre; le encantan los niños. Lo que pasaba es que la veía una mujer fuerte, inteligente, preciosa y con unos ojos azules que lo volvían tonto (palabras textuales, otra vez). Vamos, que consideraba que le daba tres mil vueltas y que era demasiada mujer para él. Error, chicos, error. Nunca deis nada por sentado, es un consejo que os regalo. Así que, después de muchas quedadas, consiguieron soltarse y se liaron salvajemente en el peor momento. Cada vez que lo recuerdo me entra la risa. A Gonzalo no tanto, que fue el que se los encontró morreándose encima de la lavadora de su casa.

—Llega en media hora. Tenía recados. —¿Esa última frase la ha dicho con retintín o me lo ha parecido a mí?

—¿Todo bien? —le pregunto acariciándole el brazo.

—Sí, sí. Bueno, no, en realidad. Está jodidamente raro. No sé qué le pasa y cuando le pregunto me da largas. No sé, Inés. ¿Y si ya…? ¿Y si…?

—Eh, eh, eh. *Stop*. No te montes películas antes de tiempo. ¿Quieres que hable con él?

—No. Lo que sea que le pase, que se lo coma. Ya explotará algún día.

De verdad, a veces, las mujeres somos terribles. Marta no suele ser así, pero entiendo que está dolida y que hace mucho que no gestiona sentimientos así. Con veinticuatro años que tiene (aunque mentales nos supera a todos con creces), todavía le quedan muchas cosas que aprender de esta *jodía* vida.

Nuestra conversación se ve interrumpida por Gonzalo y Blanca, que ya han superado su crisis. Abrimos el vino y el zumito de naranja para mi pichurrina y damos buena cuenta de ello mientras esperamos a Miguel.

A la media hora clavada, el timbre suena y Gonzalo va a abrir la puerta. Mientras, Blanca y Marta están comentando los sin sudores del embarazo, así que desconecto y centro mi atención en la conversación que está teniendo lugar en la entradita.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —le espeta Gonzalo a Miguel en bajito.

—¿Perdón? Yo no le he hecho nada a Marta.

—Ah, ¿no? Pues le pasa algo y lleva tu sello, Miguel.

—¿Mi sello? ¿Qué cojones dices? Yo quiero a Marta, Gonzalo. No le he hecho nada, te lo juro.

Lo de mi *cuñado* es la hostia. ¿Cómo lo ha sabido? Da puto miedo el sexto sentido que tiene. Será mejor que intervenga antes de que llegue la sangre al río. Me acerco a ellos, intentando disimular, hago pasar a Miguel, el cual sigue en el umbral de la puerta, y la cierro tras de mí.

—¿Podéis ser más cantosos? Gonzalo, no te metas en lo que les pasa a ellos, que bastante

tienes con la pichurrina y sus berrinches. Este jardín no te incumbe.

—Pero es mi hermana.

—Y Miguel su novio. Deja que resuelvan sus cosas solos.

—¿Pero qué hay que resolver? —pregunta Miguel ya desesperado por no entender.

Le dedico una mirada significativa que Miguel pilla enseguida. Tenemos el instinto *amiguil* tan conectado que hemos conseguido comunicarnos solo con los ojos. Así que se acerca raudo y veloz a Marta y le da un beso de película. Joder, lo de este chico es acojonante; no tiene término medio.

Gonzalo termina de preparar la comida y nos sentamos todos a la mesa. La pichurrina parece más tranquila y come como una lima, aunque luego vomite la mitad. Para estar en el último trimestre, las náuseas no la han abandonado. Su chico se deshace en atenciones con ella, le acaricia la pierna por debajo de la mesa y se acerca para susurrarle cosas en el oído cada dos por tres. Por su lado, Marta y Miguel también se muestran cariñosos, pero mi amiga sigue un poco tensa. Me quedo observándolos a todos con una sonrisa en los labios. A pesar de estar «en medio» de dos parejas, no me siento incómoda. Estas personas se han convertido en mi familia; nunca podría sentirme fuera de lugar o desplazada cuando estoy con ellos.

—Me *cagüen* la leche, ¿por qué sois todos tan guapos? —pregunta, de repente, Miguel.

Casi escupo mi bebida ante esa pregunta tan *random*. Joder, ¿tanto ha bebido?

—Miguel, deja el vino, ¿quieres, querido?

—No estoy borracho, Inés. Solo constato un hecho objetivo. Tú tienes un pelo rubio y superrizado que podría ser Pelo Pantene, no me jodas; y no hablemos de tus ojos azules. Blanca también es una rubia preciosa con unos ojos verdes que…

—A ver qué vas a decir de mi mujer —lo amenaza Gonzalo. ¿Perdón? ¿Ha dicho mi mujer?

—… hacen que cualquier idiota por la calle se gire —continúa mi amigo sin prestar atención a la amenaza de Gonzalo—. Tú, cuñado, también estás muy bien. Vamos, que difícil de mirar no eres y, encima, tienes los ojos claros. Hasta yo sé apreciar la belleza masculina. Vuestro hijo no puede salir feo ni aunque se lo propusiera.

—¿Pero qué mosca te ha picado, Miguel? —le pregunta Marta entre desconcertada y cabreada.

—Y tú. —Ahora, mira a su novia con adoración y le sujeta la barbilla con sus dedos para que no deje de mirarlo en ningún momento—. Marta, mi amor, tienes los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida; me vuelven tonto cada vez que los miro. No me extraña que de ti haya nacido una niña tan preciosa. Joder, fijaos en mí. —Nos mira a todos— Moreno, ojos oscuros, metro setenta y cinco… No tengo nada de especial. No destaco en nada. Toda la belleza del puto planeta os la habéis llevado vosotros.

—Miguel, tú eres guapísimo. Lo eres para mí —le dice Marta.

Estoy flipándolo mucho con esta conversación tan surrealista. ¿Alguien entiende este arranque tan raro que le ha dado a mi amigo? Si es así, explicádmelo, por favor.

—No sé qué viste en mí, Marta. Pero sí sé que lo que siento por ti hace que sienta presión en el pecho, que no pueda dormir si no te tengo en mi cama…

—Oh, joder —farfulla Gonzalo.

—¡CALLA! No rompas el momento —lo regaña Blanca en bajito.

—… que no me centre en el trabajo porque solo puedo pensar en que quiero formar una familia contigo y con Gabriela.

Oh. Diosa. Mía. ¿Está diciendo lo que creo? Creo que es esto a lo que se refería Marta

cuando ha dicho «ya explotará algún día». Pues creo que ese día es hoy y que lo que se ha estado callando Miguel era esto. Miro a Gonzalo y Blanca, que contienen la respiración. Creo que se han quedado tan patidifusos como yo. Después, miro a Marta y noto como el corazón se me encoge. Las lágrimas han invadido su cara y se muerde con fuerza el labio inferior. Ojalá a mí me hubiera mirado alguna vez como está mirando a Miguel.

«No, Inés.
Corta ese pensamiento en el acto».

Ya no estoy enamorada de Marta. Lo estuve, sí, y me costó mucho esfuerzo superar mis sentimientos para verla solo como a una buena amiga. Aun así, lo que me pone triste no es que ese amor no fuera correspondido, es que la posibilidad de tener una oportunidad ni siquiera existió. Sentí impotencia y rabia y que el mundo era injusto. También vacío. Y, desde entonces, me he quedado en *stand by*, sentimentalmente hablando. Porque follar he follado; vaya si lo he hecho. Con hombres, eso sí.

—¿Una familia? —balbucea Marta.

Miguel la coge de la mano y empieza a acariciarle el dorso con el pulgar. Se han girado en sus sillas de manera que se puedan mirar de frente. Desde mi posición, solo veo el rostro de Marta, no el de mi amigo, pero me puedo imaginar la cara que está poniendo.

—Marta, llevo dándole vueltas a esto desde hace tiempo. Quizá por eso te ha parecido que estaba más raro, no sé. A lo mejor te parece una locura porque llevamos pocos meses, pero lo que siento por ti y por Gabriela es real. No quiero que te asustes, solo digo que… —Suspira —. Quiero que lo intentemos todo de verdad. Quiero una vida contigo y con la niña. Quiero ser un apoyo para las dos y que vosotras lo seáis para mí. Poco a poco, ¿vale? Tenemos todo el tiempo del mundo. Pero quería dejarte claro que mi nivel de compromiso con vosotras es absoluto.

Guau, Miguel. Bravo. Eso es poner los huevos encima de la mesa y lo demás son gilipolleces.

—Te quiero, Marta. Os quiero. ¿Aceptas un todo conmigo?

—Claro que sí —responde mi amiga entre lágrimas.

Miguel coge suavemente su nuca para besarla. Y es un beso precioso. Ha sido un momento precioso. Yo no puedo evitar acordarme de aquel beso que Marta me regaló cuando le confesé lo que sentía por ella. Fue increíble. A veces lo rememoro, aunque negaré haber dicho esto. Me limpio una lágrima rebelde que se me ha escapado y noto la penetrante mirada de Blanca clavada en mí. Ella está sollozando también y Gonzalo intenta disimularlo, pero se ha emocionado. Le devuelvo la mirada a mi pichurrina y asiento para que sepa que estoy bien. Marta siempre será especial para mí. Fue la segunda mujer de la que me enamoré en mi vida, pero mis sentimientos por ella forman parte del pasado.

Ahora, más que nunca, estoy segura de que me va a venir bien alejarme y pasar un tiempo fuera de aquí. ¿Quién sabe? Con lo suicida emocional que soy, lo mismo hasta vuelvo a enamorarme. No lo descarto. De hecho, viendo a mis amigos quererse de esta manera tan pura, me dan envidia. Yo nunca he tenido algo así, después de todo. Y es algo tan bonito que da la vida que no me lo quiero perder.

4

Este ridículo vacío

Ulises

Madrid
Abril

Las diez y media de la noche.

Joder. Cada vez llego más tarde a casa. Aunque, ¿qué más da? Nadie me espera dentro. Hace mucho que nadie me espera para nada en realidad. Sin contar a mi familia, claro. Mi hermana y mi madre son toda mi vida, pero, a veces, me falta algo más. Algo que no me permito tener ni sentir desde mi ex.

En algunos momentos, hasta creo que se me ha olvidado cómo es enamorarse. Casi. Pero, a pesar de toda esta mierda de reflexión que estoy soltando, no me apetece sentir nada de eso. Me niego a dejar entrar a otra mujer en mi vida para que la coja junto a mi corazón y la reviente. Hace nada me encontré a mi ex, embarazada, y casi me caigo con todo el equipo otra vez. Si no fuera por Isla, habría vuelto a entrar en bucle. Joder, Laura fue mi primer todo y me rompió junto a mi (ex)mejor amigo. Por eso sé que mi hermana será la única mujer de mi vida.

Creo que la noticia del embarazo de Sara me ha fundido alguna neurona que otra. Bueno, no, miento. Lo que me ha fundido las neuronas no es esa noticia, es la retahíla que llevo aguantando una semana, es decir, a mis dos amigos poniéndose a parir; pero no entre ellos, no, sino cada uno por separado y conmigo como paño de insultos. Sí, sé que esa puta expresión no existe, pero me la pela, creo que se me entiende.

El caso, que me he ido por las ramas, es que después de deshacerme de la ropa en mitad del salón, voy directo a la ducha, a ver si se me pasa la gilipollez que llevo encima. Cuando me estoy enjabonando, oigo la musiquilla que tengo puesta de tono de llamada, *You give love a bad name*, de Bon Jovi. Será Isla, que por fin se digna a llamar, pero decido ignorarlo hasta que salga de la ducha. Una vez seco y con una toalla anudada a la cintura, me siento en la taza del inodoro y echo un ojo a las notificaciones del teléfono.

Bufo en cuanto veo las cinco llamadas perdidas de Lucas. Una de dos, o es para seguir poniendo a caldo a Sara o…

«Hostias».

Le doy al botón de llamada y espero cuatro tonos hasta que me lo coge.

—Tío…

—¿Qué ha pasado?

—Sara… Sara… —balbucea.

—Lucas, respira, cálmate y dime qué ha pasado.

—Ulisesss… —Uy, esa forma de arrastrar la ese no me gusta una puta mierda.

—¿Vas pedo?

—Un poquito.

—Joder —mascullo—. ¿Estás en casa?

—No…, estoy en la calle.

—Envíame tu ubicación y voy a por ti.

—Uli, no hace fal…

—¡Mándame la jodida ubicación!

Cuelgo, me visto y voy a buscar mi coche para ir a recoger al tarambana de mi amigo. Como sea lo que creo y su primera reacción haya sido emborracharse, no me quiero imaginar cómo habrá reaccionado ante Sara. Me lo encuentro sentado en el bordillo de una calle bastante concurrida, toco el claxon para que me vea y se monta en el coche, no sin esfuerzo. Los primeros minutos de trayecto vamos en silencio. Parece mucho más sereno, más consciente. No quiero presionarlo. Su cabeza tiene que ser un absoluto caos entre el alcohol y su drama personal.

—Voy a ser padre —murmura bajito, pero no lo suficiente para que no lo oiga.

—¿Y cómo te sientes?

—Joder, estoy cag… Espera. Mierda, Ulises, ¡tú lo sabías!

Afirmo con la cabeza.

—Hostia puta. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el primer día y, no te creas, a Sarita le costó sincerarse conmigo, pero puedo ser muy insistente. Como siguiera con ese humor de mierda, me iba a quedar sin clientes —intento bromear para relajar la tensión—. Y no era algo que me correspondía contar a mí, Lucas, eso es algo entre vosotros. Es vuestro hijo.

—Dios, para, para, para, para. Ulises, para el maldito coche.

Doy un volantazo y freno el coche. Menos mal que estábamos pasando por una calle ancha y poco transitada, si no, es capaz de vomitar encima de la tapicería del coche. Cuando mi amigo se recupera, vuelve a sentarse en el asiento del copiloto, más blanco que una tiza, y emprendo la marcha de nuevo.

—Espero que te hayas mantenido más entero delante de Sara.

—No he sabido qué decirle. Joder, me he quedado más callado que un muerto.

—De puta madre, Lucas.

—¡Me bloqueé, ¿vale?! Joder, no esperaba, ni en mis peores sueños, que lo que le pasaba a Sara es que estuviera embarazada.

Nos volvemos a quedar en silencio. Quiero darle espacio a Lucas y mantenerme imparcial, pero mi instinto de protección hacia Sara hace que me cabree ante la reacción de mi amigo. Pienso en cómo ha debido de sentirse ella y se me parte el alma. Tengo que llamarla. Decido llevar a Lucas a mi casa. Está bastante jodido, además de que lleva un buen pedo y no quiero dejarlo solo. Cuando llegamos, mi amigo aterriza en el sofá. Me siento a su lado y lo ayudo a quitarse las zapatillas.

—No voy tan pedo. Ya no —matiza.

—Me alegra escucharlo.

—Un bebé, Ulises.

—Eso parece.

—Sara quiere tenerlo.

Vaya, no lo sabía. Me alegro. Supongo.

—¿Y tú?

—Ni siquiera somos novios, tío. ¿Cómo vamos a tener un bebé juntos?

«No sois novios, pero tenéis la puta
mente sincronizada, macho».

—Sois demasiado novios, Lucas, por mucho que lo neguéis.

—No somos novios.

—Lo que tú digas.

—No lo somos —insiste.

—¿Sabes lo que sí sois? Gilipollas. Ambos. ¡Espabilad! Tenéis un hijo en camino y seguís negando que os queréis, joder —exploto.

Lucas me observa con los ojos desorbitados, como si hubiera descubierto su gran secreto. ¿Secreto? Vamos, no me jodas.

—No estoy seguro de que ella me quiera.

Bufo. Vamos a entrar en bucle otra vez.

—Mira, Lucas, tenéis que hablar. En serio. Dejad de hacer el tonto y de escudaros en el miedo. Ahora no está en juego vuestro maldito orgullo, sino vuestro hijo. —Hago una pausa—. ¿Tú la quieres?

Mi amigo me mira con dolor en los ojos. Sabe que la ha cagado a lo grande. No ha gestionado nada bien la noticia, pero tampoco puedo culparlo; no es una situación fácil. Si hubiera dejado embarazada a una desconocida, le estaría dando todo mi apoyo incondicional, pero, no, es Sarita la que lo está y no puedo apoyar más a uno que a otro.

—Pues claro que la quiero, Ulises. ¿No es evidente?

—Para mí, sí. Para ella, no. Y menos después de tu reacción de hoy.

—Joder. La he cagado, ¿verdad?

—Como un campeón —confirmo.

—Mierda, voy a llamarla —dice mientras se saca el teléfono del bolsillo. Se lo quito de inmediato.

—Ni se te ocurra. Va a notar al segundo que has bebido y, además, es muy tarde. Mañana.

Lucas no replica. Se acomoda en el sofá y se queda frito a los cinco minutos. Vaya milagro ha logrado el alcohol. Conociendo a mi amigo, de haber estado sobrio, no hubiera pegado ojo en toda la noche.

Cuando me tumbo por fin en la cama, decido enviarle un mensaje a mi hermana. Es tarde, pero no es de las que se acuestan pronto. Seguro que está viendo alguna película moñas con Diego. Entre que le encanta el *romantiqueo* y el otro es un friki de las bandas sonoras… son para echarles de comer a parte.

Ulises
¿Isla?

Isla
¿Qué ha pasado?

Ulises
¿Por qué piensas que ha pasado algo?

Isla
Hermano, es casi la una de la madrugada. Tú nunca me hablas tan tarde.

Ulises
¿Molesto?

Isla
Por supuesto que no. ¿Estás tonto? Cuéntamelo.

Ulises
Sara y Lucas. Una movida. Ya te contaré. Ha sido una noche... jodida.

Solo te escribía para saber cómo estabas. Hace días que no hablamos.

Isla
Hablamos antes de ayer, Ulises, pero estoy bien.



El sitio de «siempre» es el mismo *pub* donde mi hermana y Diego Vega se reencontraron; porque conocerse, se conocieron muchos años antes, en nuestro pueblo. Las cosas del destino que, a veces, me acojona bastante.

Cierro la conversación con Isla y programo la alarma para que suene a las siete de la mañana. Me gusta madrugar. Cuando me levanto más tarde de esa hora, siento que pierdo horas de mi vida. Tenemos tan poco tiempo y es tan valioso.

Dejo el móvil encima de la mesilla con la intención de dormir, pero un sentimiento extraño me lo impide. Otra vez tengo esa sensación de soledad. De hacerlo todo solo. De que nadie espera nada de mí porque ese alguien no existe. Nadie espera que le envíe un mensaje para ver qué tal le ha ido el día ni espera una llamada ni siquiera una invitación a tomar una copa.

Nada.

Creo que me estoy sugestionando entre Isla, Lucas y Sara. Me estoy sugestionando de cojones. No. Yo no quiero nada de eso. No busco lo que ellos tienen. Entonces, ¿por qué tengo este ridículo vacío llenándome el pecho? Maldita Laura. Me has dejado roto de por vida. Defectuoso.

Perdido. Creo que me hace falta echar un polvo para que se me pase la tontería. ¿Hace cuánto no follo? Joder, una eternidad. Sí, quizá eso me ayude a dejar de pensar gilipolleces. Follar. Aliviarme. Volver a encontrar el equilibrio. Demostrarme que no estoy tremendamente jodido y que esto solo es una estupidez transitoria.

5

A partir la pana en Madrid

Inés

Madrid
22 de abril

Cuando pasas la treintena, algo en tu cerebro hace *clic*. Corrijo: el cerebro se ve obligado a hacer *clic* por culpa de la sociedad de mierda en la que vivimos. Al cumplir los 30, parece que tienes que haber alcanzado ciertas cosas en la vida:

- ✔ Un empleo estable (lo tenía, aunque me quedaran cinco minutos ahí).
- ✖ Una vivienda propia (con hipoteca).
- ✖ Una pareja estable.
- ✖ Boda.
- ✖ Plantearte (seriamente) tener hijos

(Por si no se entiende, el *check* significa aquello que he logrado de esa aburrida lista y la equis, lo que no. ¿Todo claro? Bien, continúo).

¿Por qué esos *goals* tienen que girar en torno a la vida familiar? ¿Qué hay de todo lo demás? Viajar, conocerse a uno mismo, encontrar tu vocación (que no os engañen, la vocación no se encuentra a los dieciocho años cuando tienes que elegir un grado universitario; se puede encontrar a los 30, los 40 e, incluso, después. Nunca es tarde), montarte en todas las montañas rusas del país (creo que la pichurrina se lo ha propuesto), escribir un libro, adoptar un perro, colaborar con organizaciones sociales… Yo qué coño sé. Parece que la vida solo consiste en trabajo, una pareja (no hablo de amor, eso es otra cosa) e hijos. PUES NO. Me niego. Voy a empezar la universidad con 32 años, ¡por la Diosa! Si creyera en todas esas gilipolleces, apañada iría. Que yo no digo que eso no vaya a pasar en mi vida, solo que no es mi prioridad máxima.

—Au, vida, vaya codazo me acabas de meter —se queja Marta.

—Lo siento, cielo, es que apenas tengo hueco para moverme.

—Pues yo no me puedo mover más hacia la puerta. Un poco más y me fundo con ella —apostillo.

—¿Ponemos música? —propone mi pichurrina desde el asiento del copiloto.

Ay, que no lo he dicho. Vamos de camino a Madrid para celebrar mi cumpleaños. Conduce Gonzalo, así que la distribución de los asientos es clara: Blanca con él y Marta, Miguel y yo detrás. Claro que el espacio en el que estamos no es demasiado grande y tres adultos no

vamos cómodos para un viaje de tantas horas. Pero, oye, no me oirás quejarme. A la pequeña Gabriela la han dejado con sus abuelos porque era inviable que viniera a un viaje como este. Además, Marta merece disfrutar y sentirse como una chica de su edad de vez en cuando. Tengo muchas expectativas puestas en este fin de semana. Es importante.

—Vale, pero que sea algo actual —recalca Marta.

—Joder, ni que fuéramos unos vejestorios —replica su hermano.

—Unos más que otros —deja caer Miguel.

Lo miro fatal. ¿Qué se ha creído el imberbe este?

—Una más de esas y te vas fuera del coche, *cuñado* —Sí, la última palabra la ha dicho con una mezcla de retintín y mala hostia.

—¡Haya paz! Ponemos la radio y punto.

Blanca toquetea los botones del coche de Gonzalo y pillamos una canción empezada. Mi pichurrina y su novio comparten una mirada. Ella, con una sonrisa inmensa en la cara; él con una mueca de fastidio.

—Otra vez… —murmura Gonzalo.

—¡Te callas, usurpador! Disfruta del momento —dice mi amiga mientras sube el volumen.

Yo me ahogo de la risa. La canción que está sonando es *Saudade*, de Diego Vega; un cantautor que empieza a despuntar en el panorama musical de nuestro país y, todo hay que decirlo, está buenísimo. Es un caramelito. Lástima que esté pillado. Marta y Blanca se han enamorado de él sin remedio.

Dos horas después, llegamos a Madrid. Me encanta esta ciudad, de verdad, y me muero de ganas de vivir aquí. Me encanta mi pequeño lugar costero donde me he criado toda mi vida, pero siento las irrefrenables ganas de mezclarme en una ciudad grande y llena de gente. Voy a echar mucho de menos mi mar, pero va a merecer la pena. Estoy segura.

Hemos reservado en un hotel del centro para tenerlo todo cerca y con garaje porque, si no, nos comíamos el coche con patatas. Además, Blanca y Gonzalo tienen fijación por los garajes. En fin, rarezas. Hacemos el *checking* y nos estamos dirigiendo cada uno a nuestra habitación cuando me doy cuenta de algo.

—¿Por qué mi habitación está en una planta diferente a la vuestra?

Todos se miran con una sonrisa.

—Es nuestro regalo. Una *suite* para ti solita, *cuñada* —me explica Gonzalo.

—¿Perdón?

—Así, si esta noche pillas cacho, tienes mucho más espacio para revolcarte —dice mi pichurrina dedicándome una mirada perversa.

—Y, al tenerte una planta más arriba, no tendremos que escuchar tus gemidos —añade Miguel. Ten amigos para esto.

—Y lo más importante es que lo pases bien, descanses y que sea especial. En una *suite* es más fácil sentirse como una princesa —aporta Marta con mucha dulzura.

—¿Por qué dais por hecho que yo vaya a follar esta noche?

—Porque no eres de las que pierden la oportunidad de estrenar una *suite* por todo lo alto —responde Blanca. Cómo me conoce, la *jodía*.

—Muchísimas gracias, pichurrines. ¡Abrazo de grupo! —grito en mitad del pasillo de los ascensores.

Después de ese gran abrazo, cada uno se va a su habitación y quedamos en el vestíbulo del hotel a las ocho y media para ir juntos al restaurante donde vamos a cenar y yo, a soltar mi

bomba. Me paro en la décima planta (por ende, mis amigos están en la novena), arrastro mi maleta hasta la única *suite* que hay y abro con mi tarjeta. Me quedo parada como un pasmarote en el umbral de la puerta, admirando el enorme salón. Joder, alucino en colores. Miro en derredor intentando fijarme en todos los detalles. Las paredes son de color crema y el suelo de tarima flotante. La estancia se compone de un sofá de cuero marrón envejecido pegado a la pared de enfrente, con sus butacones a juego situados a los lados, pero girados, de manera que quedan frente a la mesita baja, de cristal y apliques negros y metalizados, que hay frente al sofá grande. Colgada de la pared que queda a mi izquierda, hay una imponente televisión. Dios mío, imagínate ver a Rubén Cortada en una pantalla así de grande. Vamos, es que me pienso poner un capítulo de *El Príncipe* solo por probar y recrearme. Bueno, a ver, ¿por dónde iba…? (Soy mucho de distraerme hablando). Ah, sí. Debajo de esa impresionante tele, hay un mueblecito con una cafetera de cápsulas, vasos, tazas e infusiones. Por la Diosa, que en este salón se puede montar una fiesta tan a gusto.

Prosigamos…

A mano derecha, separada por una pared en forma de arco simulando una puerta, se encuentra la habitación como tal. ¿Eso es una cama *King Size*? Chillo. Sí, literalmente, chillo de emoción y me tiro a la cama sin contemplaciones. Lo a gusto que voy a dormir yo esta noche no lo sabe nadie. Bueno, dormir espero que poco, pero amortizar la cama, ya te digo yo que sí. Me levanto de la cama y voy al ventanal de la habitación, lo abro y descubro que hay un pequeño balcón en el que se pueden apreciar unas vistas de Madrid A-L-U-C-I-N-A-N-T-E-S. Apoyo los codos en la barandilla y me quedo un rato disfrutando del airecito que corre. Cómo se nota que el ambiente de Madrid es más seco que el de la costa, pero me gusta.

No sé cuánto rato después, mi teléfono empieza a sonar. Me lo saco del bolsillo trasero del vaquero y sonrío al comprobar que es papá.

—¡Hola, papi!

—Mi vida, feliz cumpleaños.

—¡Feliz cumpleaños, ángel!

—¡Felicidades, peluchita!

—¡Qué cumplas muchos más, churrita!

—¡Feliz cumple, microbio! Ay, qué mayor te nos has hecho.

Alucino.

—¿Estáis todos juntos?

—¡Sí! —responden al unísono.

—Hemos puesto el manos libres —aclara la tía Luci.

—Muchísimas gracias. Os quiero mucho.

—¿Qué tal el viaje? ¿Ya os habéis instalado? —me pregunta papá.

—Sí y no os los vais a creer. Mis amigos han reservado una *suite* para mí. Es su regalo. Alucináis si veis la habitación.

—¡Cómo me alegro, hija! Disfruta mucho. Verás que los 32 solo te traen cosas buenas.

—Gracias, papá. —Se lo agradezco de corazón.

—Ay, si hace nada eras una mocosa que perseguía a su hermana a todas partes y rescataba animalillos de la calle. ¡Con cinco años! Ay, churrita, no supero lo mayor que eres. —La tía Susi solloza.

Sí, a ver, ¿qué niña no quiere parecerse a su hermana mayor? Yo creo que todas. Nuestras hermanas mayores son las que nos abren el camino, las que nos cuidan, protegen y discuten con nosotras porque somos unos piojos pegados a su culo todo el rato. Pero nos queremos

incondicionalmente. Lo de los animalillos, ¿qué voy a decir? Siempre han sido mi debilidad y rescataba a cualquiera que pensara que estaba en peligro. Las marcas de arañazos o mordiscos que tengo grabadas en la piel son muestra de ello.

—No empecéis que lloro yo también —los regaño con cariño.

—¿Te ha llamado Zoe? —me pregunta la tía Mari.

Despego mi móvil de la oreja para mirar las notificaciones y no veo ninguna de Zoe. Ahora que lo pienso, es raro. Suele ser de las primeras en felicitarme a pesar del cambio horario.

—No, todavía no. Estará liada con algo. Seguro que no tarda.

Hablo unos minutos más con mi familia y, cuando cuelgo, me tumbo en la cama. Tengo todavía unas horas libres, así que me permito el lujo de echar una cabezadita.

A las 20:35 horas (la cumpleañera siempre debe llegar con cinco minutos de cortesía), aparezco en el vestíbulo del hotel, donde todos mis amigos me esperan.

—¡*Pichurrinos*! —grito en cuanto los veo. Varios huéspedes se dan la vuelta para mirarme, pero me importa bien poco. Hoy es mi día y voy a hacer lo que me salga del mismísimo.

Abrazo a mi mejor amiga porque me percato de que tiene un brillo especial en la mirada. Está a punto de hacer otro puchero, así que me adelanto y la achucho.

—¿Nos vamos a quemar Madrid?

—Dios, dilo más alto, Inés, que todavía no se han dado cuenta de que no somos de aquí —se queja Miguel. Yo le saco la lengua.

—Estás muy guapa, *cuñada* —me halaga Gonzalo y me da un beso en la mejilla.

—Gracias, *cuñado*. Tú sí que sabes. A ver si los demás aprendéis. No me he pasado dos horas depilándome hasta quedar como una Barbie, untándome en crema, domando esta melena —muevo mis rizos—, maquillándome y vistiéndome para que nadie lo aprecie.

Me doy la vuelta con la intención de salir por la puerta del hotel, cuando una mano me sujeta el codo, deteniéndome.

—¿A dónde te crees que vas?

Miro a Marta con una ceja alzada porque no entiendo qué quiere decir.

—¿A cenar? —pregunto con sorna.

—Mi hermano tiene razón, estás muy guapa. Este vestido y las botas te quedan increíbles, pero te falta algo.

¿Que me falta algo? Busco una superficie que me haga de espejo para mirarme. Hoy estreno un vestido camisero (bastante cortito) verde militar, con bolsillos en la parte del pecho y un cinturón que enmarca mi cintura. Además, lo llevo arremangado hasta los codos; puede que pase fresco, pero queda mejor así. Fue una ganguita que adquirí en la tienda donde trabaja Blanca y, encima, en rebajas. Para rematar el *outfit*, me he calzado unas botas Dr. Martens altas, de cordones y por debajo de la rodilla.

—Yo no veo que me falte nada.

—Nosotros creemos que sí —dice mi pichurrina a la vez que me tiende una bolsa.

—¿Y esto? —pregunto desconcertada mientras agarro la bolsa de papel marrón.

—Tu regalo de cumpleaños.

—¿¿Otro??

—Mira dentro, anda —me apremia Miguel.

Lo hago y, cuando identifico lo que es, me pongo a gritar como una loca y doy saltos alrededor de mis amigos.

—¡¡No me lo puedo creeeeeeer!! Os habéis pasado un huevo.

—¡Vamos, póntela! —me insta Marta.

Por supuesto que me la pongo y, vamos, no me la quito ni para dormir. Llevaba mucho tiempo buscando una parecida y siempre están agotadas en todas partes. ¡Por fin, tengo la *biker* amarilla que siempre he querido! Como la de La Vecina Rubia. Me muero tanto de la ilusión que me abalanzo a besar a mis amigos. Les besaría la boca a todos, pero no creo que lo aceptaran con agrado. Vuelvo a mirarme en el espejo improvisado que he encontrado en el vestíbulo y, joder, ¿quedaría muy feo que me pusiera a llorar por una chaqueta? Bueno, mi pregunta tiene respuesta pronto porque…

—Pequeña delincuente —la regaña con dulzura su novio.

—Lo siento, lo siento, ya paro.

—Vaya puto cuadro —murmuramos Marta y yo al unísono y sonreímos.

Ahora sí, estoy lista para Madrid.

Mi futuro hogar.

6
Reconocerte sin haberte conocido

Ulises

Desconecto de la conversación. Está la hostia de feo, lo sé, pero desde que estos dos han hecho las paces y son «pareja oficial» con bebé en camino, siento que me estoy volviendo diabético. Que no se me malinterprete, me alegro muchísimo de que hayan solucionado sus mierdas. Son mis mejores amigos y siempre les voy a desear lo mejor, pero es demasiado para mí.

—Uli, el jueves tenemos la primera ecografía.

Vuelvo a centrar la atención en la conversación cuando escucho mi diminutivo.

—Me alegro, chicos —les digo con una sonrisa sincera—. Seguro que sale todo genial.

He quedado para cenar con ellos en un restaurante, bastante pijo, situado en La Castellana. No me siento especialmente cómodo en lugares así, la gente me mira como si fuera un delincuente, aunque he aprendido a sudar bastante de los demás. A Sara le hacía especial ilusión venir aquí y quería que nos reuniéramos los tres para pedirme perdón por sus comportamientos de las últimas semanas. Me ha parecido una gilipollez porque son mis amigos y, aunque hayan sido unos idiotas, no considero que se tengan que disculpar por nada. Pero han insistido, así que aquí estamos.

Más tarde he quedado con mi hermana en el *pub*. Bueno, con ella, Diego, Mel, Pablo, Jandri y Adrián. Todos al completo. Por supuesto, Sarita (a ella una fiesta no se la quita nadie ni embarazada) y Lucas también se vienen. Hace tiempo que no nos reunimos todos o casi todos. Creo que la última vez fue en diciembre, en el cumple de Isla, cuando nos presentamos allí por sorpresa. Sara y Lucas no estaban, pero bueno, creo que se entiende lo que quiero decir.

Mis amigos han vuelto a hablar de mierdas del embarazo y de todo lo que tienen que organizar, así que vuelvo a desconectar de la conversación. Me recuesto en la silla a la espera de que traigan los platos principales (hemos acabado con los entrantes en cinco minutos porque la cantidad era ridícula) y pierdo la mirada en el restaurante.

El destino siempre me pareció un pequeño hijo de puta. Yo no sé si me creo eso de que todo está escrito. Me gusta pensar que mis decisiones las tomo yo y que puedo decidir sobre mi vida. Pero luego recuerdo la historia de Isla y Diego y me hace dudar. Ellos parecían que estaban destinados a estar juntos, a encontrarse siempre; ya fuera dieciocho años después o en un maldito hotel de Santander. ¿Por qué digo todo esto? Porque creo que, ahora mismo, el destino se está burlando de mí.

—AHHHHHH. ¡NO! No puede seeeeeeer.

El grito de una mujer llama mi atención, como la de la mayoría de los comensales de este restaurante, pero para mí es diferente. La atención de los demás apenas dura unos segundos; yo creo que llevo mirando a esa mujer varios minutos sin pestañear y sin cortarme un pelo. ¿De qué

mierdas me suena la rubia del pelo rizado? No puedo apartar la mirada mientras ella interactúa con el resto de personas que hay a su alrededor. Ahora mismo está abrazando a otra mujer rubia, también con el pelo rizado, pero no tanto como el de ella. Parece emocionada. Sonrío sin remedio ante la escena.

—¿Por qué sonríes? —escudriña mi amiga.

—No, por nada. —Vuelvo a centrar la atención en mis amigos, por mucho que me joda.

Pero Sarita no me cree, así que se gira sobre su silla para averiguar qué estaba mirando. Y también la ve. ¿Cómo no iba a hacerlo? Destaca entre todo el mundo con esa jodida chaqueta amarilla. ¿No había un color más cantoso?

—Es guapa. Muy guapa —me dice Sara.

—Pero mucho —corrobora Lucas, consiguiendo una mirada asesina por parte de su novia.

—¿Más que yo?

La madre que me parió. Ya empezamos.

—Por supuesto que no, nena.

«Amigo, vas a necesitar algo más que eso para convencerla.
Si es que eres un bocazas».

Dejo que los tortolitos finalicen ellos solos esta discusión absurda y vuelvo a centrar mi atención en la mesa redonda donde se encuentra la chica de la chaqueta amarilla. Están todos charlando animadamente entre risas. Hay dos tíos y cuatro mujeres…

Espera.

Hostias.

—Joder, yo la conozco —digo en voz alta, sin ser consciente. Pretendía solo pensarlo.

—¿A la rubia? —pregunta Sara.

—Sí. Bueno, no. A la rubia del pelo rizado, no, a la otra.

—La otra también tiene el pelo rizado —apostilla Lucas.

—No, coño, la otra. La del peso liso.

—También es muy guapa —observa Sara—. La cosa es que me suena de algo.

—Fue clienta.

—Ostras, ¿la que vino de fuera expresamente para que la tatuaras tú?

—La misma.

—Qué casualidad, ¿no? —dice Lucas—. Ve a saludarla y, de paso, que te presente a su amiga.

Su amiga. Joder. Me habló de ella cuando la tatué. Pondría mi mano derecha en el fuego y no la perdería a que es ella. ¡Por eso me sonaba! Me la describió tan al detalle que la reconozco sin haberla visto antes. Qué fuerte, ¿no?

—Ahora vengo —me disculpo con mis amigos.

Me levanto de la silla en un impulso estúpido. ¿Qué busco con ello? No tengo ni puta idea, pero he sentido unas ganas irrefrenables de ir a esa mesa y saludar. Y, cuando se me mete algo entre ceja y ceja, nada ni nadie me puede hacer recular.

Inés

Unos minutos antes

El restaurante es justo lo que me esperaba. Las fotos de Google no engañaban, no. Me gusta. Quizá es un poco ostentoso, pero es una ocasión especial. Por partida doble, además. Tengo muchas ganas de contarles a mis amigos la buena nueva. Sé que se van a alegrar por mí, aunque suponga tener que irme a kilómetros de casa. No estoy nerviosa, más bien ilusionada. Quiero ver sus caras, sean las que sean. Blanca va a llorar, lo sé. Llora por todo. Aunque sí es verdad que me preocupa un pelín cómo se lo va a tomar con lo sensible que está.

—¿Pedimos una botella de vino blanco? —propone Miguel.

—Cuidado, Miguelito, que luego te pones a decir lo guapos que somos todos —le reprocho con guasa.

—Déjame en paz, Inesita. Y no estaba borracho.

—Lo que tú digas, querido.

—Yo quiero zumo de melocotón —pide la pichurrina.

—Blanca, cielo, con zumo, la comida te va a saber a rayos —le advierte Gonzalo.

—Tengo antojo.

—Vas a vomitar —intervengo.

—Ese es mi problema —dice enfurruñada.

—Venga, dejadla tranquila. Los antojos son incontrolables —la defiende Marta.

Blanca le lanza un beso en señal de agradecimiento y, al final, pedimos dos botellas de Verdejo y un zumo de melocotón para la embarazada. Observo a mis amigos charlando y sonrío. Creo que es hora de contárselo.

—*Pichurrinos*, tengo que confesaros algo.

Se hace el silencio en la mesa. Todos se miran con cara de susto. Hablan entre ellos con la mirada. ¿Por qué se miran así?

—Vale, ¿quién se ha chivado? —Blanca rompe el hielo.

—Yo no —responden todos al unísono.

—¿Quién se ha chivado de qué? —pregunto escrutándolos con la mirada.

—Joder, sois unos bocazas —continúa echando pestes la pichurrina.

—¡Que no hemos sido nosotros! —exclama Miguel levantando los brazos.

—¿Entonces cómo lo sabe? —replica Gonzalo.

—Estáis dando por hecho que he sido yo —dice, ofendidísimo, Miguel.

—O mi hermana.

—Oye, guapo, ni que no me conocieras de toda mi maldita vida. No fui una chivata ni en el colegio —se defiende Marta.

Yo los voy mirando a todos como si estuviera visualizando un partido de tenis. Hay que joderse, la que han liado por una frase que he dicho. Además, no estoy entendiendo nada. Una cosa está clara: hay algo que me están ocultando y se piensan que yo lo sé. ¿Cómo han llegado a esa conclusión? Ni puta idea, pero me parece hasta gracioso lo mucho que están metiendo la pata. Decido intervenir antes de que se maten entre ellos de la manera más tonta.

—¡Me he follado a mi jefe! —exclamo. Todos paran de hablar y me miran de hito en

hito. Sobre todo Blanca—. Bien. Genial. Ya tengo vuestra atención. No, no me he follado a mi jefe, aunque no me importaría porque está bien bueno. El caso es que solo quería que me escucharais para deciros que estáis haciendo el capullo. No sé qué os traéis entre manos, pero os habéis delatado solitos. No tengo ni idea de nada de lo que habláis. Yo quería contaros una cosa, no confesaros que os he pillado en ese secreto que guardáis.

Silencio.

Miradas.

Silencio.

Más miradas.

—Pequeña delincuente, nos has delatado.

A mi pichurrina no le da tiempo a contestar porque alguien, de repente, me abraza por la espalda.

—¡Feliz cumpleaños, *little doll*! —me susurra una voz de sobra conocida.

Me levanto corriendo de mi asiento para girarme y encontrarme a Zoe sonriéndome al borde del llanto.

—AHHHHHH. ¡NO! No puede seeeeeeer —chillo.

Abrazo a mi hermana y empiezo a dar saltitos de emoción.

—¡¿Qué haces aquí?!

—Blanca me llamó y me contó lo que tenías planeado para tu cumpleaños. Sabe que hace mucho que no nos vemos. Me cuesta salir de Nueva Zelanda, ya lo sabes, pero esta es una ocasión especial. Además, ¡no conozco Madrid! ¿Qué mejor oportunidad que esta?

Me giro hacia mis amigos.

—¿Este era el secreto que guardabais?

—El mismo.

—¡Joder! Sois lo puto peor —les digo con una sonrisa en la cara.

Estoy hiperfeliz. Dios, mi hermana está aquí. A mi lado. Conmigo. Después de tanto tiempo. Además, me viene genial que haya venido Zoe, así también le cuento la gran noticia.

Un camarero muy amable pone un cubierto más y nos volvemos a sentar después de que Zoe salude con dos besos a todos mis amigos. Hemos formado un pequeño espectáculo en mitad del restaurante con tanta efusividad. Toman nota de nuestra cena y volvemos a entablar conversación. Esta vez no se me escapan.

—*Pichurrinos*, Zoe, de verdad que tenía que confesaros algo. ¿Me prestáis atención, *porfi*? Es importante.

—Me acabas de acojonar, Inés —suelta Miguel.

—Y a mí.

—Y a mí.

—Y a mí.

Pongo los ojos en blanco. Mis amigas, mi hermana y Miguel son unos exagerados. Gonzalo parece el único que tiene dos dedos de frente. Bendita paciencia. Vale, allá voy. Sin rodeos.

—Me he matriculado en la Universidad para estudiar veterinaria aquí, en Madrid. Y pretendo mudarme en junio, ya que empiezo las clases en septiembre.

Blanca escupe el zumo.

A Miguel se le cae el tenedor.

Marta abre la boca sorprendida.

Gonzalo blasfema y ayuda a su novia a limpiarse.

Zoe me mira con el ceño (muy) fruncido.

Los miro a todos a la espera de que alguien diga algo. O que haga una mueca. O que gruña. O que llore. No sé. Algo. Están como congelados.

Cuando voy a intervenir de nuevo, porque no soporto este silencio asqueroso que se ha creado, noto que una mano se posa en el respaldo de mi silla. Levanto la vista para mirar quién coño es.

¿Y este tío? Que yo sepa no lo conocemos. Miro a mi pichurrina, que está sentada a mi izquierda, porque también parece haberse quedado clavada en el sitio.

—¿Blanca? Eres tú, ¿verdad? —saluda con mucha familiaridad el tatuado.

Voy a intentar resumir el aspecto del hombre que, con toda la osadía, se ha apoyado en el respaldo de mi silla. Hasta noto como si parte de su mano atravesara la tela de mi ropa. Es extraño. Bueno, a lo que iba (maldita mente dispersa): buena mata de pelo oscura, corte cuidado, pero con unos mechones rebeldes que caen con gracia sobre su frente; ojos claros, verdes, hipnóticos; barba de pocos días, bien recortada; boca carnosa (muy apetecible, todo hay que decirlo), más grueso el labio inferior que el superior; camisa blanca arremangada hasta los codos; pantalones vaqueros negros y Convers negras. Y, por último, pero no menos importante, tatuado. Joder. Muy tatuado. Aparte de los brazos, puedo apreciar que la tinta negra de sus tatuajes se transparenta a través de la camisa.

Creo que he hecho un resumen muy sencillito, ¿verdad? Así, a rasgos generales y eso. No estoy, para nada, impresionada de que Blanca conozca a un tío así.

—¿Ulises? —pregunta mi amiga, algo desconcertada.

A mí, no sé por qué, me da por mirar a Gonzalo. Casi no me aguanto la carcajada al ver su cara. Está entre sorprendido, enfadado, confuso e irritado. Ay, amigo, los celos. Y compararse, compararse es como un veneno silencioso.

Blanca sale de su estupefacción y se levanta a saludar al tal Ulises. Todo hay que decirlo, tiene un nombre bonito. La cosa es que me quiere sonar de algo. Ellos se dan dos besos ante la atenta mirada de todos. Gonzalo creo que se ha quedado en *shock*.

—Guau. Vaya. Enhorabuena —le dice Ulises al ver su desarrollada barriga—. Sí que han cambiado las cosas desde que nos vimos.

—No sabes cuánto. —Mi pichurrina sonríe llena de felicidad—. Chicos, él es Ulises, tatuador y responsable de esta maravilla de tatuaje. —Se señala la parte del antebrazo donde se tatuó una montaña rusa minimalista con una explosión de colores por detrás simulando luces de Navidad.

Blanca nos va presentando uno por uno y me deja la última. Cuando pronuncia mi nombre, Ulises posa sus (preciosos) ojos sobre mí y es como si hubiera tocado un cable pelado, pero sin tocarlo. He sentido una electricidad extraña que me desconcierta. Le mantengo la mirada porque tíos así no me suelen intimidar, aunque percibo una intensidad en el verde de su iris que no alcanzo a entender. Parece… ¿reconocimiento?

—Inés —murmura sin dejar de mirarme—. ¿La misma que te aconsejó que me dieras charla?

—La misma —respondo yo por mi amiga. Ese es el truco que yo utilizo para desviar la atención del dolor y siempre me funciona. Me consta que a mi pichurrina también le funcionó.

—Hola. —Creo que me lo dice a mí, aunque levanta la vista para dirigirse a los demás—. Encantado y perdonad por haberme acercado así. Espero no haber interrumpido nada importante.

—Pues la verdad es que sí —salto—. Estábamos en medio de algo crucial.

Sí, he exagerado un poquito, pero es que de verdad ha interrumpido MI momento. Ese

que llevo semanas esperando. Les estaba contando algo importante a mis amigos, leche.

Me mira.

Ulises vuelve a mirarme.

Corrijo: me atraviesa, pero no reculo ni un ápice.

—Lo siento, de verdad. Solo quería saludar. Me alegra haberte visto, Blanca.

El tatuador retira la mano de mi silla y gira sobre sus talones para volver a su mesa. Centro la atención en mis amigos, que siguen *shockeados* con la presencia del tal Ulises, con la intención de seguir hablando de lo mío, pero vuelvo a notar su mano apoyada en mi respaldo. ¿Otra vez está aquí?

—Blanca, perdona. —Ulises me mira fugazmente—. Después de cenar he quedado con mi hermana y unos amigos para tomar algo en un *pub*. Está aquí al lado. Por si os apetece pasaros.

Todos nos miramos sin saber qué decir. Como ve nuestra indecisión y sorpresa por esta «invitación», él nos da el nombre de ese local por si al final nos animamos y vuelve a irse.

—¿Podemos volver ya a lo mío? —pregunto exasperada. ¡Cuánta interrupción!

—¿No vamos a sopesar lo de ir al *pub* ese? —pregunta, a su vez, Marta.

—No —niego rotundamente—. Chicos, en serio, esperaba otra reacción por vuestra parte.

—*Little doll*, es que nos hemos quedado un poco a cuadros —interviene Zoe—. No fuiste a la universidad en su día porque decías que estudiar no era lo tuyo.

—Lo sé, lo sé. Pero es que a los dieciocho años no era mi momento. Ahora siento que sí lo es. Sabes que es mi pasión desde pequeña y lo he pospuesto mucho. Quiero intentarlo, si no, no me lo voy a perdonar nunca.

—Dios, Inés, ¿te marchas? —pregunta Marta con los ojitos brillantes.

—No me queda de otra. —Me encojo de hombros—. La universidad está aquí.

—¿Te vas de la empresa?

—Sí. Tengo algo de dinero ahorrado para sobrevivir hasta que encuentre algún trabajo a media jornada para mantenerme aquí. Pero sí, voy a dejar la empresa.

—¿Por eso lo de venir a Madrid por tu cumpleaños? Muy poético, sí, señora. —Llámame avispada, pero creo que Gonzalo lo ha dicho con un poco de mala baba.

—No voy a pedir disculpas por intentar alcanzar mi sueño. Eso lo tengo claro. Solo esperaba que me apoyarais.

—Pero vas a pasar mucho tiempo aquí. Te marchas de nuestra ciudad, Inés. —Creo que Marta ha entrado en bucle.

—Adoro nuestra ciudad, os adoro a vosotros y os voy a echar muchísimo de menos, pero las oportunidades están aquí, chicos. Iré cada vez que pueda. En fiestas, puentes, fines de semana… Esto solo es algo temporal.

Nos sumimos otra vez en el silencio. Joder. No buscaba que decayera el ánimo tanto. Solo pensé en que se alegrarían de que, por fin, me haya atrevido a cumplir mi sueño. Claro que no me paré a pensar todo lo que significaba venirme a vivir a esta ciudad. Eso me hace pensar…

Me giro hacia mi izquierda, donde se encuentra mi pichurrina, la cual no se ha pronunciado todavía sobre lo que he dicho. Se me parte el alma en cuanto la miro.

Joder.

—Pichurrina —susurro y, rápidamente, achucho a mi amiga.

Está llorando a lágrima viva. En silencio. Se le ha corrido todo el maquillaje y tiene los labios hinchados de tanto mordérselos. Mierda. Me echo a llorar. ¿Cómo he podido ser tan

insensible? Blanca es la que peor lo va a pasar con esto. No vamos a estar juntas tanto como lo hemos estado desde que nos conocemos. No voy a poder presentarme con una botella de tequila (o, ahora con la maternidad, zumo de melocotón) cuando esté triste o cabreada o feliz.

—Cariño, venga, no llores más —intenta consolarla Gonzalo acariciando su muslo—. Si tú estás triste, el bebé está triste.

Mi sobri. No, eso sí que no. A Blanca y al pequeño no les conviene un sofocón así. Cruzo una mirada de preocupación con mi *cuñado*.

—Pichurrina, vamos al baño. Hablamos y nos tranquilizamos, ¿vale?

Ella asiente, la ayudo a levantarse porque la tripa le pesa, y nos dirigimos a los servicios. Debemos de estar dando un espectáculo alucinante al estar llorando como magdalenas en medio de un restaurante. Quizá un baño no sea el lugar idóneo para mantener esta conversación, pero mi mejor amiga y yo necesitamos hablar solas. Por el camino, me cruzo con la verdosa mirada de Ulises y vuelvo a sentir que me atraviesa. Veo la pregunta en sus ojos, pero retiro la vista de él y me centro en Blanca. Cuando llegamos al baño, Blanca se sienta en uno de los inodoros; yo cojo papel para secar las manos, lo humedezco un poco y le limpio los restos de maquillaje.

—Siempre has estado preciosa con la cara lavada —le digo.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —pregunta en un hilo de voz.

Cierro los ojos porque ese golpe me duele. Tiene razón. Tiene toda la maldita razón. Debí contárselo a ella antes que a nadie.

—Perdóname, debí hacerlo. He sido una capulla. Dios, pichurrina, me siento fatal. Quería traeros aquí para que viéramos juntos dónde voy a estudiar. Porque sois muy importantes para mí y quería hacerlo con vosotros. Pero debí contártelo antes y no hacerte pasar este sofocón.

—Inés… —Parece que va a decirme algo, pero, de repente, se pone la mano en la boca —. Voy a vomitar.

Levanta corriendo la tapa del váter y echa toda la cena. Joder, ahora me siento peor. Le sujeto el pelo y la frente como he hecho mil veces en alguna de nuestras míticas borracheras, solo que ahora el vómito se lo ha provocado mi noticia. Le acaricio la espalda con mimo mientras se recupera. Tira de la cadena, se limpia la boca con un trozo de papel, cierra la tapa y vuelve a sentarse.

—Puto zumo de melocotón.

Me enternece que, a pesar de estar mosqueada conmigo, Blanca intente no hacerme sentir mal culpando al zumo de su malestar.

—Lo siento tanto, pichurrina. Tanto, tanto.

—Inés —empieza a acariciarme los rizos—, me alegra muchísimo que hayas decidido dar el paso y empezar a estudiar la carrera de tu vida. De verdad, estoy muy orgullosa de ti. Pero, el hecho de que no estés solo a unas calles de distancia, me pone profundamente triste. —Hace un puchero—. ¿Qué voy a hacer sin mi mejor amiga a mi lado?

Comienza a llorar otra vez. Y yo con ella. La abrazo y nos acunamos mutuamente mientras nos desahogamos. ¡A la mierda el maquillaje! ¡A la mierda todo!

—Volveré siempre que me necesites, pichurrina —musito—. De hecho, tenía pensado regresar la semana antes de que salgas de cuentas. Por nada del mundo me pierdo el nacimiento del bichín. Solo quería mudarme en verano para adaptarme a la ciudad antes de empezar las clases, buscar piso, trabajo…

—Y me parece genial, Inés, de verdad. Es solo que no lo esperaba. Nunca pensé que fuera a tenerte lejos durante tanto tiempo.

—Te quiero, pichurrina. Aunque esté lejos físicamente, siempre voy a estar contigo. Lo

dejaría todo si me necesitas.

Es bonito encontrar una pareja con la que compartir tu vida, sueños, metas, aspiraciones, etc. Es bonito encontrar alguien que te suma, que te da la mano por la calle, que te besa cuando menos te lo esperas, que te compra helado de pistacho cuando tienes un mal día. Sí, eso es precioso. Pero no es comparable a encontrar al amor de tu vida en forma de amiga. Blanca es mi alma gemela; lo supe en cuanto crucé una mirada con ella en el baño de aquel bar hace diez años. Es la persona en la que puedo confiar a ciegas, pase lo que pase. El hombro en el que llorar. La que se deja liar por mí para emborracharnos con la excusa de que «nosotras lo valemos» y no porque en realidad estamos hechas una mierda. La persona a la que defendería a capa y espada aunque no tuviera razón. La que me entiende solo con mirarme a los ojos. La que conoce todas mis manías, gestos, muecas y demás rasgos de mi personalidad. La que me dice a la cara que mi risa es «peculiar» (en el mal sentido) y consigue que no me ofenda por ello. Mi hermana de no sangre.

—¿Se os ha tragado el retrete? —Oigo la voz de Zoe fuera del cubículo en el que Blanca y yo estamos metidas.

Salimos de nuestro escondite más recuperadas. No solo está mi hermana, sino también Marta, que nos mira con cara de preocupación y se lanza a abrazarnos. Al separarnos, lo primero que hacemos mi pichurrina y yo es mirarnos al espejo, compartimos una mirada a través de él y nos partimos de risa.

—Dios, parecemos unas drogadictas ahora mismo. —A Blanca le da un ataque de risa.

—Tenéis una pinta horrible, la verdad —apostilla Zoe.

—Bueno, chicas, vamos a lo importante esta noche. —Marta alza sus cejas—. Vamos a aceptar la invitación del tatuador, ¿verdad?

Ruedo los ojos.

—¿Por qué deberíamos aceptarla? Garitos en Madrid hay a patadas.

—Ah, ¿sí? ¿Conoces alguno?

—No, pero seguro que no es difícil encontrarlos.

—Yo quiero ir —dice Zoe—. Ulises está buenísimo. ¿Tú lo has visto bien?

—Así por encima —miento como una bellaca.

—No paraba de mirarte —me dice Blanca—. Creo que te ha reconocido.

—¿Reconocido? Pero sí no nos hemos visto antes.

—No, pero —Blanca pone ojitos de cordero degollado— tú me dijiste que le diera conversación y le hablé *mucho* —enfatiza esta palabra— de ti.

—Define «mucho».

—Hasta el punto de reconocerte sin haberte visto nunca.

«Pues qué bien».

—Supongo que todas queréis ir, así que no seré yo quien os joda la ilusión.

Ulises es un bombón, hay que reconocerlo. ¿Es un tío que me llevaría a la cama? Sin dudarlo. Pero hay algo que me frena y no sé qué es. Como ya he dicho, hombres así no me intimidan, pero su mirada ha conseguido ponerme nerviosa. Y solo hay dos cosas en la vida que a mí me pongan nerviosa y él no es una de ellas. Ni lo va a ser.

—Por cierto, ha pagado Gonzalo. Hay que hacerle *Bizum* —informa Marta.

—Joder, ¿en serio? —me quejo—. ¿Y no puedo pagarle en efectivo?

—No me seas ridícula, hermana. Todo el mundo usa *Bizum*.

—Odio la banca *online*. No me aclaro y me siento estúpida.

—Yo te ayudo, anda —me dice mi pichurrina.
¿Qué haría yo sin mi alma gemela? Nada.

7

Mezcladísimos

Ulises

Miro el reloj por décima vez en cinco minutos. No sé en qué estaba pensando cuando invité a un grupo de desconocidos a venir con nosotros. Tampoco entiendo por qué esperaba que fueran a venir. Joder, ¿no podía tener la boca cerrada? Seguro que he hecho un ridículo de órdago. En fin, a lo hecho, pecho. Pero vuelvo a mirar la entrada del local, poniendo mis ojos encima de cada rubia que veo. Porque en ese grupo había tres chicas rubias, no porque… Da igual.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta mi hermana levantando sus cejas.

—¿Yo? No. ¿Por qué?

—No paras de mirar la puerta ni el reloj. Bueno, sé que tú miras mucho la hora todo el rato, pero me refiero a más de lo habitual.

—Es solo que…, nada, me he encontrado a una conocida con sus amigos en el restaurante y les he invitado a venir, pero no creo que lo hagan —le cuento a Isla fingiendo despreocupación.

—Esa conocida…

—Esa conocida —la interrumpo— fue clienta mía, tiene pareja y está embarazadísima.

—Entonces esperas a alguna amiga suya —tantea mi hermana.

—Isla, coño, ¿podemos dejarlo? No espero a nadie.

Retiro la vista de mi hermana (sí, vuelvo a mirar a la puerta) y le doy un trago a mi copa.

—¿Qué os traéis entre manos vosotros? —pregunta Mel sentada sobre las rodillas de Pablo, su novio.

—Cosas de hermanos —le contesta Isla.

—¡Alejandra! Esa era mi copa —le espeto.

Joder. Siempre le pasa igual. Acaba dejando su cubata en cualquier lado y, como luego no lo distingue, coge el primero que pilla. No tiene remedio la enana.

—Princesa, haz el favor de dejar tu bebida en un mismo sitio. Nos estás volviendo a todos locos.

—Al único al que quiero volver loco es a ti —le replica a su novio, Adrián.

La madre que me parió. Solo se me ocurre a mí salir con parejas. En cuanto estén un poco más borrachos, van a empezar a follarse encima de la ropa. Te diría que menos mal que Sarita no bebe, pero es que a ella no le hace falta ir borracha para lanzarse al cuello de Lucas. ¿Quién me mandará a mí? Me levanto de mi sitio con la intención de ir al baño a… Yo qué sé. A alejarme de tanto mamoneo. Pero en cuanto me he apartado un poco de la pequeña mesa en la que nos encontramos los nueve, alguien me llama y no es ninguno de mis amigos. Me giro sobre mis talones y los veo. Bueno, en realidad, a la primera que veo es a Blanca seguida de su grupo. Me acerco de inmediato a ella, aunque mis ojos me traicionan y no pueden evitar buscar a la chica de

la chaqueta amarilla. No tardo en localizarla; es la mujer que más llama la atención de todo el puto local.

—Hola, Blanca y compañía —saludo de la manera más normal que puedo. Y digo normal porque no quiero que se me note que estoy excesivamente nervioso.

—Está muy chulo el sitio —apunta la única morena del grupo.

—Venid, os presento a los demás.

—No queremos molestar. Estás con tus amigos —interviene la rubia. Inés, quiero decir —. Nosotros estaremos por ahí.

—No es molestia, mujer. Cuantos más seamos, mejor.

Buen intento, rubita. Creo que no le he caído nada bien. Está demasiado a la defensiva y no entiendo por qué. No me ha dado tiempo a hacerle nada. Ni siquiera hemos cruzado dos frases.

—¡Chicos! —Me dirijo a mis amigos—. Ellos son Blanca, Gonzalo, su chico; Marta, la hermana de Gonzalo; Miguel, el novio de Marta; Inés y Zoe. Son hermanas.

—Caray, qué buena memoria —me halaga Blanca.

Sonrío en agradecimiento. Es verdad que tengo muy buena memoria. Podría haber sido un estudiante de la hostia, pero no era lo mío. Mi pasión siempre fue dibujar, pintar, los colores, las formas… Por eso me dedico a lo que me dedico.

Mis ocho amigos se levantan a la vez para saludar a los recién llegados.

—¿Isla? —Escucho que alguien dice el nombre de mi hermana. Cómo no, es la rubita. Bueno, Inés. Joder, ¿por qué hay tantas rubias?

—Sí. —Mi hermana se queda un poco cortada. Siempre le pasa cuando se presenta a alguien nuevo—. Lo sé, es un nombre peculiar. Encantada, soy la hermana de Ulises.

Mi hermana le explica que su nombre es típico en Nueva Zelanda y acaban enredándose en una conversación muy animada porque, por lo que puedo oír entre el barullo, parte de la familia de Inés es de allí y, de hecho, Zoe también interviene en la conversación y le cuenta que ella vive en Auckland. Esbozo una sonrisa al escucharlas. Se han caído bien enseguida. Eso me gusta. Me resulta muy curioso que tengan algo tan especial en común. Isla se sienta junto a ellas para seguir charlando. Observo a mis amigos interactuar con los recién llegados y veo a Blanca llorar como una magdalena. Me acerco de inmediato.

—Blanca, ¿estás bien?

—Se ha quedado *shockeada* —me cuenta Marta—. Bueno, en realidad, nos hemos quedado *shockeadas*, solo que Blanca lo exterioriza llorando.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ha sido culpa mía —interviene mi cuñado.

Hostias.

Joder, es verdad.

Que Diego es famoso. A veces se me olvida, lo juro.

—¿Culpa tuya? ¡Casi gritamos al verte! —replica la morena. Blanca solo llora y los mira —. Somos muy fans tuyas y de tu música.

—¿Fans? —replica Gonzalo—. Lo vuestro roza la obsesión, hermana.

—¡Pero no digas eso, imbécil! Se va a pensar que somos unas locas.

Me echo a reír. Joder, Gonzalo y Marta me recuerdan mucho a Isla y a mí. Me gustan. Me caen bien. Por el rabillo del ojo, veo a un torbellino rubio acercarse. Cuando está frente a su amiga, echa a Gonzalo de su sitio y la abraza.

—Pichurrina, ¿qué pasa ahora?

¿*Pichurrina*? Dios, es ridículo.

—Diego Vega —murmura Blanca, un poco más repuesta.

—¿Ha sonado una canción suya? No me he dado cuenta. ¿Por eso lloras?

—No, Inés. —Blanca señala a su derecha.

—¡HOSTIAS! Mierda, perdón por gritar. Vale. —Respira profundo—. Voy a comportarme como una persona normal. Encantada, Diego. Soy Inés, la mejor amiga de esta mongola que llora hasta cuando estornuda. Pero es culpa del bichín que lleva dentro, ella no suele ser tan llorona.

Suelto una carcajada que no puedo contener. Eso hace que me gane una mirada matadora por parte de Inés. Joder, parece una mujer muy maja, ¿por qué tiene esta actitud conmigo? No hace falta ni que me hable para ver lo borde que está siendo; sus miradas me taladran.

—Encantado, Inés. —Diego se inclina para darle dos besos—. ¿Me permites que me siente un momento al lado de Blanca?

La rubita no lo duda ni un segundo. Cuando mi cuñado ha ocupado su lugar, se pone a charlar animadamente con Blanca, que parece recuperada de la sorpresa inicial.

—¡Ulises! —me reclama Sara.

Me acerco al otro lado de la mesa donde se encuentran sentados. Estamos todos mezcladísimos. Parecemos un grupo de amigos que llevan juntos toda la vida y no una panda de desconocidos que se acaban de ver por primera vez.

—Dime, Sarita.

—¿Me pides un zumo de piña?

Alzo una ceja con extrañeza.

—Cielo, no creo que en un sitio así haya zumitos precisamente.

—Pregunta por si acaso, anda.

—Oye, ¿y tu novio no tiene piernas? ¿Dónde está Lucas?

—Fumando fuera. Luego irá al baño a comerse un chicle de menta y a intentar quitarse el olor a tabaco. Le he prohibido que se acerque a nosotros —se señala su tripa— apestando a humo.

Pobre Lucas, la que le ha caído con la sargento Sarita.

Asiento, accediendo a su petición, y me abro hueco entre la gente para llegar a la barra. La hostia, ¿cuándo se ha llenado tanto esto? Cuando consigo llegar a mi destino, veo a los camareros yendo de un lado a otro como si tuvieran un petardo en el culo.

—¡Perdona! —le grito a un camarero.

Me pide un minuto con la mano (es un gesto universal) y apoyo los codos en la barra mientras espero. Al momento los despego. Joder, está muy pegajosa.

—Perdona, dime. —Vuelve el camarero.

—¿Tenéis zumos?

—¿Zumos?

—Sí, zumos.

—¡Oye! ¿Tenéis zumos?

Me giro hacia mi izquierda cuando oigo su voz haciendo la misma pregunta que acabo de formular hace treinta segundos escasos. Una de dos, o me estoy emparanollando muy fuerte o esta tía está en todas partes.

—¿Me estáis vacilando? —pregunta confundido el camarero.

—No —le responde Inés superseria—. ¿Tengo cara de bromear?

—¿Y yo? —inquiero aguantándome la risa.

—No, no, perdonad. Nadie suele pedir zumos en un sitio como este. Es raro.

—Mi amiga está embarazada —respondemos al unísono.

Inés y yo nos miramos. Más bien, nuestros iris se enredan durante unos segundos que se me antojan eternos.

—No tenemos zumos, solo refrescos —nos informa el camarero y, al oírlo, nos obligamos a romper el contacto visual.

—Ponme un Nestea, entonces. Sara no para de quejarse de los gases que tiene desde que está embarazada —le cuento a Inés, no sé por qué.

—Que sean dos —pide ella—. A Blanca le pasa lo mismo. Dice que bastante tiene con su barriga como para sentirse más hinchada de lo estrictamente necesario.

Nos reímos. Compartimos una broma que me parece íntima. No tengo ni idea de por qué, pero ha habido complicidad. ¿O no? Cojones, ¿qué me pasa?

Llevamos los refrescos a nuestras respectivas amigas, que están enfrascadas en una conversación sobre sus embarazos. En serio, estoy sorprendido de lo mezclados que estamos, como si lleváramos juntos toda una vida o como si una fuerza extraña nos hubiera juntado por estar destinados a ello.

Intento localizar mi copa entre la multitud de vasos que hay en el rincón en el que hemos acampado. No la veo. Juraría que la dejé donde estaba Diego, pero, claro, aquí todo el mundo se ha ido moviendo de sitio. Ahora Diego está charlando con Gonzalo de algo que no logro escuchar y ni rastro de mi bebida. Hasta que algo me hace clic en la cabeza.

—¡Jandri, esa es mi maldita copa! —grito en su dirección.

—Ups. —Se encoge de hombros con una sonrisita. Va etílica perdida, la tía.

Niego con la cabeza varias veces. A las amigas de Isla parece que les falta un tornillo. Me caen bien, que no se me malinterprete, y lo son todo para mi hermana, pero especialitas son un rato. Y poco disimuladas, también, que una cosa es tener ojos en la cara y otra desnudarme con ellos cuando sus novios están presentes. Se piensan que no me doy cuenta.

«Ay, almas de cántaro, cuando vosotras vais,
yo he vuelto tres veces».

Debo de parecer alguien bastante asocial porque no me estoy relacionando nada. Los veo a todos tan enfrascados en sus conversaciones que siento que no encajo, que soy la pata que sobra de un banco. Aun así, me siento feliz de que se lo estén pasando tan bien. Dirijo una última mirada a la rubia superborde antes de volver a la barra a por otra copa. Debe de notar enseguida que la miro porque deja de prestar atención a mi amiga Sara y levanta la vista hacia mí. Retiro mis ojos enseguida.

«Joder, qué pillada».

¿Por qué no puedo dejar de estar tan pendiente de ella? Está muy buena, sí. ¿Pero solo por eso? No, no soy tan superficial. ¿Es porque es la única soltera? Puede ser, ¿no? Aquí, al parecer, está todo el mundo emparejado menos ella y yo. ¿Es empatía por estar en la misma situación? No, mierda, también está Zoe, que no sé si tiene pareja o no, pero no viene acompañada. Entonces, ¿por qué Zoe no llama nada mi atención? ¿Por qué toda la acapara Inés? No sé, me estoy rayando la cabeza. Será mejor que vaya a por mi copa y me relaje.

Le pido un Barceló con Coca-Cola al mismo camarero que me ha atendido antes y me siento en uno de los taburetes que se han quedado libres.

«Dios, qué milagro».

Empiezo a dar sorbos pequeños a la bebida mientras observo todo el local. La música está bastante bien, pachangueo puro y duro, y el ambiente está animado. Hay mucha gente bailando, la mayoría chicas que apenas rozarán los 20 años, y eso me hace sentir terriblemente mayor, aunque todavía me quede un año para alcanzar la treintena.

Me cago en la leche. No sé qué bicho me ha picado últimamente, pero estoy de un tonto que no me aguanto. Entre sentirme un poco solo y viejo, estoy para que me encierren.

—¿Qué haces aquí solo?

¡Hostias!

—¡Joder, qué susto, rubia!

—¿Tan fea soy?

—¡No! Joder, no.

—¿Eso es que te parezco guapa? —pregunta esbozando una sonrisa muy poco inocente.

—No me líes, torbellino. Me refería a que no te esperaba.

—¿Torbellino? —Se lleva un dedo a la barbilla y se queda pensativa—. Antes me has llamado *rubia*.

—Sois muchas rubias en tu grupo. Necesito diferenciarte.

«Mierda, Ulises, eso ha sonado muy
a que estás pendiente de ella».

—Mmm, me gusta *torbellino*.

—Me alegro.

—Tú tienes cara de *pocholito.*

—¿¡Qué!? —exclamo contrariado—. Ni de puta coña, Inés.

—¡Pero si es un mote genial!

—Es ridículo.

—Aburrido.

—Borde.

—¿Borde yo? Pero si soy supersimpática.

—Pues será con el resto del mundo; conmigo no.

—¿Ahora no estoy siendo simpática?

Más me vale que me arme de paciencia. La noche va a ser larga.

Muy larga.

8

A él no he podido anticiparme

Inés

Borde dice el tío. ¿Yo? Yo soy lo más abierto que ha conocido el ser humano. Oh, Diosa, espera. Borra eso, ha sonado fatal. Me refiero a que no me cuesta relacionarme con la gente. Se me da muy bien hacer amigos. Nunca, nadie, en toda mi vida, me había dicho al conocerme que soy «borde».

—Ahora se podría decir que sí. En el restaurante, por ponerte un ejemplo, has sido bastante borde conmigo.

Uy, quizá tenga algo de razón. No estuve fina yo ahí, no, pero es que fue muy inoportuno. ¿No pudo elegir otro maldito momento para hacer su aparición estelar?

—Es que fuiste muy inoportuno —le hago saber—. Estaba contando algo importante. Solo quería que te fueras.

Ulises esboza una sonrisa histriónica. Está entre la incredulidad y la mala leche.

—Perdóname la vida. Intentaré que mis poderes de adivinación sean más precisos la próxima vez para no molestar.

Nos retamos con la mirada. No me gusta su sarcasmo. Supongo que a él tampoco el mío. Tampoco me gusta este mal rollito que se ha creado tan tontamente, así que intento romper el hielo de alguna manera.

—¿En qué estabas pensando antes? Me da la sensación de que he interrumpido alguna clase de pensamiento trascendental.

La expresión de Ulises parece relajarse. Punto para mí. ¿Ves? Se me dan bien las relaciones sociales.

—Pensaba en que me siento viejo, la verdad —confiesa esbozando una sonrisilla pudorosa.

—¿Viejo? ¡Pero si pareces más joven que yo!

—Veintinueve —me indica—. ¿Y tú? No creo que seas más mayor que yo.

—Hoy he cumplido 32, yogurín. Bueno, de hecho —agarro su muñeca izquierda y me la acerco a la cara para ver la hora en su reloj—, hace diez minutos que ya no es mi cumple. Así que ni se te ocurra quejarte de tu edad delante de una que ya pasa la treintena.

—Vaya, pues felicidades atrasadas. Dicen que los treinta son los nuevos veinte.

—No sabes hasta qué punto —murmuro.

Ulises frunce el ceño y, al instante, arquea las cejas como si se hubiera acordado de algo. Creo que hasta puedo apreciar cómo las piezas del puzle encajan en su cabeza. La pregunta es, ¿qué puzle?

—¿Puedo preguntarte qué es eso tan importante que les estabas contando a tus amigos

cuando te he interrumpido?

Lo miro con intensidad, como si intentara colarme en su cabeza para ver de primera mano cómo ha insertado la última pieza del puzle. Es como si mi respuesta anterior le hubiera dado la clave y lo hubiera relacionado con «eso tan importante» que tenía que contar. ¿No es extraño?

Sonrío con ilusión antes de contestar. A pesar del drama que he vivido en el restaurante con mis amigos, la ilusión por este nuevo comienzo es imposible que se esfume.

—Les estaba contando que me he matriculado en la universidad y que me mudo a Madrid mientras esté estudiando la carrera.

Ulises abre los ojos con sorpresa.

—Guau, ¿en serio? ¿Y qué vas a estudiar?

—Veterinaria. Siempre se me quedó la espinita clavada. No fui a la universidad cuando, supuestamente, tenía que hacerlo. No me gustaba mucho estudiar y tampoco sentía que fuera mi momento. Pero ahora siento que sí lo es.

—Todos mis respetos hacia ti. Si es tu sueño, lucha por él. Nunca es tarde.

Chocamos nuestras copas. A todo esto, he pedido una ginebra con *Schweppes* de limón mientras hablaba con Ulises y me he sentado en el taburete de al lado. Me gusta que no haya mencionado nada sobre sí estoy loca por ir a la universidad con mi edad. Ni que lo haya visto como una tontería. Me gusta que no me haya juzgado y que me haya animado a perseguir mi sueño.

—Sí, bueno, tener sueños está genial, pero es poco realista. Nadie te habla de lo que supone mudarse a una ciudad que no es la tuya, ni de la pasta que me voy a dejar en el alquiler de un piso durante cinco años, ni de lo difícil que va a ser encontrar curro a media jornada, ni lo que voy a echar de menos a mis amigos y a mi familia…

—Por eso Blanca lloraba en el restaurante, ¿no?

Qué observador el tatuador.

—Sí, Blanca es como mi hermana. Bueno, sin el «como». Se ha llevado un buen sofoco al saber que voy a vivir lejos de ella durante cinco años.

—Cuando vino al estudio a tatuarse no paró de hablar de ti. Se nota que te quiere mucho.

Me emociono y no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas, aunque no derramo ninguna. Empiezo a abanicarme como si así se me fueran a secar. ¿No es ridículo? Eso es imposible, aunque muchos hagamos ese gesto.

—Uff, perdona, ¿eh? —Sonrío intentando quitarle importancia a la situación—. No suelo emocionarme tan fácilmente.

—Tranquila, Inés. —Trago saliva al ver cómo su nuez se desliza por su garganta al pronunciar mi nombre. Por la Diosa, qué erótico—. Emocionarse es humano, no hace falta esconderse. Esta sociedad de mierda nos ha enseñado que tenemos que ser fuertes, pero no que no se acaba el mundo si tenemos momentos de debilidad. «El mundo no es para los débiles». ¡Qué soberana mierda!

Me quedo perpleja con su diatriba.

—Cuánta razón, pocholito, cuánta razón.

—Ni se te ocurra llamarme así delante de nadie —me advierte apuntándome con el dedo.

—¿Eso significa que puedo llamártelo si estamos solos?

—Ya me estás liando otra vez. No, no me llames así en ninguna circunstancia.

—Aburrido.

—Cursi.

Bufo.

Qué pesadito es, pero la conversación me está resultado muy agradable.

—¿Y tú eres de Madrid? —pregunto para cambiar de tema.

—Nacido y criado. Bueno, criado a medias. He pasado gran parte de mi vida en el pueblo, pero los nueve meses de colegio o instituto los pasaba en Madrid. ¿Has encontrado ya piso por aquí?

—No he empezado a buscarlo. Pretendo mudarme en junio —le cuento—. Tengo dos meses para organizarme. Solo espero tener suerte y encontrar algo pronto.

Ulises deja de prestarme atención y mira a algún punto del local. Es Isla, su hermana, que lo llama para que se acerque. Él asiente y le pide un momento con un gesto de la mano.

—Espero que tengas suerte. Aquí tienes un amigo en Madrid si lo necesitas. Voy a ver qué quiere Isla.

—Claro, ve —lo apremio.

Ulises se levanta de su taburete y me quedo sola en la barra, terminándome mi copa. Me bebo el culín de un sorbo y me adentro en la pista. Me apetece bailar. Me ha gustado hablar con él. Ha sido agradable, después de todo, aunque todavía siento los nervios agarrados al estómago y eso lo odio. No sé qué tiene o qué hace para provocar ese efecto en mí, pero lo provoca. Y no me gusta perder así el control de mi cuerpo. Me conozco bastante bien y tengo localizadas todas las situaciones que me ponen nerviosa, lo cual me permite anticiparme. Pero a él no he podido anticiparme. Él es una situación nueva; una que me inquieta a pesar de que lo disimule con capas y capas de simpatía e ironía. Voy a pensar que me ha impresionado y ya está. Lo reconozco: Ulises me ha impresionado. Y no pasa nada. ¿O sí? No, no pasa. ¿Y si me acuesto con él? Quizá resuelva la situación. Una vez conoces a una persona en la cama, desaparece el misterio. Pero ¿y si me gusta tanto que quiero repetir? Eso sería una gran cagada. Soy de las que se enamoran con un solo pestañeo. No me conviene en absoluto.

Ay, joder, qué puto cuadro.

9

Un beso de improviso

Ulises

Creo que nunca había visto a mi hermana en este plan y me acojona. Bueno, es que desde que lo dejé con Laura, no he vuelto a tener pareja ni he ligado delante de ella, así que estoy un tanto agobiado con la situación.

—¡Que no me voy a acostar con ella, Isla!

—¿Y por qué no? Ulises, está soltera. ¡Anda, como tú! Pegáis. Tenéis química. Seguro que si te lo curras un poco, surge algo.

—¿Y esta obsesión por que eche un polvo a qué viene?

—A que estás muy mustio, hermano. Hace días que estás rarísimo. Creo que un meneo al cuerpo te vendría fenomenal.

Nos hemos salido fuera con la excusa de tomar el aire. En realidad, Isla quería hablar a solas conmigo sobre mi vida sexual y sobre mi estado de ánimo de mierda. A ella no le puedo ocultar nada. Es peor que mamá. Me cala solo con respirar cerca de mí, no le hace falta ni mirarme. Por eso es la mujer de mi vida y siempre lo será.

—Supera a Laura de una maldita vez, Ulises —me espeta de repente—. ¡Espabila! Te estás perdiendo tu vida desde hace años. ¿No tienes ganas de encontrar a alguien especial? ¿De enamorarte? Joder, hermano, ¿de follar, aunque sea?

—Vete a la mierda, Isla.

Me cabrea la puta santa razón que tiene. Puta y santa se anulan (el chiste no es mío, es de Dani Rovira, creo). Estoy jodido por culpa de Laura y Raúl. Me destrozaron por dentro y no sé cómo arreglarme. No los he perdonado. Guardo un rencor desde hace tanto tiempo que me consume. Y no sé si algún día podré perdonar su traición.

Isla me toca un brazo con el dedo.

—Ya estoy en ella —me dice.

La madre que la parió que fue la misma que la mía. Es una broma que tenemos desde niños y que me cabrea sobremanera. Encima se la enseñé yo. La alumna dando lecciones al maestro. Ley de vida, supongo. La aniquilo con la mirada y ella me sonríe de una manera tierna. Después, enhebra su brazo con el mío y apoya la cabeza en la parte inferior de mi hombro (por llamarlo de alguna manera, porque al hombro en sí, no llega). Este medio abrazo de mi hermana me ablanda. ¿Qué no conseguiría Isla conmigo? ¿Quién mejor que ella para desahogarme?

—Últimamente me siento un poco solo, hermana. No sé qué me ocurre. La casa se me hace muy solitaria, demasiado grande. Ahora que Lucas y Sara están juntos y esperando un bebé, me siento un poco fuera de lugar.

—Estáis en puntos vitales distintos, es normal. Pero siguen siendo tus mejores amigos.

No te van a echar de su lado. Y me tienes a mí.

—Lo sé, pero no consigo quitarme esta sensación de mierda.

—Es una clara señal de que necesitas volver a tu vida antes de Laura y Raúl, hermano. El Ulises de antes sigue ahí, lo tengo al noventa por ciento conmigo, pero falta ese diez. Haz que vuelva.

—Es imposible ser el Ulises de antes de ellos porque los conozco desde que tengo uso de razón, Isla.

—Me refería a antes de la traición, hermano, que todo hay que decirlo.

—Lo intento, créeme.

Nos quedamos unos minutos en silencio, en la misma postura. Isla con la cabeza apoyada en mi hombro y yo con la espalda contra la fachada del local.

—¿Por qué no buscas un compañero de piso? —propone Isla rompiendo el silencio—. Dices que la casa se te hace muy solitaria, ¿no? Busca alguien con quien compartirla.

Medito unos segundos la idea de Isla. Unos segundos muy cortos porque enseguida me parece una idea cojonuda. Sobre todo porque la imagen de una persona ha cruzado mi cabeza al instante. Empiezo a maquinar el plan al milímetro. Necesito conocer más detalles para hacer una propuesta en firme. Bueno, yo lo propongo y que ella decida, ¿no? Es un dos por uno perfecto. Ella busca piso en Madrid y yo busco sentirme un poco menos solo en casa. A lo mejor es muy invasivo. No nos conocemos de nada y lo mismo ella no está cómoda.

—¿Ulises?

Me he quedado tan embobado pensando en ello que he ignorado a Isla por completo. Cuando reacciono, abrazo a mi hermana y dejo un beso en su pelo.

—Hermana, acabas de tener la mejor idea del mundo. Eres la mejor.

—Lo sé. Siempre he sido la inteligente de los dos —me vacila.

—Qué imbécil eres —le digo mientras pellizco su nariz—. ¿Sabes? Creo que hasta tengo candidata.

Mi hermana levanta la cabeza para interrogarme con sus ojos. Sus cejas están muy arqueadas. Cuando la miro, sonrío y me entiende. Sabe a quién me estoy refiriendo, aunque frunce el ceño cuando detecta el pequeño detalle que su cabeza no logra cuadrar.

—Pero…

—Sé lo que te estás preguntando. Te lo contaré todo. Ahora tengo que ir a hablar con ella y proponérselo.

Isla se deshace de mi brazo y se coloca enfrente de mí. Cuando ve que no me muevo ni un milímetro, me espeta:

—Suerte, hermano, Inés no parece una mujer que se deje convencer fácilmente.

—Seguro que no, pero puedo ser muy persuasivo cuando me lo propongo.

—Tú no eres persuasivo, eres pesado, que es diferente. No paras de dar argumentos y de organizarlo todo hasta que la otra persona dice que sí. Me compadezco de esa pobre chica.

Le hago un corte de mangas a mi hermana, a la vez que echo a andar hacia la puerta del local. La abro, esquivo a la gente que sale a la misma vez y voy directamente a la barra. Estoy seguro de lo que voy a hacer, pero con alcohol todo parece más fácil. Pido otro Barceló con Coca-Cola, me bebo la mitad en dos sorbos y camino hacia donde está el grupo. Inés no está. Pero no es lo único que llama mi atención. Las amigas de mi hermana y sus respectivos novios se están comiendo la boca descaradamente. En serio, es exagerado lo de esta gente. Blanca y Sara siguen enfrascadas en una conversación, al igual que Lucas y Gonzalo. Diego y Zoe tampoco están. Retiro la mirada de mi grupo y la dirijo a la pista. Necesito encontrarla, pero solo

veo a Marta y Miguel dándolo todo mientras se besan.

—¿Buscando a la rubia, cuñado?

Vaya, Diego no estaba tan desaparecido.

—¿A qué rubia? Por si no te has dado cuenta, en ese grupo hay tres, sin contar a Mel que es del nuestro. —Me hago el tonto porque lo último que quiero es contarle a Diego mis intenciones.

—No te conozco mucho, pero disimulas fatal, Ulises —me reprocha Zoe.

Mierda, ¿Zoe? ¿La hermana? De puta madre todo, oye.

—No sé de qué me estáis hablando. Yo solo me estoy tomando una copa en la barra.

—Y buscando a mi hermana —apostilla Zoe.

—¿Y por qué iba a buscar yo a tu hermana?

—Porque te gusta —interviene Diego.

Los miro con incredulidad. ¿Y esta encerrona de mierda? Yo solo buscaba a Inés para proponerle que venga a vivir conmigo. Oh, joder. Vale, eso ha sonado a… Me refería a ofrecerle un piso en el que vivir mientras estudia. Sí, eso es. ¿Qué tiene de malo eso?

—¿Qué mierda os habéis tomado que os hace flipar tanto? No me gusta Inés. ¡Pero si apenas hemos hablado!

Isla aparece en escena para llevarse a Diego. Menos mal. Zoe me dedica una mirada significativa y vuelve con el grupo. Creo que no se ha tragado nada de lo que he dicho. Ella verá. A mí me la pela lo que piense. Vuelvo a otear la pista, fijándome en cada rubia de pelo rizado que veo hasta que…

—Esa maldita chaqueta amarilla —murmuro cuando la localizo. ¿Cómo no la he visto antes?

Está bailando junto a otra chica la canción *Un beso de improviso*, de Ana Mena y Rocco Hunt. Bueno, en honor a la verdad, se están restregando de manera muy descarada y sensual. Dios, tengo que confesar que me está poniendo a cien. Qué imagen tan erótica. ¿Qué? Uno no es de piedra y llevo mucho tiempo sin follar. Pero mucho. Supongo que por eso no puedo apartar la vista de sus movimientos, de su cadera moviéndose, de sus labios mientras canta la canción. Esos mismos labios que, en un segundo, están rozando los labios de la otra chica.

Me quedo sin respiración, pero no dejo de mirar en ningún momento.

—¿Qué coño?

Al principio, el beso era tímido, pero ahora no hay rastro de ese adjetivo. Sus lenguas colisionan, sus labios se aprietan, se lamen, se muerden… Me he puesto hasta nervioso. Así que Inés es lesbiana. Joder, no lo habría pensado. Aunque, ¿por qué no iba a serlo? ¿Y por qué me importa? No debería, pero lo hace. No me gusta nada este sentimiento que me está cruzando el pecho. Ni que yo hubiera tenido alguna oportunidad con ella. Y visto lo visto, ni siquiera hubiera tenido el intento de oportunidad.

He cortocircuitado.

Cuando mi cerebro por fin decide reaccionar, dejo la copa encima de la mesa y retiro la mirada de esa escena tan calenturienta. Creo que no soy al único al que han puesto a tono. Me dirijo al baño a ver si consigo relajarme. Pero no para… Joder, no, no me voy a pajear. Solo necesito un puto segundo para pensar qué hacer. El baño está vacío, gracias a Dios. Abro el grifo y me echo agua fresca por la nunca y la cara.

Vale, recapitulemos: Inés es lesbiana. No pasa nada. Está de puta madre. Tampoco pensaba tener nada con ella, aunque me haya llamado la atención. Ya está, problema resuelto. Si le propongo que vivamos juntos, no habrá problemas de tensiones sexuales ni nada por el estilo

(que no digo yo que las fuera a haber, pero, joder, la chica está buena y uno hace mucho que está solo). De hecho, es perfecto. Decidido. Si antes tenía alguna duda, ahora se han despejado todas.

Salgo del baño dispuesto a buscarla o, más bien, a ver si ha terminado de comerse el morro con esa chica. En la pista no la localizo, así que me dirijo a la mesa donde está mi grupo a esperar a que aparezca. Pero no me hace falta esperar, Inés está sentada junto a Marta, charlando. Me acerco a ellas, aunque no me perciben hasta que no estoy justo enfrente de ese torbellino rubio.

—Marta, ¿te importa que te robe a Inés un segundo?

10

¿En qué lío me estoy metiendo?

Inés

Marta me está contando el nuevo proyecto que le han encargado como *comunity manager*. Se nota que le apasiona su trabajo y yo la escucho porque me encanta oírla hablar, aunque no me entere de nada. Que esto quede entre nosotros, pero, a día de hoy, todavía no tengo demasiado claro qué es lo que hace. Me da vergüenza volver a preguntar. Está entusiasmada a la vez que cagada de miedo porque dice que es uno de los trabajos más tochos que le han encargado desde que empezó su carrera profesional.

Doy un sorbo de mi copa sin apartar la vista de Marta. No quiero que piense que me aburre. No lo hace, pero me cuesta seguir el hilo. Bueno, vale, también me tiene un poco embobada el beso que me he dado con esa chica. Ni siquiera sé cómo se llama. En cuanto hemos terminado de besarnos, ha desaparecido. No me ha dado ni tiempo a reaccionar. La verdad, besaba superbien, así que ese morreo que me he llevado para el cuerpo. Me hubiera gustado más que me besara otra persona, pero… Es igual. Cuando Marta está a punto de decirme lo que le van a pagar por ese proyecto, una sombra se cierne sobre nosotras.

—Marta, ¿te importa que te robe a Inés un segundo?

¿Y este qué quiere ahora?¿Qué tiene que decirme que no puede hacerlo delante de Marta? Los ratones de mi estómago se aceleran. Sí, yo no tengo mariposas, tengo ratones, ¿qué pasa? Tiene que haber alguna manera de que Ulises deje de ponerme nerviosa.

—¡Claro! Sin problema. Voy a buscar a Jandri, que antes se nos ha quedado una conversación pendiente.

Marta se levanta corriendo y desaparece, dejando el hueco a Ulises. Él se acomoda a mi lado y me sonríe. Joder, me acaba de dejar ciega con esa espléndida sonrisa.

«Inés, reacciona rápido. Que no se dé cuenta de cuánto te altera».

—¿Qué quieres? —pregunto de una forma más brusca de la que pretendía.

—Venga, Inés, pensaba que ya habíamos superado esa fase.

Suspiro con culpabilidad. Tiene razón. Todo es culpa de los malditos ratones.

—Perdona, Ulises. ¿Qué querías decirme?

Ulises se frota las manos con nerviosismo. Pues su estado tampoco me ayuda a mí. Bastante tengo con controlar mi cuerpo ahora mismo.

—Verás, en realidad, iba a proponerte algo. Antes me has dicho que estabas buscando piso en Madrid, ¿no?

—Sí. Bueno, todavía no me he puesto a buscarlo, pero la idea es ponerme cuanto antes.

—¿Y si te dijera que no tienes que empezar a buscar?

Alzo una ceja con incredulidad. No sé si le estoy entiendo bien.

—¿Qué me estás proponiendo, pocholito?

Ulises pone los ojos en blanco. Yo le sonrío. Me gusta desquiciarlo de esta manera. Me gusta que solo yo pueda llamarlo así. Apenas nos conocemos desde hace unas horas y ya me da ciertas licencias. Me gusta. Si es que tengo un don de gentes.

—Te estoy ofreciendo mi casa.

—¿Perdón?

Ulises carraspea para aclararse la garganta.

—Quiero decir que, si necesitas un sitio donde vivir mientras estés estudiando, yo vivo solo y tengo una habitación libre. En cuanto al precio del alquiler, lo podemos negociar, soy flexible en ese sentido. Iríamos a medias con las cosas de la casa y respecto a la comida, podemos hacer compra común o cada uno lo suyo, eso como tú veas, yo me adapto. Paso muchas horas en el estudio, así que apenas estoy en casa. Podrías acampar a tus anchas y tendrías mucho silencio para estudiar. Me dijiste que piensas mudarte para junio, ¿verdad? —Asiento embobada —. Pues podemos aprovechar los meses hasta que empieces las clases para adaptarnos a la convivencia.

Abro mucho los ojos por la sorpresa. Esto es lo último que me esperaba. Por su parte y en general.

—Sí que lo tienes todo pensado —murmuro, todavía alucinada.

—Soy una persona organizada. No iba a proponerte algo sin haberlo pensado antes. Apenas nos conocemos y no quería asustarte.

—¿Dónde está el truco? —pregunto con desconfianza.

A ver si este lo que quiere es llevarme al huerto. Todo parece demasiado bonito. Mmm, no, Ulises no parece de esos. Pero es raro que alguien sin conocerte de nada te ofrezca su casa así por las buenas, ¿no? Aunque, claro, cuando una persona busca compañero de piso, también mete en casa a un desconocido. Joder, ¿qué hago? Es una oportunidad de la leche, pero… Ay, no sé.

—No hay truco, torbellino. Mira, es cierto que no nos conocemos, pero llevo tiempo pensando en compartir piso y tú necesitas un sitio en el que vivir. ¿Por qué no?

—Negociemos precio de alquiler entonces, ¿cuánto pides? ¿Los suministros están incluidos? ¿Y el WiFi?

—Los suministros corren de mi cuenta y el WiFi también. El dinero no es un problema. Pon tú el precio en base a tu presupuesto, teniendo en cuenta que va a ser un piso compartido.

Me recuesto sobre el respaldo del asiento, me cruzo de brazos y lo escruto con la mirada. ¿Qué ponga yo el precio? ¿Está de coña?

—Si no es por dinero, ¿qué ganas tú con todo esto, Ulises?

Duda un segundo. Lo veo en su mirada. Me va a mentir. Me va a mentir en toda la cara. ¿Que cómo lo sé? Es un pálpito. Una sensación. Un presentimiento. Los verdes ojos de Ulises son transparentes. Quizá demasiado para mí.

—Ayudar a una… amiga —termina diciendo.

—Amiga —repito incrédula.

—Sí. Inés, no tienes por qué contestar ahora. Piénsatelo, ¿vale? ¿Cuándo vuelves a tu casa?

—Mañana por la tarde. Esto solo ha sido un viaje exprés por mi cumple.

Asiente.

—¿Qué te parece si quedamos por la mañana y te enseño el piso? No tengo fotos y

supongo que verlo es algo importante para que te decidas.

—Sí, lo es.

Ambos sonreímos como tontos. Tengo que pensarlo. Es una oportunidad cojonuda, no voy a encontrar otra igual, pero es Ulises. Si ahora me altera así, viviendo juntos puede ser un maldito desastre.

Joder, ¿qué hago?

—¿Mañana a las once en mi casa? Si me das tu teléfono, te envío la ubicación por WhatsApp.

—Qué buena táctica, pocholito.

—Joder, Inés, no me llames así —pide con resignación—. Y, no, yo no… No te he pedido el núm… —Intento contener una carcajada, pero no me sale—. Vale, me estabas vacilando. Otra vez.

—Es que me lo pones a huevo —me excuso—. Saca el móvil, anda, que te lo apunto.

—A las once, ¿vale? Sé puntual, por favor —ruega cuando termino de apuntarle el número.

—Por supuesto, ¿por quién me has tomado?

Mejor dejo que descubra más adelante que la puntualidad, precisamente, no es lo mío. ¿En qué lío me estoy metiendo?

Ay, Inesita.

11

Un acto. dos perspectivas

Ulises

Enredo sus piernas a mis caderas sin apenas esfuerzo mientras le lamo la garganta. Se mueve con desesperación sobre mi polla y siento que estoy a punto de explotar. Me hacía falta esto y no sabía cuánto. Sus manos tiran de mi pelo con rabia, como si le molestara no estar follando ya.

La noche se me ha ido de las putas manos, pero no me voy a quejar.

Después de mi conversación con Inés, me he percatado de que una morena no me quitaba ojo. Y mi cabeza no paraba de reproducir las palabras de mi hermana: que necesito echar un polvo y volver a tomar las riendas de mi vida sentimental y sexual. Y no sé si ha sido por todas las emociones de la noche o yo qué sé, pero no he dudado ni un jodido segundo en ir a por ella. Y tengo que decir que no me ha costado mucho ganarme una sonrisa suya, un baile y luego un beso que nos ha llevado directos a su casa.

—Dios, métemela ya —suplica Patricia, la morena.

—A sus órdenes.

Sin putos preliminares. Sin entretenernos. No es que me guste demasiado; a mi me gusta pararme a sentir todo lo que estoy haciendo, a disfrutar cada segundo. Pero entiendo que esto es el placer por el placer.

Correrse. Gemir. E irse a dormir más relajado que salido de un *spa*.

Bajo a Patricia al suelo para alcanzar el preservativo de mi cartera. Ella me lo quita de las manos, lo rasga con los dientes y me lo coloca con rapidez. La arrastro hacia la cama y la coloco de espaldas a mí, con las rodillas encima del colchón, y la penetro con rudeza. Ella gime tan alto que creo que no hay ningún alma humana de su edificio que no la haya escuchado.

—Más fuerte, Ulises.

Apago el cerebro por unos segundos. Solo me dedico a empujar dentro de ella, sintiendo como su humedad me moja la polla, y me recreo en la sensación de su coño apretado y caliente. Cierro los ojos mientras me sujeto a sus caderas y Patricia grita que le queda poco.

—Me corro. Dios, me corro. Dale, dale.

Ella vuelve a gritar, dejándome claro que se ha corrido, y yo la sigo porque llevaba aguantándome mínimo tres minutos. Demasiadas ganas de correrme. Demasiadas ganas de acabar con esto y largarme de aquí.

—Ha estado fenomenal. Te llamaré.

—No te molestes —le digo mientras me pongo los pantalones de nuevo—. Siento decírtelo así, pero no vamos a repetir. No me malinterpretes, ha sido un buen polvo, pero no estoy interesado en repetir.

Al menos quiero ser sincero y no ser de los tíos que prometen llamar aunque sea mentira. En estas cosas, prefiero ser claro desde el principio. Patricia, lejos de molestarse, me dedica una

sonrisa, me dice que ha sido un «auténtico placer» y me invita amablemente a irme de su casa.

Isla no tenía razón. Lo mío no se cura con sexo. Me siento exactamente igual que hace una hora antes de acostarme con Patricia. O peor, porque he intentado llenar un vacío a través de un acto puramente físico. Y, cuando es tu cabeza la que está totalmente anudada, eso no sirve para una puta mierda.

Inés

Mis amigos son sabios. Obviamente, no iba a perder la oportunidad de echar un buen polvo en una suite como esta, donde tengo espacio para revolcarme a gusto.

—¿Me dejas en la cara?

—Ni de coña, o te corres en el condón o no te corres.

Mira el listo este. A muy poquitos tíos les he dejado yo esparcir su semen por mi cuerpo. Y eran follamigos con los que ya tenía cierta confianza. No me la voy a jugar a una ETS por cumplir alguna fantasía suya.

—Me pones más cuando me mandas —ronea cerca de mi oreja.

Mmm. Le gusta que le manden. Estupendo, porque me gusta mandar. Y estamos en mi *suite*. Mi territorio. Mi cumpleaños. Mi noche.

Tengo que decir que, aunque me tentaba mucho la idea, no era una prioridad echar un polvo esta noche. Pero no he podido resistirme a la sonrisa de Edu ni a lo creativo que ha sido para conseguir mi atención. Así que, ¿por qué no?

Edu pasa su erección por mi hendidura, lubricándola, y termina de ponerme a tono. Apoyo las palmas de las manos en la pared para que me penetre por detrás. Soy una gran defensora del sexo de pie o en cualquier superficie que no sea una cama. Edu me clava la polla de una sola estocada, hasta el fondo, y gimo cuando noto que toca el final de mi entrada. Joder, sí. Me agarra las tetas por detrás y me pellizca los pezones justo cuando empieza a empujar con movimientos certeros pero lentos. Me corro la primera vez sin llegar a saciarme.

Quiero más. Necesito más.

Acabamos follando encima de la alfombra, contra el cabecero, encima del aparador donde se encontraba la cafetera y un último asalto en la ducha, de despedida, donde le hago la mejor mamada de su vida y le dejo que se corra en mis tetas.

—No te voy a llamar, pero que sepas que ha sido de los mejores polvos de mi vida, rubia.

—No pretendía que lo hicieras, pero follas de maravilla.

Nos despedimos con un último beso en la puerta de mi habitación.

Qué buena entrada a los 32, ¿verdad? Este va a ser mi año, lo presiento.

12

Yo acepto. Tú aceptas

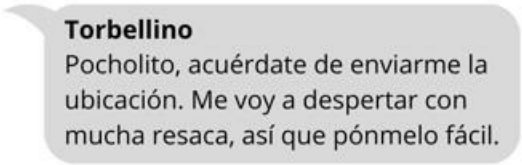
Ulises

Madrid
23 de abril

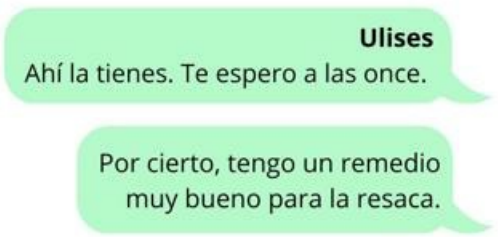
Las ocho menos cinco de la mañana.

Llevo un rato dando vueltas en la cama y eso que el despertador ha sonado a las siete. Se me olvidó desactivarlo cuando volví a casa y ya no me he podido dormir al recordar que he quedado con Inés a las once. ¿Por qué me siento tan inquieto? Supongo que es porque nunca he compartido piso desde que me independicé. No tengo claro si es una locura todo esto. Pretendo meter a una desconocida en casa por el único hecho de que me siento solo, la casa se me hace grande y no sé si eso es algo real, psicológico o emocional. No tengo ni puta idea. Ni tampoco entiendo esta necesidad de compartir mi casa de repente. Obviamente, todo esto no se lo voy a confesar a ella; me tomaría por loco. Y todo esto, por no hablar del polvo vacío que eché anoche y que, aunque mis huevos agradecieron la descarga, mi cerebro me echó la bronca por ser tan subnormal.

Alcanzo el teléfono de la mesita y echo un vistazo rápido a las notificaciones. Tengo algunos mensajes privados en Instagram de personas que piden presupuesto para sus tatuajes. Me prometo contestarlos por la tarde, cuando haya terminado con Inés. Hablando de la reina de Roma, tengo un mensaje suyo.

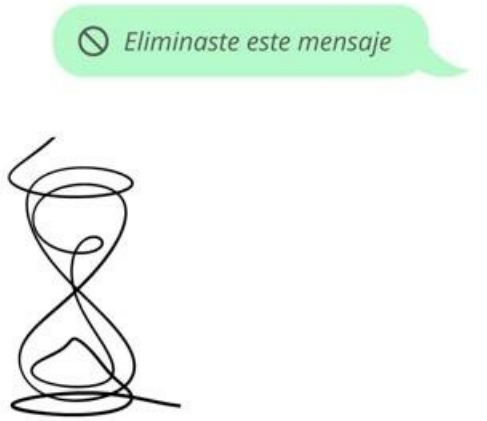


No pude resistirme a guardarla así en la agenda. No sé por qué, pero me gusta llamarla así. Le envío la ubicación enseguida.



«Mierda, Ulises, eso
ha sonado como el culo».

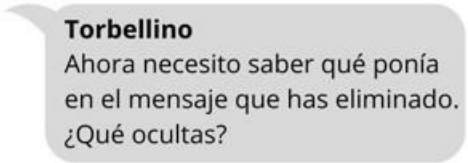
Elimino «para todos» ese último mensaje. Bendita función que implantaron en WhatsApp; ha ahorrado muchos disgustos.



Apago el aspirador y miro la hora en el reloj: las once menos cinco. Bien. Voy genial de tiempo. Quería limpiar así por encima para tener la casa presentable y, al final, me he liado la manta a la cabeza y casi friego hasta la cubertería. Después de guardar la aspiradora, voy al futuro cuarto de Inés (en caso de que acepte, no me hago ilusiones) y compruebo que todo está en su sitio. Me he esmerado en que el piso esté de revista para que diga que sí. Me jode parecer tan desesperado, pero ahora que he tomado la decisión de compartir mi humilde morada, no me apetece tener que buscar a alguien. Inés es mi mejor opción.

Me siento en el sofá y vuelvo a mirar el reloj: las once y cinco. Joder, ya llega tarde. Mira que le dije que fuera puntual. ¿Por qué la gente no puede respetar las horas de quedar? ¿Tan difícil es? Parece que les gusta hacer perder el puto tiempo a los demás. Y el tiempo no nos sobra como para perderlo. Las once de la mañana y ya ha conseguido ponerme de mala hostia.

Cojo el teléfono para enviarle un mensaje y veo que ella se ha adelantado, pero es de hace media hora, así que no es para disculparse por llegar tarde.



No estoy de humor para seguir su juego. Se me han pasado las ganas de enviarle un mensaje y parecer un impaciente. No me da la puta gana que piense que estoy desesperado. Me levanto del sofá y me hago el segundo café de la mañana. Meto la cápsula en la cafetera y, mientras veo como el café cae en la taza, apoyo la cadera en el mueble.

Vuelvo a mirar el reloj: 11:20 horas.

«Yo la mato».

Lo mismo se ha arrepentido y no le parece buena idea compartir piso conmigo. Pero podría haberme avisado al menos, ¿no? Cojo el teléfono, bastante más cabreado que antes, con la intención de tragarme mi jodido orgullo y enviarle un mensaje, cuando suena el portero.

—Ya era hora —murmuro yendo a abrir.

Después de pulsar el botón, abro la puerta de casa para que no llame al timbre. Me aparto unos pasos y aguardo. Estoy convencido de que va a ver cómo me sale humo de la cabeza porque estoy muy irritado. Pero cuando la veo aparecer en el rellano, ondeando su melena rubia y rizada al ritmo de los saltitos que da subiendo las escaleras y con esa chaqueta amarilla, que parece que lleva pegada al cuerpo, se me ha pasado el sesenta por ciento del enfado.

Y. Me. Jode. En. El. Puto. Orgullo.

—¿Tienes por costumbre dejar en visto? —me pregunta en cuanto se planta frente a mí.

¿Perdón? ¿Está de coña? Pues empezamos bien.

—¿Y tú tienes por costumbre llegar tarde? —contraataco.

Inés pone ojitos de cordero degollado y esboza un sonrisa culpable. Pero lo justo. Lo suficiente para que mi cabreo no vaya en aumento, pero sin que demuestre que se arrepiente realmente.

—Solo he llegado veinte minutos tarde, no hagas un drama de esto, pocholito.

Me llevo los dedos a los ojos. Cómo me irrita que me llame de esa manera tan ridícula. Es mejor que no comente nada. Ya se cansará.

—No es hacer un drama, la impuntualidad es de mala educación.

—¿Me estás llamando maleducada?

—Solo digo que no cuesta nada ser puntual.

—Vale, perdona, me he quedado dormida. —Empieza a gesticular mucho con las manos —. Con la tontería, me acosté a las cinco de la mañana. Cuando me he levantado, me he metido en la ducha y… —Ulises, no te la imagines en la ducha, haz el favor—, ¿tú sabes lo que cuesta domar esta melena? Luego, Gonzalo se ha perdido trayéndome, aunque eso no se lo digas que se crispa. Su excusa ha sido que quería dar un rodeo para ver más zonas de la ciudad. Pero se ha perdido, te lo digo yo que he visto cómo el GPS redirigía la ruta…

—Vale, vale, te perdono —la interrumpo para que deje de hablar. Dios de mi vida—. Joder, torbellino, rajas por los codos.

—Uy, pues todavía no has visto nada. ¿Me enseñas la casa?

—Sí, claro.

Inés

Sabía que iba a querer matarme por llegar tarde. Lo he intentado, lo juro, pero en mi fuero interno, también sabía que no iba a llegar puntual ni de coña. Y también sabía que la sangre no iba a llegar al río. Ulises parece de los que mucho ladran y poco muerden. Mmm, morder. No sería un mal plan. Me dejaría morder por él.

«Inés, *stop*, que va a ser

tu compañero de piso».

He intentado que no se me note la turbación, pero creo que la decisión de vivir aquí la he tomado en cuanto ha entrado por mis fosas nasales el olor a hogar. No sé definirlo, no sé qué ambientador tendrá, pero me ha recordado a mi casa. Voy a fingir un poquito más que me lo estoy pensando para no parecer demasiado ansiosa, pero, sinceramente, el piso ahora me da un poco igual. Mientras tenga una cama en la que dormir, una mesa en la que estudiar, un baño y una cocina, a mí me llega.

El piso no tiene entrada propiamente dicha, sino que se trata de un pasillo que se extiende hacia los lados. Lo primero que llama mi atención es que hay mucha luz. A la derecha de la puerta, hay un mueblecito blanco, bastante estrecho, donde Ulises tiene un cuenco dorado en el que parece que deposita las llaves. Encima de este mueble, tiene un espejo desnudo, sin marco. Mmm, qué soso.

—Ven, sígueme —me pide mientras se dirige al lado izquierdo del pasillo.

Hay una puerta doble acristalada al final de este lado, por lo que intuyo que es el salón. La abre y me deja pasar a mí primero. Me quedo puto maravillada al ver el salón. Frente a la puerta se encuentra una mesa redonda, muy amplia, con cuatro sillas de terciopelo gris alrededor de esta. Me quedo parada en el umbral, contemplándola, imaginándome a mí estudiando ahí, con un montón de papeles esparcidos por la superficie. Los ratones empiezan a hacer de las suyas en mi estómago.

Un poco más a la derecha, hay un sofá gris oscuro con *chaise longue* y una mesita redonda de madera blanca. Detrás de este, un cacho ventanal que da una luz al salón impresionante. Doy unos cuantos pasos hasta situarme en medio de la estancia y veo una televisión enorme apoyada en un mueble bajo y largo, de tonalidades blancas y tierra, con unos cuantos cajones en la parte inferior y una vitrina a la izquierda.

Al fondo, se encuentra la cocina americana. La encimera tiene forma de U, pero lo que llama mi atención es la isla central con taburetes a ambos lados. Los muebles, de color arena y tiradores en plateado, están situados en la parte inferior de la encimera y, también, se encuentra algunos en la parte superior, anclados a la pared. Creo que voy a necesitar una banqueta para llegar a esos. Todo parece limpio y ordenado, aunque no esperaba menos de Ulises. Por lo poco que lo conozco, me daba la sensación de que es una persona pulcra.

—¿Tienes cafetera? —me da por preguntar.

—De cápsulas —me responde.

Chasqueo la lengua.

—Soy más de cafetera italiana.

—Compraré una —decide.

—No, traeré yo la mía. No te preocupes.

Justo cuando esas palabras han salido de mi boca, me he dado cuenta de que, prácticamente, le he confirmado que he tomado la decisión. Aun así, no comento nada y sigo caminando por el salón, inspeccionándolo todo.

—¿Quieres ver el resto de la casa?

—Claro.

Salimos del salón y volvemos al pasillo. Ulises camina delante de mí y, en dos zancadas más, llega a una puerta que queda a la izquierda del pasillo.

—Este es el baño. Solo hay uno, por lo que tendremos que compartirlo. Te haré hueco en el mueble para que coloques tus cosas.

Ahora es él el que da por hecho que me mudo. Creo que ambos lo supimos desde el

primer momento, pero no nos atrevemos a decirlo.

El baño es bastante sencillo: azulejos en color piedra (preciosos), utilitarios en blanco, ducha bastante pequeña y un lavabo encajado en un mueble en color tierra.

Seguimos caminando por el pasillo hasta que nos detenemos al final. Hay dos puertas más, una al fondo y otra al lado izquierdo, junto a la del baño, conectadas pared a pared.

—Esta de la izquierda es mi habitación. La tuya sería esta del fondo.

Abre la puerta de la que va a ser mi habitación y me deja pasar. Me quedo contemplándola en el umbral. Apenas hay nada: una cama de un metro cinco, una mesilla de madera y un armario empotrado. Es sencilla, pero está muy bien vestida. Impoluta.

Lo observo todo con curiosidad, doy una vuelta sobre mí misma y me llevo las manos a las caderas.

—¿Te gusta? —me pregunta Ulises.

—No está mal —me hago la remolona un poco más.

—Si te parece, volvemos al salón y hablamos de las condiciones.

—¿No me vas a enseñar tu habitación?

Ulises se ruboriza y esboza una pequeña sonrisa. Ay, qué mono.

—No creo que verla te ayude a tomar la decisión.

—¿Por qué? ¿Qué ocultas? —Antes le he preguntado lo mismo por WhatsApp, pero me ha dejado en visto el muy capullo. Me he quedado con ganas de saber por qué ha eliminado el mensaje.

—¿Qué voy a ocultar? —Se ríe—. Pasa a verla si quieres. No me importa.

—Te voy a tomar la palabra.

Sin ningún tipo de vergüenza, salgo de mi futura habitación y entro en la de Ulises. A simple vista, puede parecer un cuarto normal, pero no lo es. En cada rincón, hay algo que me recuerda a él: un reloj despertador de esos antiguos con esfera redonda y campanitas en la parte de arriba encima de la mesilla, dibujos increíbles en papel clavados con chinchetas sin ton ni son por las paredes, una mesa llena de papeles y un ordenador de sobremesa. También hay un armario empotrado igual que el mío.

—¿Los dibujos son tuyos? —pregunto mirando a mi alrededor.

—Sí —responde algo azorado.

—¿Diseños de tatuajes que no llegaron a ningún sitio? —conjeturo.

—No, son los dibujos que hacía cuando era adolescente mientras estaba en clase.

—¿Mal estudiante?

—Al contrario, se me daba de puta madre. Tengo buena memoria y eso me facilitó mucho la vida en el instituto. Me daba mucho tiempo libre para dibujar.

—Qué envidia. Yo me dejaba los cuernos estudiando y era malísima.

Ulises y yo compartimos una carcajada y nos quedamos mirándonos. Me gustan sus ojos. Aparte de preciosos, no veo maldad ni dobles intenciones en ellos. Joder, me transmiten confianza, me hacen sentir en casa. Me dicen que puedo quedarme aquí y que voy a estar segura. Pero Ulises me sigue poniendo nerviosa. Muy mucho. He de confesar que me he pensado el venir o no. Dudaba en si era buena idea compartir piso con un hombre que influye en mí de esta manera. Puedo liarla. Mucho. Y complicar las cosas. A veces, soy impulsiva. Pero luego me he convencido de que puede ser una buena experiencia y he llegado a una conclusión: cuanto más conozca a Ulises y me acostumbre a él, menos nerviosa me pondrá. Eso es así. No hay nada como la convivencia para ponerte bien los pies en el suelo y dejar de idealizar a una persona. En casa, podemos ser nosotros mismos; sin máscaras, sin caras ocultas, sin disfraces. Tú en estado

puro. El caso (debería mirarme un psicólogo lo de la mente dispersa) es que mi decisión se ha basado en que la convivencia puede matar a los ratones que corren por mi cuerpo cada vez que estoy cerca de Ulises. Bueno, y porque eso de «pon tú el precio» es una oportunidad difícil de rechazar, la verdad.

—¿Cómo supiste que querías transformar tus dibujos en tatuajes? —Necesito preguntar. Siempre me da curiosidad como un tatuador sabe que quiere serlo.

—Cuando me hice mi primer tatuaje a los quince.

—¿A los quince? ¿Y tus padres te dieron permiso?

—Digamos que… no lo pedí. Me lo hizo un colega del insti que se dedicaba a ello de forma clandestina. Ahora me doy cuenta de que fue una locura, pero yo que sé, era gilipollas. Pero al ver esas primeras letras marcadas en mi piel, supe lo que quería hacer. Y supe que ya no iba a parar.

Ahora quiero saber cuál fue su primera tatuaje, pero me voy a abstener de preguntar. No quiero agobiarlo tan pronto.

—Eso es precioso, Ulises. No que hubieras podido pillar cualquier enfermedad con esas condiciones, sino que tu vocación es certera y eso es bonito.

—Bueno, ¿hablamos de las condiciones? —intenta cambiar de tema.

—Claro.

Volvemos al salón y nos sentamos en el sofá, dejando una distancia prudencial entre los dos.

—¿Cómo puedes permitirte vivir en esta casa? Es preciosa y está muy bien situada.

—Hipoteca a 30 años —me responde.

—¿La casa es tuya? —pregunto ojiplática. Había dado por hecho que era alquiler.

—Técnicamente, es del banco. Pero no me apetecía tirar el dinero en un alquiler. El negocio empezó a ir bien y me aventuré.

Trabajo estable, casa con hipoteca… ¿Recordamos la lista aburrida que hice unos capítulos más atrás? ¿La de cosas que «deberías» haber conseguido al sobrepasar los 30? Pues Ulises todavía no los ha cumplido y ya me lleva ventaja.

—A ver, pocholito, entonces, ¿qué me ofreces?

—Simple y llanamente, esta casa. —Se humedece los labios—. Ya te lo dije y lo mantengo: pon tú el precio en base a tu presupuesto, tampoco me preocupa en exceso el dinero. Eso sí, los gastos básicos como comida, utensilios o el papel higiénico irían a medias. Podemos hacer una lista. Ah, y como te dije, los suministros los seguiría pagando yo.

Hace una pausa que me parece larguísima. Tal vez sea porque no puedo dejar de mirar su boca mientras habla. Me resulta hipnótico. Quiero que siga hablando.

—Además, tengo la parada de metro al lado; eso es un plus para cuando tengas que moverte para ir a la universidad. He mirado las diferentes opciones y la ruta más rápida es coger la línea diez, aquí en Tribunal, hasta Príncipe Pio y, ahí, coger la línea seis hasta Ciudad Universitaria. Serían cinco paradas con un transbordo de por medio y solo tardarías diecinueve minutos en llegar. Aunque, bueno, eso variaría en función de si tienes suerte y coges los metros rápido o que no haya huelga, por ejemplo.

Me quedo en silencio contemplando a Ulises con los ojos y la boca muy abiertos. Estoy F-L-I-P-A-N-D-O. Me dijo anoche que era una persona organizada, pero ¿esto? Esto roza lo psicótico.

—¿Has…? —Hago una pausa y carraspeo para intentar formular la pregunta—. ¿Has mirado la ruta que tendría que seguir para ir a la universidad?

—Ya te dije que soy una persona organizada y pensaba que sería un punto a favor para

convencerte. Pero… Mierda. He dado por hecho que vas a estudiar en la Complu. —Me mira y se echa las manos a la cabeza—. Joder, y debes de pensar que soy un maldito psicópata. Perdona si te he asustado, Inés, yo…

Le tapo la boca con las manos sin pararme a pensar en que lo estoy tocando. Noto sus labios entreabiertos rozando las palmas de mis manos. Están húmedos porque justo antes de estar mis manos ahí, ha estado su lengua.

Joder.

Mi respiración trastabilla y aparto las manos de su boca como si me quemara, pero sin apartar la vista ni un segundo de sus ojos.

—Lo siento —murmura.

—Ha sido un poco *creepy* todo eso, las cosas como son.

—Mi hermana tiene razón, debo controlarme. A veces me vuelvo un poco intenso cuando intento convencer a alguien de algo.

Algo me sigue escamando de todo esto. Parece demasiado desesperado por compartir piso; por conseguir que yo acepte vivir aquí.

—Debería ser algo mutuo, ¿no? También yo te tengo que convencer de que soy buena inquilina.

Ulises traga saliva y su nuez se mueve lentamente por su garganta. También retira su mirada de la mía.

Lo he pillado. No sé en qué, pero lo he pillado, y pienso averiguarlo. Sin presiones, eso sí. No me gusta que la gente se sienta obligada o incómoda cuando está conmigo. Pero, de una forma u otra, lo voy a averiguar.

—A tomar por culo —dice.

¿Qué? ¿A qué se refiere? ¿Se ha arrepentido de su ofrecimiento? Mierda, con lo buena oferta que es.

«Inés, a veces, es una
virtud estar calladita».

—A tomar por culo…, ¿qué? —pregunto con inseguridad.

Ulises toma una bocanada de aire profunda y vuelve a clavar sus ojos en mi rostro con una determinación que me abruma.

—Si vamos a vivir juntos, debo ser sincero contigo. No quiero que pienses que hay algo turbio en mi ofrecimiento, así que voy a ser totalmente transparente. —Se pasa un dedo por los labios antes de volver a hablar. Me está poniendo mala prestar tanta atención a su boca—. Últimamente tengo la sensación de que la casa se me hace muy grande. Lo cierto es que me siento un poco solo, Inés.

Se me contraen las tripas. Ratones, ¿podéis estaros quietos? Si mi respiración ya es irregular cuando Ulises está delante, ante esta confesión creo que he dejado de respirar.

—Te he terminado de asustar, ¿verdad? —pregunta Ulises esbozando una pequeña sonrisa tensa. Tiene los labios muy apretados.

—No —respondo de inmediato—. Creo que todos nos sentimos un poco así en algún momento. Vivir solo está bien, tiene muchas ventajas, pero supongo que a veces también se hace duro.

—Ya…

Creo que nunca he sentido esa soledad de la que habla Ulises, pero lo entiendo. Empatizo con él. Y no me gusta que se sienta así, así que opto por ser franca con él también. No voy a

pasar de puntillas por este tema.

—¿Sabes? Nunca me planteé compartir piso. Desde ya tienes que saber que soy bastante celosa de mi intimidad. Con decirte que tuve que «echar» a Blanca de mi casa porque se pasó cuatro meses viviendo conmigo cuando lo dejó con su ex… Me agobié un poco, la verdad. Quizá es hora de que yo sea un poco más flexible con la convivencia y que tú descubras si la soledad que sientes se debe a la casa o a algo más.

Y la experiencia me dice que, si uno se siente solo, el problema no es lo grande que sea la casa. Pero tiene que autoengañarse primero para asumir después.

Y, qué coño, a mí su oferta me viene genial. Piso tirado de precio en le puto centro de Madrid. ¿Qué más puedo pedir?

Ulises intensifica su mirada, si es que eso es posible. Podría dejar de hacerlo, ¿no? Estoy empezando a sentirme incómoda a la vez que reconfortada. ¿Tiene eso sentido? ¿Tiene sentido que los ojos de Ulises me transmitan esta confianza abrumadora?

—¿Eso significa que aceptas?

Asiento con una sonrisa sincera en la cara.

Me gusta mucho esta casa. Me gusta la zona, me viene genial para ir a la universidad y me va a salir tirada de precio. ¿Cómo no voy a aceptar? El único inconveniente es el casero, que va a acabar con la poca cordura que me queda, pero estoy convencida de que acabará pasando en cuando alcancemos un grado más de confianza: el del asco.

—Favor por favor. Yo me quedo y te ayudo a averiguar si esto es lo que de verdad necesitas para acabar con esa soledad y yo tengo un techo en el que vivir sin tener que donar mis óvulos para pagar un alquiler.

—¡Estás de la puta cabeza! —Se carcajea.

—Y todavía no has visto nada.

—¿Trato entonces? —Me ofrece su mano para sellarlo.

Entrecierro los ojos.

Todavía no están todas las condiciones encima de la mesa.

—Un segundo. No he puesto mis condiciones.

—Se supone que las condiciones las tengo que poner yo, ¿no? —apunta de forma divertida.

—Shhh, espera a escucharlas. A pesar de que agradezco mucho que me dejes elegir a mí el precio, mi conciencia no me lo permite. Tengo dinero ahorrado y voy a buscar un trabajo a jornada parcial. Por favor, di tú una cantidad.

Se vuelve a llevar los dedos a los labios sin dejar de mirarme.

«Diosa, socorro»

—Está bien. ¿Doscientos?

Joder, poco más y me lo deja gratis.

—Que sean trescientos. Te regalo cien para, no sé, tapar agujeros.

—¿Tapar agujeros? —Ulises intenta aguantarse la risa por lo mal que ha sonado mi frase. Sin éxito.

Resoplo.

—Utilízalos para lo que te dé la gana, ¿vale?

—Está bien. Tú ganas, pero que sepas que no era necesario.

—Para mí sí lo es.

Ulises asiente.

—¿Algo más?

—Sí. Que me dejarás invitarte a cenar o comer cuando nos dé pereza cocinar y pidamos comida a domicilio.

—Sin problema.

—Ah, y tienes que saber que odio planchar la ropa. Con todas mis fuerzas. Así que estoy dispuesta a llegar a un acuerdo. Yo pongo las lavadoras, tiendo, recojo y tú planchas.

Así me aseguro de que mi ropa interior está a salvo de sus manos. No por nada, sino porque no me parece cómodo que se acabe sabiendo de memoria todo mi arsenal de bragas y tangas de tanto lavarlos. Es raro.

—Acepto.

«Yo también acepto, pocholito.
Yo también acepto».

Solo espero no estar cometiendo una gran locura porque…, porque no vivo todavía aquí y ya siento que esta decisión me va a cambiar la vida de forma radical. Y siento vértigo. Más vértigo del que sentí cuando tomé la decisión.

¿Algo de esto tiene sentido?

13

Preliminares

Inés

30 de abril

—¿Inés?

Diosa, se me había olvidado cómo sonaba su voz. Bueno, en realidad, me he esforzado en no reproducirla en mi cabeza más de lo necesario.

—Hola, pocholito.

—Oye, ¿tienes pensado traer algún mueble?

—Eeeemm, pues depende.

—¿De qué?

—De si puedo llevarlo o no. Es tu casa, Ulises, tampoco quiero invadirla.

—Va a ser *nuestra* casa, torbellino. Solo quiero saber si tengo que mover algo para hacer sitio a lo que traigas.

—La casa en la que vivo es de alquiler y ya venía amueblada, así que no. Tendré que utilizar tus muebles. Aunque, espera, hay una estantería que…

—Tráela.

—¿Seguro? La puedo dejar en el trastero de mi padre.

—Dime dónde la quieres colocar y te hago sitio.

Sonrío sin remedio.

—Me gustaría que estuviera en mi habitación. Es pequeña, seguro que cabe.

—Bien.

—Bien.

Ulises

15 de mayo

DE: Ulises Márquez
15 de mayo a las 21:53 horas
PARA: Inés Zarauz Evans

ASUNTO: Contrato de alquiler

Hola, Inés:

Te adjunto el contrato de alquiler. Me gustaría que lo formalizáramos. No es que no confíe en ti, es..., bueno, solo que me gusta tener todo organizado. Ya sabes.

Léelo con calma y si tienes alguna pregunta, escríbeme. O llama. Lo que prefieras.

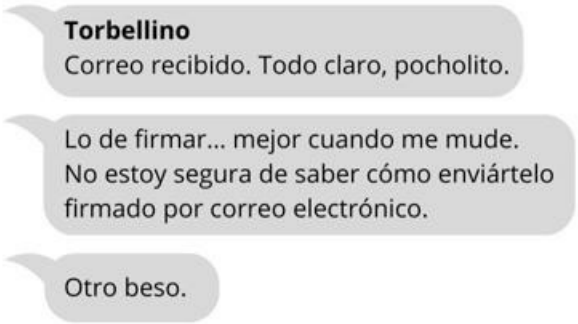
Si te parece todo bien, firmalo y me lo vuelves a enviar. O lo podemos firmar cuando te mudes. Tampoco me corre prisa.

Un beso.

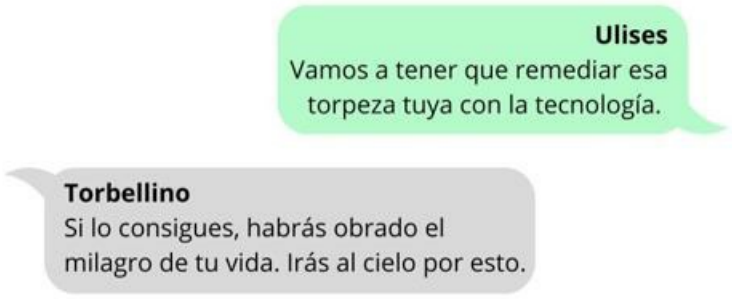
«Mierda.
¿Un beso?
¿Eres imbécil o qué?
Suena demasiado íntimo».

«Joder».





Sonrío al leer su mensaje. Parece que lo suyo no es la tecnología. Interesante…



Inés

22 de mayo

—Soy alérgica a las nueces.

—¿Qué?

—Que soy alérgica…

—Ya, ya te he oído. ¿De verdad me estás llamando para eso?

—Sí.

—Joder, Inés, que estoy hasta arriba de trabajo. Pensaba que era algo importante.

—Es algo importante. Me puedo morir.

Oigo cómo suspira con frustración al otro lado de la línea. Me encanta sacarlo de quicio.

—Dios, vale, perdona, pero es que es muy mal momento. Tiraré todas las putas nueces de casa antes de que vengas.

—No quieres que me muera, ¿eh?

Ulises contiene una carcajada.

—No me líes, torbellino.

Ulises

30 de mayo

—Hola…

—¿Ulises?

Joder. No lo he pensado bien. ¿Qué mierda estoy haciendo?

—Perdona, es tarde. No sé por qué he llamado.

—Suéltalo —me dice.

—¿Qué?

—Es evidente que no estás bien, Ulises. Me has llamado para desahogarte. No sé por qué me has elegido a mí, pero lo has hecho, así que suéltalo.

Abro la boca para empezar a largar que he tenido una mierda de día, pero me callo y le doy una pensada más. Un cliente ha conseguido sacarme de mis casillas hasta el punto de casi dejarle el tatuaje a medias. Luego he llamado a mamá esperando que me diera algo de consuelo, pero solo he conseguido acabar cabreado por enterarme de algo que no quería. Laura vuelve a estar embarazada. De mi mejor amigo. No, perdón, del que era mi mejor amigo. No debería afectarme, pero lo hace. Son una familia. Una en la que yo no tengo cabida. Nunca imaginé que nuestra historia, la de los tres, iba a acabar así.

—Acabo de llegar a casa y me apetecía charlar con alguien. Estoy bien.

Decido no contarle toda mi mierda. No hemos llegado a ese grado de confianza a pesar de todo lo que hemos hablado estas semanas, pero, de alguna manera, siento que ella y yo conectamos. Inés se queda callada unos segundos que me parecen eternos.

—¿Sabes la que tengo liada con la matrícula de la universidad?

Blanca tenía razón cuando me dijo que Inés es única para desviar la atención.

14

El último día

Inés

Junio

El tiempo pasa demasiado rápido.

Dos meses atrás no conoces a una persona y, cuando te quieres dar cuenta, estás haciendo la mayor mudanza de tu vida para irte a vivir con ese «desconocido». A veces me resulta escalofriante a la par que maravilloso que, de la noche a la mañana, alguien sea importante en tu vida. Que la cambie, incluso. Un minuto antes eres feliz sin conocerlo y, al minuto siguiente, no te puedes creer que hayas vivido toda tu vida sin saber de su existencia. El día que mi camino y el de Blanca se unieron era un día como otro cualquiera. No sentí que tuviera nada de especial y, sin embargo, cambió mi jodida vida encontrarme con esa rubia de ojos verdes en el baño de aquel antro. Puede que ese día no tuviera nada de especial, pero fue mirar a mi pichurrina a los ojos y saberlo.

Con Ulises creo que me ha pasado un poco lo mismo. Conectamos. Puede que al principio nada de nada (por mi culpa, tengo que reconocer), pero estos dos meses que hemos estado en contacto para hacer el papeleo del alquiler, hemos pasado muchas horas al teléfono. Y no solo para hablar de la casa, del espacio que necesito en el baño, de las futuras compras semanales que haremos al súper o de si soy alérgica a algo de lo que deba deshacerse de su cocina. Es que hasta le he contado el lío que tengo montado para hacer la matrícula de la universidad porque se hace *online* y no es un secreto que, en un pulso con la tecnología, me daría una paliza. Enseguida me ofreció su ayuda, aunque, sin estar presente con mi ordenador, poco podía ayudar. Así que Miguel se encargó de esa tarea a cambio de un par de cervezas. La cara que tiene *mi amigo* es para aplaudirla; ya no le puedes pedir un favor desinteresado a un amigo, hay que joderse. Igualmente, el señor Organizado se ofreció a ayudarme con lo que fuera una vez estuviera viviendo con él. Y sonó demasiado bien. Demasiado para una persona que se agobia compartiendo piso.

—¡Blanca! Suelta esa caja ahora mismo. ¿Pretendes que mi hermano nos aniquile?

La voz alarmada de Marta me saca de mis pensamientos. Nos encontramos las tres en lo que queda de mi casa, ya que está todo patas arriba. Hay cajas en cada rincón que mires, muebles vacíos, maletas… Es todo un maldito caos. Pero un caos por el que me arde la piel. Hacía mucho tiempo que no me ardía la piel así.

Es ilusión.

La ilusión de los comienzos. Y el mío es uno de los comienzos más grandes de mi vida, sin duda.

—Pichurrina, por favor. Estás a punto de parir y ya te dijo el ginecólogo que nada de cargar peso.

—¡Pero si esta caja no pesa! —protesta.

—Me da igual. Marta tiene razón. Gonzalo nos machacaría todos los huesos si a ti o al bebé os pasara algo.

—¿Entonces qué coño hago aquí? No ayudo en nada, solo os estoy mirando.

—Apoyo moral, pichurrina, apoyo moral.

Blanca resopla muy enfadada y vuelve a sentarse en el sofá. La entiendo, tiene que ser muy frustrante sentirte así de inútil, pero ahora toca mimarla y cuidarla.

—¡Gabriela! No te metas eso en la boca. Caca.

Miro hacia la pequeña, que está sentada en el suelo del salón, y me meo de la risa. Porque lo estoy viendo con mis propios ojos, si no, pensaría que me están tomando el pelo. Gabriela ha metido la nariz en una de las cajas que todavía no he precintado y qué casualidad que es la de los juguetes eróticos. *Eso* que se intentaba meter a la boca es un vibrador en forma de pintalabios. Muy útil para cuando viajas, por cierto; te cabe en el bolso.

—Mírala, qué rápido aprende.

—¡Inés! —me regaña su madre.

Levanto las manos en señal de inocencia, voy a la caja con la que estaba «jugando» la pequeña y la precinto. Ale, un problema menos. Marta y yo empezamos a organizar las cajas en dos montones: a la izquierda, las que se van al trastero de mi padre y a la derecha, las que se van conmigo a Madrid.

Mañana es el gran día y todavía no soy consciente del gran cambio que estoy haciendo. No soy consciente de que en pocas horas esta ya no será mi casa, ni tendré a mis amigas a tiro de piedra ni a mi familia. Vivo en una especie de burbuja cósmica que me hace actuar con el piloto automático, sin pararme a pensar demasiado.

—¿A qué hora te vas mañana? —pregunta mi pichurrina con la boquita pequeña.

Suelto todo el aire de mis pulmones con pesar, me siento a su lado y paso el brazo alrededor de sus hombros para atraerla hacia mí.

—El AVE sale a las ocho de la mañana.

Noto cómo Blanca tiembla bajo mi abrazo y la aprieto más contra mí. Estos días están siendo muy duros para las dos. Siento que la dejo atrás ahora que va a ser madre y que me va a necesitar. Me siento culpable a pesar de que hemos hablado largo y tendido sobre este tema. A pesar de que me ha jurado por activa y por pasiva que va a estar bien. El leve temblor de mi pichurrina comienza a parecerse a un terremoto, por lo que no hay duda de que ya no ha podido contener el torrente de lágrimas.

Y yo…

—Joder, pichurrina, no me hagas esto. —Sollozo a mi vez.

—Chicas, qué puto cuadro. —Se nos une Marta.

Las tres acabamos en el sofá, abrazadas y llorando como si no hubiera un mañana.

—En nada estoy otra vez de vuelta. Ni vais a notar mi ausencia.

—Sí la vamos a notar —dice Marta.

—Escuchad. —Me incorporo para poder mirar a mis amigas y me señalo con un dedo—. ¿Veis esta cara? La vais a tener hasta en la maldita sopa por videollamada. Os voy a llamar hasta cuando me baje la regla. Voy a ser vuestra peor pesadilla cuando os pida repasar los temas de las asignaturas en voz alta y me tengáis que escuchar. Voy a sentirme muy sola allí, así que no voy a dejar que notéis mi ausencia ni un pelo. Veréis qué bien.

—Más te vale —dice Blanca.

Mi móvil comienza a vibrar en el bolsillo trasero de mi pantalón. Me levanto del sofá para atenderlo, pero uno de mis ratoncitos se ha relevado en mi estómago al leer el nombre de la persona que llama:

Llamada entrante:
«Ulises»

Sorbo los mocos e intento serenarme antes de descolgar.

—¿Qué tripa se te ha roto, pocholito?

Silencio.

—¿Ulises? —Despego mi teléfono de la oreja para ver si se ha cortado la llamada.

—¿Has llorado?

Su pregunta me pone en alerta. ¿Cómo lo sabe? Si estoy prácticamente serena. Nadie diría que hace dos minutos no sabía diferenciar si lo que corría por mi cara eran lágrimas o mocos o una mezcla.

—¿Tanto se nota?

Ulises suspira al otro lado de la línea.

—Yo te lo he notado. ¿Estás bien?

«Yo te lo he notado».

«¿Qué mierdas significa eso?
¿Y por qué a mi ratón anterior se le ha sumado otro?»

—Bueno, hemos tenido un poco de drama con esto de que mañana me mudo a Madrid.

—Ah, claro. Perdona si he interrumpido algo.

—¿Te das cuenta de que siempre estás interrumpiendo momentos trascendentales de mi vida? Ni que lo hicieras a posta.

—Debo de tener mis dotes de adivinación jodidas —se burla.

—Pues estaría bien que las arreglaras.

—Lo añadiré a mi lista de tareas.

Ambos sonreímos. No lo veo a él, pero esa carcajada sofocada que he oído a través del teléfono me ha dado una pista.

—¿Querías algo? Porque supongo que no me has llamado expresamente por mi momento trascendental.

—Ah, no, claro que no. —Carraspea como si estuviera obligándose a volver a la realidad —. Quería saber cómo lo vamos a hacer mañana. ¿A qué hora llegas? Yo estoy hasta arriba de curro y no voy a pasar por casa hasta tarde. ¿Te pasas por el estudio y te doy las llaves para que te instales?

—*Uou*, *uou*, *uou*. Echa un poco el freno que me he agobiado de solo oírte. Por partes. Primero, si todo sale bien y llego viva a la ciudad, llegaré sobre a las diez de la mañana a la estación de Atocha. Segundo, no tengo ni pajolera idea de donde trabajas, así que envíame la ubicación. ¿Está muy lejos de Atocha? No me gustaría perderme por la *gran ciudad* con cinco maletas a cuestas. ¿Y tu casa está muy lejos de tu trabajo?

Diosa, acabo de parecer muy guiri, ¿verdad?

—¿Quién tiene que echar el freno ahora? —vuelve a burlarse.

—Vete a paseo —le espeto.

—A ver, lo mejor será que cuando llegues a Atocha cojas el tren hasta Sol. Es solo una parada. Pregunta en la estación y que te indiquen en qué andén lo tienes que coger. Una vez en Sol, buscas en Google *Odisea Ink*, mi estudio, abres el GPS y metes la dirección que te sale. Ahora no te la puedo enviar, solo tengo diez minutos antes de mi siguiente cita y ya llevamos siete hablando. El local está al lado de la estación, no tiene pérdida.

—No estoy segura de haberme quedado con toda la información que me has dado.

Ulises deja patente su impaciencia con el suspiro que ha soltado. La verdad, me da un poco de gustito sacarlo de quicio de esa manera. Es tan fácil…

—¿No has apuntado nada de lo que te he dicho?

Hago un sonido de negación.

—No tengo papel y boli cerca. Te recuerdo que tengo mi casa empantanada de cajas.

—Estaré pendiente del móvil por si necesitas ayuda —concede—. Llámame solo si realmente te encuentras perdida y necesitas ayuda urgente. Como te he dicho, tengo el día completo.

—Está bien. Investigaré por mi cuenta.

—Nos vemos mañana, torbellino.

El hecho de que lo diga con, lo que me parece, emoción contenida hace que tres ratones más hagan acto de presencia en mi estómago. Es como si lleváramos muchos años sin vernos y nos pudieran las ganas, pero la realidad es que solo nos hemos visto dos veces en toda nuestra vida y que hace dos meses de eso.

—Hasta mañana, pocholito.



Cuando el despertador suena, apenas puedo abrir los ojos sin que me muera de dolor. Los tengo hinchados y es que el día de ayer lloré más de lo previsto. Después de terminar de embalar todo junto a Marta y Blanca, fui a casa de papá para despedirme.

Papá no dejaba de lagrimear mientras me decía que estaba muy orgulloso de mí. Ahí solté el primer puñado de lágrimas. Después, todas mis tías empezaron a contar anécdotas de cuando era pequeña; todas ellas relacionadas con los animalitos que traía a casa porque me daba pena dejarlos en la calle. Nunca nos quedamos con ninguno porque Zoe es alérgica al pelo de gatos y perros. Me habría gustado tener alguna mascota cuando me independicé, pero mi casera no quería animales en su piso, así que sigo esperando mi momento.

En resumen, lloré tanto que casi me deshidrato. Creo que todavía no soy consciente de lo mucho que los voy a echar de menos. Nunca me había ido tan lejos de ellos ni durante tanto tiempo.

Miro a mi alrededor con nostalgia. Aquí cierro una etapa de mi vida. Aquí me despido de la Inés que soy ahora para dar paso a la que seré cuando vuelva. Porque sería una ilusa si pensara

que esta experiencia no me cambiará. Se tiende a pensar que las personas no cambiamos, pero lo hacemos. Constantemente. Somos personas nuevas cada día. Y los que no creen en estas palabras, no miran suficiente dentro de sí mismos.

15
Madrid

Ulises

Las once y cuarto.

Miro de reojo otra vez el móvil. Sacudo la cabeza para olvidarme del tema y sigo dibujando en la tablet. Un cliente quiere un diseño muy concreto de una brújula y aquí estoy, trasteando para conseguir el mejor resultado posible. Aunque debo ir recogiendo porque en cinco minutos tengo cita para tatuar.

Vuelvo a mirar el móvil.

Nada.

No hay noticias de Inés y no sé si eso me tranquiliza o me altera. Espero que no se pierda por el transporte público de Madrid. Para alguien de fuera puede ser un puto lío. Me levanto de mi mesa de trabajo y decido salir a la recepción a ver cómo se encuentra Sara. Últimamente tiene que ir cada cinco minutos a vomitar por las náuseas.

Oigo risas al otro lado de la puerta. Seguro que Lucas se ha pasado a ver cómo se encuentra su chica. Se está implicando tanto con ella y el bebé que estoy orgulloso. Nada que ver con el Lucas pálido y muerto de miedo que recogí cuando se enteró de la noticia.

Pero no podía estar más equivocado.

La melena rubia y rizada que está de espaldas a mí no es la de Sara. Y tampoco creo que ella se trajera al trabajo dos maletas enormes y una bolsa de mano. Ni es suya esa maldita chaqueta amarilla que parece que no se quita ni con agua caliente. En lo que no me había equivocado es en que Lucas había venido. Camino hacia ellos, intentando conectar con los ojos de Lucas solo por tranquilizarme e ignorar que me ha puesto nervioso que Inés ya esté aquí. Sin éxito. Mi amigo está obnubilado hablando con mi compañera de piso. Sí, compañera. Tengo que empezar a marcar las distancias con ella y más ahora que vamos a compartir espacio vital. Es verdad que busco sentirme un poco menos solo, pero hay ciertas barreras que no quiero (puedo) traspasar con ella. Por mi propia salud. Inés es un reto imposible. Así que mejor que controle estos nervios absurdos que siento.

—Mira a quién he rescatado de las terribles garras de la Renfe —dice Lucas en cuanto se da cuenta de que estoy detrás de ellos.

Inés se da la vuelta y parece que se le ilumina la mirada al verme. Parece. No, seguro que son imaginaciones mías.

—Lucas es un exagerado —se apresura a decir—. No me ha rescatado.

Mi amigo levanta las cejas con incredulidad e Inés esboza una sonrisa pícara.

—Seguro que el pobre hombre de seguridad no piensa lo mismo. Casi me abraza agradecido por sacarte de allí.

—¿Pero qué dices? No ha sido para tanto.

—Tía, has empezado a golpear con la bolsa de mano la máquina de sacar billetes.

—Porque me estaba vacilando —se defiende muy digna.

—Inés, es una maldita máquina.

—No se le da bien la tecnología —intervengo por primera vez.

—No se me da bien la tecnología —dice a la misma vez que yo.

Nos miramos al darnos cuenta y esbozamos una sonrisa comedida.

—Chispas —suelta ella—. Pide un deseo.

—¿Y esa gilipollez? —se burla mi amigo.

Inés se lo explica con una sonrisa y Lucas pone los ojos en blanco. No es que yo crea en pedir deseos y esas mierdas, pero igualmente lo he pedido. Porque parece que Inés consigue arrastrarme a cualquier locura que suelte por la boca.

—¿Y Sara? —les pregunto. No está en la recepción y acaba de llegar mi cliente.

—Vomitando —dice Lucas, preocupado—. No quiere ir al médico y a mí me mata verla así.

—Llévatela al médico ahora mismo —ordena Inés, como si tuviera algún poder de decisión en este asunto. Como si no fuera una recién llegada—. Yo me quedo en la recepción —resuelve.

—¿Perdón?

—Que me quedo yo en recepción. Se me dan bien las tareas administrativas, no creo que me resulte muy difícil sustituir a Sara unas horas.

—A mí me parece bien —conviene Lucas.

Resoplo. La verdad es que Sara me preocupa y estoy de acuerdo con que vaya al médico, pero no sé si Inés va a saber desenvolverse.

—¿Tú nunca trabajas, Lucas?

—Trabajo más que ninguno de vosotros, nene, pero me puedo permitir venir a ver a mi novia. Ventajas de tener horario flexible.

Quizá no te esperes esto que te voy a revelar, pero Lucas, ahí donde lo ves tan tatuado, con una melena morena que le llega por los hombros y su cara bonita, es informático. Y, según él, de los buenos. Yo de eso no tengo ni puta idea, pero se embolsa buena pasta a final de cada mes por sus «dotes privilegiadas».

—Pues yo creo que te pegas el pisto con eso de que eres informático, pero no das palo al agua. Estás más tiempo aquí que otra cosa —lo pico.

—Trabajo en ciberseguridad, gilipollas. No soy un informático al uso.

Conseguido.

—Y tú deberías instalarte, Inés. Estarás cansada después del viaje —le digo ignorando por completo a mi amigo.

—Bueno, suerte que vamos a dormir en la misma casa y que luego me podré ir contigo, ¿no? No me cuesta nada echar una mano. Créeme, le he visto la cara a Sara. No está bien.

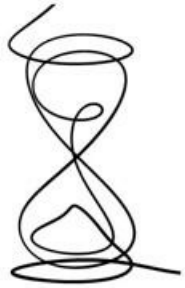
—Vale —claudico—. Tendrás que esperar a que termine de tatuar para que te diga cómo funciona todo. Ya voy tarde.

Saludo con una sonrisa a Martín, me disculpo por la tardanza y le digo que me espere dentro de la sala. Cuando ha desaparecido de la recepción, vuelvo a dirigirme a mis amigos. Sara ha vuelto del baño y, joder, es verdad que tienen malísima cara.

—Vamos, Lucas, llévatela al médico. —Sara intenta protestar, pero no le doy opción—. Inés, espera aquí hasta que termine. El tatuaje es sencillo, no creo que tarde más de veinte

minutos.

Todos asienten y yo vuelvo a la cabina para seguir con mi trabajo.



Cuando acabo con Martín, decido salir con él para explicarle a Inés cómo funciona todo. La organización de mi negocio la tengo muy controlada y me gusta que las cosas se hagan a mi manera. Pero cuando llego a recepción, me doy cuenta de lo estúpido que he sido al creer que ese torbellino rubio se iba a estar quietecito.

Inés ya se ha colocado tras la recepción y sujeta el teléfono fijo entre su oreja y el hombro mientras alterna la mirada entre la pantalla del ordenador y algún tipo de cuaderno que hay sobre el escritorio.

—Perfecto, Rebeca… Sí, a Ulises le gusta trabajar así. Se implica al cien por cien en cada tatuaje que hace… Muy bien, te esperamos el martes que viene. Que tengas un buen día… Gracias. Adiós.

Cuelga.

No se ha percatado de que he estado observándola como un imbécil mientras manejaba perfectamente la situación de la recepción sin necesidad de explicarle nada. Además, me ha dejado por las nubes como profesional delante de la tal Rebeca.

Inés sigue ensimismada leyendo esa especie de cuaderno hasta que silbo con sorpresa para llamar su atención. No he podido dar un paso más hacia ella porque necesitaba calmarme o habría hecho una gilipollez.

—Ah, hola. Espero que no te importe, pero me he ido poniendo al día mientras terminabas. Resulta que Sara tiene aquí apuntado —me enseña la libreta— cómo lo tenéis todo organizado. Me ha ayudado bastante para desenvolverme con un par de llamadas.

Sigo observándola, con las manos en los bolsillos de mi vaquero, sin ser capaz de articular ninguna palabra.

«Joder, Ulises, espabila.
Deja de mirarla así o se va a asustar».

—¿He hecho mal? —me pregunta. Su mirada azulada se ha apagado, como si se estuviera preparando para una bronca por haberse portado mal.

Me acerco a ella.

Despacio.

Cuando llego al mostrador, apoyo los codos sin dejar de mirarla.

—¿Alguna vez haces caso a algo de lo que te dicen? Te dije que esperaras a que terminara.

—Ya, lo sé, lo sé. Pero es que el teléfono no dejaba de sonar y quería ayudar. Me estaba

poniendo histérica quedarme de brazos cruzados. Además, Sara lo tiene todo apuntado. Lo he hecho bien, Ulises, de verdad.

Me enternece. Me desarma la seguridad con la que habla y defiende lo hecho. No puedo decirle nada. Absolutamente nada. Porque estoy convencido de que lo ha hecho de puta madre. Pero, a la vez, me jode que no haga caso de lo que le digo; sobre todo, si se trata de mi negocio.

Al final, sonrío y noto como toda la tensión de su cuerpo desaparece. Sé que hay una fuerza superior a ella que le hace buscarme las cosquillas a menudo, pero yo también sé jugar mis cartas para hacerla sufrir un poquito.

—Torbellino, puedes respirar tranquila. Lo has hecho genial. Gracias.

Inés esboza una sonrisa que denota una pizca de ilusión y orgullo.

—Me lo merezco —me dice.

—Te mereces…, ¿qué? —Me he perdido en esta conversación. Me pasa bastante con ella.

—Que me hayas dejado sufrir unos minutos. Yo no paro de vacilarte y ponerte nervioso.

«No te haces una idea de los nervioso
que me pones. No te la haces».

Suelto una carcajada. No la puedo contener. Me gusta que sea tan directa, tan espontánea, que no tenga miedo al ridículo o a ser sincera. Creo que eso va a ser un punto a favor en nuestra convivencia o quizá nos matemos. Va a ser interesante descubrirlo.

—Anda, ven. Voy a enseñarte el estudio y te voy a explicar cómo solemos trabajar para que no tengas problemas el resto del día.



No he parado de trabajar en todo el día. Inés tampoco, pero se ha desenvuelto tan bien que no he tenido que preocuparme por ella. Ha sido muy amable con los clientes, le ha cogido el tranquillo a la agenda enseguida y, con su don de gentes, creo que me ha conseguido un par de clientes más entre los acompañantes.

Cuando por fin echamos la verja, estamos agotados.

—Joder, no exagerabas cuando decías que estabas hasta arriba de curro. Nunca pensé que los tatuadores trabajaran tanto.

—Es porque estoy yo solo. En algunos estudios son más de un tatuador y yo cada vez tengo más clientes y doy menos abasto.

—¿Has pensado contratar a otro tatuador?

—Sí, lo he pensado, pero tendría que hacer números. No sé si podría pagarle.

Inés asiente y termina de ordenar la recepción. Mientras, dejo preparados la agenda y el

material para mañana. Acabo de recordar que tengo que escribir a Sara. Lo hago inmediatamente, antes de que se me olvide. Estoy preocupado por ella y no he tenido noticias desde que se marchó con Lucas. Eso es bueno, ¿no? Siempre dicen que la ausencia de noticias son buenas noticias.

—Mierda, se me había olvidado que no he traído el coche. He venido andando. Cogeremos un taxi.

—¿Tú olvidando algo?

—No soy una máquina, también se me olvidan cosas. ¿Decepcionada?

Inés arruga la nariz de manera divertida.

—Un poquito. Y no te preocupes, vamos andando. No importa.

—Inés, llevamos dos maletas y una bolsa de mano. Hay una tirada.

—Vengo de una ciudad pequeña. Estoy acostumbrada a ir andando a todos lados. No me asusta caminar.

—Tú misma.

Salimos del local y termino de echar la verja. Cojo su bolsa de mano y una de sus maletas a pesar de su reticencia. Es más fácil si lo llevamos entre los dos. Es una gilipollez que quiera llevar todas sus maletas sola cuando yo tengo dos manos también.

Caminamos por la calle Montera en silencio, mientras nos envuelve el sonido del traqueteo de las maletas en la acera. Hay bastante bullicio; tenemos el verano a la vuelta de la esquina y las terrazas están llenas. Observo de reojo a Inés; aunque no abra la boca, siento su inquietud. Mira hacia todas partes, empapándose de la ciudad, así que no la interrumpo. Solo me deleito con las sensaciones que percibo.

—Me encanta esta ciudad. Está tan viva…

—A mi hermana le encantaría oírte. Ama Madrid.

—Normal. Es preciosa. Se respira libertad. No sé cómo explicarlo.

—Cuando lleves aquí un mes respirando contaminación a ver si piensas lo mismo.

—¡Oye! —Me golpea el brazo con la mano abierta—. No me quites las ilusiones.

Sonreímos como deberíamos hacerlo siempre: achinando los ojos y estirando las comisuras de la boca hacia arriba. Enseñando los dientes. Reverberando el sonido de la risa por nuestra tráquea.

Veinte minutos después, hemos llegado a mi casa. A casa. Nuestra casa. Joder, me va a costar acostumbrarme, pero creo que en el fondo me gusta esta sensación. El compartir algo con alguien. Saco las llaves del bolsillo trasero de mi pantalón y abro la puerta.

—Bienvenida a tu nueva casa, torbellino.

Inés entra arrastrando una de sus maletas y se queda parada en mitad del pasillo, inspeccionándolo todo como si fuera la primera vez que lo ve. Apostaría a que está intentando hacerse a la idea de que, a partir de hoy, esta es su casa. Y durante bastante tiempo. Debe de ser jodidamente difícil abandonar tu hogar, tus amigos y tu familia por perseguir un sueño.

No me atrevo a interrumpirla, está en un momento muy importante. Así que me quedo en el umbral de la puerta, esperando a que termine de procesarlo. Pero me veo obligado a intervenir cuando percibo que todo su cuerpo tiembla.

—Eh, Inés, ¿pasa algo?

Cuando se da la vuelta, su mirada está brillante y se encuentra con la mía, aunque es un momento que no dura; que se desvanece. Inés enseguida agacha la vista, avergonzada. No se lo permito.

—Ey, no te escondas. No pasa nada. Es un paso importante para ti.

—Qué tonta soy. La verdad es que estoy muy feliz.

—Bueno, tómate el tiempo que necesites, ¿vale? Yo voy a preparar algo de cena.

Ella asiente, agarra sus maletas y se mete en su cuarto. Yo me quedo mirando hacia el pastillo como un estúpido, como si hubiera dejado un halo tras su paso. Sacudo la cabeza para volver a centrarme y voy a la cocina. Justo cuando tengo la cabeza metida en la nevera para ver qué mierda cenamos, mi móvil vibra en el bolsillo.

Llamada entrante:
Sarita

—Sarita, ¿cómo estáis?

—Uli, vaya día de mierda. Siento haberte dejado tirado.

—Sara, no me jodas, ni se te ocurra pedirme perdón. ¿Cómo estáis? —insisto.

Sara contiene un sollozo y se me corta la puta respiración.

—Cielo, me estás asustando.

—Estamos bien, Uli, pero ha sido muy duro. Tengo principio de deshidratación debido a los vómitos, pero ya me han puesto la medicación y, en teoría, mejoraré. He llorado como un bebé todo el día.

—¿Y Lucas?

—Él también ha llorado, pero no se lo digas que ya sabes cómo es.

Suelto una carcajada suave.

—Me refería a si está contigo.

—Ha bajado a comprar unas cosas, pero pasará la noche con nosotros.

Me emociona escuchar ese *nosotros*. Porque ya no son Sara y Lucas o solo Sara. Ahora son una familia. Dentro de Sara crece otra persona. Todavía lo estoy asimilando.

—Vale, entonces me quedo más tranquilo.

—Menos mal que mañana es sábado y puedo recuperarme de este día de mierda. El lunes ya estoy a tope otra vez. ¿Qué tal se ha desenvuelto Inés?

—Muy bien, la verdad. Ha estado increíble, como si llevara toda la vida haciéndolo.

Silencio al otro lado de la línea. Aguardo a que Sara diga algo, pero no lo hace.

—Oye, ¿estás ahí?

—Sí, me alegro de que Inés haya estado increíble —dice con evidente irritación.

—¿Eso que detecto son celos, Sarita?

—Pues sí. Es mi trabajo, Uli. ¿Es que yo no lo hago bien?

—Sara, eres la mejor del mundo. Eres mi mano derecha y el negocio se iría a la mierda sin ti. He dicho lo de Inés porque, para no haberlo hecho nunca, ha llevado muy bien la situación. Nada más.

Consigo apaciguar a mi amiga y seguimos charlando mientras preparo un par de tortillas con una ensalada. Espero que le guste a Inés. Lo cierto es que no tengo ni puta idea de cuáles son sus gustos.

Supongo que es cuestión de tiempo.

16

Primera noche

Inés

Me siento en la cama, mirando detenidamente cada detalle de la que ya es mi habitación. Una lágrima cae por mi mejilla ahora que me encuentro sola, pero también esbozo una sonrisa. Estoy feliz, de verdad, pero ya empiezo a extrañar mi otra vida. Aunque sé que los tengo a todos al otro lado del teléfono, no solo me pesan los kilómetros que nos separan, sino que me siento desvinculada. Y no llevo aquí ni veinticuatro horas. Necesito… necesito recuperarme rápido y conozco a la persona perfecta para reconfortarme.

—¡Hola, cariño! ¿Ya te has instalado? No te he llamado antes para no molestar, aunque te confieso que empezaba a estar un poco preocupado.

—Papá —saludo en un hilo de voz.

—No me gusta nada ese tono, hija. ¿Está todo bien? ¿Tu compañero de piso se porta bien? ¿Tengo que ir para allá y partirle la cara?

Al final consigue hacerme reír.

—No, no, Ulises es genial. Me ha cuidado mucho desde que he llegado. Y está todo bien, solo que os echo de menos. Acabo de entrar en mi nueva habitación y me he venido abajo.

—Hija, es normal. Nunca te habías ido a vivir tan lejos. La aventurera siempre ha sido tu hermana Zoe. Pero tienes que pensar que estás ahí para cumplir tu sueño, cariño. A nosotros nos tienes aquí cuando quieras. Siempre vamos a estar aquí para ti.

Contengo un sollozo. Todo esto ya lo sé, me lo llevo repitiendo todo el día, pero necesitaba oírselo decir a mi padre. Necesito que su voz me tranquilice.

—Gracias, papá.

—Mamá estaría muy orgullosa de ti, princesa —asegura.

El nudo que tengo en la garganta se deshace en forma de llanto. Mamá siempre me va a doler. Y me gusta pensar que ella también se sentiría orgullosa de mí.

—La echo de menos —susurro.

—Yo también, cielo.

Mi padre y yo continuamos la conversación un rato más para no quedarnos con un sabor de boca triste. Al final, me repite tres veces que tenga cuidado en esta ciudad y que le llame a menudo. Cuando me siento con fuerzas renovadas, salgo de la habitación siguiendo el delicioso olor a comida. Aparezco en el salón y me encuentro a Ulises sirviendo la cena en dos platos con el teléfono en la oreja. Me acerco a él para ayudarlo y hace un gesto con la cabeza para que lo deje estar.

—Sara, te llamo mañana, ¿vale? Cuidaros. Un beso.

Ulises me dedica una sonrisa preciosa y yo tengo que hacer un esfuerzo brutal por no

corresponderle como una gilipollas. Joder, esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

«Vale, Inés, solo es cuestión de días.
Calma. La confianza da asco, recuerda».

—Espero que te guste la tortilla y la ensalada. No tengo ni idea de tus gustos.

—Está genial, gracias.

Charlamos cómodamente mientras cenamos. Mi pequeño bajón es historia y ahora solo tengo ilusión por que llegue mañana y empezar a patear la ciudad. Tengo que buscar un trabajo que me permita combinarlo con los estudios, así que me tengo que poner las pilas. Pregunto por Sara y Ulises me cuenta lo que ha hablado con ella. Por suerte, todo está bien. También hablamos sobre cómo nos vamos a organizar estos días. Iremos juntos mañana a la compra, así nos será más fácil conocer los gustos del otro y las compras serán más eficientes (esto palabras de Ulises, por supuesto).

Cuando acabamos la cena, recogemos mientras charlamos, dando buena cuenta a la botella de vino que el pocholito ha abierto para celebrar mi mudanza. Ya voy un poco achispadilla, que no borracha, y me siento mucho más cómoda y relajada. No es que antes estuviera incómoda es que… es que Ulises… ¿Hace falta que diga algo más?

—Estoy muerto, creo que me voy a ir a dormir —decide.

—Vale, descansa.

—¿Tú qué vas a hacer?

Lo miro con el ceño fruncido. Esa pregunta sí me ha incomodado. No por nada, sino porque no estoy acostumbrada a dar explicaciones de lo que hago en mi casa. Me choca. No estoy compartiendo una noche con un amigo en su casa, estoy compartiendo un piso que no es mío. Ser consciente de ello me asusta porque antes podía fingir y engañar a mi cerebro pensando en que todo va a salir bien, pero ¿y si no? ¿Y si me agobia compartir espacio con Ulises?

—Ulises, creo que no hace falta que nos demos explicaciones sobre qué hacemos. Cada uno a lo nuestro, ¿vale?

Aparta su mirada de la mía, azorado. También cierra los ojos con fuerza, como si se estuviera recriminando en silencio. No pretendía sonar tan borde, de verdad, pero tampoco quiero que las cosas se puedan malinterpretar.

—Claro. Perdona. No pretendía molestarte. Buenas noches.

Su tono frustrado y comedido no me ha hecho sentir nada bien. Quizá he sido un poco brusca, vale, pero otras veces me ha pasado y no he notado esta pequeña culpabilidad que se ha asentado en la boca de mi estómago.

—Ulises, espera. —Se detiene en el umbral de la puerta del salón—. He sido una bruja. Es que no estoy acostumbrada a dar explicaciones, ¿vale? Solo quería decir que yo nunca me voy a meter en lo que tú hagas o te voy a preguntar y que me gustaría que tú hicieras lo mismo conmigo.

Su gesto se suaviza, pero no sonríe y apenas me mira. Su pie no para de dar golpecitos en la tarima. Una de las cosas que he aprendido en poco tiempo de él es que la paciencia le escasea y que se pone nervioso enseguida.

«Pues lástima, chico, conmigo vas
a trabajarla a base de bien».

—Dalo por hecho. —Se da la vuelta para adentrarse en el pasillo.

—¡Ulises! —vuelvo a llamarlo.

—¿Qué, Inés? —No parece enfadado, pero sí cansado y un poco avergonzado.

—Lo siento.

—No te rayes. Está todo bien. Hasta mañana.

Y si está todo bien, ¿por qué yo no me siento bien? Joder. Qué difícil va a ser esto.

Cuando oigo que la puerta de la habitación de Ulises se cierra, me pongo a inspeccionar los armarios de la cocina. Hay una vocecita de mi interior que me dice que pare, que estoy invadiendo la intimidad de mi compañero, pero mi vocecita irracional y un poco sinvergüenza me dice que esta también es mi casa y que si a Ulises no le gusta que hurgue en los cajones, que no comparta piso.

Me encanta esta cocina, parece prácticamente nueva. Los muebles son modernos, la vitro y, en general, los electrodomésticos están muy bien cuidados (aunque no esperaba menos de él). La organización de los armarios es pulcra. Me recuerda un poco a lo cuadriculado que es Gonzalo para ordenar su cocina, pero, a la vez, es distinto.

Abro la última puerta que me queda y la veo. Nueva, reluciente, amarilla, con la etiqueta todavía puesta. Alzo la mano para alcanzarla y la sostengo entre mis manos, admirando la preciosidad que es. Intento que mi respiración no me traicione. Poniendo a raya a mis ratones.

No lo consigo.

Suelto un suspiro cargado de emoción. Qué chorrada, ¿no? Solo es…

—Inés.

Doy un respingo, todavía con ella en las manos. La voz de Ulises llena todo el espacio, hasta el punto de asustarme; de sentir que me ha pillado en un renuncio. Y es que, maldita sea, lo ha hecho.

Me doy la vuelta despacio. Sin soltarla. Su mirada no está puesta en mí, sino en lo que sujeto. Después, alza la vista hacia mi rostro. Yo no he dejado de buscar su mirada en ningún momento y, ahora, por fin, conectamos. Su mirada parece avergonzada, ni siquiera hay un ápice de molestia porque haya husmeado en los cajones.

—Has comprado una.

—Te dije que lo haría. —Su tono es neutro, apenas puedo percibir emoción. Creo que sigue molesto conmigo.

—No tenías por qué. He traído la mía.

—Bueno, nunca está de más tener de repuesto.

—Es amarilla —observo—. ¿Por qué amarilla?

—Ese color me recuerda a ti.

—Gracias —susurro, intentando ignorar ese ratón travieso que ha decidido correr alegremente por mi estómago cuando esas palabras han salido de la boca de Ulises.

—Es solo una cafetera, Inés. No tiene importancia.

«Sí que la tiene, pocholito, sí que la tiene».

Pero solo lo pienso, no lo exteriorizo. Creo que me he quedado un pelín bloqueada y eso es raro en mí. Me siento rara cuando estoy con Ulises. Y me preocupa.

—Oye, se me había olvidado preguntarte si te parece bien que vayamos sobre las once al súper. Así también conoces un poco el barrio.

—Sí, claro. A las once está bien. —Hago acopio de toda la seguridad que me queda para responder. Por nada del mundo quiero que se me note que este detalle tan tonto me ha afectado.

Ulises asiente y, sin decir una palabra más, vuelve a su habitación, dejándome con la

cafetera amarilla todavía en las manos y una sensación rara en las tripas. Rara, que no desagradable, para mi desconcierto.

Por la Diosa. No llevo ni veinticuatro horas aquí y Ulises ya ha conseguido desestabilizarme. Tengo que mantenerme más firme o acabaré cometiendo una auténtica estupidez.

Y no me conviene en absoluto.

17

Café mitad y mitad. Sin azúcar

Ulises

«Ese color me recuerda a ti».

¿Puedo ser más imbécil? Tenía que habérmelo pensado dos veces antes de dejar que esas palabras salieran de mi enorme boca. Parezco un buzón de correos, la hostia. Tenía pensado dejar que la descubriera ahora por la mañana. Dejarla sutilmente encima de la encimera para que la viera y se hiciera el café, pero su curiosidad me ha reventado la sorpresa. Creo que me he canteado yo solo al comprarla amarilla. Hubiera sido más inteligente por mi parte comprar una del montón, sin nada especial, pero vi esa en el escaparate de una tienda de al lado del estudio y un impulso tonto me hizo entrar y comprarla.

Estiro el brazo hacia la mesilla para alcanzar el teléfono. Aprieto el botón para encender la pantalla y mirar la hora: las nueve y tres minutos. Ya es más tarde de lo que yo suelo remolonear, pero Inés todavía no se ha levantado. Lo sé porque no oigo ni un solo ruido extraño en la casa. Como cada día. Sin embargo, hoy es diferente. Porque está ella. Porque ahora vive aquí. Y es nuevo para mí.

Ayer me sentí frustrado y un poco avergonzado. Me dejó la hostia de cortado que me dijera tan a las bravas que cada uno estuviéramos a lo nuestro. Ya iba avisado de que Inés es celosa de su intimidad, pero solo buscaba ser simpático, sociable, establecer algún tipo de relación un poco más profunda… Ja. Hasta yo me doy cuenta de que se me está yendo la puta cabeza. Precisamente lo que intento evitar es establecer una relación más profunda con ella porque Inés es inaccesible en todos los sentidos. Punto. Tengo que verla como una amiga. Tengo que verla como a Sara. No como a alguien a quién meter en mi cama. Sí, eso es. No puede ser tan difícil.

Decido levantarme de una vez porque estar tumbado, mano sobre mano, me pone bastante nervioso. Salgo de la habitación tapándome la boca para contener un bostezo y voy hacia el baño. Cuando salgo, la puerta de la habitación de Inés se abre y…

«Vale, Ulises, relaja. Concéntrate.
Ya hemos superado la erección matutina,
no nos apetece lidiar con una segunda».

Tiene un ojo medio abierto y con un dedo se está restregando el otro. Camina despacio, arrastrando los pies. Va descalza. Menos mal que limpié el piso a fondo. Su pijama es… es… Joder. A ver cómo lo describo sin parecer un puto salido. El pantalón es largo (gracias a Dios), de color rojo, y la camiseta es blanca, de tirantes, con lunares rojos. Hablando de los tirantes, uno lo lleva caído sobre el brazo, lo cual hace que esa parte de la camiseta quede un poco más baja,

mostrando más piel de la que mi cordura puede asimilar.

Me pone Inés. Sí, joder. ¿A quién no le pondría? Es una chica preciosa, sexi sin pretenderlo y tiene una seguridad aplastante que hace que mi parte masoquista quiera que le de caña. Pero tengo que controlarme porque Inés juega en la misma puta liga que yo. Incluso diría que nos hacemos competencia directa a la hora de ligar, así que ya estoy sacándomela de la cabeza a la misma velocidad que entró.

—Buenos días, pocholito —balbucea, mientras bosteza.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Bueno, más o menos. Creo que tengo que acostumbrarme a mi nueva cama.

—Es normal extrañar la antigua. Por cierto, el colchón es prácticamente nuevo, pero si necesitas que lo cambiemos, puedo…

—Shhhh, Ulises, está todo bien. Por favor, nada de charla intensa sin café antes.

—Oh, claro, perdona —me disculpo. Mi hermana siempre me lo ha dicho, que la pongo de los nervios hablando tanto por la mañana.

Me escabullo hacia la cocina para prepararme el café. Yo no soy tan exquisito y me gusta ser práctico, así que me compré una cafetera de cápsulas. Rápida y limpia.

Saco un par de tazas del armario y pongo una debajo de la boquilla. La taza de Inés la dejo junto a su cafetera amarilla. No es que no sepa hacer café ahí, pero prefiero que ella se lo haga a su gusto. La advertencia de la noche anterior fue suficiente para respetar su espacio a rajatabla.

Cuando el café está terminando de caer en mi taza, Inés aparece. Tiene la cara más despejada, el pelo recogido en un gran moño (recordemos que tiene mucho, mucho pelo rizado) y el pijama bien colocado, por suerte.

Se acerca hasta la encimera, buscando su cafetera. Le indico dónde puede encontrar el café molido y se pone a prepararla; pero antes de ponerla en el fuego, echa un vistazo a mi taza, la coge con sus largos dedos y, dedicándome una mirada llena de determinación, tira el contenido por la pila.

—¡EH! ¿Qué mierda haces, Inés?

—Ese café no es de verdad. Vas a probar uno en condiciones. El mío.

—Joder, pero me has hecho desperdiciar una cápsula.

—Qué gran pérdida —ironiza.

—Tú sabes que que sea mejor o peor café depende de cuál compres, ¿no? No de dónde se haga.

—Mi, mi, mi, mi —me hace burla poniendo unos morritos muy graciosos—. El café en cafetera italiana sabe mejor. Verás que bien.

Suspiro con frustración, apoyo las manos en las caderas y niego con la cabeza, pero acabo sonriendo sin remedio. ¿Qué clase de brujería usa para tener siempre la sartén por el mango? ¿Y por qué siempre acabo yo contra las cuerdas?

Me retiro hacia los taburetes de la isla de la cocina, me siento y la observo moverse por ella como si no fuera la primera mañana que pasa aquí. En mi casa. Nuestra casa, ahora. Me resulta raro decirlo, pero es reconfortante compartirla con alguien.

Cuando la cafetera empieza a burbujear, la aparta del fuego y, antes de servirlo en mi taza, me mira. La entiendo al instante.

—Mitad y mitad.

Inés tuerce el morro con desagrado. Me hace gracia y no sé por qué.

—¿Qué? —le pregunto conteniendo una sonrisa.

—Nada.

—Inés, venga, ahora tienes que decírmelo.

Una de las cosas que he aprendido de Inés en poco tiempo es que es brutalmente sincera. Por eso, también sé que va a tardar cero coma en soltar por la boca todo aquello que se le ha pasado por la cabeza.

—Eso solo que… —se interrumpe mientras llena mi taza de café hasta la mitad y se sirve el suyo—. Joder, vas a pensar que soy imbécil —masculla yendo hacia la nevera a por la leche.

—Prueba —la reto.

Vuelve hacia la encimera para servir la leche en los cafés y me percato que en su taza hay más leche que café. Lógico, si ya es un torbellino de por sí, con un litro de cafeína podría *digievolucionar* en desastre natural. Aguardo a la espera de que me conteste y, cuando pienso que ha pasado de mí y que no lo va a hacer, se estira, cuadra los hombros y me mira con una mezcla de orgullo propio e inseguridad.

—Pues que te pegaba tomar el café solo y sin azúcar.

—¿Y eso por qué? —pregunto divertido.

—Por tu apariencia de tipo duro.

Suelto una carcajada. Sabía que los tiros iban por ahí.

—Tipo duro, ¿eh?

—Sí. El *bad boy* que vuelve locas a todas. Pero, bueno, ha sido una gilipollez. Una presuposición estúpida porque, en cuanto se te conoce un poco, te das cuenta de que de tipo duro solo tienes la apariencia.

Me quedo mirándola, procesando sus palabras, pero creo que me enredo en sus ojos demasiado tiempo porque los aparta, ruborizada. Tengo que decir algo antes de que esto se vuelva la hostia de incómodo.

—Has acertado en una cosa. Lo tomo sin azúcar.

Inés me sonríe y se da la vuelta para meter las tazas al microondas. Con la leche fría de la nevera, el café se ha quedado templado.

Desayunamos tranquilamente, sentados en la isla de la cocina, uno al lado del otro. Nuestras rodillas se tocan más veces de las que me gustaría, pero tampoco hago nada por separarme. Además, huele muy bien. No sé si se perfuma nada más levantarse o es su olor natural, pero sé que no voy a poder sacármelo de la cabeza en todo el día.

—¿Y bien? —me pregunta impaciente, como si llevara tiempo esperando una respuesta por mi parte.

—¿Qué? —pregunto a mi vez porque no sé cuál es la respuesta que espera.

—El café. —Apunta a mi taza con los ojos.

Ahora lo recuerdo. Me ha hecho desperdiciar una puta cápsula.

—Pasable —la digo encogiéndome de hombros.

—¡¿Pasable?! —replica ofendida—. Reconoce que es el mejor café que has probado en tu vida.

«Es el mejor café que he probado en mi vida.
Y no es por el sabor».

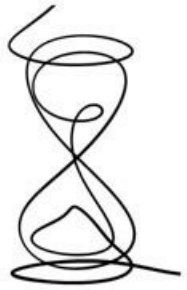
—Seguro que puedes mejorarlo —la pico.

—Ten por seguro de que sí.

Éxito.

Se ha picado y en su mirada puedo ver cómo la estimula que la reten. Que la hagan

superarse. He descubierto pronto que no se rinde ante nada, que no deja que nadie le diga de lo que es o no capaz.



Son las diez y diecisiete minutos de la mañana. Todavía es pronto. Quedamos en ir a las once al súper, así que nos da tiempo de sobra a ver qué necesitamos.

—¿Hacemos una lista de la compra? —le pregunto mientras friego las dos tazas.

—No —me contesta—. Mejor improvisemos.

—Inés, pero…

—Fluye, Ulises, fluye. —Cierra los ojos y junta los dedos pulgar e índice de sus manos, en señal de meditación.

—No se me da bien fluir —mascullo.

—No entiendo por qué no.

—Es parte de mi personalidad. —Me encojo de hombros.

No me apetece indagar más en por qué soy como soy. Hace bastantes años que he dejado de cuestionármelo, a pesar de saber demasiado bien la respuesta. Todavía… Bah. ¿Qué coño importará? No pienso pensar en esto ahora mismo.

—Yo creo que no. Yo creo que tú te mueres por fluir, pero hay algo que te retiene. Te contiene.

—No lo creo. Me gusta como soy —medio miento—. Bueno, yo me voy a hacer la lista. Al menos para mis cosas. No quiero que se me olvide nada.

—Estás encorsetado, pocholito, pero algún día te darás cuenta de que esta forma de vida te va a acabar por volver loco.

—Llevo muchos años así de «encorsetado» —digo esta palabra con retintín— y me va muy bien. Gracias.

Salgo de la cocina hacia mi habitación sin ni siquiera mirarla.

A hacer la lista.

A cambiarme de ropa.

A acallar las palabras de Inés que no paran de rebotarme en la puta cabeza y que me joden en una parte muy oscura de mí. Una que no me permito sacar a la luz. Una que no conoce nadie, ni siquiera Isla.

18

Ojalá poder controlar el tiempo

Inés

5 de junio

—Joder, Inés, has dejado todo el cerco del vaso en la mesa. Te dije dónde estaban los posavasos. Pon aunque sea una puta servilleta debajo.

Me levanto bastante cabreada del sofá, voy a por un trapo húmedo de cocina, vuelvo a la mesita baja del salón, limpio la maldita marca y me giro para poder mirarlo.

—¿Has visto qué fácil? Se limpia, Ulises. Como si la marca no hubiera estado nunca. Eres un puto pesado.

La mandíbula de Ulises parece a punto de romperse de lo tensa que la tiene. Está apretando tanto los dientes que los oigo rechinar.

Sé por su tono de mierda que ha tenido un mal día; que algo se le ha tenido que complicar. Empiezo a conocer sus cambios de humor. Y también estoy aprendiendo a capear el temporal. No hay nada que le joda más que que no entre al trapo. Cuando tiene ganas de discutir hace lo posible por conseguirlo, pero conmigo no. Yo no soy Isla, que sí entra al trapo, pero supongo que es cosa de hermanos. Ellos son así y me divierte mucho verlos juntos. Son tal para cual y se adoran, pero también discuten con mucha intensidad.

Nadie dijo que la convivencia iba a ser fácil. Todavía nos estamos adaptando el uno al otro, pero mi estrategia ha resultado ser una puta mierda.

No funciona.

No. Funciona.

Supongo que todavía es pronto. Quiero pensar que Ulises apenas pasa tiempo en casa y que por eso la confianza entre nosotros no está llegando al asco. Porque es verdad que discutimos a menudo por cosas tontas de la casa, pero también pasamos buenos momentos y no consigo contener lo nerviosa que me sigue poniendo.

Necesitamos un poco más de tiempo. ¿No? Sí. Estoy convencida de ello.

Ulises

7 de junio

Me encanta mi trabajo.

Sobre todo en momentos como este: cuando hago trabajos tan personales que el cliente consigue que me sienta parte de ello de alguna manera. David me sonríe agradecido y emocionado, creo que apenas puede contener las lágrimas al ver el dibujo que le va a acompañar toda la vida. Siendo sinceros, creo que no podría olvidarse de ello aunque lo intentara con todas sus fuerzas.

Se ha tatuado un dibujo de su hija, la cual falleció hace un año de leucemia. Más que un dibujo, es una frase: «Te quiero, papá» con la caligrafía irregular de una niña de cinco años. Cuando David contactó conmigo para materializar su deseo, me contó la historia de su pequeña y juro que tuve que hacer un esfuerzo de la hostia para no echarme a llorar. No es la primera vez que me llega un cliente con una historia triste detrás, pero esta vez me afectó más de la cuenta.

La muerte es demasiado definitiva. No, no me he vuelto imbécil. Obvio, sé que la muerte no tiene vuelta atrás, lo sé demasiado bien. Así que no me permito pensar mucho en ella. Llevo años ignorando en la medida de lo posible que la muerte nos tocó muy de cerca, provocando varios rotos en mi familia que ha costado sudor, lágrimas y sangre arreglar. Y no creo que uno de ellos se pueda arreglar nunca, porque lo he hecho tan mío que no sabría vivir de otra manera.

El sonido de unos nudillos en la puerta de la sala me saca de mis atormentados pensamientos. David ya se ha levantado para irse y ni siquiera me había dado cuenta.

—Uli —Sara asoma la cabeza por la puerta—, tienes una llamada.

—¿Es importante?

—Parece que sí —responde dubitativa.

—Ulises, me marcho ya. Gracias por todo, otra vez —se despide David.

—Gracias a ti. —Me acerco a él y le aprieto el brazo con cariño—. Sara, acompáñalo a la salida, por favor. Yo cojo la llamada en mi despacho.

Me desplomo en mi silla porque, aunque está siendo un día bastante tranquilo, este último trabajo me ha dejado exhausto emocionalmente. Alargo la mano para coger el teléfono inalámbrico y respondo.

Por un segundo, pienso que será mi madre o mi hermana para contarme alguna mierda. Aunque enseguida me doy cuenta de que soy yo el que siempre está pendiente de ellas y no ellas de mí porque no les hace falta. Así que creo que solo me queda una opción.

—A ver, torbellino, ¿qué te ha pasado esta vez? Tengo cinco minutos.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Hola? —insisto. A ver si me he confundido y no es ella.

—¿Me ha delatado Sara? Ni siquiera le he dicho quién era y he modificado mi voz para que no la reconociera. Me he presentado como una amiga que tenía que decirte algo *superimportante*. Aunque, claro, no sé si tienes amigas. Mierda, quizá eso me ha delatado.

Ahogo una carcajada. Esta mujer es de lo que no hay,

—No te ha delatado nada de eso. Solo hay tres personas que me llamarían a mi trabajo por algo *superimportante* —entono esta palabra con ironía— y ellas habrían intentado localizarme en el móvil primero.

—Mierda. Pensé que si te llamaba no me lo ibas a coger.

—Y no te lo habría cogido. Solo contesto si son ellas.

—¿Te refieres a Isla y a…?

—Mi madre.

—O sea que Isla no miente cuando dice que estás enmadrado —se burla.

—No estoy enmadrado —replico con fastidio—, pero estoy muy unido a mi madre.

—Qué envidia —susurra muy apagada.

Apagada es una palabra que no cuadra en absoluto con Inés. No me gusta escucharla así. Entonces recuerdo una conversación que tuvo con Isla el día que la conocimos y maldigo en silencio.

—Inés —susurro.

—Te llamaba porque es todo un desastre. —Cambia de tema sin darme opción a nada más. Parece haber recuperado su vitalidad en un abrir y cerrar de ojos, pero a mí se me ha quedado el cuerpo extraño—. No cabe. No puto cabe.

—¿El qué no *puto* cabe, Inés?

—La estantería. El único mueble que he traído de mi otra casa. Creía que cabía, pero no. ¿Y ahora dónde la meto?

—¿De verdad me estás llamando para eso? ¿No podías habérmelo dicho en casa?

—¿Y dejar pasar la oportunidad de desquiciarte un poco por teléfono? Ni hablar.

Pongo los ojos en blanco y niego con un movimiento de cabeza. Ni siquiera sé de qué coño me sorprendo. Esto es muy propio de ella, pero aun así no consigue molestarme lo suficiente.

—¿Dónde tienes ahora la estantería? —pregunto, ignorando su comentario anterior. Y ojo, me apetece demasiado entrar al trapo con ella, pero estoy trabajando y debería solucionar esto ya.

—En mitad de la habitación. En la maldita mitad. Casi no puedo entrar.

Suspira con frustración y me la estoy imaginando retirándose los rizos de la cara y ahuecándose el pelo con una mano.

—Le buscaremos un hueco, Inés, tranquila. Espera a que vuelva a casa y ya vemos. Te dejo, ya me he pasado cuatro minutos y tengo un diseño que perfeccionar.

—Objetivo cumplido.

—¿Perdón? ¿Qué objetivo? —pregunto confuso.

—El de desencorsetarte. Hacer que fluyas. Te he retrasado cuatro minutos y no estás dando voces ni suenas irritado. Hoy he ganado una batalla, pero ten claro, pocholito, que ganaré la guerra.

Cuelga.

Me cuelga ella a mí. Hay que joderse. Me quedo parado con el auricular todavía en la mano, escuchando el pi-pi-pi al otro lado de la línea.

Maldita Inés, tiene razón. Me exaspera sobremanera romper mis planificaciones, perder el tiempo o quitárselo a otras tareas por retrasarme. Pero hablar con ella y dedicarle esos cuatro minutos extra no me ha molestado en absoluto. De igual manera, estoy convencido de que nadie puede hacer que cambie cómo soy. Es imposible que pueda hacer que fluya como quiere que lo haga. No está en mí desde hace muchos años. Si mi hermana, que es la mujer de mi vida, no lo ha conseguido, Inés no lo va a lograr.

Inés

10 de junio

Desde que tuve aquella conversación telefónica tan *random* con Ulises, no puedo dejar de pensar en ella. A veces me pasa, aunque no lo comparta con nadie. Asumo mis sentimientos, hago lo que crea conveniente con ellos y continúo. Siempre continúo. No tiene sentido que me quede atascada en ellos. Ella no lo querría y yo tampoco; nos parecemos demasiado.

Me levanto de la cama, de nuevo. No puedo dormir. Este maldito insomnio es frustrante. Voy hacia el bolso, saco la cartera y cojo la foto. Mi favorita. La foto más bonita del mundo. La acaricio con el dedo pulgar, despacio, con delicadeza, como si pudiera transmitir todo el amor que siento con ese simple gesto.

Salgo de mi habitación para ir a hacerme una infusión a la cocina. A ver si con un poco de hierbas naturales mezcladas con agua caliente consigo conciliar el sueño. Esta vez me he puesto las zapatillas. Ulises siempre me regaña cuando voy descalza porque dice que voy a acabar con los pies llenos de mierda. A veces es como un padre. Si alguna vez tiene hijos, tengo claro que sería uno de los buenos.

Intento no hacer ningún ruido, pero todavía no tengo controlada la casa a oscuras, así que acabo dándome un codazo con el manillar de la puerta del baño.

—¡Au! Joder. Qué daño me he hecho —refunfuño bajito. Lo que no ha sonado tan bajito ha sido la hostia que me he dado.

Sigo de camino a la cocina frotándome el codo. Voy directa al armario donde guardamos las infusiones, pero no encuentro ninguna que me apetezca. Hay un montón de sabores raros que compramos en un impulso tonto la última vez que fuimos al súper. Me he dado cuenta de que la frase «No hay huevos» tiene demasiado efecto en nosotros. Ninguno se echa atrás cuando se trata de un reto estúpido. Ahora tenemos seis tipos de infusiones que ninguno se va a beber.

Abro la nevera por si me da inspiración divina, pero lo único que encuentro son los botellines de cerveza.

«Pensándolo bien, nada mejor para
coger el sueño que una cerveza.
O dos».

Saco el abridor del cajón de la izquierda y quito la chapa. Después, me siento en mi taburete de la isla (sí, ya tengo asignado mi sitio en la cocina) y le doy un primer trago. Qué buena está. Pero ni siquiera la cerveza consigue quitarme el regusto amargo que me sigue dejando su recuerdo. Saco la foto del bolsillo del pantalón de mi pijama y vuelvo a observarla.

Suspiro.

—¿Puedo unirme a la fiesta?

Doy un bote del susto, me llevo una mano al pecho y trago con dificultad la cerveza que tenía en la boca.

—Joder, pocholito, ponte un cascabel.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

En dos zancadas se coloca frente a la nevera y coge otro botellín.

—¿Puedo? —Pide permiso para sentarse a mi lado.

En momentos como este, me gusta estar sola. Necesito estarlo y rumiar mis mierdas conmigo misma. Pero por alguna razón, la presencia de Ulises no me incomoda, así que asiento y se coloca en su taburete. Da un trago a la cerveza y, después, gira la cabeza para mirarme.

—¿No puedes dormir?

—La verdad es que no. Estaba cansada de dar vueltas en la cama. ¿Y tú?

—Yo sí. Dormía a gustísimo hasta que me he desvelado cuando te has dado ese golpazo. He salido a mear para ver si a la vuelta me volvía a entrar el sueño, pero he escuchado cómo abrías la cerveza. La envidia que he sentido porque estés bebiendo aquí sola a las dos de la mañana ha hecho que decida unirme.

Esbozo una pequeña sonrisa. Ni siquiera es de verdad, pero me ha hecho algo de gracia toda su explicación irónica. Le gusta mucho explicar todo: por qué hace lo que hace, cómo lo hace o por qué toma tal decisión. Es sincero siempre, le pese a quién le pese, pero respetando los sentimientos ajenos. Y me gusta.

—Perdona, no quería despertarte.

—Es igual.

—No, Ulises, mañana madrugas. Bueno, tú siempre lo haces, pero quería decir que trabajas.

—Ya, bueno, quería saber si estabas bien. Ese golpe ha debido de doler —Deja de mirarme para centrar su atención en su botellín.

Otra cosa que he aprendido de Ulises es que sí, es sincero, pero también se guarda cosas dentro, muy dentro. Como ahora. Sé que ha dicho la verdad, que se ha preocupado, pero también sé que no es la única razón por la que se ha sentado conmigo a beber cerveza de madrugada.

—Estoy bien, de verdad. No tienes por qué quedarte.

—Es bonita —dice observando la foto que he dejado sobre la encimera.

Apoyo el botellín en la mesa y cojo la foto. Sonrío con tristeza. Claro que lo es. Es la foto más bonita del mundo.

—Somos mi madre y yo. Aquí tenía unos siete años. Es mi foto favorita —le cuento sin saber bien por qué. Las palabras han empezado a salir solas de mi boca.

—Era muy guapa. Os parecéis mucho.

Me tenso en mi sitio. La respiración me traiciona. Ulises tampoco se mueve, pero noto que me mira de reojo, calibrando mi reacción.

—¿Por qué has usado el pasado? —Noto cómo me tiembla la voz.

Ulises se gira para mirarme. Estamos tan juntos que sus rodillas rozan mi cadera, pero no me aparto ni un milímetro.

—Porque no eres la única que mira una foto deseando traspasarla y volver a ese momento. Porque no eres la única que desea poder controlar el tiempo y volver al pasado.

—¿Qué quieres decir?

Ulises se levanta y va hacia uno de los muebles del salón, donde siempre suele dejar su cartera. Cuando la coje, vuelve a sentarse a mi lado. La abre en busca de algo y, cuando lo localiza, saca una foto bastante desgastada y la coloca en la encimera, junto a la mía. Y lo comprendo todo.

—Ulises —susurro horrorizada.

—Entiendo bien cómo te sientes, Inés —musita.

—Joder. —No sé qué otra cosa decir. Esto no me lo esperaba.

—No tenemos que hablar de ello. De hecho, no me apetece una mierda hablarlo. Solo quería que supieras que te entiendo.

Cuando decía antes que Ulises guarda mucho, me quedé corta. Ahora sé qué no ha venido hasta el salón a tomarse una cerveza conmigo para preguntarme por mi estúpido golpe, sino porque intuía que había algo más. La foto solo se lo ha confirmado.

Nos quedamos en silencio bastante rato, no sabría decir cuánto, pero ambos acabamos

con nuestras cervezas y, aun así, no nos movemos de nuestros sitios. Necesito relajar esta tensión de alguna manera.

—Deberíamos establecer una palabra de seguridad para usar en caso de que no queramos hablar de algo.

—¿Una palabra de seguridad?

—Sí, para evitar meternos en arenas movedizas en alguna conversación. Una palabra que diga: «date la vuelta y camina en dirección contraria». ¿Me explico?

—¿Y no bastaría con decir que no queremos hablar de ello y punto?

—Eres un rancio. No hay manera contigo. ¡Dale un poco más de emoción a la vida!

—Vivo contigo. Creo que ya le he añadido suficiente *emoción* para lo que me resta de existencia

—No sé si sentirme halagada u ofendida.

—Voy a dejar en tu mano que te lo tomes como quieras.

—Eres cruel.

—La conciencia me está torturando —ironiza.

—¿Qué te parece la palabra «muro»? Ya sabes, para avisar de que estamos topando con un muro construido por el otro que no podemos traspasar.

—Jodidamente original, sí señora.

—Pues, a ver, piensa tú, listo.

—Sí, sí, le voy a dar un par de vueltas mientras cojo de nuevo el sueño.

Me está vacilando. El tío, con un par, me está vacilando. Pero se me olvida enseguida porque Ulises se ha acercado tanto a mí que puedo notar su aliento en mi mejilla. Una jauría de ratones ha empezado a corretear por todo mi cuerpo. Mi respiración trastabilla. Por la Diosa, espero que no lo note.

Mierda. Mierda. Mierda.

Ulises deja un beso corto pero lleno de intensidad en mi mejilla. He notado sus labios tocando mi piel. Y su aliento. Y un poco de su saliva. Trago con fuerza mientras cierro los ojos.

—Buenas noches, torbellino.

«Inés, no caigas.
Por tu padre, no caigas. Aguanta.
No seas la tonta de siempre. La que acaba escaldada.
Ponte un puto chaleco antibalas esta vez.
O mejor, blíndate».

—Que descanses, pocholito.

Algo me dice que yo voy a seguir sin pegar ojo en toda la noche. Tendría que beberme todas las provisiones de alcohol de esta casa para que yo coja el sueño. Así que se vienen por delante un montón de horas tragando techo, imaginando que unos labios me besan en la boca y no en la mejilla.



18 de junio

—¡Palomitas listas! —anuncia Inés.

No sé cómo me he dejado convencer. De verdad que no. No soy de series. No tengo paciencia para ellas. Prefiero ver una película que empieza y acaba a estar pegado a la tele capítulo tras capítulo. Me desespera. Además, hay temporadas que tienen un huevo de capítulos. ¿Cómo es que la gente no se pone nerviosa? ¿Y los que tienen que esperar un año (con suerte) entre temporada y temporada? ¿Cómo no se vuelven locos? No lo voy a entender nunca.

—¿Cuáles has traído?

—Las de caramelo de colores, por supuesto —me responde desde la cocina.

—¿Estás de coña? —pregunto con fastidio.

—Con las palomitas de colores nunca se bromea, pocholito.

—No me gustan las palomitas de caramelo, Inés.

—Una pena, más para mí.

Qué huevos tiene la tía. Y a mí que me jodan. Me cruzo de brazos en el sofá, enfurruñado, como si fuera un niño. Comer o no palomitas me la pela, pero es el detalle. No me ha tenido en cuenta. Ha sudado de mí. Y, por loco y estúpido que parezca, no me gusta que Inés no me tenga en cuenta.

La madre que me parió.

A los dos minutos, deja el enorme bol de palomitas de colores encima de la mesita baja, coge el mando de la televisión y se sienta a mi lado, pero a una distancia prudencial. Gracias a Dios. No creo que mi cordura soportara tener sus piernas desnudas (porque el pantalón que lleva es tan corto que debería estar prohibido) tan cerca de mí.

Quizá ese sea el problema, que me estoy esforzando una mierda en verla como una amiga porque mi entrepierna parece haberse hecho con el control de todo mi cuerpo y mi cerebro. Tengo que esforzarme más.

El otro día tuve un momento de debilidad. Tenía que haberme ido derechito a mi habitación cuando la oí abrir aquel botellín. Tenía que haberla dejado sola con sus sentimientos, por muy mezquino que parezca. No paro de repetirme que no puedo implicarme tanto, pero a la hora de la verdad, me abro un botellín, me siento a su lado y, encima, abro una grieta para ella que ni siquiera he abierto para Isla; y eso que compartimos el mismo dolor. Pero no lo pude evitar. Sentí su vulnerabilidad flotando por toda la puta cocina y, cuando vi su foto, conecté con Inés de una manera tan emocional que la única cosa que me salió hacer fue mostrar mi vulnerabilidad también.

—¿Listo? —me pregunta.

Sacudo débilmente la cabeza para alejar ese momento de mi mente. No me permito recrearme demasiado, ni quiero preguntarme por qué le di aquel beso en la mejilla, traspasando la línea física entre nosotros.

—Dale —le contesto—. Cuanto antes pase esta tortura, mejor.

—Mira que eres exagerado. *Embrujadas* en la mejor serie de la historia. No me puedo creer que no la hayas visto nunca, con la de años que tiene. Por suerte, estoy aquí a tiempo de remediar este desastre. Ay, se me han olvidado las cervezas. Enseguida vuelvo.

Sigo sin entender cómo cojones me ha convencido. La maldita serie tiene ocho temporadas. Ocho. Con veintidós capítulos cada una.

«Eutanasia, por favor».

Un minuto después, siento la mano de Inés en mi hombro y me tenso. Aunque no me da tiempo a procesar su tacto pegado al mío porque deja otro enorme bol de palomitas blancas en mi regazo.

—¿De verdad pensabas que te iba a dejar sin palomitas? —susurra muy cerca de mi oído —. Qué mal concepto tienes de mí.

Me estremece sentir su aliento tan cerca de mi cuello, pero enseguida se retira y vuelve a sentarse en el sofá. Tardo una milésima de segundo en recomponerme y mostrar mi total indiferencia ante ese gesto que, entre tú y yo, me ha hecho sentir algo cálido por todo el cuerpo.

—¿Son con sal? —pregunto con el rictus serio, pero mirándola de reojo.

—Son con sal —me confirma.

Esbozo una muy pequeñísima sonrisa. Casi imperceptible. O eso creo.

—Bien. Gracias. Venga, pon la serie.

—Estás a punto de descubrir un mundo nuevo.

Pongo los ojos blanco y le da al *play*.

—No sé cómo puedes volver a ver una serie que te sabes de memoria. ¿No es una pérdida de tiempo? Con la cantidad de series que tendrás por descubrir —digo cuando hemos visto los tres primeros capítulos.

—¿Tú nunca has tenido la necesidad de volver a casa? —pregunta sin apartar los ojos de la tele.

—Claro, todos los días después del curro —respondo encogiéndome de hombros.

—No me refería a eso, idiota. Me refiero a volver a tu lugar seguro en el mundo.

—Sí —musito.

Joder, claro que sí. Por eso siempre recurro a mi hermana cuando algo me preocupa. Porque Isla siempre va a ser mi lugar seguro en el mundo. Ella nunca me va a fallar y ese es un vínculo que va más allá de la sangre por mucho que también nos una.

—Pues, para mí, volver a ver una serie o peli que me encanta o releer un libro es eso, volver a casa. Me siento segura.

Esa misma noche, nos vemos doce capítulos seguidos. Una puta locura. Pero he disfrutado más viendo cómo Inés repetía diálogos de memoria y se emocionaba, que con la serie propiamente dicha.

19

Terriblemente segura

Inés

23 de junio

—¿Lo tienef tofo fisto? —me pregunta Ulises desde el pasillo con el cepillo de dientes en la boca.

—Casi. Todavía me quedan tres días para irme, así que hay cosas que todavía no puedo guardar. Me queda comprar el regalo para Blanca y el bichín.

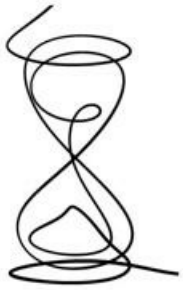
En tres días parto para mi casa de nuevo. No es que el piso de Ulises no lo considere todavía *mi casa*, estoy tan a gusto aquí que parece que llevo mucho más tiempo del que llevo en este piso. Pero no puedo evitar sentir que vuelvo a mis raíces, a la que mi corazón siempre sentirá que es su casa permanente.

—¿Por qué no me acompañas al estudio y te das una vuelta por el centro? Seguro que encuentras algo —propone cuando ha terminado de lavarse los dientes.

Diosa. Ni siquiera con toda la boca llena de espuma me repugna. ¿Cuándo va a llegar el momento en el que la confianza se va a volver asco? Porque me da que está tardando mucho.

—Vale, sí. Me parece bien. ¿Vamos?

—Vamos. —Ulises me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa como una imbécil.



Madrugada del 24 de junio

Brrrrr.

Brrrrr.

Brrrrr.

—Joder —balbuceo con los ojos cerrados.

No sé quién es, pero le deseo el mal. La vibración del teléfono me pone de mala leche de

inmediato. Estaba teniendo un sueño fabuloso. Alargo la mano hasta la mesilla para alcanzar el móvil. Entreabro un poco los párpados para deslizar el dedo por la pantalla en la dirección correcta, sin fijarme en el nombre que aparece.

—Espero que, seas quién seas, me vayas a decir algo de vital importancia. Si no, te puedes ir a tomar por culo, que estaba durmiendo.

—Inés. —No hace falta más. Su voz firme, grave y algo angustiada hace que abra los ojos y me incorpore de inmediato.

—¿Gonzalo? ¿Qué pasa?

—Tienes que venir. Ya.

Oigo sus pisadas a través del auricular, como si estuviera corriendo por toda su casa. Nervioso. Pero también oigo a mi mejor amiga gritando a su chico que se esté quieto, que va a hacer un agujero en el suelo.

—Gonzalo, dime que no.

—Pues sí, Inés, sí. Y parece que va rápido. Tienes que venir ya —repite con la respiración agitada.

—Me cago en la puta de oros. Que estoy a un huevo de horas de ahí. Tengo el billete comprado para pasado mañana. Mierda. Mierda. Mierda —maldigo saliendo de la cama e intentando pensar una solución lo más rápido posible—. ¿Qué coño hago?

—No tengo ni puta idea, Inés. Apenas puedo respirar. Solo sé que tienes que estar aquí. Blanca te necesita.

Me quedo inmóvil en mitad de la habitación. Mi mejor amiga me necesita. No es el momento de que yo entre en un episodio de histeria.

—Me las apañaré. Dile al bichín que, como nazca antes de que yo llegue, va a dejar de ser mi sobrino favorito.

—Date prisa —me espeta Gonzalo. Supongo que no está la situación como para bromear. Va a ser padre y debe de estar acojonado.

Salgo de la habitación como alma que lleva el diablo en busca de mi ordenador, el cual dejé en la mesa del salón. Abro la tapa y espero a que se encienda con impaciencia. ¿Por qué va tan lento? Joder. Una vez tengo el portátil operativo, busco desesperada un billete de tren que me lleve a mi casa, a ser posible, a la velocidad de la luz. Pero no hay suerte. No hay ni un puto billete.

Vuelvo corriendo a la habitación para vestirme. Todavía no he tomado una decisión sobre cómo voy a ir, pero es que solo puedo pensar en Blanca dando a luz sin que yo esté allí. Le prometí que estaría. Se lo juré y perjuré hasta la saciedad. Y no estoy.

Tengo que volar, sea como sea. Hostia, volar. Claro. Si tengo que coger un avión, lo cojo. Una vez vestida, vuelvo al ordenador a buscar el primer vuelo que salga de Barajas, pero tampoco hay ninguno que no me haga llegar pasado mañana.

—Jodeeeeer. —Me desespero.

Vuelvo a la habitación a recoger el resto de cosas que me quedan por guardar y, en el camino, me vuelvo a dar un golpe con el manillar de la puerta del baño, pero en el otro codo.

—¡Auuuu! Joder, maldito manillar. En cuanto vuelva, lo voy a quitar.

—¿Se puede saber qué coño haces, Inés? —pregunta Ulises desde el umbral de la puerta de su habitación—. Son las putas tres de la mañana.

Sigo a lo mío sin contestarle. Apenas puedo pensar. Solo necesito llegar hasta Blanca. Corro por toda la habitación, cerciorándome de que no me olvido de nada.

—¡Eh! —Ulises me coge por el codo (el bueno), parándome en el acto, y me gira para

que lo mire—. Inés, ¿qué pasa?

Percibo algo parecido al miedo en sus ojos, pero no me detengo a analizarlo.

—Tengo que ir a casa, Ulises. Tengo que volver. Tengo que volver. —Creo que he entrado en bucle.

—¿Pero qué pasa? Háblame, Inés.

Las manos de Ulises agarran mis brazos. No hace fuerza, pero me sujeta con firmeza. Su tacto me tranquiliza casi al cien por cien. Casi.

—Blanca está de parto. Me acaba de llamar Gonzalo. Y yo no estoy allí, Ulises.

—Tranquila —me dice. ¿Cómo pretende que esté tranquila?—. ¿Has pensando en cómo ir?

—No hay trenes ni aviones. Me va a tocar recurrir a Bla Bla Car o a Uber o yo que sé, Ulises. Ni siquiera sé si un Uber hace ese tipo de viajes. Solo sé que tengo que llegar.

—Vale. Me cambio y salimos.

Se separa de mí y siento frío. Espera, ¿he escuchado bien lo que ha dicho? Salgo detrás de él y lo encuentro en su habitación.

—¿Qué haces? —pregunto mientras está de espaldas a mí, desnudo de cintura para arriba, dejando a la vista sus gloriosos tatuajes.

—Vestirme, no querrás que conduzca en pijama.

—¿Conducir? ¿De qué hablas?

—¿La futura maternidad de tu amiga te ha dejado tonta o qué? Pues de llevarte. Tengo coche, tú necesitas transporte. ¿Te doy más datos o hilas sola?

—Pero no tienes por qué hacerlo. Son bastantes horas de viaje.

—Quiero hacerlo. No voy a permitir que te vayas sola por ahí en un Bla Bla Car con desconocidos pudiendo llevarte yo.

—Préstame el coche. —Ulises me mira como si me hubieran salido bigotes en la cara—. Así no tengo que molestarte. Encima trabajas mañana, no puedes cerrar el estudio. Y menos por mi culpa.

—Mierda, es verdad —maldice. Se queda quieto a medio vestir, se pasa el dedo índice por los labios, pensativo, y casi puedo ver cómo su cerebro toma decisiones a toda pastilla—. Es igual. Avisaré a Sara, haré unas cuantas llamadas, reubicaré citas y ya veré. Además, no le dejo mi coche a nadie. Solo a Isla y a regañadientes. Tampoco dejaría que condujeras en tu estado de nervios, Inés.

—Pero…

—¿Vas a seguir discutiendo conmigo o nos ahorramos todas estas gilipolleces y salimos ya?

Lo miro fijamente con gratitud. Poca gente haría algo así por alguien que es casi un desconocido. Muy poca gente. Además, le acabo de desbaratar la organización de su negocio y sé que eso le saca de quicio. Aun así, no me reprocha nada. De momento.

—Te pagaré la gasolina —susurro—. Gracias, Ulises.

—No las des. Venga, vamos.



Nunca eres consciente de lo largo que puede llegar a ser un trayecto en coche hasta que tu mente no deja de darte por el culo. Bueno, *trayecto*, esto es un viaje en toda regla. Llevamos ya varias horas aquí metidos y solo hemos parado a repostar y a comprar café. Litros de café.

No paro de moverme en mi asiento, inquieta. Yo ya debería estar allí, junto a mi mejor amiga. No paro de repetirme que Gonzalo está con ella, que todo va a salir bien, pero la culpabilidad que siento por estar rompiendo mi promesa me está destrozando.

—Inés, al final te ato al asiento —amenaza Ulises.

—Ya estoy atada. El cinturón de seguridad no me deja demasiada movilidad —replico bastante mordaz.

—Ni siquiera lo tienes bien puesto. Hazme el favor. No quiero que me multen por tu culpa.

Obedezco.

Tiene razón. Es peligroso, aunque apenas haya coches en la carretera a estas horas. Y, además, me está haciendo el favor de mi vida. Lo menos que puedo hacer es ponerle las cosas un poco más fáciles.

—Perdona, es que…

—Lo sé, Inés, si fuera Isla la que está a kilómetros de mí dando a luz, creo que habría montado un pollo en el aeropuerto para coger un puto avión.

Esbozo una pequeña sonrisa. Me gusta que haya dado por hecho que lo que yo siento por Blanca es lo mismo que lo que él siente por Isla y no por Sara, por ejemplo, que también está embarazada y es su mejor amiga. Porque la pichurrina y yo no somos hermanas de sangre, pero sí de vida y es un vínculo igual de válido.

—Ahora puedo entender un poco mejor la frustración que sientes cuando se te jode alguna planificación. No suelo organizar demasiadas cosas en mi vida, ya sabes, me dejo fluir, pero lo que considero importante me gusta que salgan bien. Y ahora el bichín ha decidido nacer antes de tiempo y me estoy cagando en todo por no estar ahí. Quizá debería haberme mudado después de que naciera y…

—Para, torbellino, para. Estamos de camino, nos faltan pocas horas para llegar y vas a estar ahí cuando ese pequeñ… ¿Es niño o niña?

—Ni idea. No han querido saberlo, así que será sorpresa.

—En cualquier caso, estarás ahí cuando nazca, ¿vale?

—Vale.

No sé cómo lo hace Ulises, pero siempre me siento más tranquila después de hablar con él. Dice las cosas con una seguridad tan aplastante que, ¿cómo no lo vas a creer? Es como si pudiera desatarse el infierno bajo nuestros pies antes de que Ulises no tenga razón en algo.

Y eso me hace sentir terriblemente segura.

20

Rizo

Ulises

A las siete y media de la mañana, mi móvil suena y maldigo porque, al tener conectado el manos libres, el sonido es muy alto, lo cual ha hecho que Inés se despierte. La preocupación y la tensión la han agotado y había conseguido quedarse dormida.

—¿Qué…? ¿Qué pasa? —balbucea todavía somnolienta.

—Tranquila, es Sara, que me está llamando. —Descuelgo el teléfono—. Sarita, cielo, qué oportuna que eres.

—¡Uliiiii! —exclama—. Por favor, dime que has decidido cerrar de un día para otro y sin planificarlo porque estás follando como un cabrón. Dímelo, porfa. ¿Has repetido con la última? Bueno, eso da igual, pero ya es hora de que dejes de llorar por las esquinas por Lau…

—¿Quieres cerrar la boca, tía? —la interrumpo—. Dios, ¿cómo estás tan despierta a estas horas? Si tú hasta que no te tomas tres cafés solo te comunicas con gruñidos. Gruñidos, Sara. Y ahora con el embarazo no tomas café.

¿Se ha notado mucho que he empezado a divagar para que Inés no procese lo último que ha dicho Sara? No quiero que pregunte.

—Me despierto cuando tengo la motivación suficiente, Uli. Y que folles o no, es motivación suficiente.

Pongo los ojos en blanco. Después, miro a Inés de reojo y la veo mirando por la ventanilla, haciendo como que no escucha, pero por el reflejo distingo perfectamente una sonrisa que apenas puede disimular.

—Me alegra saber que tu trabajo no supone motivación suficiente, Sarita —ironizo.

—Te puedes montar en mi dedo corazón y pedalear, imbécil.

—El tema de montar encima de deditos se lo dejo a Lucas. Contigo es incesto.

—Iuuuuu. Qué asco, Ulises. Ni se te ocurra volver a insinuar nada así. Dios qué arcada.

La carcajada de Inés se escucha por todo el coche. Muy calladita estaba. La miro de reojo sin poder contener una sonrisa porque, en realidad, todo esto me hace gracia. Entre las conversaciones con Isla y con Sara, se debe de pensar que somos un grupo rarito que solo demuestra su afecto dedicándose insultos o burlas.

—Uy, ¿quién es esa? Ja, sabía que estabas follando. Te he pillado, picha brava.

«Ojalá estuviera jodiendo con ella
en este maldito coche».

Suspiro con cansancio, miro de reojo de nuevo a Inés y niego con la cabeza, retirando de inmediato el pensamiento. Porque ese tipo de pensamiento no se puede volver a cruzar por mi

cabeza. Jamás. Tengo que empezar a controlarlo.

—*Esa* es Inés. Y estamos de camino a su casa. El parto de Blanca se ha adelantado y no tenía forma de ir. Por cierto, has estado en manos libres todo el rato. Saluda, Sarita.

Silencio.

Más silencio.

Inés me mira confusa, pero yo la tranquilizo con un gesto de la cabeza. Sara solo está procesando la situación.

—Mierda —masculla.

—Sí, mierda —corroboro.

—Hola, Inés —saluda una vez ha salido de su trance—. Perdona por todo este circo, ¿eh? No sabía que estabas escuchando. Gracias por eso, Uli.

—No te preocupes —disculpa ella conteniendo su risa. Ahora que lo recuerdo, Blanca me habló de su risa y no para bien—. Siéntelo más por Ulises que por mí. Yo me lo he pasado genial escuchándoos.

—Espero que todo salga bien en el parto de Blanca —le dice y, después, se dirige a mí—. Uli, ¿qué necesitas que haga? Hoy tenías unas cuantas citas.

—Lo sé. Llamaré personalmente a los clientes para disculparme y agendar otras citas. Te enviaré un correo con las reubicaciones. No hace falta que te pases por el estudio. Disfruta del día libre y descansa.

Colgamos. El coche se envuelve en el silencio. Está empezando a amanecer y ya se nota un poco más el tráfico de la carretera. Pero me está empezando a entrar sueño y no me lo puedo permitir.

—Inés.

—Dime.

—Distráeme. Háblame de cualquier cosa. Me está entrando sueño.

—¿Quién es Lau? —pregunta a bocajarro.

Parece que mi deseo de que olvidara lo que Sara había casi dicho no se ha cumplido. En cuanto ese nombre sale de sus labios, me agarro instintivamente con fuerza al volante y tenso la mandíbula. No cierro los ojos para aplacar el golpe porque voy conduciendo, así que me inclino por respirar profundo y calmarme antes de contestar. ¿Quiero contestar? Esa es la verdadera pregunta que tengo que hacerme y tengo clara la respuesta.

—Rizo.

Inés se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—Emmm, pocholito, ¿se te ha roto alguna neurona? ¿Qué es *rizo*?

—Nuestra palabra de seguridad —respondo.

—Ah. ¿Y por qué *rizo*? —lo pregunta de forma divertida, como si le agradara que haya entrado en su juego cuando me reí de ello el día que lo propuso.

—Me recuerda a tu pelo.

Inés suaviza el gesto y yo me cago en todas mis muelas. ¿Por qué no me pondré un filtro cerebro-boca? No tenía que haber dicho eso. Igual que no tuve que decir que el color amarillo me recuerda a ella. ¿Qué coño me pasa?

—Me gusta —concluye—. ¿Sabes que mis padres tenían el pelo superliso? Zoe y yo heredamos este pelo de la abuela. Bueno, mi hermana en una versión mucho más *light* que la mía. A mí me tocó el premio gordo.

Gracias por entenderlo(me) siempre a la primera y por desviar la atención lejos de los temas que quiero evitar a toda costa. Toda mi vida, a ser posible.

21

Un salto tonto del corazón

Inés

Ciudad costera

—Corre, ve. Voy a aparcar el coche y luego te busco.

No sé si llego a contestarle porque salgo escopetada del asiento del copiloto hacia la entrada de maternidad del hospital. Camino por un laberinto de pasillos hasta los ascensores, pulso la cuarta planta y espero. Joder, llevo horas esperando y ya no puedo más. Gonzalo hace mucho que no me responde, así que me temo lo peor: que he llegado tarde.

Cuando la puerta del ascensor se abre, me precipito hacia el pasillo buscando la habitación 1312. Camino por los pasillos con el corazón en la garganta y maldiciendo que este hospital sea tan grande. Cinco minutos después, sé que he llegado a mi destino porque me encuentro a Gonzalo apoyado en la pared del pasillo, cabizbajo.

—Gonzalo —lo llamo y él levanta la cabeza. Diosa mía, qué imagen tan aterradora. Me mira con sorpresa, como si no esperara verme aquí—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí fuera? ¿Y Blanca?

—Inés…, ¿qué haces aquí? —me pregunta, a su vez, confuso.

Lo veo perdido, muy perdido. Y exhausto. Sus ojeras son profundas, como si todas las preocupaciones del mundo se hubieran instalado bajo sus ojos. También parece irritado.

—¿Estás tonto? Estoy aquí porque mi mejor amiga está a punto de ser madre. Y tú padre. ¿Se puede saber qué te pasa?

Vuelve a agachar la cabeza y se pasa la mano por la mandíbula.

—Perdona, Inés. Estoy… cansado. Y Blanca me ha echado de la habitación. Está muy nerviosa. Me ha gritado, me ha insultado, dice que tengo toda la culpa.

—Un parto es jodido —intento defender a mi amiga—. No es que lo sepa por experiencia, pero Marta me ha contado algo.

—¿Te crees que no lo sé? Estuve en el parto de Gabriela. Entré con mi hermana al paritorio. Lo que realmente me jode es que no me deje estar con ella. Me da igual lo que diga o cuanto grite. Yo solo quiero cogerle la mano a mi mujer y apoyarla. Es nuestro hijo, joder, no quiero que esté sola.

—La conozco, Gonzalo, se ha arrepentido de echarte en el mismo momento en que has salido por la puerta, solo que es demasiado orgullosa para admitirlo. Voy a entrar, ¿vale? ¿Cómo va el parto?

—Rápido para ser una primeriza, según nos han dicho. Ya ha dilatado bastante y no creo que tarden mucho en ponerle la epidural.

—Vale, en cinco minutos, vuelve a entrar.

—Ella no quiere.

—Ella sí quiere. Hazme caso. En cinco minutos, vuelve a entrar.

Gonzalo asiente, aunque no convencido del todo. Yo agarro el manillar de la puerta, lo giro y entro. Blanca está sentada en la cama a lo indio, agarrándose la parte baja de su vientre con las manos, con un montón de lágrimas en sus mejillas, la vista perdida en la pared y sudor en la frente.

—Pichurrina…

Me acerco a la cama, me siento junto a ella y le limpio el sudor de la frente con una toalla que tiene en la mesilla. Me mira con los ojos rojos y muy húmedos, pero no dice ni una sola palabra.

—Casi no llego —digo para romper el hielo. Siento pánico cuando Blanca está tan callada.

—Me cago de miedo, Inés —susurra.

—Lo sé.

—¿Y si no soy buena madre?

—Ninguna madre es perfecta, Blanca. Tú tampoco lo vas a ser, pero lo harás lo mejor que sabes porque vas a amar a tu bebé por encima de todas las cosas.

Asiente y se limpia las lágrimas de las mejillas con un trozo del pijama del hospital.

—He echado a Gonzalo. Debe de estar muy enfadado. ¿Lo has visto?

Una punzada de dolor le cruza el rostro a Blanca, me agarra la mano con mucha fuerza y suelta un quejido mientras se acuerda de todos sus antepasados. Respira con dificultad, intentando controlar la contracción. Soy consciente de que no puedo hacer que se sienta mejor, pero me mata verla sufrir tanto. Y no solo por el dolor físico que siente.

—Tranquila, ya está. Queda poco. En nada nos estaremos riendo de este momento con unos chupitos de ese vodka que te regalan por Navidad. Verás qué bien.

Ella se ríe entre lágrimas y se recuesta en la cama sin soltarse el vientre. Parece un gesto de protección, o también puede ser que sienta que así le duele menos. Yo qué sé. Nunca he pasado por un parto.

—¿Lo has visto? —reitera.

Asiento, esbozando una sonrisa que pretende ser tierna y cautelosa.

—No se ha despegado de la puerta de la habitación, pichurrina. No está enfadado, pero sí muy preocupado.

—Soy horrible, le he echado la culpa de todo.

—Un poco de culpa tiene. —Le guiño un ojo para quitar hierro.

—Me he arrepentido mucho de echarlo, pero ahora…

—Ya, no te preocupes por eso.

La puerta chirría justo detrás de mí. Joder, cinco minutos clavados, ni que fuera Ulises controlando el tiempo. Hostia, Ulises, ¿habrá aparcado ya? Me he desentendido del móvil totalmente.

Gonzalo entra con cautela, arrastrando los pies con miedo a pasar del todo y que su chica lo vuelva a echar. Pero a Blanca se le ilumina la mirada en cuanto lo ve y empieza a llorar. Gonzalo corre a su lado, la abraza y la acuna. Yo me aparto a un lado para dejarles intimidad y aprovecho para consultar el móvil. Ninguna noticia de Ulises. También es verdad que aparcar en este hospital es como ver a Papá Noel sin barba.

—Lo siento, lo siento —susurra Blanca.

—Shhh, no pasa nada, cariño.

—No quiero que te separes de mí más, aunque te diga que te odio y que te vayas. No lo hagas, por favor.

—No me iré a ninguna parte, pequeña delincuente.

Uf.

Decido salir de la habitación antes de echarme a llorar y porque este momento es de ellos y de su bebé. Cuando me estoy escabullendo hacia la puerta, la voz de Gonzalo me detiene:

—Ulises te está esperando fuera.

El corazón me da un salto. Un salto muy tonto he de decir, porque lo he sentido como si no esperara que Ulises estuviera en algún punto de este hospital. Lo he sentido como si se hubiera plantado aquí de repente porque sí.

«Bueno, un poco sí lo ha hecho al traerme hasta aquí
sin cuestionárselo ni un solo segundo».

—¿Qué hace Ulises aquí? —me pregunta Blanca con los ojos muy abiertos de la sorpresa.

Me retiro los rizos de la cara con despreocupación para que no parezca que tiene más importancia de la que tiene. Aunque para mí la tenga.

—Bueno, es que, cuando Gonzalo ha llamado, no tenía ninguna forma de venir y he armado tanto ruido por la casa que lo he despertado. Le he explicado lo que pasaba y se ha ofrecido a traerme. Era eso o un Bla Bla Car.

—¿Y qué ha pasado con el Bla Bla Car? ¿No te has podido resistir al tío tatuado? —me vacila Gonzalo. Qué valor. Y a punto de ser padre.

Lo miro muy mal.

—No me ha dado otra opción, ¿vale? No ha sido cosa mía. Él ha insistido.

Veo una interrogación enorme encima de la cabeza de Blanca, que dura escasos segundos porque otra contracción la vuelve a atravesar entera.

—¡JODER, NO PUEDO MÁS! —lloriquea.

Dejo a Gonzalo cuidando de mi pichurrina o, más bien, aplacándola, y salgo de la habitación. Miro en derredor en busca de Ulises y lo encuentro apoyado en la pared, en el mismo punto donde he encontrado a Gonzalo, hablando por teléfono con los cascos inalámbricos puestos mientras teclea en la pantalla.

—Perdona, tío, me ha surgido una emergencia familiar y he tenido que salir de viaje… Sí, sí, parece que todo bien… Vale, perfecto, te agendo para el martes que viene, entonces. Disculpa de nuevo. Un abrazo.

Me acerco a él cuando cuelga la llamada y levanta la vista al notar mi presencia. La sonrisa que esboza… Mierda.

—Hola —me susurra—. ¿Todo bien, torbellino?

—Todo bien, pocholito.

22

¿No te quieres separar de mí?

Ulises

Los hospitales no son un lugar agradable en ninguna situación, pero el hecho de estar aquí porque alguien está trayendo vida al mundo lo hace un poco más esperanzador. He visto a unas cuantas personas pasar por delante de mí con globos, cestas, sonrisas cegadoras en la cara… y no puedo evitar que un hospital me parezca un poquito menos horrible.

Inés y yo hemos bajado a la cafetería a hacer tiempo mientras el milagro de la vida ocurre. Gonzalo ha prometido enviar un mensaje a Inés en cuanto el bebé haya nacido, así que solo queda esperar.

Es la hora de desayunar, pero nosotros llevamos tantas horas despiertos que nos comeríamos un menú con dos platos y postre como si fueran las tres de la tarde. Pedimos una Coca-Cola cada uno (por eso de mantenernos despiertos) y unos bocadillos y nos sentamos en una de las pocas mesas que hay libres casi al fondo de la cafetería.

Inés se deja caer en la silla con dramatismo y resopla.

—No sé si la Coca-Cola va a apaciguar tus nervios.

—No estoy nerviosa —me corrige—, solo hay tres cosas en la vida que me ponen nerviosa y esta no es una de ellas. Es que estoy ansiosa por conocer al bichín y un poco preocupada por Blanca.

—¿Y cuáles son esas tres cosas que te ponen nerviosa? —Me puede la curiosidad. Toda ella me despierta una curiosidad que me cuesta tener controlada.

—Primero, la tecnología, se me da fatal como ya has podido comprobar. La segunda, decepcionar a mi padre. Ya lo hice una vez y no quiero repetir la experiencia. Y la tercera… —Se detiene de golpe y hace un mueca de incomodidad, como si se hubiera ido de la lengua sin querer—. No, en realidad, solo son esas dos cosas. No sé por qué he dicho tres.

Esbozo una sonrisa burlesca. Me está mintiendo.

—No te creo. Hay una tercera, solo que no me lo quieres decir.

Inés levanta la barbilla, desafiante. Veo ese brillo que se le pone en la mirada cuando la reto. Y lo que más me preocupa es que me gusta demasiado retarla. Se está convirtiendo en una afición muy peligrosa, joder.

—Rizo.

Me lo esperaba, me voy a quedar con las ganas de saberlo, pero la entiendo. Doy un sorbo a mi bebida sin apartar los ojos de los suyos. Me ha callado la boca, pero provocarla me sigue haciendo cosquillas, y son adictivas.

—¿Has conseguido reubicar todas tus citas?

—Por suerte, sí. Me queda enviar un *email* a Sara con las nuevas citas. Ahora en un rato lo hago.

—Siento que te hayas visto obligado a traerme. —Se recuesta en el respaldo de la silla y retira su mirada para enfocarla en un punto cualquiera de la cafetería.

—Inés, deja de ser tan pesada. Quería hacerlo. Punto.

Me dedica una sonrisa sincera, aunque algo cansada. Va a ser un día de muchas emociones, entiendo que esté un poco apagada, pero se me hace raro. Siempre tiene una vitalidad envidiable.

—¿Cómo has visto a Blanca?

—Como esperaba encontrarla: muerta de miedo. Lleva temiendo el parto desde que se quedó embarazada. Pero lo hará bien y sé que Gonzalo no se va a separar de ella.

—Se puede respirar cuánto se quieren. Me pasa igual con mi hermana y Diego. Estás a su lado cinco minutos y sientes que todo es posible, aunque es difícil encontrar lo que ellos tienen.

Inés da un sorbo a su bebida y me mira con cierta intensidad.

—Sí que es difícil, sí.

Terminamos el desayuno-almuerzo y decidimos salir a dar una vuelta por los alrededores del hospital para hacer tiempo. El clima aquí es bastante húmedo y noto el salitre impregnándose en mi piel como si fuera una capa fina y pegajosa. Me gustaría ver el mar ya que estoy aquí, pero hay algo que empieza a preocuparme y a rondarme la cabeza. Y es que estoy a horas de mi casa y mi trabajo y no tengo ningún plan trazado en las próximas horas. Debería irme, coger el coche y poner rumbo de vuelta, pero, con toda la sinceridad del mundo, no me apetece.

—Oye, pocholito…

—Uf, Inés, por favor, ¿vas a dejar de llamarme así en algún momento?

—Sabes que no y sé que no te molesta tanto.

No, en realidad no me molesta tanto. No si viene de ella, lo cual también me preocupa de la hostia. Yo, en vez de poner distancia y un muro invisible entre nosotros, no hago más que acercarme peligrosamente a una línea pintada de rojo sangre que indica con toda claridad que, si la cruzo, estaré en grave peligro.

—¿Qué es lo que querías? —Ignoro su comentario anterior. No me conviene entrar al trapo o mi boca dirá cosas que mi cerebro no ha dado orden de decir.

—Ah, sí. Es que se me hace bastante raro que no estés planeando nada. Quiero decir que, normalmente, ya estarías trazando un plan para volver a tu casa o estimando el tiempo medio de un parto de una primeriza para poder organizarte. Estás preocupantemente tranquilo. Y creo que me perturba un poco.

Esbozo una sonrisa que creo que solo se queda en mueca. Seguimos caminando el uno junto al otro. Bastante pegados he de decir. Nuestras manos podrían acariciarse en cualquier momento si no fuera porque las mías están metidas dentro de los bolsillos.

—La verdad es que algo de vueltas sí le he dado —confieso— y creo que debería ir mirando algún hotel para pasar la noche.

—¿La noche? —pregunta Inés agudizando la voz de la sorpresa—. Yo pensaba que volverías a casa.

—También lo he pensado, pero apenas hemos dormido y creo que sería peligroso conducir tantas horas de vuelta.

—Ah, claro, pero ¿y mañana? Tienes trabajo, Ulises.

—Juraría que mañana no tengo muchas citas. A ver… —Saco el teléfono del bolsillo y compruebo la agenda—. Efectivamente, solo tengo un par, por suerte. Las reubicaré también. El resto del día lo iba a emplear en diseños que tengo pendientes.

—Parece que no te quieres separar de mí, ¿eh?

Me quedo mirándola detrás de las gafas de sol y menos mal, porque debo de tener una cara de imbécil digna de que Inés se ría de mí. Siempre hace lo mismo, hace preguntas incómodas y acaba liándome.

—Eres una lianta, torbellino. Estoy mirando por mi propio bienestar, no me gustaría matarme tontamente por quedarme dormido en el coche.

«Pero tienes razón, no me apetece especialmente
volver a casa y encontrarla vacía, sin ti dentro».

—Qué gran trabajo estoy haciendo.

—¿A qué te refieres? —pregunto confuso. Vete tú a saber por dónde me va a salir ahora.

—Has sido capaz de cerrar dos días tu negocio por ayudarme a mí sin que te esté dando un *jari*. El proceso de desencorsetarte va viento en popa.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que soy tan buena persona que me ha salido solo ayudarte sin pensar en nada más? —replico.

—¿Estás menospreciando todo el esfuerzo que me está llevando desencorsetarte?

—Estoy siendo realista.

—Eres un aburrido. No quieres rendirte ante la evidencia.

«Pues claro que no, Inés, porque si me rindiera,
ahora mismo estaría haciendo una gilipollez
para callarte esa preciosa boca que tienes».

—Y tú una pesada. Cada uno tenemos lo nuestro.

Inés bufa, pero no le da tiempo a replicarme porque recibe un wasap que tarda cero coma en revisar. Espera como agua de mayo un mensaje concreto.

—¡AHHHHHH, ya soy tía! —exclama echándose a llorar.

Inés me enseña la pantalla de su móvil y veo una foto que me deja noqueado. Y no por nada, sino porque representa un momento tan importante en la vida de las personas que me resulta ajeno, pero, a la vez, deseado. Sin duda, es algo que me encantaría vivir. Y me doy cuenta de ello en este preciso momento, viendo la foto que Gonzalo ha enviado sujetando en brazos a una bolita humana con un gorrito blanco y esbozando la sonrisa más feliz y emocionada que he visto en mi vida.

—¿Qué haces aquí parada? ¿Por qué no estás corriendo para conocerlo?

23

Bichín

Inés

Corremos por los pasillos del hospital como si nos hubiéramos escapado del área de psiquiatría. Por algún motivo que desconozco, Ulises corre conmigo como si para él este momento también fuera importante. Dejamos un montón de pasillos atrás, esquivamos a gente y recibimos regañinas de las enfermeras por correr como un par de críos. Cuando llegamos al ascensor, tengo el corazón desbocado por la carrera y las ganas. Blanca, mi pichurrina, después de todo, ha traído una vida a este mundo. Y me siento entre feliz y desubicada porque, después de tantos años, nos hemos hecho mayores de golpe. Y pensarás: qué gilipollez con 32 años que tienes. Pues puede que un poco, pero (se viene frase de Mr. Wonderful, pero que es una verdad como un templo) el número solo es un dato objetivo, la edad de verdad es la que tú quieras tener.

Cuando las puertas del ascensor se abren, me precipito hacia el exterior, pero no llego a pisar el pasillo porque algo ha tirado de mí hacia atrás y ese algo ha sido la mano de Ulises.

—Torbellino, tranquila, pareces un potro desbocado. No querrás irrumpir en la habitación de tu amiga recién parida como un elefante en una cacharrería, ¿verdad?

Salimos del ascensor antes de que se vuelvan a cerrar las puertas. Me doy la vuelta para enfrentar su mirada y me quedo embobada al ver una luz en sus ojos que pocas veces he visto desde que lo conozco. Sus ojos son incluso más verdes y mira que es difícil. No he visto ojos más transparentes que los de Ulises. Y hacen mal en cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Me acabas de llamar potro y elefante en una misma frase y sin cortarte ni un pelo. No tienes vergüenza.

—Una poquita más que tú sí tengo.

—Qué valor tienes. ¿Puedo ir ya a ver a mi amiga?

—¿Estás más tranquila?

—¡No me trates como una persona carente de autocontrol! Te estás pasando mucho, que lo sepas. Estoy emocionada porque he sido tía, ¿tan raro es?

—Por supuesto que no, pero con esos niveles de emoción tan en la cresta de la ola ibas a entrar a esa habitación gritando, asustando a tu amiga, a su novio y a su bebé en el proceso.

Expulso el aire que estaba conteniendo mientras me perdía en la luz de sus ojos. Joder, voy de mal en peor. Tengo que empezar tomarme en serio el tema de la confianza, necesito que me genere asco y eso no está pasando.

—Vale, tienes razón, pero ¿vamos? Necesito conocerlo ya.

Ulises me sonríe y posa una mano en mi hombro, empujándome suavemente hacia el pasillo que lleva a la habitación donde está parte de mi familia. Cuando estamos frente a la puerta, poso una mano en el pomo y…

—Te espero aquí fuera, ¿vale?

Giro la cabeza para mirarlo y me doy cuenta de lo pegado que está a mí. Diosa, tengo unas ganas increíbles de respirarlo profundo hasta marearme.

—¿No quieres entrar?

—No quiero que se sientan incómodos. Al final, yo solo soy un conocido. No creo que haya tanta confianza.

—Me gustaría que pasases conmigo —confieso. Siento que, después de todo, debe estar en este momento, por muy *raruno* que pueda parecer.

—¿Segura?

No respondo, simplemente le cojo de la mano y giro el pomo de la puerta antes de que pueda arrepentirme.

La imagen que me encuentro de frente es… Diosa, me ha dado hasta un escalofrío. Es tan tierna, tan de postal navideña, tan de cuento de hadas que hasta puede parecer irreal. Blanca está sentada en la cama, con su bebé en brazos, mirándolo con auténtica adoración y fascinación. Por su parte, Gonzalo está sentado al borde de la cama, con un brazo alrededor de los hombros de mi pichurrina y su mano acariciándole el pelo mientras mira con mucho detenimiento al bichín.

—Hola —susurro para no perturbar la tranquilidad que se respira. Ulises tenía razón, si hubiera entrado cinco minutos antes, lo habría hecho provocando mucho ruido.

Ambos levantan la cabeza hacia nosotros y sonríen.

—Ey —saluda Blanca sin apenas dejar de mirar a su bebé—. ¿Quieres conocer a tu sobrino?

Me acerco lentamente a la cama. Con las ganas que tenía de conocerlo y ahora siento un poco de miedo. Tengo la sensación de que en cuanto lo roce un poquito, mi vida va a cambiar para siempre.

—¿Es un niño? —consigo preguntar sin poder contener la emoción.

—Es nuestro niño, Inés.

Me acerco más a Blanca hasta que puedo ver a esa personita que sujeta. Pensaba que con rozarlo mi vida iba a cambiar. Es mentira. El simple hecho de verlo moverse entre los brazos de mi amiga, con sus puñitos cerrados y la boquita un poquito abierta, hace que me explote el pecho. Y no es una forma de hablar, me explota casi de forma literal. Siento presión, las manos me sudan y la visión se me nubla momentáneamente. Mis sentidos han colapsado. Oigo como si fuera un eco lejano que Ulises le da la enhorabuena a Gonzalo, pero yo sigo bloqueada mirando a mi sobrino como si fuera la cosa más espectacular del mundo.

—Eh, ¿Inés? —Creo que es Gonzalo quién intenta llamar mi atención.

—Si llego a saber que un bebé la aplaca de esta manera, habría comprado un muñeco de esos superreales para usarlo en casa.

Gonzalo y Blanca se descojonan del comentario de Ulises y eso me hace salir del trance. Miro fatal a mi compañero de piso (sí, compañero, cállate que te oigo pensar). Hoy se está pasando de la raya metiéndose conmigo. Aunque, entre tú y yo y que no salga de aquí porque lo negaré todo, puede que me guste un poco que se meta conmigo. Solo un poco.

—Ulises, vete un ratito a la mierda. —Dejo de prestarle atención y miro a Blanca—. ¿Le habéis puesto nombre a esta cosa tan preciosa?

Gonzalo vuelve al lado de mi pichurrina y se miran con un amor que me sigue poniendo los pelos de punta después de todo este tiempo. Ulises se acerca un poco más, acortando la distancia que había puesto y se queda a mi lado. Muy cerca. Blanca acomoda de tal manera al pequeñín que me da a entender que quiere que lo coja yo. Tardo unos segundos en reaccionar y extender los brazos para hacerlo. No es el primer bebé que cojo, con Gabriela cogí mucha

práctica, pero a él me crea una inseguridad que no había sentido antes. Quizá porque es uno de los momentos más importantes de mi vida.

Lo sujeto entre mis brazos con sumo mimo y me concentro en observarlo unos segundos antes de inclinar mi cabeza para besar su cabecita. Ha pesado poco más de tres kilos y parece bastante largo, lo cual es normal, su padre es bastante alto. El peso de su cuerpecito entre mis brazos me proporciona una calma interna rara en mí. Ulises no estuvo desacertado al llamarme *torbellino*.

—Inés, te presento al pequeño Guillermo.

Los miro con una sonrisa enorme en la cara. Parece una tontería, pero que por fin tenga nombre cuando me he pasado nueve meses llamándolo *bichín* lo hace todo más real. A ver, que no, que no me he vuelto imbécil, por supuesto que es real porque tengo a Guille entre mis brazos. Es solo que ya no es alguien abstracto sin forma ni nombre. Guille es real, está aquí, con nosotros y va a revolucionar nuestras vidas para siempre.

—¿Guillermo? —La voz de Ulises suena estrangulada, lo cual me pone en alerta. ¿Será emoción por el momento? Aunque es un pelín raro, ¿no? Quiero decir que no tiene la misma vinculación emocional que nosotros. O a lo mejor acabo de ser una insensible por pensar esto.

—Guille —susurro—. Bienvenido a esta loca familia. Tú y yo vamos a ser los mejores amigos, ¿verdad? Nos lo vamos a pasar en grande desquiciando a tus padres. Verás qué bien.

—Inés… —La intención de Blanca era regañarme, pero el tono ha acabado en sollozo.

—Qué bien lo habéis hecho, pichurrines. Guille es perfecto.

Vuelvo a dejar a mi sobrino en brazos de su madre.

—Chicos…

La vocecilla de Marta se cuela en la habitación y me giro rápidamente hacia ella. Dios, está guapísima. Radiante, diría. Y no es para menos, ella también acaba de ser tía. Aunque aprecio un subtono rojizo en sus ojos. Ha debido de llorar de la emoción, espero.

Se acerca con rapidez a Blanca, no sin antes pasarme un brazo por los hombros, dándome a entender que quiere que compartamos este momento juntas.

No puedo dejar de mirarla. Quiero ver cada reacción suya de este momento. Está repitiendo todos los pasos que he hecho yo hace escasos minutos. Dos grandes y redondas lágrimas le caen por las mejillas cuando escucha el nombre de su sobrino. La abrazo más fuerte. Diosa, vaya puto cuadro de personas que somos. No paramos de llorar cuando deberíamos estar chillando de alegría.

Me doy la vuelta para observar a Ulises, que se ha quedado en un segundo plano contemplando la escena con los brazos cruzados. Frunzo el ceño cuando veo la expresión perdida de su mirada. Debe de notar que lo estoy mirando porque levanta la cabeza unos segundos después, aunque no cambia su expresión. Hasta con esa expresión triste en el rostro está guapo, hay que joderse.

«Vale, Inés, *stop*.
Eres más sensata que todo eso.
No seas insensible poniendo la belleza
de Ulises por encima de su tristeza».

Descruza los brazos y me hace un gesto para que entienda que va a salir de la habitación. Quiero preguntarle qué le pasa, es evidente que no está bien, pero me abstengo. Necesita su espacio para rumiar lo que sea que le ocupa la mente. Por eso decido quedarme aquí parada, a pesar de las irrefrenables ganas que tengo de salir detrás de él y quitarle la tristeza de esos ojos

tan bonitos que tiene. O de intentarlo, al menos.

24
Guillermo

Ulises

—Dime, Ulises.

—¿Por qué pones esa voz de hastío como si te molestara cada vez que llamo?

—No es voz de hastío, es que me has pillado en muy mal momento.

Me quedo en silencio unos segundos. Joder.

—¿Estabais follando?

—Pues un poco sí —confiesa Isla.

—¿Y para qué coño me coges el teléfono entonces? Qué huevos, hermana, no sé cómo Diego te aguanta.

—¡Vete a cagar, hermano! Será posible. Luego te enfadas si no te cojo el teléfono.

—Hay momentos y momentos, ¿sabes? No me habría muerto porque me devolvieras la llamada después.

—¿No? ¿Seguro? Tu tono pasivo-agresivo me indica lo contrario.

Suspiro. No, no me habría muerto, pero me he sentido vulnerable durante un momento y necesitaba volver a poner los pies en la tierra. Y nadie mejor que mi hermana para eso.

—Ha nacido el bebé de Blanca y Gonzalo.

—Ah, qué bien. Entonces Inés ha vuelto a su casa, ¿no?

—De hecho, estoy con ella… aquí. —Me acabo de dar cuenta de que no he avisado a nadie de este viaje relámpago, solo a Sara y por trabajo.

—Aquí, ¿dónde?

—En el hospital. En su ciudad.

Le cuento los motivos por los que he acabado aquí sin pararme a pensar demasiado. Doy un montón de razones y excusas por las que no he podido negarme a hacer este viaje, pero el único que se está poniendo excusas soy yo. Conforme va pasando el día, más convencido estoy de que lo he hecho porque Inés, en cierta manera, me importa. No sé definir qué tipo de importancia tiene en mi vida, pero la tiene. Aunque no me atrevo a decir todo esto en voz alta, y menos a Isla, que está muy pesadita con que supere a Laura y me dedique a pasar página. Me escucha atentamente, sin interrumpirme ni una sola vez. Medita cada razón de mierda que le doy y sé que mentalmente las está rebatiendo. Pero me mantengo en mis trece.

—Eres demasiado bueno para este mundo, hermano. —No es verdad, pero no replico. La verdad es que a veces sentimos la necesidad de que nos digan algo reconfortante, que nos levante la moral un poco, y mi hermana siempre me hace bien—. Oye, ¿y qué nombre le han puesto?

Me quedo en silencio. En parte, el hecho de que haya salido de esa habitación casi cagando hostias es porque mi cabeza ha empezado a revivir recuerdos en tropel. Y solo por un nombre. El nombre que más eco ha hecho en mi vida desde que tengo uso de razón.

—Guillermo —consigo decir mientras intento ocultar que me tiembla la voz.

Ahora es Isla la que se queda en silencio unos segundos tras la línea, aunque la oigo que su respiración se ha vuelto irregular.

—El mejor nombre que podían escoger.

—Sí.

Oigo que se abre la puerta de la habitación de Blanca y giro la cabeza por instinto. Los rizos dorados de Inés se cuelan en el pasillo, ondeándose con el movimiento de su cabeza, que busca algo. Y, al parecer, ese algo soy yo, porque la sonrisa que me regala, cauta pero amable, no deja lugar a dudas. Intento recomponerme de la emoción del momento compartido con mi hermana lo más rápido que puedo para que Inés no se percate, aunque no sé si lo consigo del todo.

—Oye, Isla, pásame a Diego, anda.

—¿A Diego? ¿Para qué?

—Es su cumpleaños, ¿no? Voy a felicitar a mi cuñado, ya que lo tienes al lado.

Prefiero no imaginarme en qué condiciones, la verdad. Por mucha confianza que tenga con mi hermana, hay cosas en las que es mejor ser ciego. A Inés se le ilumina la mirada al conocer ese dato y hace aspavientos con las manos, exaltada.

—¿Ulises?

—Dieguito, feliz cumpleaños.

—Gracias, cuñado —responde con voz alegre.

—Siento haberte jodido el regalo de mi hermana.

—Ya, la verdad es que tienes el don de la oportunidad, tío.

—Me han comentado que tengo algo atrofiados mis dotes de adivinación. —Sonrío y le guiño un ojo a Inés—. Así que te jodes.

Diego bufa, aunque estamos de coña. Siempre estamos tan de coña que Isla nunca nos toma en serio.

—Oye, ¿me haces un favor?

—Depende. ¿Pone mi vida en riesgo?

—No podría asegurarlo. —Me río—. Pero una muy buena fan tuya ha tenido un bebé hoy y seguro que le hace ilusión hablar contigo y que le cuentes que su bebé y tú compartís cumpleaños.

Inés me agarra del brazo con ilusión y leo en sus labios: «Blanca se va a morir». Le dedico una sonrisa sincera, enseñando todos los dientes, como deben ser todas las sonrisas, y compartiendo su ilusión.

—Dalo por hecho. Pásame a Blanca.

Inés ha escuchado la respuesta de Diego y sale escopetada hacia la habitación de su amiga dando brincos. Madrecita. Parece una niña con un colocón de azúcar. Sigo sus pasos y entro de nuevo en la habitación con el teléfono en la mano. Gonzalo ahora acuna al pequeño Guille, que ha empezado a emitir quejidos. Debo admitir que me hace un poco de gracia la cara de susto que pone cada vez que su hijo se mueve.

—¡Pichurrina! Ulises tiene una sorpresa para ti.

Me acerco de nuevo a la cama de Blanca, la cual me mira igual que una niña esperando un regalo el día de su cumpleaños.

—Antes de nada, enhorabuena por tu bebé, Blanca. Antes no te he dicho nada, perdona. No quería romper vuestro momento con Guille —digo mirando de refilón a Inés.

—No te preocupes, Ulises. Gracias por traer a Inés y por estar aquí.

—No hay que darlas. Ahora, hay otra persona que quiere felicitar tu recién estrenada maternidad.

Le paso el teléfono y, dos segundos después, Blanca pega un grito que deben de haber escuchado todos los pacientes de este pasillo. Me retiro para que Marta e Inés ocupen mi lugar y disfruten de este momento con su amiga. Mientras Blanca llora hablando con Diego y Marta pega la oreja para enterarse de la conversación, yo observo a Inés. No para de sonreír mirando a sus dos amigas. Sin embargo, hay algo que ha llamado poderosamente mi atención y que no me puedo sacar de la cabeza. Inés mira a Marta con un brillo muy especial. La observa detenidamente cuando no se da cuenta, sonríe cada vez que habla o gesticula y esa sonrisa siempre tiene un toque de tristeza. Creo que no me desvío mucho del asunto si digo que Inés siente algo muy fuerte por Marta y que sufre porque ese sentimiento no es correspondido. Y eso me produce una sensación molesta en el pecho. No me quiero detener a plantearme los porqués, pero está ahí y quiero ignorarlo con todas mis fuerzas. Ignorarlo y enterrarlo porque ya debería tener asumido que, por mucho que me ponga mi compañera de piso, jamás, escúchame, jamás, va a pasar nada entre nosotros. Y está bien, es lo mejor. Nada de malentendidos, ni líos, ni situaciones incómodas.

Pero Inés es un imposible y los imposibles siempre acaban siendo tu mayor frustración.

Inés

Tengo muchos sentimientos encontrados. Por un lado, me siento pletórica con el nacimiento de Guille. La euforia no se me ha pasado ni un poquito y eso que ya han pasado varias horas. Pero, por otro lado, tengo una sensación amarga en la boca del estómago. Me pone profundamente triste volver a Madrid ahora que mi sobrino ha nacido. Me duele horrores separarme de ellos y no dejo de repetirme que, si no me hubiera mudado, no tendría este problema. Pero eso supondría volver a posponer mi sueño. Así que el cóctel de sentimientos que acarreo está a punto de hacer que pierda la cabeza. Y, como guinda de ese cóctel, está el hecho de que estoy tan a gusto viviendo con Ulises que hasta me apetece volver a Madrid, en cierta manera.

—¿Hasta cuándo te quedas? —me pregunta Marta.

Salgo del hilo de pensamientos en los que estaba sumida. Me recompongo enseguida y medito su pregunta. En realidad, no tengo ni idea de cuándo me voy a ir. Solo compré un billete de ida e iba a dejarme fluir, no contaba con que Ulises iba a estar aquí conmigo y que, quizá, debería tenerlo en cuenta a la hora de volver.

Nos hemos quedado las tres solas en la habitación con Guille, el cual está plácidamente dormido en los brazos de Marta. Gonzalo se ha ido a comer algo junto a Ulises y Miguel, que ha traído a Gabriela para conocer a su primo. Me preocupa que Ulises se pueda sentir un poco fuera de lugar con ellos, pero, en realidad, seguro que se integra bien. Dentro de todas sus extrañezas, es un tío genial y sociable.

—Pues no lo había pensado, la verdad. Hablaré con Ulises.

Veo que Blanca y Marta comparten una mirada y una risita sorda. Mierda, ya sé por dónde están yendo.

—No vayáis por ahí porque os estáis equivocando de cabo a rabo —advierto.

—¿Hablas del rabo de Ulises? —me vacila mi mejor amiga. Vaya, parece que ni un parto ni la maternidad la aplacan.

—Ja, ja. Me meo contigo. Veo que sacar a un niño por ahí abajo no te ha quitado las ganas de bromear.

—Venga, Inés, perdona. Por una vez que puedo meterme contigo un poco… Siempre suele ser al revés.

Tiene toda la razón. Pues no me metí yo con ella cuando conoció a Gonzalo, pero este caso es totalmente distinto, ¿verdad?

—Ulises y yo solo somos compañeros de piso y me ha traído porque era eso o no llegar al nacimiento de Guille.

—Ya. Y Gonzalo y yo solo éramos vecinos, ¿no?

— Puf, pichurrina, me empiezas a dar pereza.

—Entonces deja de dar rodeos —apoya Marta.

—A ver, no niego que, en otras circunstancias y, repito, en otras circunstancias, a Ulises ya me lo habría follado hasta desgastarlo. Tampoco voy a negar que me pone muchísimo, ¿lo habéis visto bien? Está que se rompe y, encima, es un buen tío. Es imposible que folle mal. Pero somos compañeros de piso, me ha dado muchas facilidades para poder instalarme en Madrid mientras estudio y por ningún motivo voy a estropearlo.

—Te entiendo, pero…

—Pero deberías fijarte en cómo te mira. —Marta termina la frase que había empezado Blanca.

—Ya, como si fuera la especie más rara del planeta —me burlo.

—Sí, algo así —confirma Blanca—, pero eso no significa que sea malo. Y me da que es todo lo contrario.

—Bah, chorradas. Además, estoy casi segura de que Ulises está intentando superar una ruptura traumática. No tendrá el pene para farolillos.

—Todos los tíos siempre tienen el pene para farolillos —apunta Marta.

—Bueno, pues no tendrá el corazón para mariposas. ¿Contentas?

Los chicos aparecen justo a tiempo, antes de que esta conversación se vaya más de madre. Vienen contentos, risueños diría. Parece que lo han pasado bien, aunque Gabriela ha caído en combate y va dormida en el hombro de Ulises.

Joder.

—Miguel, ¿por qué has cargado a Ulises con la niña? Perdona, ¿eh? —se disculpa Marta yendo enseguida a coger a su hija.

—A mí no me eches la bronca. Ha sido tu hija la que no ha parado de berrear hasta que Ulises la ha cogido en brazos. Tiene buen gusto, la jodía.

Como debe ser.

—Pues como su madre —manifiesta Marta.

—Me siento celoso —se queja Miguel.

—Y yo. Antes era su tío favorito. —Gonzalo se suma al carro.

Hombres…

Después de ese momentito intenso de los chicarrones, nos despedimos de Blanca, Gonzalo y Guille. En breves empezarán a llegar más familiares y los recién estrenados papás quieren un poco de tranquilidad e intimidad. Salimos todos del hospital comentando lo enamorados que hemos quedado de nuestro sobrino, aunque Ulises va muy callado y solo sonríe ante alguno de nuestros comentarios.

Nos despedimos de Marta y Miguel y nos dirigimos hacia la zona del *parking* donde Ulises ha aparcado el coche. Hace bastante calor y no hay ningún tramo de sombra, así que voy abanicándome con un panfleto que he cogido en la entrada del hospital sobre la donación de sangre.

—Oye, he reservado habitación en un hotel cerca de aquí. Te acerco a dónde me digas y me marcho a morirme allí un rato. Estoy reventado.

Lo observo poniendo una mano sobre mis ojos para que me haga de visera. El sol me da directo en los ojos y estoy al borde de que las lágrimas se me salten. Es lo malo de tener los ojos claros, que somos más sensibles a la luz. Volviendo a lo que Ulises ha dicho (joder, cuánto me enrollo), me da cosa que se vea obligado a pagarse un hotel cuando nada de esto lo tenía previsto. Así que…

—Cancela la reserva.

—¿Qué? ¿Pretendes que duerma a la intemperie o qué?

Creo sinceramente que Ulises piensa que estoy loca. Pero no como una forma de hablar, sino loca de verdad.

—Claro que no. Te estoy ofreciendo mi casa. Bueno, en realidad, la casa de mi padre, ya que la que era mi casa ya no lo es. Me sabe mal que te gastes dinero en un hotel después de todo.

Ulises parece desconcertado con mi ofrecimiento, pero no sé por qué empieza a esbozar una sonrisa pícara que me deja lela.

—No quieres separarte de mí, ¿eh, torbellino?

Mierda. Ha usado mi propia broma contra mí. Qué cabrón. Debería sentirme ofendida o avergonzada, pero la verdad es que me empiezo a reír como una descosida.

Oh, mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Ahora no puedo parar.

—Hostias. —Ahora el que se empieza a reír es él—. Dios mío, tu risa es…

—Ya, ya lo sé. Tengo una risa horrible, pero es que no sé reírme de otra manera —digo intentando controlarme, sin éxito.

—La verdad es que es peculiar, sí.

—¡No lo disfraces! Es horrible.

—Vale, sí, es horrible —confirma—. Pero no sé por qué te ha hecho tanta gracia mi comentario.

Termino de recuperarme de este ataque tan repentino de risa que me ha dado.

—Has usado mi propia broma contra mí. Me lo merezco.

—Un poquito sí lo mereces. Pero, ahora en serio, no quiero molestar en la casa de tu padre. No me importa dormir en un hotel. Mañana vuelvo a casa y así tú estás a tu aire sin tener que estar pendiente de mí.

«El problema, pocholito, es que no me importa
ni un poquito estar pendiente de ti».

—¿Y si…? —Mierda, ¿de verdad voy a hacer esto?—. ¿Y si te quedas hasta el domingo?

«Joder, Inés, por ahí no.
Deja que se vaya a su hotel.
No te compliques sin ninguna necesidad.
No se lo presentes a tu padre, que lo adora sin conocerlo
solo por darte un techo en la gran ciudad.
No. Es. Buena. Idea».

Ulises frena sus pies, quedándose parado en mitad del aparcamiento. Al principio pensaba que era un acto reflejo por la sorpresa, pero me doy cuenta de que no cuando no reanuda la marcha. Me paro yo también, aunque a unos pasos por delante de él, y me giro para poder enfrentarlo.

—¿Va en serio?

—Claro. Sigo pensando que debes anular la reserva del hotel y venirte a casa de mi padre. No vas a molestar, hay sitio de sobra y así el domingo nos volvemos juntos. Aunque entiendo que tu negocio es importante, así que tú decides. Yo solo te ofrezco posibilidades.

Ulises se lleva dos dedos a la boca. Ese gesto me indica que se lo está pensando, que

tiene dudas, que debe tomar decisiones rápidas porque no tiene nada planeado. Y eso lo pone nervioso. Entre tú y yo, me da un poquito de satisfacción ponerlo nervioso.

—Puedes pensártelo de camino a casa de mi padre y luego ya decides si entras o si te vas al hotel —añado.

—Vale.

Le está costando. A veces me encantaría estar dentro de su cabeza. No para saber qué piensa, no. ¡Qué horror! No me gustaría estar en la cabeza de nadie. Bastante tengo con mis propios pensamientos como para lidiar con las rayadas mentales de la peña. Sino porque me encantaría zarandearle el cerebro y hacer que se relajara, que fluyera.

Para cuando llegamos, he rezado a la Diosa todo lo que aprendí en mi primera comunión para que se quede. Porque me encanta complicarme la vida. Porque me gustaría enseñarle esto igual que yo veo Madrid a través de sus ojos verdes. Pero entiendo que para él debe de ser un coñazo estar aquí, lejos de su casa, con su negocio desatendido con lo importante que es para él y con lo que le jode que se le vayan al garete las planificaciones.

Ulises aparca frente a la casa de mi padre, un adosado un poco viejo, de ladrillo amarronado, pero que tiene el encanto de una casita de campo que te podrías encontrar en un cuento de hadas. El tejado es oscuro, a dos aguas, con dos pequeños tragaluz cuadrados por los cuales me pasé cientos de noches mirando al cielo en mi adolescencia. Ver estrellas en una ciudad sobreiluminada, como en el resto de las ciudades, es una utopía, pero con ver la luna me valía. También tiene un pequeño jardín trasero donde cenábamos en las noches de verano, nos mojábamos con la manguera para sofocar el calor y donde corrían los animalillos que recogía de la calle hasta que les encontrábamos un hogar.

—¿Estás bien? —se preocupa Ulises al verme tan ensimismada mirando la casa.

Parpadeo despacio, centrando la atención en su rostro. Intuyo que no va a quedarse, si no, me lo habría dicho ya, supongo.

—Sí, sí, perdón. Gracias por traerme. Cojo la maleta del maletero, ¿vale? Descansa y si no te apetece cenar solo, puedes venir a casa o dame un toque y cenamos por ahí. Si no, espero que tengas buen viaje de vuelta y nos vemos el domingo.

Mierda, me he puesto nerviosa. Espero que no se haya notado demasiado. Agarro el manillar de la puerta para abrir y salir del coche. Sin embargo, la mano de Ulises sobre mi brazo me lo impide. Su tacto es suave y apenas ejerce presión, pero yo lo siento como una descarga eléctrica, una punzada en el estómago que me obliga a respirar profundo.

—Me quedo.

Y voy a empezar a creer que la Diosa existe de verdad. Hasta le voy a tener que hacer un altar por escuchar mis plegarias. Incluso, voy a tener que rezar porque Ulises no se me vaya de las manos. Aunque algo me dice que lo estoy haciendo de culo.

26
Vulnerables

Ulises

No dejo de dar vueltas en esta cama de noventa que han preparado para mí en casa del padre de Inés. Me queda un poco pequeña, pero no es eso lo que me incomoda. Me incomoda lo loco que me estoy volviendo. Me incomoda que, por ella, tome decisiones sin pararme a pensar ni dos putos segundos. La decisión la tenía tomada antes de montarme en el maldito coche, solo que parte de mi cerebro quiso echar el freno de mano pidiéndome calma y sosiego, porque otra parte de mí le habría dicho que sí a todo.

Me cago en mi puta vida. ¿Qué hago aquí?

Doy otra vuelta, pero sé que no lo voy a conseguir. Mañana volvemos a Madrid. A nuestra casa. Perdón, a mi casa, la que comparto con ella. Tócate los cojones, ha colonizado mi casa y mi vida en menos de un mes. Dios.

Estos días apenas nos hemos separado. Inés me ha arrastrado por toda su ciudad, enseñándome cada sitio que ha sido importante para ella con la ilusión de una niña pequeña. También me ha llevado a unos cuantos garitos y nos hemos emborrachado cada una de las veces. Los dos. Juntos. Inés borracha no es muy diferente a la sobria; ambas son iguales en poca vergüenza e intensidad. Y cuando me quería dar cuenta, la estaba mirando con cara de bobo mientras me reía de cada imbecilidad que se escapaba de su (preciosa) boca. Es divertida, hay que reconocérselo. He descubierto que no tiene ninguna bebida predilecta; se mueve del vodka al ron, pasando por la ginebra y el tequila. Le da a todo y mantiene una compostura que ya les gustaría a muchos. A mí es difícil tumbarme a alcohol, soy un tipo grande y, por suerte o por desgracia, necesitaría prácticamente una botella para mí solo. Pero me gustaba fingir que me afectaba como a un ser humano normal para seguirle la corriente.

También hemos pasado ratos con Blanca, Gonzalo y Guille. Si nosotros apenas nos hemos separado, Inés de su amiga tampoco y, por ende, yo tampoco. Quería exprimir todo al máximo con ellos, ya que tiene poco tiempo antes de regresar, aunque Inés pretende pasar aquí todo el mes de agosto. Blanca y Gonzalo me han tratado como si me conocieran de toda la vida, integrándome en todo; hasta algún pañal le he cambiado a Guille, como si formara parte de la familia. Me he sentido demasiado en casa rodeado de esta gente y, siendo sincero, me da un poco de *yuyu* sentirme tan cómodo en tan poco tiempo. Hubo una tarde en la que Marta y Miguel también se unieron junto a Gabriela y he de reconocer que me puso un poquito tierno ver cómo la pequeña miraba con adoración a su recién estrenado primo. Hasta que miró con los ojos muy abiertos a su tía Blanca y balbuceó algo así como que su primo era un *conazo* porque no jugaba con ella.

Inés, Miguel y yo nos descojonamos ante la palabrota mal dicha que había soltado la niña y nos ganamos las miradas asesinas de los padres implicados.

—Joder con la niña —murmuró Gonzalo.

Marta no se quedó atrás. Cogió a su hija en brazos y soltó:

—No digas palabrotas delante de la niña, capullo. Mira luego lo que pasa.

En fin, tal para cual estos hermanos. Ya lo dije una vez, me recuerdan a Isla y a mí, por lo que no pude reprimir una sonrisa.

La tarde pasó entre risas, lloros de Guille, juegos al pilla-pilla entre Inés y Gabriela, suspiros de Blanca porque, aunque ponga buena cara, está un pelín agobiada con la maternidad, y de palabras alentadoras de su chico, que también parecía agobiado pero más entero. Aunque hay una cosa indiscutible: ninguno puede dejar de mirar a su bebé con un amor que rompe esquemas. Un amor que nunca te van a poder describir. Un amor que solo se puede sentir.

Me levanto de la cama cansado de dar vueltas sin ningún sentido. Me he enrollado muchísimo con mis propios pensamientos. Miro en derredor a la habitación solo iluminada por las farolas de la calle. Es bonita, en tonos verdes apagados. Una cama, una mesilla y un armario empotrado. Nada de lujos, decoración sobria. Parece sacada de un catálogo, pero, bueno, es funcional y sirve para dormir. Ese pensamiento hace que vuelva a mi problema.

No sé por qué no puedo dormir. Mentira. Sí lo sé. Estar aquí me desestabiliza. Estos días con Inés, en su entorno, con su familia (que, ojo sus tías, a cuál más peculiar, la verdad; ahora entiendo que a Inés la intensidad le desborde), conociéndola mejor, me han desestabilizado. Y me da mucho por el culo.

Salgo de la habitación con sigilo para no despertar a nadie y bajo hasta la cocina. No sé a qué, la verdad, pero acabo cogiendo un vaso para rellenarlo con agua calentorra del grifo y me acerco al jardín trasero de la casa. Me detengo en el umbral de la puerta entreabierta. Me da un escalofrío. Hace fresco a estas horas y solo llevo puesto un bóxer negro un poco corto. Me equivoqué de talla cuando tuve que comprarme una muda para estos días y me aprietan un poco en los huevos. En fin, es lo que tiene haber salido de casa con lo puesto. He comprado lo básico para asearme, pero un pijama no entraba dentro de mis prioridades.

Respiro hondo intentando ordenar mi cabeza. Normalmente no me cuesta, pero, desde que he llegado aquí, la tengo enredada. Muy enredada, con un huevo de nudos. Igual que los nudos marineros, imposibles de desenredar a no ser que alguien te enseñe. Y yo estoy jodido porque tengo que aprender solo a hacerlo.

—Pocholito…

Doy un respingo llevándome una mano al pecho por el susto que me ha dado Inés susurrando tan cerca de mí.

—¡Joder, Inés! —blasfemo—. Me acabarás matando de un jodido infarto. Dios, qué susto.

—Mi intención es desencorsetarte, no matarte.

—Pues vas de culo.

Una vez regulada mínimamente mi respiración y después de comprobar que el corazón ha vuelto a su sitio y no está en mi garganta, me doy la vuelta para encararla.

—Pues yo creo que voy mejor que nunca.

Buf, cómo le gusta llevarme la puta contraria siempre. Pero cómo me gusta a mí retarla y ver ese brillo en sus ojos, aunque estemos casi a oscuras.

—No sé qué te hace pensarlo.

Nuestros cuerpos están muy juntos. Mucho. Casi pueden rozarse y tengo que bajar ligeramente el mentón para poder mirarla a los ojos. Lleva un camisón de algodón negro muy corto y, como de costumbre, lleva un tirante caído por el hombro. Dios. Me pone malo y yo

tengo muy poca ropa encima que me ayude a disimular una mierda.

—Estás aquí, en mi ciudad, en mi casa. Conmigo. Por un impulso. Sin pensar. Es más de lo que esperaba en la primera fase de mi misión.

—¿Hay fases?

—En todo proceso las hay.

—Bien, me gusta el orden. Suerte con las siguientes. No lo vas a tener fácil. Soy como soy, Inés, llevo siéndolo toda mi vida y una serie de circunstancias fortuitas no me van a hacer cambiar.

Me da la sensación de que Inés se pega todavía más a mí y la respiración me traiciona. Espero que ella no lo haya notado. ¿A esta mujer le apasiona jugar con fuego o qué? ¿No tiene ni un poquito de consideración hacía mí? Que soy un tío, hostia. Tenemos reacciones fisiológicas que escapan de nuestro control. Una erección no la puedo controlar, a no ser que tenga todos mis sentidos puestos en ello. Y ahora todos mis sentidos se han ido de vacaciones.

—¿Qué es lo que te quita el sueño?

—¿A mí? Nada especial, supongo que extraño mi cama. —Estoy convencido de que no se ha creído ni una sola palabra—. ¿Y a ti?

—Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Parpadeo despacio, asimilando que ha ignorado mi pregunta. Inés se ha separado y anda hacia atrás, haciéndome un gesto con la mano para que la siga, pero…

—Espera a que me ponga un pantalón o algo.

—¿Para? No vamos a salir de casa.

—Ya, pero…

—Ulises, no eres el primer tío que veo en gallumbos. No seas remilgado. Vamos, venga —me apremia.

Hay que joderse. Remilgado, ¿yo? Es ella, que la palabra *vergüenza* no la conocería ni leyendo el diccionario.

La sigo escaleras arriba hasta la buhardilla. Es la última parte de la casa que me quedaba por conocer. Imaginaba el típico espacio lleno de cajas y trastos almacenados, que algunos hay, pero están amontonados en un rincón pequeño. También hay un sofá azul oscuro de dos plazas, una televisión un poco antigua, una alfombra redonda y un poco hortera en la mitad del suelo de madera y un aparador donde se encuentra un tocadiscos. Es bastante acogedora, todo hay que decirlo. Parece una habitación más.

Inés va directa a una especie de butaca de mimbre que sirve tanto para sentarse como para almacenar y saca una enorme manta que extiende encima de la alfombra.

Debe de ver las interrogaciones en los surcos de mi frente, porque enseguida me explica que esa alfombra rasca y que no recomienda tumbarse encima de ella o acabaremos con la piel irritada, y más yo, que estoy prácticamente desnudo. También tira dos cojines al suelo y se tumba, apoyando la cabeza en uno de ellos.

—Túmbate conmigo.

Obedezco sin preguntar.

Me tumbo a su lado y acomodo la cabeza en el cojín que me ha dejado libre. Dirijo la mirada hacia donde la tiene ella y me percato de los dos pequeños tragaluces que hay en el techo. No se ve nada especial, porque el día ha estado nublado y por la noche no ha despejado, pero me resulta hipnótico mirar el cielo desde aquí.

Nuestras respiraciones son pausadas, lentas, tranquilas durante los cuatro minutos que calculo que llevamos en silencio, hasta que es la de Inés la que modifica su ritmo.

—Cuando era adolescente, me encantaba pasarme horas aquí mirando al cielo. Sobre todo cuando murió mi madre. Miraba las estrellas y deseaba con todas mis fuerzas que fuera una de ellas. Pero no soy creyente, no creo en nada especial, solo en el aquí y en el ahora. Y es devastador darte cuenta de que no tienes nada a lo que agarrarte. Que esa persona simplemente ha dejado de existir. Y punto.

—Inés —susurro girando el cuello para poder mirarla, pero me interrumpe antes de que pueda seguir hablando, aunque no sé bien qué es lo que iba a decir.

—Luego pensé que las estrellas están sobrevaloradas —dice con amargura. Una amargura que nunca he atisbado en ella, como si le jodiera en lo más profundo no ser capaz de creer—. Nos empeñamos en hacerlas especiales y solo son un punto de luz que, probablemente, ya ni exista. Por ese lío del espacio-tiempo, ya sabes. Fascinantes a nivel científico, sin ninguna duda, pero sin magia.

Asiento sin saber, en realidad, si comprendo lo que está intentando decirme o no. Me giro del todo para mirarla. Ella no se mueve, solo habla con la vista clavada en el cielo.

—Lo que debería importarnos es el mundo en el que vivimos y todo lo que lo compone —prosigue con su diatriba—. Elementos químicos, gases, especies… Siempre nos hemos considerado el ser más importante por encima de cualquier otro cuando todos somos necesarios. Todos. Resulta que mi pasión son los animales, pero podría haberme dado por la biología, la botánica, el fondo marino, el núcleo de la Tierra o la búsqueda de la cura del cáncer para salvar a personas como mi madre. Es igual. Pero en lo que sí creo con firmeza es en que nuestro fin debería ser cuidarnos entre todos. Yo quiero aportar mi granito de arena para que el mundo se salve de personas podridas que no ven más allá de su ambición.

Me quedo callado procesando todo lo que acaba de decir casi sin venir a cuento. Pero Inés es así, suelta lo que le quema por dentro cuando le apetece y sin tener un contexto específico para hacerlo. Sin preparar el momento. Explota. Y me fascina el concepto que tiene de la vida y de la función que anhela tener en ella.

—Quizá no salgas en los libros de historia como la veterinaria que revolucionó el siglo, pero estoy seguro de que vas a ser importante para muchas personas en esta vida, ya sea por tu profesión o no.

Y me callo que a mí ya me ha revolucionado la vida y que, por muchos años que pasen, va a ser imposible que yo olvide nuestro tiempo juntos, dure lo que dure. Quizá mantengamos el contacto o lo perdamos. No lo sé, tampoco quiero cuestionármelo ahora mismo.

—¿Lo seré para ti?

Mierda. Joder. ¿Por qué siempre es tan directa? ¿Por qué no se guarda nada, aunque sea para no poner en un aprieto a los demás? No puedo ignorar la maldita pregunta y no puedo usar aquí nuestra palabra de seguridad porque me delataría en el acto.

—Ya me estás liando, torbellino. —En ningún momento dije que no me fuera a salir por la tangente, solo que no podía ignorar la maldita pregunta.

Se le achinan los ojos por culpa de una sonrisa. Lo ha entendido en el acto, como siempre.

—Recuerda que tengo una guerra por ganar. No me rindo con facilidad.

—Eres muy pesadita, no hay ninguna guerra.

—Ya lo creo que sí. Entre tú y yo siempre hay guerra, Ulises.

Y sé que no se refiere a la estúpida misión de que fluya, sino a una que tenemos cada uno por separado con el otro. No sé cuál es su guerra contra mí, pero la mía la tengo muy clara. Demasiado. No paro de batallar día sí, día también. Hora sí, hora también. Segundo sí, segundo

también. Y es agotador pero necesario.

—¿Qué edad tenías cuando murió tu madre? —pregunto, a sabiendas de que la pregunta me va a caer de vuelta y no sé si estoy preparado.

—Dieciséis. Llevo justo la mitad de mi vida sin ella. El año que viene, ya habré pasado más tiempo sin ella que con ella. —Se atusa los rizos, supongo que para disimular un poco su pena.

No digo nada. No puedo. Pienso en mi propia experiencia. Yo ya he superado con creces el tiempo de más que he vivido sin él. Y sigue doliendo. No como los primeros años; sin embargo, duele de otra forma. Una más melancólica. Mohína. Por lo que pudo ser y no fue, por lo injusta que es la vida, porque no pienso desperdiciar un solo jodido segundo que él no pudo vivir mientras yo siga respirando. Uf, me he puesto un poco intenso.

Espero a que Inés me haga la pregunta de vuelta, pero no lo hace. Sin embargo, nos adentramos en un denso silencio que está lleno de gritos, en realidad.

—Mi padre se llamaba Guillermo.

Mierda, esas palabras han salido de mi boca sin que yo lo haya procesado. No quería hablar de mi padre. No quiero hablar de él, pero, como siempre, Inés saca esa parte de mí sin esfuerzo.

—¿En serio? —susurra y gira su cuerpo, quedándonos frente a frente. Más cerca que antes—. Claro, ahora entiendo lo ausente que estuviste cuando nació Guille.

—Es una gilipollez, que se llamen igual no implica nada, pero…

—Pero todo lo relacionado con él, aunque solo sea su nombre, te hace ruido dentro.

Contengo la respiración. Inés se muerde el labio inferior. Sus ojos azules impactan con los míos y no sé qué leo en ellos, pero me hacen acercarme un poco más. Ella también se mueve y casi nos podemos tocar. Casi. Nos faltan apenas unos milímetros. Y no sé si quiero apartarme. Qué cojones, claro que no quiero. Lo que no logro entender es su actitud, porque o yo me he vuelto gilipollas del todo, o Inés quiere esto tanto como yo.

—Pocholito —susurra muy cerca de mi boca y siento su aliento en mis labios pronunciando ese apodo que, lejos de molestarme como de costumbre, abre una veda en mí que me nubla.

Rompo a pedazos la distancia que nos separa, poso las manos en sus mejillas y la beso. No, mentira, no la beso, devoro su boca sería la expresión correcta. No es un beso tierno, que quizá es lo que hubiera pegado con el ambiente nostálgico que habíamos creado. No obstante, me he abalanzado a su boca con hambre, con mucha hambre. Sus rizos, esos que también me vuelven un poco loco, me acarician la frente, y profundizo el beso, descargando todas las ganas que llevan acumuladas dentro de mí desde hace semanas. Y, todo hay que decirlo, este maldito camisón que lleva no me lo ha puesto nada fácil. Pero la parte de mi cerebro que controla la coherencia, hace que me de cuenta de que Inés no se mueve. Me detengo en el acto, despego mis labios de su boca y me separo de ella con mucha rapidez.

—Mierda, mierda, mierda.

—Ulises, ¿qué…? —balbucea con los labios todavía hinchados por el beso que le he robado. Joder, y está tan guapa que repetiría hasta morirme. Pero no puede ser, maldita sea.

—Lo siento, Inés, perdona. Esto no tenía que haber pasado. Lo he estropeado todo.

Me levanto del suelo como un resorte, intentando disimular con las manos la erección de caballo que tengo, aunque sea imposible. Es demasiado evidente lo que ese beso ha provocado en mí.

—No pasa nada, Ulises, de verdad, pero…

—Ya, ya, lo sé. Joder, qué cagada —sigo murmurando, sin dejar que se explique. Si me dice a la cara que es lesbiana y que acabo de hacer el ridículo de mi vida, no sé si podría convivir más con ella.

—Tranquilo, te va a dar un *jari*. Ha sido un beso, ya está, no le des más vueltas —dice ella, levantándose también del suelo.

Solo un beso, sí, ya. Mierda, estoy jodido. Mucho. Muchísimo. ¿En qué cojones estaba pensando? Me cago en mi mierda de autocontrol, de verdad.

—Será mejor que baje a dormir —digo sin poder mirarla a los ojos.

—Sí, será lo mejor. —Y el tono que usa Inés me da un escalofrío. Parece molesta y con razón. Le he violado la boca en contra de su voluntad. Debería haberme partido la cara.

—Buenas noches.

—Ulises —me llama ofuscada cuando yo ya estaba a la carrera para huir de ahí—. No me importa que me hayas besado, pero, una vez hecho, afróntalo después. Huir es de cobardes y no te tenía por uno. Dicho esto, vamos a olvidar que ha pasado y a seguir como hasta ahora. Estábamos muy vulnerables y se nos ha ido de las manos. Así que olvídalo. Yo ya lo he hecho.

Pasa por mi lado como una exhalación, más entera de lo que estaré yo en días, pero se detiene en seco al pie de las escaleras y se da la vuelta para mirarme. Parece que todavía le han quedado cosas en el tintero.

—Si quieres una prueba de quién está ganando la guerra, aquí la tienes, pocholito. —dice señalándose la boca. Y por primera vez, *pocholito* lo ha dicho con un desdén que me hace sentir mal.

Joder, es como si me hubiera escupido en toda la cara. Está claro que no tengo absolutamente nada que hacer contra ella. Pero ese no es mi problema ahora mismo; mi problema es: ¿cómo me saco el jodido beso de la cabeza?

27

A un tris

Inés

—Pichurrina —susurro contra el auricular.

—Uy, Inés, ese tono me da escalofríos. ¿Por qué me llamas entre susurros a las… —sé que está mirando la hora en la pantalla de su móvil— cuatro de la mañana?

—Imaginaba que no estarías dormida por Guille y también imaginaba que Gonzalo estaría a tu lado porque eso de perderse cosas del crío no lo lleva bien. Dile de mi parte que va a morir prematuramente al ritmo que lleva.

—Vete un poco a tomar por culo, Inés —me reprende el susodicho que, obviamente, estaba escuchando la conversación.

—El caso es que no me importa contaros a los dos lo que me acaba de pasar, pero agradecería poder hablar con mi mejor amiga sin espectadores. El espectáculo que voy a dar va a ser muy lamentable.

—Mierda, Inés, ¿qué has hecho?

—Por una vez, te juro que yo no he hecho nada. Me lo han hecho a mí. Y de qué manera, pichurrina. Creo que todavía me tiemblan los rizos.

—Habla.

—Ulises me ha besado. En la boca. Con la suya. Con su lengua. Con sus dientes. Joder, creo que hasta me ha besado con esos ojazos que tiene. —Hago una pausa melodramática—. Me he corrido con ese maldito beso. Y ¿sabes qué he hecho yo? Quedarme más quieta que un muerto.

Oigo una carcajada a través de la línea. Y después otra. Y después los lloros de Guille y como le dice Blanca a Gonzalo que se encargue, que el asunto que tenemos entre manos es grave.

«No, Blanca, joder, no es grave.
Es de puta farmacia de guardia.
Es de @ambulancia, si me apuras,
porque al ritmo que sigue latiendo mi corazón,
le va a salir una nueva zona negra».

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—¡Lo sabía, tía! Es que lo sabía. Era cuestión de tiempo que pasara.

—Pues no sé por qué estás tan segura.

—Ya te lo dijimos Marta y yo, por cómo te mira. Me atrevería a decir que se está colando un poquito por ti.

—¿Colando por mí? ¿Qué tenemos, doce años?

Estoy haciendo preguntas absurdas para no enfrentar la conversación, ¿verdad? Sí, yo también lo creo. Pero no, el toro por los cuernos, venga. Mierda, el toro no, pobrecillo. A ver, ¿para adelante como los de Alicante? Sí, creo que mejor.

Mierda, ya me he desviado.

—No lo sé, Inés, pero creo que no me has llamado para dilucidar los sentimientos de Ulises, sino para contarme cómo te sientes tú.

—Pues cabreada, la verdad. Bastante molesta con él ahora mismo. Y confundida.

—¿Por besarte? —pregunta Blanca algo desorientada con mi respuesta.

—Sí, por violarme la boca, decirme que ha sido un maldito error que no tenía que haber pasado y luego huir como un cobarde.

—Hostia, ¿en serio?

—Y tan en serio. Apenas me ha dejado hablar. Había tanto arrepentimiento en sus ojos que me ha sentado mal. ¿Para qué me besa, entonces? Y más de esa manera tan desesperada. Ahora tengo ganas de molerlo a palos por hacerme sentir así.

—Joder. Aun así, mi pregunta: ¿cómo habéis acabado así a las cuatro de la mañana?

—¿Te tengo que explicar cómo se mete una lengua en una boca, Blanca?

—No seas gilipollas, ¿eh? Que te cuelgo y te comes la rayada tú sola. Me refería a qué estabais haciendo para que él te besara.

Qué bien. Me merezco que me mande a tomar por culo, la verdad. Le pido perdón a mi amiga y le cuento todo lo que he hecho desde que decidí levantarme a por algo de comer, porque tenía gula, hasta que acabamos en mi desván hablando hasta sentirnos demasiado vulnerables.

—Y te ha besado.

—Si no lo hubiera hecho él, lo habría hecho yo. Estábamos muy cerca, muy pegados y sabes que soy débil. Y Ulises me atrae. Y sabía que sería un completo error, pero me la habría sudado mucho. Pero no me esperaba su reacción. Me ha tocado ser la cuerda de los dos. LA CUERDA, Blanca. Yo. Hay que joderse.

—¿Qué le has dicho?

—Que olvidara lo que había pasado, que yo ya lo había hecho. Pero no perdí la oportunidad de decirle que era un cobarde. Me choca que alguien como él no haya calibrado al milímetro las consecuencias de besarme.

—Si quieres te explico el por qué, pero creo que hilas tú sola.

—Me ha abierto una parte de él que le cuesta —atajo el razonamiento de mi amiga—. Creo que se ha sentido vulnerable y se ha confundido. Si yo de verdad le gustara, no habría huido. Se habría quedado besándome hasta el fin de los tiempos y yo habría podido reaccionar. Y, sin embargo, ha dicho: «Joder, qué cagada».

—Quizá es porque no quiere estropear lo que tenéis ahora. Sois compañeros de piso, no lleváis ni un mes viviendo juntos. No sé, la verdad es que no sé qué se le puede estar pasando a Ulises por la cabeza. No lo conozco tanto.

—Pues ya somos dos.

Y me atrevo a decir que conozco bastante bien a Ulises, a pesar de todas las capas que tiene encima y que espero que en algún momento se las quite conmigo. Aunque con el panorama que tenemos ahora, no sé.

—Inés —llama mi atención Blanca con un tono de voz que solo usa cuando quiere hablar muy en serio—. ¿A cuánto estás de enamorarte?

Bien es sabido por todos los que me conocen que, aunque voy de tipa desvergonzada que

tiene mil líos por ahí, sin ataduras, me enamoro en menos de un pestañeo. Soy de ir a pecho descubierto siempre, aunque me lo pisoteen después. No me sale ser de otra manera. No me sale guardarme cosas dentro. No me sale ocultar mis sentimientos. Y, sin embargo, con Ulises me siento obligada a reprimirme bastante. Mucho, en realidad, porque implica estropear lo que estamos construyendo y no estoy segura de querer hacerlo.

—A un tris, pichurrina —digo con la voz apagada, porque es verdad. Soy consciente de que me falta muy poco para enamorarme de Ulises. Me encantan tantas cosas de él o de él y yo juntos que... Diosa—. ¿Qué puedo hacer?

—Tanga minúsculo y siempre con protección, Inesita.

Me quedo perpleja al escucharla. Ha sido capaz…

—¿Has usado el mismo consejo que te di yo a ti con Gonzalo hace como mil años? ¿Los guardas en la recámara para devolvérmelos o qué?

—*Sip*.

Joder. Blanca es así, un poco rencorosa y orgullosa, pero sus venganzas son bastantes flojas. Excepto cuando se trata de Gonzalo, que ha llegado a montar unos cirios interesantes.

—Qué mala eres —me burlo.

—Nada que te pille de susto. Ahora en serio: cielo, vas a enamorarte igual. Mi deber como amiga es advertirte. Lo que no entiendo es cuál es el problema. Creo que Ulises también podría enamorarse de ti, lo veo muy a gusto contigo.

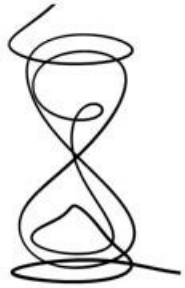
—Nos llevamos bien. Encajamos bien. Yo, contra todo pronóstico, me siento cómoda. No me agobia la convivencia. Pero, como os dije, creo que no tiene el corazón para mariposas e intenta superar una ruptura. El beso de antes solo ha sido un lapsus.

—El tiempo lo dirá. —Hace una pausa—. Te echo tanto de menos, Inés.

Se me ablanda el corazón del todo y tengo que reprimirme mucho para no sollozar, que vaya nochecita llevo.

—Un mes, pichurrina, y me tienes aquí de nuevo. Pretendo pasarme todo agosto sin separarme de Guille. Tengo que instruirlo desde pequeñito. Verás qué bien.

Colgamos poco después. Prometo pasarme mañana a despedirme de ellos y no darle demasiadas vueltas a lo que ha pasado con Ulises, lo cual es difícil; ese beso ha sido tan impresionante que me da para paja con la imaginación tan desbordante que tengo. Quizá ha sido de los mejores que me han dado en mi vida y me mata un poquito por dentro que no se vaya a repetir.



Habré dormido unas dos horas y, lejos de caerme de sueño, me siento como si me hubiera

tomado dos Red Bull y un Monster con mucha Coca-Cola. Por eso me he venido a la playa. Ulises todavía no se había levantado o, al menos, no había salido de su habitación cuando yo me fui. No sé si porque seguía dormido o porque no quería enfrentarse a mí.

«Lástima, pocholito, te recuerdo que
volvemos juntos en coche y, ah, sí, también compartimos casa.
Mucho no vas a poder huir».

A estas horas solo hay unas pocas personas caminando por el paseo marítimo. La playa está desierta, como más me gusta. Cuando puedes fingir que se trata de un sitio virgen, una tierra escondida rezando por no ser descubierta nunca. Los humanos contaminamos, contaminamos mucho y nos lo acabamos cargando todo. Desde que he vuelto en este viaje relámpago no había venido. Y yo adoro la playa. He paseado a Ulises de arriba abajo por toda la ciudad y no lo he traído. Me gustaría decir que ha sido porque no nos ha dado tiempo, pero lo cierto es que lo he evitado. Este lugar… He vivido aquí muchas cosas desde que tengo uso de razón y quería guardarlo para mí. Un poco más. Solo un poco. Soy consciente de que una playa no se puede ocultar y menos una como esta, tan turística, pero es mi playa.

—Torbellino.

Doy tal respingo, por culpa de su voz grave a mi espalda y su forma de llamarme así, que casi me caigo para atrás. No me he asustado, solo… solo he sentido a los putos ratones multiplicados por mil recorriendo todo mi cuerpo.

Me giro un poco sobre el poyete en el que estoy sentada para poder mirarlo; se ha apoyado en la balaustrada, a mi lado. Ulises no dice nada más, solo me mira. Me mira durante unos segundos eternos y puedo comprobar que el verde de sus ojos se ha oscurecido. Casi no puedo distinguir si son grises o verdes. Y eso me preocupa porque él siempre tiene los ojos muy claros. Mucho. Parecen transparentes.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

Me acabo de dar cuenta de que mi playa ha sido invadida. Que ya no es mi secreto. Que él me ha encontrado en ella y sé que ya no la voy a ver con los mismos ojos porque vamos a tener una conversación incómoda aquí. Y, cada vez que pase por este maldito sitio, me voy a acordar de Ulises.

—Tu padre. Es lo primero que me ha dicho cuando he bajado al salón y he visto que no estabas. Creo que se ha percatado de que te buscaba con la mirada.

«Ratones, quietos».

Papá ha acogido a Ulises como si fuera uno más. No esperaba menos de él, aunque ha mantenido un poco las distancias dentro de su hospitalidad. Y no ha parado de mirarme con suspicacia desde que entramos juntos por la puerta. Me conoce. En condiciones normales, habría dejado que Ulises se hubiera ido a un hotel, no lo habría metido en mi casa, con mi familia. Pero las condiciones en las que nos movemos no son normales y mi padre creo que intenta calibrar hasta qué punto estamos implicados. Y no hablo de implicados como compañeros de piso.

—¿Y por qué me buscabas?

—Anoche me comporté como un imbécil, Inés. Quería disculparme por lo mal que lo gestioné.

—Ya te dije que estaba olvidado, Ulises. Vamos a correr un tupido velo y a seguir, ¿vale? No quiero darle más vueltas. Me consuela que te hayas dado cuenta de lo imbécil que fuiste y

espero que no se vuelva a repetir.

Me acabo de sentir como una madre que regaña a su hijo. Escalofrío. Diosa. No me ha gustado nada la sensación.

—Puedes apostar tus rizos a que no.

Ambos esbozamos una pequeñísima sonrisa. Yo con un toque de tristeza porque sé que va a cumplir con su palabra. No solo no va a ser un gilipollas de nuevo, sino que tampoco me va a volver a besar. Es de ideas fijas.

Ulises coge impulso y se sube al poyete para sentarse a mi lado. Fija unos segundos la vista en el mar que tenemos delante e inspira hondo. Yo me quedo mirándolo a él, intentando memorizar cada detalle de su rostro. Tiene una piel perfecta, impoluta, solo salpicada por un poco de barba.

En momentos como este, echo de menos a mi madre. Odio no poder compartir con ella cómo me siento. Echo de menos venir a pasear por la playa y reírnos de lo puta que es la adolescencia. Me contaba sus batallas de cuando iba al instituto, obviando la ristra de pretendientes que sé que tuvo (la abuela Autumn es muy chivata). Me puso mi primer preservativo en la mano a los catorce. Entonces ya intuía que no iba a estar el tiempo suficiente a mi lado como para dármelo más adelante, así que toda la charla sexual se precipitó. Nos la dio a Zoe y a mí juntas. En esta misma playa. Sentadas en la arena con unos helados. Diosa, era la mejor.

—¿Echas de menos a tu padre?

Ulises gira el rostro buscando mis ojos y yo no impido que los encuentre. Estoy convencida de que no me va a contestar. Aprecio con total claridad cómo la palabra *rizo* se está formando en su cabeza y sus labios están preparados para dejarla escapar en un susurro ronco.

—Mucho. Todos los días.

Los ojos se me empañan de lágrimas y no sé si es por su historia, por la mía o porque acaba de dejar caer otra capa conmigo, a pesar de todo. Y no puedo evitar tirar del hilo del ovillo de lana enmarañada que me ha dejado en el regazo, esperando que la guarde a buen recaudo, porque no busca desenredarla, sino conservarla tal como está, con sus nudos. Ulises no quiere que sus nudos desaparezcan.

—¿Qué le dirías si pudieras hablar con él una última vez?

No lo hago por fastidiar y meter el dedo en la llaga. De verdad que no. Es que esa pregunta es recurrente en mi caótica cabeza. Y no he sabido contestarla.

—Rizo.

Ya.

—Vamos muy atrasados con *Embrujadas* —desvío la atención, porque la tristeza de sus ojos es devastadora—. Vamos por la mitad de la tercera temporada y, aviso, se viene drama.

Ulises pone los ojos en blanco y esboza una sonrisa preciosa. Amplia. Y su mirada vuelve a ser transparente. Menos mal.

—¿Más? Joder, si con Piper y Leo y su amor prohibido tienen para rato. Por no hablar de Cole y Phoebe con la cosa de que él es demonio y ella bruja y es absolutamente incompatible.

—Pues no te queda por ver ni nada. Eso es comedia para lo que te espera.

—De puta madre.

Por suerte, hemos conseguido destensar el ambiente y sin beso de por medio. *Embrujadas* nunca falla. Es la mejor serie de la historia. Y punto.

—Será mejor que nos vayamos. Me gustaría llegar a casa sobre las cinco y tenemos que despedirnos de tu padre y de tus amigos. Calculo que todo eso nos llevará unas tres horas con lo

que os soléis enrollar y deberíamos comer también.

Damas y caballeros, Ulises ha vuelto. Supongo que todo vuelve a la normalidad, aunque quiero pensar que un pelín menos encorsetado. Poco a poco. Fase a fase, aunque le mintiera, porque no hay fases. Simplemente actúo y a ver qué sale.

28

Entre Inesitas y pocholitos

Ulises

Mediados de Julio
Madrid

Es la primera vez que Diego y mi hermana vienen a cenar a casa desde que Inés vive conmigo. Estoy un poco nervioso. No por nada, ellos ya se conocen de otras ocasiones, pero desde que le conté a mi hermana lo que sucedió en casa de Inés está muy pesada. O preocupada, no lo sé. Creo que incluso también algo contenta. Pero no hemos podido hablar demasiado estos días. Ha empezado un nuevo trabajo, una película que, por suerte, se rueda íntegramente en Madrid. Separarme de mi hermana siempre me entristece, es como quedarme solo en esta gran ciudad porque a mamá también la tengo lejos. Por su parte, Diego tiene una temporada tranquila. Está preparando el siguiente disco después del éxito que ha tenido *Isla bonita*, aunque sé que ambos están algo tensos, no entre ellos, sino por la situación, ya que Diego en unos meses partirá de gira y mi hermana no podrá acompañarlo.

—Oye, Inés, vienen mi hermana y Diego a cenar esta noche.

Ella levanta la cabeza de su móvil para mirarme. Está sentada en el sofá, con las piernas (desnudas) cruzadas, vagueando. Literalmente, vagueando. Ah, también lleva el pelo retirado con una diadema y uno de esos ungüentos llamados mascarillas en la cara. Está terroríficamente graciosa. Me ha asestado un buen puñetazo en las costillas cuando me he reído sin remordimientos. Es que no me jodas.

—Ah, vale. Guay. Saldré a saludarlos y me meto en mi habitación para no molestaros. O me iré por ahí, ya veré.

—Torbellino, si te lo digo, es para que te unas a nosotros. Si te apetece.

Su mirada se ilumina. O eso me parece, porque con lo que lleva en la cara, me cuesta ver algo más allá de la gracia que me hace.

Por suerte, el «incidente» quedó atrás bastante rápido y hemos vuelto a ser los que siempre hemos sido. Compañeros de piso. O eso intento fingir, que solo somos eso. He reflexionado mucho sobre por qué me abalancé sobre ella como lo hice. No he llegado a ninguna conclusión satisfactoria para mí mismo. A veces pienso que fue un momento de debilidad; otras, que llevaba muy poca ropa, olía muy bien y que la carne es débil; otras, que realmente está consiguiendo que fluya sin pensar en nada que no sea el aquí y el ahora; y otras, que me estoy colgando de ella como un puto adolescente. Por supuesto, apenas le he dado media pensada a esta última opción. Eso no puede pasar. Es imposible.

—Claro que me apetece. Puedo preparar mi receta estrella.

—¿Cuál? A ver, sorpréndeme.

—«Inesitas».

—¿Qué?

—Son margaritas al estilo Inés. Con un ingrediente especial. Verás qué bien.

Me descojono. No sé qué esperaba, la verdad. Inés no sabe cocinar. Bueno, se defiende con lo básico por lo que he podido comprobar, pero hasta ahí llega. No cocino para ella porque no quiero hacerla sentir inútil, aunque siempre hago un poco más de comida para que haya sobras. Después, le dejo claro con la expresión más seria que sé poner que ni se le ocurra tocar mis *tuppers* y es automático. Se lo toma como un reto. Y a ella le pierde que la reten. Por lo que, la mayoría de las veces, se come mis sobras. Justo mi objetivo. Soy un *crack*.

Así que ahora no me sorprende en absoluto que su gran receta sea una bebida alcohólica.

—¿Cuál es el ingrediente especial?

—Ese secreto se irá a la tumba conmigo.

—No será un escupitajo.

—No, pero como me sigas vacilando, lo mismo te lo llevas de regalo. Por capullo.

—No tengo tequila —observo e intento contener la risa por su último comentario.

—¿Qué tienes?

—No sé, busca por ahí.

—Perfecto, se me da fenomenal robar botellas ajenas. A Blanca se las robaba todas cuando iba a su casa y luego nos la bebíamos en la de Marta.

—¿Te vale cualquier cosa para echarle? ¿No se supone que el margarita lleva tequila? Podemos bajar a comprar. ¿Cuánto tardas en prepararlo? Tenemos dos horas y cuarenta minutos antes de que lleguen.

—Fluye, pocholito, fluye. Improvisemos. Verás qué bien.

Las nueve menos siete minutos de la noche.

Los «Inesitas» tienen una pinta curiosa. Extraña, diría. Poco apetecible, sin ninguna duda. ¿De verdad nos vamos a beber eso? Flipo con esta mujer, va a acabar envenenándonos.

—No los mires con esa cara. El color se debe a que hemos usado una bebida ambarina, no blanca. Pero está bueno. Seguro. —Y ese «seguro» me da a entender que ni ella está segura.

—A Diego le va a hacer la hostia de gracia acabar en urgencias por una puta cagalera o vomitona o todo a la vez por beberse este maldito brebaje.

—¿Vas a comisión?

—¿Perdón?

—Por los tacos que sueltas por la boca. La tienes muy sucia.

«Ni te lo imaginas».

Bueno, sí, se lo imagina, lo ha comprobado. Es igual. Quedamos en correr un tupido velo y yo he corrido una tupida cortina, que es más gruesa.

—Va con la imagen de tipo duro que tienes de mí.

—Ja. Como se nota que no te conocía en absoluto. Me obnubilaste con todos esos tatuajes, pero se te ha caído la máscara.

—Me dejas hecho polvo —ironizo.

Ambos sonreímos. Parecemos un par de gilipollas picándonos siempre por chorradas, pero es que nos puede. Es inevitable para nosotros.

He puesto algo de música de fondo mientras ella preparaba su mejunje y yo la cena. Por

la barra de sonido que tenemos al lado de la televisión, suena una *playlist* de Spotify que ambos hemos creado para no pelearnos por la música también. Ahora mismo, una canción superantigua de Nightwish, «*Over the hills and far away*» colapsa la estancia. Es potente y la voz de la cantante consigue ponerme los tatuajes del revés de lo espectacular que es.

Isla y Diego llegan puntuales, menos mal. No ponía yo la mano en el fuego por que no se hubieran entretenido. Y mira que vivimos cerca. Porque Diego dejó su pisito de Moncloa que compartía con Pablo y ahora viven en el de mi hermana.

En cuanto la veo, la alzo al vuelo, abrazándola y dándole un sonoro beso en la mejilla. La adoro. La quiero más que a cualquier otra persona de este mundo. Es la mujer de mi vida. Y a pesar de vivir tan cerca, llevábamos unas dos semanas sin vernos.

—Mira que eres pegajoso, Ulises —se queja, pero su sonrisa la delata. Adora que yo la adore.

—Y tú eres una seca de cojones.

La tónica de siempre.

A Diego le doy un abrazo con palmada incluida. Ese mamón ha conseguido ganarse mi cariño y respeto, después de todo. Ama a Isla con todo su ser y, aunque cometió un error enorme en el pasado, ha sabido remendarlo con creces. De hecho, ese copo de nieve que lleva tatuado en el dorso de la mano es obra mía. Aunque, en las condiciones en las que se lo hice, reconozco que podría haberle hecho un destrozo. Pero soy un profesional que te cagas, así que salió bien.

Ambos saludan a Inés con cariño y no me pasa desapercibida la mirada que me echa mi hermana. Tenemos una conversación pendiente, pero sé que Inés le gusta. Mucho. Desde el primer día que la conoció.

Les paso un par de cervezas a todos y nos sentamos en el sofá a charlar un rato. La *playlist* sigue reproduciéndose. He podido reconocer a Maroon 5 con su *Maps*, a Beret con *Lo siento*, Robbie Williams y *Feel* o Bon Jovi con *Wanted Dead Or Alive*. Ahora se cuelan por los altavoces la voz de Camila Cabello y Shawn Mendes cantando *Señorita*. No puedo evitar mirar a Diego y a mi hermana, que se miran con adoración en este preciso momento.

—Uy, qué mirada tan bonita —comenta Inés, lo cual hace que los tortolitos vuelvan a prestarnos atención.

—Es nuestra canción —aclara mi hermana.

—¿Pero esa no era *Saudade*? —vuelve a la carga la rubia.

—Joder, pues sí que estás puesta en sus vidas —comento.

—Pocholito, vivo en este mundo, a diferencia de ti. La declaración de Diego en Santander fue épica. —Y dice esa última palabra pronunciando cada sílaba y gesticulando con las manos.

—Esa es la canción que compuse por ella, aún sin saberlo —explica Diego—, pero nos dimos nuestro primer beso mientras sonaba esta canción. Cambió nuestras vidas.

Inés suspira con emoción y compartimos una mirada, una que dura más de lo que debería. Creo que nos estamos hablando, incluso gritando, pero lo dejamos estar. No vamos a volver a ese punto.

—Espera, espera, espera, espera —dice Isla ahogando una carcajada—. ¿Qué es eso de pocholito?

Mierda. Joooooder. Lo que me faltaba.

—De puta madre, Inés. Gracias.

—Se me ha escapado, pocholito.

La atravieso con la mirada porque esta vez ya lo ha hecho por joder. No veo ni pizca de

arrepentimiento en su rostro. Vamos, como de costumbre.

—Inés, soy tu fan. —Se descojona mi hermana.

Inés se retira el pelo con chulería y quiero matarla.

Polla

«A polvos».

«Para, joder».

Paso de las burlas de mi hermana y Diego, que se ha sumado al carro. Inés intenta buscar mi mirada para calibrar cuánto de molesto estoy, pero no se lo permito. Me concentro en la pegatina de mi botellín y en la siguiente canción que suena. Espera, no me jodas. Ana Mena y Rocco Hunt me taladran los oídos con su *Un beso de improviso*. Es la canción que sonaba aquella noche cuando vi a Inés besarse con una tía. El momento en el que pensé que todo sería más fácil y ha resultado ser la mayor quimera de mi vida.

De puta madre todo, oye.

Por supuesto, esa canción no la he puesto yo ahí. Me concentro en ella sin apenas darme cuenta y no puedo evitar levantar la vista. Me choco al instante con los ojos del torbellino de rizos rubios. Me vuelven a decir cosas, pero no sé interpretarlas. Inés, no sé interpretarte, joder. Bueno, miento, la mayor parte del tiempo sé hacerlo casi a la perfección, como el día que supe que había llorado a través del teléfono, y eso que apenas nos conocíamos. Sin embargo, cuando se trata de ese tipo de miradas, no sé. Me confunde.

Me levanto del sofá para empezar a poner la mesa y servir la cena. Demasiada intensidad para mí ahora mismo. Y mira que yo soy bastante intenso.

—Ulises, relájate, yo me encargo. Disfruta de tu hermana y Diego —se ofrece Inés.

—No se me da bien relajarme. Prefiero hacerlo yo. La cena estará en cinco minutos —le digo de una forma un poco más borde de lo que me habría gustado.

—Como quieras —contesta críptica.

Malo.

Cuando no replica y lo deja estar, tiemblo.

Veo que se vuelve a sentar junto a Isla y Diego y habla con ellos entre susurros.

Muy malo.

Yo empiezo a emplatar la cena, aunque sin mucha ceremonia. Cocino, sí, pero la presentación me la suda bastante. Además, son todos platos fríos: embutido, ensalada, patés para untar…

—¡Pocholito! —me grita desde el sofá.

—Joder, Inés, que no me llames así —gruño, haciendo que mi cabreo aumente.

—Qué mala hostia te gastas, cuñado.

¿Está de coña?

—Tengo de sobra, ¿quieres un poquito? —replico.

—No, gracias, estoy intentando mantenerla a raya. A mí también me sobra.

Ah, mierda. Sí. Diego ha tenido ciertos problemillas para controlar su carácter y su mala leche. No por nada, sino porque le hacen mal a él mismo. Tiene un pasado complicado, al parecer, aunque mi hermana nunca me ha dado detalles. Eso pertenece a una parte muy privada de Diego. Si algún día lo quiere compartir conmigo, seré todo oídos y tendrá mi hombro para apoyarse; mientras, no me meto. Me siento un poco culpable por ese comentario, pero es que me sacan de mis casillas.

—Pero ¿por qué estás enfadado, hermano? Si hay confianza.

Taladro a mi hermana con la mirada.

—Me la pela.

—Pues no te la debes de pelar tanto, Ulises. Pareces tenso.

—Diego, una más y no vuelves a echar un polvo con mi hermana en tu vida.

—¡Eh! No amenaces a mi novio.

—Joder, ¿queréis dejarme en paz?

—Pero si solo estamos hablando —defiende Isla.

—No, solo estáis dando por el culo.

—¡Conseguido! —grita Inés.

Ellos tres comparten una mirada divertida y contienen las carcajadas. ¿Qué está pasando?

Inés, leyéndome la mente, me enseña la pantalla de su móvil y veo que tenía puesta una cuenta atrás de cinco minutos. Lo entiendo al instante.

—La madre que te parió, Inés. ¿En serio?

—¿En cuánto dijiste que ibas a tener la cena preparada? ¿Cinco minutos? —se cachondea.

Y tengo que reírme. Porque la tía es buena en lo suyo. No sé de qué manera lo quiere lograr ni cuantas fases de su maestra misión quedarán, pero me está venciendo. Me vence y mi lucha cada vez es más floja. ¿Estoy haciendo algo para ganar yo la guerra?

Pues no. Absolutamente no.

Inés

Se ríe.

El tío se ríe. Pero, bueno, supongo es mejor eso que que quiera arrancarme los rizos. Este plan de mierda, temporizador en mano, ha sido solo por joder. Por borde. En cuanto les he contado a Isla y Diego lo que estaba maquinando, ni han dudado en echarme una mano para distraer a Ulises mientras preparaba la cena. No han tenido mucho arte, han llegado incluso a cabrearlo y me he temido lo peor. Pero ahora se está riendo y yo… yo le acabo de meter las bragas en el bolsillo por culpa de esa preciosa sonrisa.

29

El latido del corazón es un chivato

Ulises

La cena es divertida. Mi hermana e Inés encajaron desde el principio. Hablan de Nueva Zelanda, un lugar que, en cierta manera, las conecta. Inés nos cuenta que su abuela materna, Autunm, sigue viviendo allí al igual que su hermana Zoe. Le pregunta muchísimas cosas a Diego sobre su trabajo, siempre manteniendo su vida privada al margen, excepto en lo que respecta a Isla. Me he dado cuenta de que mi compañera de piso (shhh) es una romántica y me fascina cómo le brillan los ojos mientras ellos le cuentan su historia. Inés se inclina hacia adelante, como si así pudiera escuchar mejor, y apoya sus manos en la cara. Y está preciosa.

«¿Pero tú que eres, masoquista?»

Al final, insisto en que se queden a dormir. Me da miedo que no lleguen a su casa del pedo que llevan. Han aceptado, claro, ellos creo que tampoco se veían capaces de dar dos pasos sin desplomarse. Inés, en el postre, ha sacado su receta estrella y no sé qué diablos ha echado, pero vamos todos bastante bebidos. Sabía que nos iba a envenenar de alguna manera.

La autora de la fechoría anuncia que está muy borracha y que se va a la cama, a anclar con un pie el suelo, que le baila. A los cinco segundos, escuchamos un golpe.

—¡JOOOOODEEER! Me cago en el pomo de las narices. Ulises, lo voy a arrancar, que lo sepas. Me he vuelto a dar en el codo. Y como duele.

Y empieza a partirse de risa. Me asomo al pasillo para comprobar si está bien y me la encuentro de rodillas en el suelo, descojonada. Vaya pedo lleva. No puedo evitar acercarme entre carcajadas para ayudarla a levantarse. Hay que ver el panorama. Para echarnos de comer aparte.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Me he dado en el hueso de la risa. Joder, qué *monguer* soy.

—Venga, a la cama, torbellino.

Inés se mete en su habitación y vuelvo al salón a comprobar que mi hermana y Diego lo tienen todo controlado en el sofá-cama. *Spoiler:* no. Esa sábana bajera enrollada en las esquinas lo corrobora. Isla parece más serena que Diego, eso sí, pero lo acabo haciendo yo. Cuando se tumban, me falta hasta arroparlos, hay que joderse.

Ya en mi habitación, me quito la ropa de camino a la cama, me deshago del bóxer y me pongo un pantalón corto que uso como pijama y que guardo debajo de la almohada. Me meto en la cama y suspiro con fuerza. A mí el cóctel de Inés solo me ha hecho unas pequeñas cosquillas, pero me siento muy cansado. Y no es mi cuerpo, es mi mente la que está cansada. No paro de batallar contra mí mismo, contra nuestras miradas, contra nuestros piques. No paro de batallar contra ella. Y es agotador. ¿Estaremos cinco años así hasta que acabe la universidad? Dios,

espero que no, porque puedo morirme antes.

Cuatro minutos después, la puerta de mi cuarto se abre y sé quién es al instante. Pisa el suelo de puntillas, como cuando era pequeña, tenía pesadillas y se colaba en mi habitación. Dormimos muchísimas noches juntos en aquella época, hasta que dejó de tener miedo. Porque mi hermana es la persona más valiente que conozco y solo necesitó seguir sus tiempos para sentirse segura.

—Ven aquí, pequeña —susurro cuando sus rodillas hunden el colchón.

Isla me abraza y apoya la cabeza en mi pecho. Me reconforta que mi hermana esté aquí. Me conoce mejor que nadie y solo ella es capaz de hacerme sentir seguro otra vez.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Borracha, pero todo controlado.

—Has dejado a Diego solo.

—Sobrevivirá. Ha caído como un tronco. Ahora tú eres más importe. ¿Estás *tú* bien?

Me quedo en silencio unos cinco segundos, los cuales le hacen saber a mi hermana que al cien por cien no estoy.

—Lo intento, la verdad.

Isla posa una mano sobre mi pecho, como si así pudiera espantar cualquier cosa que me lo presione.

—¿Sabes que Laura está embarazada otra vez?

Me desconcierta que saque el tema de Laura. Mi hermana lo odia. Solo lo saca cuando es necesario para sus hostias verbales. Todavía me dura la última. Aunque, bueno, supongo que es que está borracha y que le gusta tocarme las pelotas. Nada nuevo.

—Sí, mamá me lo dijo.

—¿Sabes otra cosa? A mamá le caería muy bien Inés.

Sonrío. Sí, es verdad. Le caería genial. Y a papá también. Tienen una esencia parecida, ahora que lo pienso. Al menos, parecida a lo que recuerdo de papá y lo que mamá me ha ido contando con el paso de los años.

—Joder, Ulises.

—¿Qué? —pregunto desconcertado por su tono de sorpresa.

—¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—Pues de que te he hablado de Laura y tu corazón apenas ha modificado su latido. Pero cuando he nombrado a Inés, se te ha desbocado, hermano.

Mierda. De ahí la mano en el corazón. Me estaba poniendo a prueba. Los latidos nunca fallan. Tengo que controlarlo. Debo controlarlo.

—Sigo un poco inquieto con lo que pasó —confieso, porque es mi hermana y necesito soltarlo.

—Guau, cuánto de olvidado lo tenías, ¿eh? —ironiza.

La última vez que hablamos, le aseguré que estaba olvidado y que Inés y yo habíamos recuperado la relación de antes. Lo segundo, es verdad; lo primero, quiero que lo sea, pero no lo es del todo.

—Sabes que es imposible, Isla. Si no fuera así, aquel día no habría terminado como lo hizo. Le faltó decirme a la cara que jugábamos en la misma liga, así que tengo que sacarme esta tensión sexual de encima ya.

—¿Estás seguro de que solo es tensión sexual?

—¿Qué otra cosa puede ser? Me vuelve loco que me lleve la contraria. Mucho. No sabes

la de veces que he soñado que la empotro contra la isla de la cocina.

—EH, EH, EH, mucha información. Dios.

—Te irás a asustar ahora. Siempre hemos hablado de sexo. Desde que te pillé con Rodrigo en… —replico.

—¡Calla! Qué trauma.

«En su coche haciéndole una paja frente a nuestro portal», termino la frase en mi cabeza. Rodrigo es su exnovio. Duraron un puñado de años juntos, pero la relación empezó a hacer aguas y él se enamoró de otra mujer.

—El caso es que estoy borracha y no quiero imaginarte follando. Bastante tengo con frenar los comentarios de Mel y Jandri.

Me río. De toda la vida he tenido loquitas a sus amigas, aunque nunca se me ha pasado por la cabeza tocarlas.

—Y volviendo a lo tuyo —continúa—, no creo que solo sea tensión sexual.

—Pues lo es.

—Vale.

—Odio cuando te pones en ese plan.

El de darme la razón como a los tontos.

—Suele pasar cuando te pones *en plan* cerrado. Solo voy a decir que ella es la primera mujer que te hace sentir algo desde Laurita. Aunque sea «tensión sexual». No sé, dale una vuelta.

—Joder, hermana, si le doy más vueltas me hago rotonda.

—Primero tienes que afrontar para luego continuar. Y tomar medidas. Protégete, Ulises, por favor. Si fueran otras circunstancias, sabes que te animaría a que lo intentaras con ella. Pero la situación es una mierda, así que, por favor, cuídate. No quiero verte otra vez hundido por culpa de una mujer.

Y por esto es la mujer de mi vida.

—Laura todavía duele —susurro.

—Siempre te dolerá, pero estás un paso más cerca de que quede definitivamente en el pasado.

Nos quedamos dormidos alrededor de trece minutos después. No puedo calcularlo con exactitud. Estoy cansado y mi hermana me proporciona una tranquilidad que me sana. Me lo cura todo.

30

Día a día

Ulises

Finales de julio

Veintinueve días desde que volvimos de la casa de Inés. Veintinueve días de intentar volver a ser los que éramos antes. Veintinueve días de absoluta paz. Y, no, no es ironía. Inés y yo nos hemos amoldado muy bien a vivir juntos. Cada uno tenemos nuestras rutinas, no nos damos muchas explicaciones, como ella pidió al principio de nuestra convivencia, y nos va bien. Sin embargo, también hemos establecido rutinas conjuntas como ver *Embrujadas* cada noche con cualquier guarrería para comer como acompañamiento. Vamos por la quinta temporada y tengo que reconocer que ha conseguido engancharme. Lo supe en el momento en que me vi a mí mismo cagándome en el final de la tercera y suplicando seguir; o cuando me emocioné con ese primer y desgarrador capítulo de la cuarta. Pensé que iba a durar dos telediarios con una serie tan larga, pero no. Aunque a lo mejor lo que me engancha es ver cómo lo vive ella.

—Traigo la leche.

—¿Has cogido de la mía?

—Que sí, pesado. ¿Ves? Semidesnatada para ti; vegetal para mí.

Inés empieza a balancearse con el carrito del súper como si fuera una niña. Sus rizos no dejan de revolverse junto con el movimiento de su cuerpo. Hay que joderse lo que me hipnotizan sus rizos.

—Coge pasta. De la normal, por favor.

Inés asiente y nos dirigimos a diferentes pasillos. Cuando nos volvemos a encontrar, veo que ha cogido pasta en forma de espiral para ella y macarrones normales, supongo que para mí.

—¿En serio ni siquiera vamos a coincidir en la pasta? —protesto.

Inés se encoge de hombros y me endosa el carro mientras se dirige a la sección del café. Sé de antemano que va a coger mil mierdas para hacerlo y a mí con que lleve cafeína ya me llega. Sigue intentando convencerme de que no voy a probar café como el que ella hace y yo sigo retándola a que se supere. No pienso dar mi puto brazo a torcer.

—Voy a por suavizante —digo—. Nos queda poco.

—¡No! —Me detiene—. Voy contigo que no me fio de qué olor vas a coger.

—Pues el de ropa limpia de toda la vida, ¿no?

—No seas aburrido, pocholito.

Descubro que Inés prefiere los olores empalagosos como frutos del bosque o algo de eso. Por suerte, esa guerra la gano yo. Y no por nada, sino porque Inés no ha encontrado ningún olor que le guste más. Ni confirmo ni desmiento que hemos montado un buen espectáculo en mitad

del pasillo.

—¿Cojo pan de molde para tostadas? —pregunta.

—Sí, con corteza.

—Sin corteza.

Joder, qué puta lucha. Ni en una cosa coincidimos.

—Coge de los dos tipos, anda —claudico.

Inés vuelve dos minutos después con el pan de molde y una tableta de chocolate. Tengo que sonreír porque, a pesar de todo, me gusta que siga conservando esa niña interior.



—Oye, esta tarde pensaba dar un paseo por la ciudad. ¿Quieres acompañarme? Podríamos tomar algo por el centro después.

Muchos fines de semana, Inés sale sola por Madrid. No me da muchas explicaciones de a dónde va, solo me avisa de que sale y nada más. Pero creo que ya la conozco lo suficiente como para saber que quiere conocer hasta la última piedra de la ciudad. Proviene de una más pequeña que se conoce al dedillo y supongo que busca sentir Madrid como su casa. La segunda, pero casa al fin de al cabo. Por eso se tira horas recorriendo sus calles como una más y no en plan turista; ama empaparse de todo.

Eso hace que me plantee hasta qué punto conozco yo la ciudad en la que he nacido y crecido, aunque fuera con un pie aquí y otro en el pueblo. Cuando regresa a casa y me dice: «he estado en la plaza —insertar aquí plaza *random* de Madrid—, ¿la conoces?», yo me encojo de hombros porque no tengo ni puta idea. Me doy cuenta de que nunca paseo por mi ciudad, al contrario de mi hermana, que ama esta ciudad y, al igual que Inés, intenta interiorizarla para hacerla suya. Yo me dedico a ir a donde quede con mis amigos, al trabajo y del trabajo a casa. ¿Dónde me deja eso como madrileño? Estoy seguro de que cualquier turista se lo conoce mejor que yo. Supongo que es por esa dejadez innata que tenemos los que pertenecemos a un lugar desde siempre. Pensamos que vamos a tener la oportunidad de conocerlo más a fondo en cualquier momento. Que la ciudad no va a desaparecer. Que tenemos mucha vida por delante. Que tenemos todo el tiempo del mundo. Y no es verdad. Yo lo sé bien.

Por eso, hoy, aunque haya una ola de calor que arrecia la calle que no es ni medio normal, no puedo evitarlo:

—Claro, me parece una idea cojonuda.

31

Ponerlo a prueba

Inés

Me quedan apenas dos días para volver a mi ciudad y me muero de ganas. Me muero por ver a mi gente y a mi pequeño bichín. Me muero por estar cerca del mar. Lo echo de menos, más de lo que pensaba. Supongo que los que hemos crecido cerca de él no sabemos vivir sin esa película de humedad acariciándonos el rostro. Echo de menos a mi familia, quiero abrazar a mi padre y parlotear con mis tías. Ojalá Zoe viniera este verano, pero no lo va a hacer.

Y, a pesar de todo, noto algo parecido al vacío en el pecho al dejar un mes entero esta casa. Ya ves, qué tontería. Hasta hace cinco minutos no vivía aquí y ahora la siento como una parte imprescindible de mi vida. Me fascina y me aterra a partes iguales lo que cambia todo en medio pestañeo.

—Diosa, tengo la piel como si fuera un lagarto —me quejo mientras me unto las manos en crema en el baño.

La puerta la he dejado abierta, por lo que Ulises seguro que me ha escuchado perfectamente.

—No seas exagerada —me grita desde algún punto de la casa.

—El clima seco de Madrid me va a matar. Cuando llegue el invierno voy a ser una momia.

—Buenoooo, nos hemos levantado intensas, ¿eh? —me vacila.

—Vete a la mierda. Encima me ha bajado la regla y me encuentro regular. Dame tregua, ¿vale?

Oigo su risa más cerca de mí y le veo asomar la cabeza por la puerta del baño.

—¿En serio hacía falta que me dieras esa información? A mí me la pela saberlo, lo digo por ti.

—Y a mí me la pela que lo sepas. Como si tuviera que ocultar que tengo la regla.

—No tienes que hacerlo. —Hace una pausa y nos mantenemos la mirada a través del espejo—. ¿Quieres que baje a comprar algo que te haga sentir mejor?

Diosa. Me ha dado un vuelco el pecho. Un ratón se ha escapado de su sitio. Es demasiado mono para mi propia salud mental.

—Cebolletas en vinagre.

Ulises se descojona. Últimamente se ríe mucho. Lo veo más relajado dentro de su encorsetamiento, que sigue en pie de guerra. Y yo sigo en pie de guerra para conseguir que se libere y fluya de una maldita vez. Supongo que, para ello, tengo que encontrar la raíz del problema y Ulises no es muy comunicativo en ese aspecto. Me niego a pensar que solo se trata de un rasgo de su personalidad porque estoy convencida de que él se muere por fluir; que en su

fuero interno no es así, pero que se ha acostumbrado tanto a su forma de ser actual que no sabe ser de otra manera.

—Hostia, parece un antojo de embarazada. A Sara le están dando antojos muy raros. Tiene a Lucas a punto de perder la puta cabeza. Esperaba que me dijeras algo así como chocolate o helado.

—Ya ves. Soy única en mi especie.

—Lo sé.

Otro ratón fuera de su sitio. Le hago burla porque no sé si me lo dice en plan bien o solo se quiere meter conmigo. Otra vez.

—Bajo al súper a por tus cebolletas. Descansa, anda.

Y no replico. La verdad es que a mí no me apetece bajar. Así que se lo agradezco en el alma. Aunque voy a pedirle una cosa más. Je, je.

—Pocholitoooo.

—¡Dime! —grita ya en la puerta de casa. Ya ni se molesta por que lo llame así. No al menos cuando estamos solos.

—Ya que bajas, ¿te importa cogerme una caja de tampones? De los regular. Son los amarillos.

¿Lo estoy poniendo a prueba? Sí, no me escondo. No me avergüenza pedirle unos tampones. Lo que quiero saber es cuánto le avergüenza a él.

—Claro. Sé cuáles son, se los he comprado a mi hermana mil veces. ¿Necesitas compresas?

Me quedo muda. El maldito Ulises me ha dejado muda. A mí.

—*Nop* —consigo contestar y se va.

Hemos creado un ambiente de confianza entre nosotros muy cómodo. ¿Te acuerdas cuando dije al principio de toda esta aventura que iba a lograr que la confianza diera asco para que todo fuera más fácil? Pues sigue sin suceder. Incluso presentándome en el salón con una mascarilla en la cara con un color nada bonito me sentí cómoda. Ulises solo se descojonó de mí, no se horrorizó. ¿Y lo de los tampones? Muchos tíos odian que les hables de tu regla porque a día de hoy no hemos superado el *cromañonismo*. ¿Y qué hace él? Comprarme tampones. Dime si Ulises no es puto perfecto a pesar de las tropecientas mil manías que tiene. Por ejemplo, los *briks* de leche tienen que ir en un estante concreto de la nevera (el segundo). Tiene un mecanismo para planchar la ropa que roza el TOC. La casa se limpia los domingos de diez a doce, menos cuando se sale y hay resaca, que se traslada a la tarde. Si no sale muy tarde del estudio, la compra la hacemos los miércoles. Llega al trabajo una hora antes de abrir para organizarse el día. La música siempre suena suave en casa porque los ruidos altos no le agradan. Pone muchas canciones actuales, dice que al tener el hilo de la radio en el estudio todo el día, le acaba gustando de todo.

El plan va de culo y creo que a mí cada vez me gusta más. Es un jodido problema. Ese tris que le dije a Blanca que me quedaba para enamorarme está a la mitad. Y que conste que me estoy esforzando muchísimo en contenerme para no hacer alguna otra gilipollez como la que ya pasó hace un mes. A pesar de que fue él quién me besó, después me rechazó. Por lo que, si vuelvo a ser rechazada por él, me veré en la obligación de dejar esta casa. Y a él. Y estoy demasiado a gusto. Demasiado siempre ha sido una unidad de medida de mierda. Creo que la peor del mundo. Esa que te dice: «amiga, estás bien jodida».

32

La peor idea de todas las peores ideas

Ulises

Agosto

Hace cuatro días que Inés ha vuelto a su casa. Cuatro días en los que la mía ha vuelto a ser silenciosa y grande. Como al principio. Intento no rayarme mucho manteniendo la cabeza ocupada en mil cosas antes de admitir que la echo de menos.

Mierda, se me ha escapado.

Hoy es mi último día de trabajo antes de tomarme unas pequeñas vacaciones.

Sí. Vacaciones. Yo.

Creo que es hora de que piense un poco más en mí y, sobre todo, en Sara, que le va a venir genial descansar. Ya está de cinco meses o, como dice ella, veinticinco semanas, porque las embarazadas cuentan en semanas. La tripa ya ha hecho acto de presencia y no deja de tocársela, como si fuera un gesto protector. También está más cansada y su malestar no ha mejorado desde que supo la noticia. Por su parte, Lucas pulula por aquí cada vez que su trabajo se lo permite para comprobar cómo está o ir a tomarnos algo a la salida si Sara tiene un buen día.

Esta semana la he visto más pálida que nunca. Intenta mantenerse estoica para no preocuparnos a ninguno, pero se nota que hace grandes esfuerzos todo el tiempo. Y tampoco es bueno. Por eso he decidido cerrar casi todo el mes de agosto y descansar. Por ella y por mí. Por otro lado, hay algo que no me saco de la cabeza y que debo empezar a organizar ya.

—Sarita, ¿podemos hablar? —le pido cuando el último cliente de hoy sale por la puerta.

—Qué manía con llamarme Sarita, joder. —La mala leche no le ha bajado ni un poquito ni encontrándose mal—. Pero, claro, ¿qué pasa?

Le indico que salga de detrás del mostrador y me siga al despacho. Ahí vamos a estar más cómodos. Hago que se siente en una de las sillas y yo me apoyo en el borde de la mesa.

—Cielo, deberías pensar en cogerte la baja.

Sara me mira como si no entendiera el castellano. Como si no fuera consciente de su estado y no hubiera pensado en dejar de trabajar.

—¿Y eso?

—Sara, te encuentras mal constantemente. El embarazo no está siendo fácil para ti y me parte el corazón que hagas tantos esfuerzos por demostrarnos a Lucas y a mí que puedes con ello. No es necesario. Lo primero es tu salud y la de tu bebé. Por eso, creo que deberías cogerte la baja a partir de septiembre.

—Pero, Uli, creo que es un poco precipitado. Mañana nos vamos de vacaciones y septiembre está a la vuelta de la esquina.

—Es algo en lo que llevo pensando tiempo. Esto era inevitable, Sara, en algún momento tendrías que dejar de trabajar. Así que contrataré a otra persona para cubrir tu baja hasta que te

reincorpores. He esperado a hablar contigo para empezar a buscar candidatos este mes.

—Pero vas a estar de vacaciones.

—Cuando uno tiene un negocio propio, no se tienen vacaciones.

—Solo te pido que esa persona esté a la altura, ¿eh? Que me ha costado mucho esfuerzo tenerlo todo organizado. Y sobre todo que sea amable con los clientes. No contrates a un puto borde.

—¿Me estás diciendo cómo tengo que hacer mi trabajo?

—No, te estoy diciendo cómo esa persona que contrates tiene que hacer el mío.

Nos reímos.

En ese momento, me llega una notificación al móvil. Mi primer impulso es ignorarlo, pero una fuerza desconocida dentro de mí hace que tome la decisión contraria.



Sonrío como un imbécil al instante. La madre que la parió.

—¿Quién es? Se te acaba de poner cara de bobo —comenta con agudeza.

—No digas tonterías. Solo es Inés, que me ha enviado una foto con su sobrino.

Y no cualquier foto, sino que son ella y Guille en la playa. Inés lo sujeta por debajo de los bracitos para ponerlo de pie sobre la arena con mucha delicadeza. A pesar de tener un mes de vida, es bastante largo. Parece que va a ser tan alto como su padre. Dejando a un lado eso, me intriga cómo coño ha conseguido colocarle unas gafas de sol. Pero eso no es lo que más me llama la atención, sino el *body* en color azul y letras negras en el que leo:



Dios, qué pretenciosa es. Estoy seguro de que ella misma se lo ha regalado. Me la imagino maquinando esa frase y estampándola en ropita de bebé con una sonrisa perversa. Qué tía.

Inés tiene una sonrisa que presumo perenne. Está feliz. Se le nota en el brillo de los ojos y en las mejillas sonrosadas.

—¿Sabes, Uli? Creo que no vas a tener que buscar mucho a mi sustituto. La tienes frente a la pantalla.

Levanto la cabeza del móvil y miro a Sara. Se me desorbitan los ojos al procesar lo que me quiere decir. Joder, es verdad. Inés lleva diciendo todo el verano que necesita un trabajo a media jornada para subsistir mientras estudia. No obstante, un pensamiento más coherente hace acto de presencia y me pone los pies en la tierra.

—Inés buscaba un trabajo de pocas horas, Sara. Yo necesito a alguien que esté más tiempo.

Lo de que si ya me vuelve loco en casa, en el trabajo no quiero ni pensarlo, me lo guardo para mí. Puede ser la peor idea de todas las peores ideas.

—Pues, entonces, quizá sea hora de ampliar esta bonita familia que hemos construido tú y yo aquí y buscar a otro tatuador que te eche una mano. Busca a alguien que esté empezando y quiera ir probando unas horas. Te dejará más tiempo para seguir organizándolo todo y no volverte loco cuando no esté Inés.

—Quizá tengas razón. Le daré un par de vueltas estas vacaciones. Te diré algo. Mientras, tú cuídate, ¿vale? Te llamaré de vez en cuando.

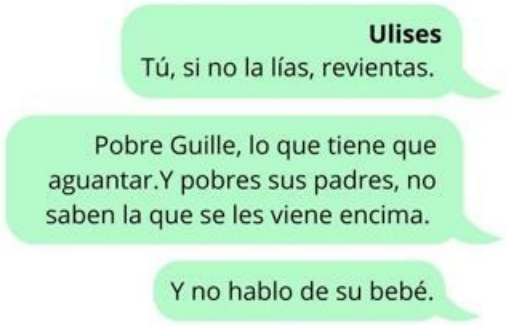
Sara asiente y nos dirigimos a la puerta principal para salir e irnos a casa.

—Por cierto, Uli, tengo que contarte algo. —La miro expectante, animándola a hablar de una vez. Ella sonríe y se acaricia el vientre—. Es una niña.

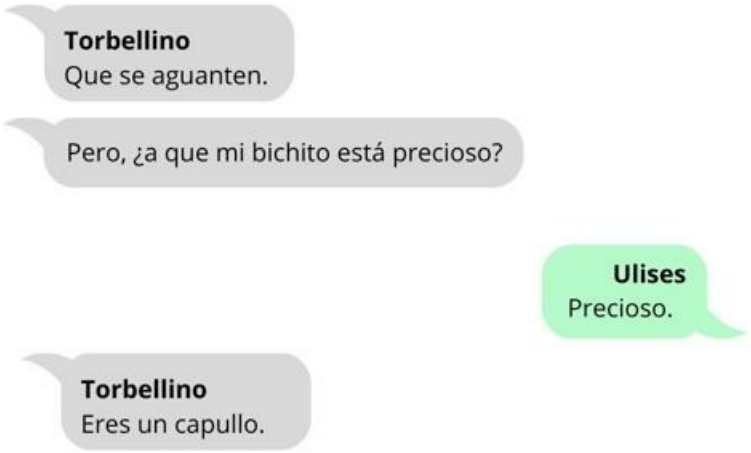
Sonrío ampliamente, muerto de felicidad, y me llevo las manos a la cara.

—Dios, Sara, enhorabuena. —La abrazo con cariño—. Sé que querías una niña.

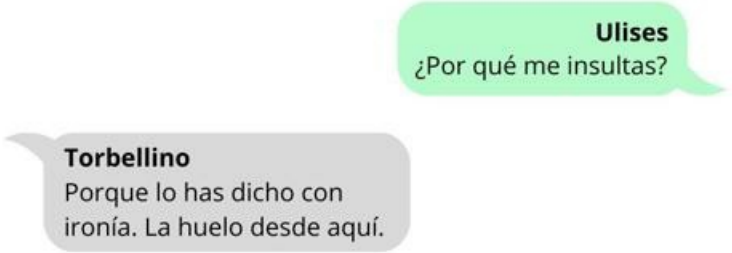
Nos despedimos después de hablar cinco minutos más de la noticia. Lucas está acojonado, según Sara, pero es que lleva así desde que se enteró del embarazo. Sin embargo, lloró de emoción en la ecografía en la que les dijeron el sexo del bebé. Mi niño, qué sensible es. Luego lo llamo para burlarme un poco de él. Echo a andar hacia casa con el móvil en la mano para contestar el mensaje de Inés.



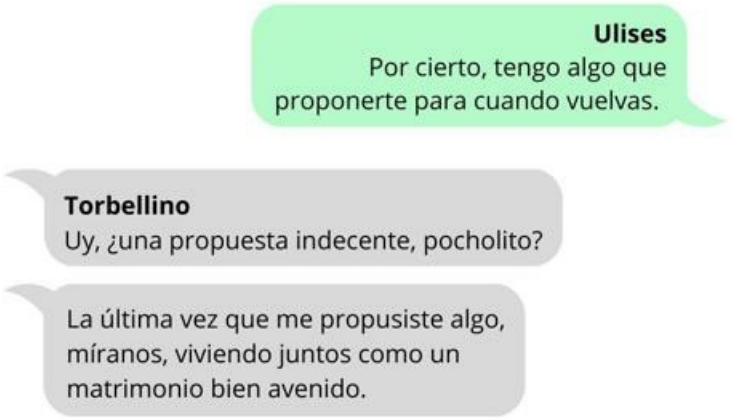
Dos segundos tarda en responder.



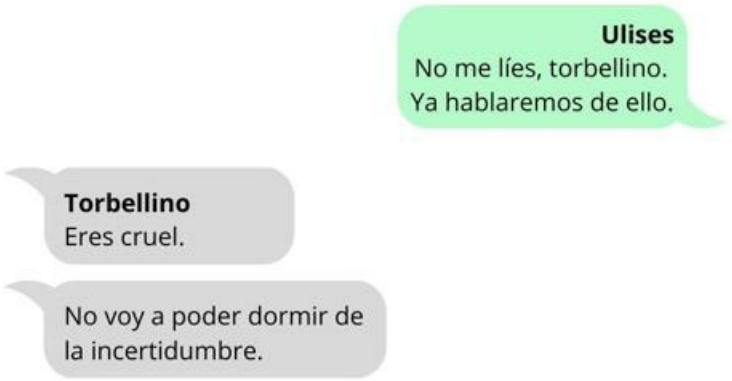
Suelto una carcajada en medio de la calle.



Touché.



Vuelvo a reír. Qué tía. No para nunca, joder.



No contesto su mensaje. Voy a dejar que sufra un poquito más. ¿Qué decía de la peor idea de todas las peores ideas? exacto, que me la suda.

33

No te enamores

Inés

Ciudad costera

Hacía como trece años, sin exagerar, que no tenía vacaciones a este nivel. He estado trabajando desde que decidí no ir a la universidad y tuve que buscarme la vida para borrar la mirada de decepción de mi padre. Así que me siento como si fuera mi último verano, como si volviera a los dieciocho años y estuviera en la obligación de exprimir este mes hasta extasiarme.

Y, oye, no me puedo quejar. Está siendo el verano de mi vida y eso que he tenido veranos increíbles. Pero este, con Guille ahora en nuestras vidas, está siendo demasiado especial. Vamos a la playa casi todos los días. Para Gonzalo y mi pichurrina es un sitio demasiado importante y quieren que su bebé también lo sienta así. Yo he caído aquí de rebote porque amenacé con acoplarme a todo para no perderme nada de mi sobrino. Puedes pensar que les estoy jodiendo la intimidad y bla bla bla, pero la realidad es que a sus padres les viene fenomenal mi presencia para que ellos puedan escaparse a hacer guarrerías a algún lugar recóndito de la playa. O incluso, algún día que otro, me he venido sola con Guille para dejarles la casa tranquila un rato y que hagan vida de pareja. A Gonzalo casi tuve que arrancarle a su hijo de los brazos, dice que es muy pronto para separarse de él. Es un exagerado de mucho cuidado. Ni que fuera a estar mal conmigo. De lo único de lo que debe tener miedo es de lo trasto que va a ser el crío por mi culpa. Sí, no me escondo.

Estoy feliz aquí. Muchísimo, de verdad. Sin embargo, no logro sentir una felicidad redonda. Más bien, es como si me sintiera al ochenta por ciento (Diosa, me he recordado a él siendo tan concreta, ¿eso se pegará?). Y, aunque no quiero pensar en ello más de lo inevitable (porque la cabeza, por mucho que quieras, no la puedes apagar), sé que es porque lo echo de menos. Nuestras rutinas, nuestros piques, escuchar sus pisadas por la casa, su forma de retarme… Hablar por mensaje no es lo mismo. Y lo hacemos prácticamente todos los días. ¿Cómo he podido adaptarme tan rápido a Madrid, a su casa, a él?

Sacudo los rizos para sacarme todo eso de la cabeza, porque solo sirve para volverme más loca, y presto de nuevo atención a la conversación. Es el cumpleaños de Zoe y, un año más, no regresa para celebrarlo con nosotros. A mi hermana le cuesta volver. A todos nos devastó la muerte de mamá, pero Zoe fue la que más se hundió. Tenía diecinueve años cuando ocurrió y vivió la enfermedad siendo muy consciente de ello. No se separó de ella en ningún momento, pasaba todas las noches que papá le dejaba en el hospital (que era casi siempre) y la acompañaba en todas las sesiones de quimio. En resumen, a mi hermana le duele volver a esta ciudad y a esta casa porque los recuerdos no la dejan respirar. Por eso voló. Aguantó lo suficiente para poder ahorrar e irse a vivir con la abuela a Auckland, sin expectativas de regresar. Un lugar que le

recordaba a mamá, donde la podía sentir cerca sin que el dolor cortara tan profundo.

—No se lo digas a papá, por favor —me suplicó entre lágrimas el día anterior a su partida —. No soportaría ver más tristeza en él. Esto es un problema mío y con el que tengo que lidiar sola. Pero no puedo seguir aquí. Me asfixio, *little doll*.

—No estás sola, Zoe. —Le agarré la mano con fuerza y le limpié las lágrimas con la que me quedaba libre—. A mí siempre me vas a tener, ¿me escuchas? Da igual lo lejos que te marches. Te llamaré mucho. Demasiado. Ya me conoces. Verás que bien. Ahora solo abrázame.

Por eso vino a Madrid en mi cumpleaños. Territorio neutral. Sin recuerdos. Sin sombras.

El caso, que divago muchísimo contando información que no sé si interesa, es que estamos preparando la *tablet* de mi padre para hacer una videollamada con ella. Es la una de la mañana, por lo que allí es mediodía. La diferencia horaria es una mierda, pero ya tenemos la tradición de trasnochar para felicitarla a una hora decente para ella. Lo mejor de todo es que en su empresa le dan el día de su cumpleaños libre, así que, en ese sentido, no hemos tenido problemas para pillarla disponible.

—Creo que ya —anuncia mi padre.

Asomo la cabeza para ver mejor la pantalla y comprobar que realmente está llamando y no que le haya dado a la aplicación de la cámara del aparato. No sería la primera vez que le (me) ha pasado. Tampoco me voy a meter yo mucho que, siendo honesta, mi padre se defiende mejor con las tecnologías que yo. El mundo al revés.

—¡Familia! —nos saluda Zoe al otro lado.

Todos nos deshacemos en felicitaciones hacia mi hermana, que parece mucho más feliz que otras veces. No para de sonreír y sus mejillas están ligeramente ruborizadas.

«Uy, esta ha follado.
Nota mental: llamar inmediatamente
después de colgar la videollamada».

—*Little doll*, mira quién está conmigo. —Y veo que la abuela Autunm se asoma por la pantalla.

Chillo de emoción. Hacía mucho que no la veía. Hablamos todos los meses por teléfono, pero hace años que no voy a visitarla. Ahora, viéndola más mayor de lo que recordaba, me siento fatal por ello. Y echar la culpa a la vida, al trabajo o a Perico el de los palotes no es la solución. No sé por qué lo he retrasado cuando podría haberme escapado cualquier verano. Y el problema es que no nos damos cuenta de que el tiempo pasa y no perdona. Yo debería saberlo bien. He sido tan egoísta en pensar solo en mis planes y en disfrutar de la vida por la promesa que me hice, que dejé por el camino demasiadas cosas. Entre ellas, a mi abuela, en parte.

—*Granny*! —exclamo al verla y los ojos se me empañan.

Hablamos durante unos minutos en los que papá y las tías se unen, todo lo que su inglés oxidado les permite, pero ellas acaban acaparando la conversación. La que más, la tía Susi, que se cree que por ser la mayor tiene más derecho a rajar que ninguna.

Cuando colgamos, corro a mi habitación para hacer la segunda llamada del día. Corro tanto que derrapo por el pasillo. Por suerte, no me doy con ningún pomo de ninguna puerta.

—*Fuck*, sabía que ibas a ser rápida, pero no tanto.

—Tres segundos me han faltado, chata. —Mierda, eso ha sonado muy a Ulises. Sin duda, creo que lo suyo es contagioso.

—¿Qué me ha delatado?

—Soy tu hermana y te he pillado tantas veces con un tío entre las piernas que no me

quedan dedos en el cuerpo para contarlos. No insultes mi inteligencia, *plis*.

Zoe emite una pequeña risita traviesa que me confirma lo que yo ya sabía.

—Ya estás largándome todo, todito.

Nos pasamos tres horas al teléfono, a pesar de que aquí es de madrugada, pero el momento lo merecía. La razón de la sonrisa deslumbrante de mi hermana se llama Daniel, nacido y criado en Auckland y de ascendencia venezolana. No paramos de cotorrear de lo guapo, simpático, divertido, atento, romántico y empotrador que es Daniel. Le ha faltado detallarme los centímetros que mide su miembro viril y si carga a la derecha o a la izquierda. Nada nuevo entre nosotras, tampoco.

—Ahora que ya te he contado mi vida sexual y sentimental de cabo a rabo, ¿me vas a contar por qué parece que echas de menos algo con todas tu fuerzas? Tienes la mirada diferente. Y no en el buen sentido, *sis*.

No soy una persona que intente ocultar qué se le pasa por la cabeza, a no ser que sean mi padre y mis tías, que hay cosas que es mejor que no sepan. O si me enamoro y sé a ciencia cierta que no es correspondido. Como con Marta o con…

«Inés, frena ahí. Solo te falta medio tris,
pero no estás enamorada».

Con mi hermana y mis amigos siempre soy yo misma. No tengo por qué esconder nada. Bueno, vale, si cometo un asesinato pues a lo mejor solo se lo cuento a Blanca para que se coma el marrón conmigo. Pero para las cosas mundanas y normales, soy transparente del todo.

—Ulises me besó.

Silencio.

Más silencio.

En esta familia, somos mucho de silencios cuando una noticia nos golpea sin esperarlo. Me recuerda a cuando conté en casa que no iba a ir a la universidad. Eso parecía la tumba de cualquier faraón egipcio no descubierta.

—Ay, no… —consigue decir Zoe.

Con esas tres palabras que yo he pronunciado y esa mirada que dice haber visto en mí, Zoe ya lo sabe todo: que el beso fue mal, que fue culpa de él, que es complicado, que lo echo de menos y que estoy a medio tris de enamorarme.

—*Sip*.

Le cuento la versión extendida de mi propia película porque necesito desahogarme, a pesar de que siempre hemos sido terribles para darnos consejos en temas amorosos. Para hacer honor a la verdad, nos damos consejos de mierda, pero al menos nos escuchamos.

—No te enamores, *little doll*. —¿Ves? Un consejo de mierda. Uno no puede decidir de quién enamorarse, ni cuándo, ni cómo, ni con qué intensidad.

—Yo cataría a más hombres antes de decidir que Daniel es el único e irrepetible.

Consejo de mierda de vuelta.

Ambas estallamos en carcajadas. Somos patéticas, pero con Zoe todo es fácil, ¿sabes? Somos iguales y a la vez distintas. Mi grado de intensidad en otro miembro de mi misma sangre podría suponer el colapso planetario. Aun así, siempre hemos sido una máquina con los engranajes bien engrasados. Juntas somos imparables.

34

Corazón insalvable. o eso pensaba yo

Ulises

El pueblo

Mi pierna derecha parece que tiene vida propia. Mi hermana me regañaría si me viera, pero estoy justo aquí sentado, en una de las mesas del bar de Paqui, para probar una teoría. Mamá me ha asegurado que vendrían, por lo que llevo media hora mirando la puerta del bar sin apenas pestañear.

Nunca había hecho esto. Nunca había encontrado el valor, después de tantos años, de ver la familia que han formado. Una familia de la que no formo parte porque se encargaron de que todo terminara de la manera más sucia y rastrera que encontraron.

Éramos unos críos cuando empezamos, vale, pero Laura pisoteó mis sentimientos, y me mintió durante años cuando ya sabíamos perfectamente a qué estábamos jugando. Nunca me quiso, por mucho que ella jurara que sí. Y dolió. Joder si lo hizo. Era el amor de mi vida, ¿comprendes? Desde que era un puto crío estuve enamorado de ella y, aún sin saber qué significaba esa palabra, yo sabía que Laura no era una niña más para mí.

Por su parte, Raúl era mi mejor amigo, el hermano que nunca tuve (Isla, me refiero a hermano varón, sabes que tú eres la niña de mis ojos, no te pongas celosa). Lo hacíamos todo juntos. Aprendimos a montar en bici sin ruedines a la vez. Nuestra excursión al río todos los años era sagrada. Le arranqué su primer diente atando un hilo a la rueda de mi bici. Su madre me curó las rodillas raspadas más veces de las que puedo recordar. Nos pasábamos tardes enteras jugando a la Play 2 en su casa. Fui el primero en besar a una chica a los trece y le conté detalle a detalle cómo era meter la lengua en la boca de otra persona mientras él parecía que tomaba notas mentales para seguir mis mismos pasos. Nos emborrachamos por primera vez a los quince en las fiestas del pueblo con cerveza. Fuimos patéticos, sí, pero adorábamos esa anécdota; nos creíamos la hostia de mayores. Éramos uña y carne. Crecimos juntos, lo aprendimos casi todo a la vez. Pero Laura también lo hizo con nosotros. Fuimos inseparables. Los tres mosqueteros del pueblo, como le gustaba llamarnos a mi madre, que adoraba a mis amigos como si fueran de su propia familia, a pesar de lo ausente que estuvo aquellos años. A pesar de eso, fue la primera en darse cuenta de lo importante que era Laura para mí, incluso sin que yo supiera ponerle un nombre porque era demasiado joven.

Me encantaba. Me volvía loco. Era (es, sigue siendo) guapísima, lista, despierta, de lengua rápida y viperina. Nos daba dos vueltas completas a los dos. Nos retaba. Nos demostraba cada día que ser una niña no significaba que fuera menos que nosotros. Y lo consiguió. Nunca la tratamos con más delicadeza ni de forma diferente a como nos tratábamos Raúl y yo.

Mi amigo nunca dio muestras de gustarle más allá de una amistad. Nunca me dijo nada,

nunca noté nada, nunca los pillé mirándose de una forma diferente. Joder, cómo me engañaron, la hostia. Está claro que me perdí bastantes miradas entre ellos, ¿no? Bueno, hasta la mirada que me abrió a mí los ojos.

Solíamos salir cada noche a dar una vuelta por el pueblo, a contemplar las estrellas o, simplemente, nos quedábamos en la plaza charlando y bebiendo refrescos (éramos menores y Paqui nos habría cortado las manos si nos hubiera pillado con alcohol aunque rozáramos la mayoría de edad). Una noche en la que Laura no salió porque dijo que no se encontraba bien por la regla, le confesé a mi mejor amigo todo lo que sentía por ella. Todo. Necesitaba hablarlo con alguien que no fuera mi hermana. Necesitaba que mi mejor amigo me diera su opinión.

—A por ella, hermano. A muerte. Creo que a Laurita también le molas. Y si algún día tenéis un hijo, llamadlo Raúl en honor a su padrino.

Eso fue lo que me dijo. Me animó a intentarlo. Qué cabrón.

Y así lo hice. Unos días después, quedé con ella a solas con la excusa de que Raúl tenía movidas que hacer con su familia. Ella no sospechó nada, claro, llevábamos toda la vida juntos y no era la primera vez que estábamos solos. La llevé a mi sitio preferido, la peña, y ahí me declaré. Fue una declaración bastante torpe, llena de miedos, dudas, nervios e incertidumbre. Juro que en mi vida había estado tan nervioso como en aquel momento. Me lo jugaba todo. Era consciente de que mi mundo y nuestra amistad se podía ir a la mierda si ella no sentía lo mismo. Pero me la sudó.

Y ella me besó. Se abalanzó sobre mi boca y sentí que el pecho me explotaba de felicidad. Nunca antes me había sentido así. Después, sin apenas hablar, fuimos a su casa, ya que sus padres estaban de paseo y no había nadie, e hicimos el amor por primera vez. Así, a las bravas. Nos conocíamos desde siempre, no existía el pudor entre nosotros y sí mucha confianza, cariño y respeto. Teníamos diecisiete años, las hormonas cerca de la capa de ozono y muchas ganas de perder la virginidad, eso que considerábamos que era una losa a cierta edad. Qué gilipollez.

Y estuvimos juntos seis maravillosos años. A pesar de que llevamos una relación un poco a distancia, pasaba aquí casi todos los fines de semana y en alguna ocasión, fue ella la que iba a Madrid cuando me era imposible desplazarme. La sentí como la mejor época de mi vida. Parecía amarme con la misma intensidad con la que yo la amaba, a pesar de mis manías raras y de mi hermetismo algunas veces. No he vuelto a querer de esa manera, como se quiere al primer amor.

Y me jode. Me jode que me hiciera tanto daño.

En los últimos tres meses de nuestra relación, Laura dejó de fingir. Tanto ella como Raúl empezaron a apartarme de los planes poniéndome excusas de mierda. Hacían cosas juntos a escondidas. Raúl dejó de contarme sus escarceos con diversas chicas de la universidad como hacía con asiduidad y comenzó a rehuirme. Y una de las pocas veces que estábamos los tres juntos, vi LA MIRADA. Blanco y en botella. No había que ser gilipollas, aunque supongo que ellos sí lo pensaron.

Un día, hasta las pelotas de callarme, estallé. Laura empezó a llorar en cuanto supo que la había descubierto, pero no me lo desmintió.

—Lo siento mucho, Ulises… No quería que te enteraras así. Todo se complicó. Raúl nunca se fijó en mí y pensé que dándole un poco de celos… Luego me enamoré de ti, te lo juro, pero Raúl siempre fue mi debilidad. De verdad que lo siento.

Empecé a verlo todo negro. La vista se me nubló y un dolor insoportable en el pecho me impedía respirar. Las lágrimas hicieron acto de presencia, pero las aguanté hasta que hice aquellas dos últimas preguntas.

—¿Lo quieres? ¿Estáis juntos?

—Sí —respondió ella sin dudar y sin mirarme a la cara.

En ese momento, volví sobre mis pasos, me di la vuelta y nunca más en estos años hemos cruzado una palabra. Raúl ni se dignó a intentar explicarse. Desapareció. Del todo. Fue un puto cobarde que no dio la cara. Siempre me ha quedado la duda de en qué momento todo cambió respecto a ellos. Yo no me di cuenta. ¿En qué momento mi hermano decidió apuñalarme por la espalda sin ni siquiera hablar conmigo? Estaba claro que no me quería una mierda. ¿En qué momento Laura decidió romperme el corazón dejando trozos desperdigados por la arena del prado donde terminamos con nuestra relación?

Me dejó el corazón insalvable, o eso pensaba yo.

Aun así, me tenían todos los años en el pueblo para recordarles que eran unos hijos de puta y que, aunque las circunstancias fueran una mierda, no iban a echarme de la tierra que me había visto crecer. Eso no lo iba a permitir.

Voy por mi cuarto botellín cuando aparecen. Raúl abre la cortina de macarrones para que Laura acceda con un carrito donde está su hijo. Nunca me había fijado en él y puedo apreciar que es igual que Raúl cuando era pequeño. Me quedo observando la estampa descaradamente, sin poder pestañear. Su estampa. A Laura ya se le nota su segundo embarazo. Felipe, un parroquiano y vecino del pueblo desde antes de que yo naciera, se acerca a ellos para felicitarlos y pasa su mano por la barriga de Laura. Raúl sonríe avergonzado cuando Felipe hace un chiste sobre su increíble puntería. Qué asco. Hacen una pareja preciosa, por mucho que me joda. Son una maldita familia.

Me distrae del nudo de mis pensamientos que Laura se percata de mi presencia. Nos mantenemos la mirada. He atisbado claramente su intención de acercase, pero he negado sutilmente con la cabeza. No estoy preparado, yo solo he venido a observar, no a hablar. Laura le aprieta suavemente el brazo a Raúl para que sepa que estoy aquí y se vuelve para mirarme. Sus ojos me desconciertan. Veo una pena terrible en ellos, pero también una súplica: no interfieras en mi familia. Como si no me conociera. Nunca haría eso, por muy dolido que haya estado.

Intento concentrarme en lo que he venido a hacer aquí. En averiguar si, como dijo mi hermana, mi corazón no late desbocado cuando se trata de ellos. Cierro los ojos y agacho la cabeza hacia mi botellín, más que nada, por disimular. No quiero que piensen que se me ha ido la puta cabeza. No tardo mucho en volver a levantarla. Se han sentado en una de las mesas, una alejada de mí, y Laura acuna el carrito para que su hijo deje de hacer pucheros. Raúl le lleva una bebida y se sienta junto a ella, mirándome de reojo de vez en cuando. Y lo que siento es pena. Una pena que me desconcierta, porque no es rabia, no es dolor, no es amargura. Es pena por no poder compartir con ellos los momentos más importantes de sus vidas. Es pena porque crecimos juntos y nuestra relación saltó por los aires. No se pudo reconstruir nada. Y supongo que está bien. A veces, la vida es así. Pierdes personas por el camino y no es posible tener una conversación final.

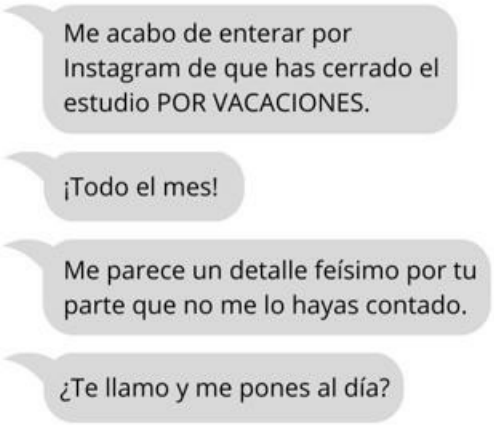
Sin embargo, el corazón no me palpita desbocado. Me llevo la mano al pecho para cerciorarme. No, no late desbocado. No puedo afirmar que esto no me afecte en absoluto, pero creo que he sacado algo en claro: ya no quiero a Laura, ni tampoco a Raúl. Eso se acabó. Me he escudado en el rencor, en el dolor, en la traición y eso ha sido lo único que no me ha dejado avanzar. Ahora me doy cuenta de que ya no son importantes para mí, que no los quiero, que son personas que ya no conozco. A pesar de que todo esto me da mucha pena, siento que me he quitado una mochila muy pesada de los hombros.

El pitido de notificación de mi móvil me distrae de mi reflexión. Lo saco del bolsillo del

pantalón y echo una mirada breve. Si no es nada urgente, voy a pasar. Estoy intentando desconectar de todo. O casi todo…



Vuelco en el estómago.



Mi corazón empieza a bombear con fuerza. Me pongo nervioso y estoy deseando salir de este puto bar y buscar un lugar apartado para hablar con ella. Joder. Acabo de demostrar con creces la maldita teoría de Isla.

Y me cago en todo.

35

Vivir por y para las cosquillas

Inés

Septiembre
Madrid

Me estoy volviendo un día antes de lo previsto. ¿Por qué? Es una pregunta cojonuda, la verdad. Cuando me vi delante del ordenador comprando el billete de vuelta a Madrid (con ayuda de Miguel, claro), me dio un arrebato y compré un billete para el viernes y no para el sábado, como estaba planeado. Se nota que lo mío y los planes no es una relación muy estable. Todos mis amigos, incluso mi familia, insistieron en que me quedara ese día más, que luego se iban a pasar muchos meses sin verme, pero no reculé. Recular tampoco es algo que se me dé bien si tomo una decisión. La única que no lo intentó fue Blanca y creo que ella sabe perfectamente el motivo de querer volver un día antes: Ulises.

El hombre que está acabando con mi estabilidad emocional, como si una bola de demolición me rozara, amenazando con destruirme cada vez que sus ojos verdes invaden mis pensamientos. Y me juro y prometo todos los días controlarlo, seguir trabajando en joderlo todo a base de confianza asquerosa, en mantenerme al margen porque este tipo de complicación no me conviene en absoluto. Vengo decidida a ello, me he estado mentalizando todo el viaje.

Sin embargo, según entro en *Odisea Ink* y lo veo de pie frente al mostrador, concentrado en alguna tarea y condenadamente guapo, se me olvida todo. Tarda solo unos segundos, que seguro que él habría calculado con precisión, en percatarse de mi presencia y yo aprovecho para echarle un repaso rápido: pelo más corto, barba un poco más larga que de costumbre pero arreglada, camiseta beige ancha con un roto en el hombro y vaqueros negros.

Tengo que aguantar la respiración para que no note lo nerviosa que acaba de ponerme. Nerviosa. A mí. ¿Pero qué clase de brujería usa este chico conmigo? Es que en mi *jodía* vida me había pasado algo similar. Ni siquiera cuando descubrí que podía enamorarme de chicas. Eso era confusión, no nervios. Pero cuando lo tengo delante, siento una jauría de ratones corriendo por todo mi cuerpo. Arriba, abajo, a los lados, en diagonal, dando vueltas alrededor de mi corazón…

—¡Pero, bueno, torbellino! ¿Qué haces aquí? Te esperaba mañana —dice con entusiasmo y una preciosa sonrisa, como si se alegrara mucho de verme. Y no solo eso, sino que se acerca a mí y me da un abrazo.

«Pufff.
No puedo.
No lo voy a hacer.
No lo voy a hacer.
No lo voy a hacer».

Inspiro profundo casi en contra de mi voluntad y me invade el olor de su perfume mezclado con nuestro suavizante para la ropa, ese que yo no escogí, pero que no cambiaría por nada del mundo porque huele a él, a nosotros.

«Mierda.
Me muero».

Me deshago del abrazo intentando aparentar una serenidad que no tengo.

—Pues ya ves, me han echado de mi casa. ¿Te lo puedes creer? Siento haberte roto cualquier planificación que tuvieras con mi vuelta anticipada —digo para distender el ambiente.

—Empiezo a acostumbrarme. —Me guiña un ojo—. Me alegra que hayas vuelto.

Sus ojos verdes me atraviesan. Me inspeccionan con curiosidad, como si buscaran algo en mí. La sonrisa de Ulises se va desvaneciendo hasta quedarse serio por completo, como si algo le perturbara en lo que ve de mí. Sacudo los rizos para romper el contacto visual y disimulo haciendo que inspecciono el local, como si no me lo conociera ya de memoria con la de veces que he venido a molestar.

—¿Y Sara? —pregunto. Me extraña no verla detrás del mostrador.

—De baja —me responde.

—¿Ya? ¿No es todavía demasiado pronto? ¿De cuánto está?

—De veintinueve semanas. Tiene ya una barriguita adorable. —Lo dice con una ternura que hace que me muera un poco más—. Lo que pasa es que no lo estaba llevando bien. Estaba agotada y se encontraba mal casi todos los días. Así que casi la he obligado a cogerse la baja.

—Pobre. Blanca también pasó un embarazo malo, aunque supongo que no tanto cuando estuvo trabajando hasta la semana 37.

—El caso, es que no sabes lo de puta madre que me viene que te hayas pasado por aquí, porque así podemos hablar de lo que tengo que proponerte.

Mentiría si dijera que no he pensado cada día en ello. Me moría de curiosidad e intenté sonsacárselo aquella única tarde que hablamos por teléfono para ponernos un poco al día. Y la verdad escondida detrás de esa excusa de mierda es que echaba de menos su voz. Creo que te vas a haciendo una idea de cómo de jodida estoy, ¿verdad? No quiero hablar de ello todavía, así que prosigamos.

—Desembucha, pocholito, llevo sin dormir desde aquel día —exagero.

Ulises no replica el mote. Qué milagro. Aunque dudo que lo haya echado de menos.

—Venga, ahí va: Inés, me gustaría que fueras tú la que sustituya a Sara.

Me quedo en silencio, con los ojos muy abiertos, procesando la propuesta. Ninguno retira la mirada del otro en unos segundos eternos y puedo apreciar como Ulises está estudiando mi rostro, calibrándome, como siempre hace. Como siempre hacemos el uno con el otro.

—¿Me estás ofreciendo trabajo? —Me llego a plantear si solo lo he escuchado en mi cabeza. Quizá me haya pillado un pelín desprevenida.

—Correcto. A no ser que lo hayas encontrado ya. Pero puedo mejorar la oferta. Podemos adaptar los turnos a tus clases, por lo que sí te pediría que, cuando tengas disponible tu horario, lo veamos juntos para hacer un *planning* y organizarnos. —Hago el intento de abrir la boca para decir algo, pero Ulises me interrumpe. Cuando se pone así de intenso para convencerte de algo, mejor no replicar hasta que acabe—. Ya sé que solo buscas un trabajo a media jornada, lo tengo cubierto, ¿vale? Ya he pensado en ello. Como te he dicho, puedo adaptar los turnos a tus horarios y Sara me ha convencido de coger a alguien que me eche una mano tatuando, pocas horas, solo para que me deje algo más de tiempo a mí para llegar a lo que tú no llegues. Ya he estado en

busca de esa persona y tengo un candidato. Solo me queda que tú me digas que sí para llamarlo.

Estoy…

Estoy…

Diosa.

Estoy ilusionada.

Una ancha sonrisa se extiende por toda mi cara, pero debo mantener la cordura intacta un poco más antes de aventurarme.

—¿Y si te digo que no?

Una sombra de desilusión cruza su precioso iris verde.

—Pues volveré al plan inicial, contrataré a una persona por las mismas horas que estaba Sara y prescindiré del tatuador.

—¿Y no te saldría mejor esa opción? ¿Por qué quieres armar todo el lío que vas a armar para contratarme a mí?

«Di que porque me quieres cerca.
Di que porque no te basta con vernos solo en casa.
Di que te meterías en todos los líos por mí».

«Inés, baja de la nube. Él nunca va a decir algo así».

—Te desenvolviste muy bien aquel día que estuviste unas horas haciendo las funciones de Sara. Más que bien, diría yo. Me gustaría contar con una persona de confianza, Inés. Además, la idea fue de Sara y creo que tiene razón y que eres la candidata perfecta.

Una pizca de decepción me pellizca la boca del estómago. Pensaba que la idea había salido de él y resulta que no. No pensó en mí en primer lugar, sino Sara, y eso pica. Mierda, no quiero que me pique.

—Podemos hablar de los términos más tranquilamente en casa —prosigue al ver que no he abierto la boca—, ¿te parece? Y no hace falta que contestes ahora. Piénsatelo una vez hablemos de todo y…

—No tengo nada que pensar. ¿Cuándo empiezo?

Los ojos y la sonrisa de Ulises podrían iluminar el lado del planeta que ahora mismo está sumido en la oscuridad. Diosa, ¿los ratones han utilizado mi corazón como rueda giratoria o qué? Porque juro que me da vueltas dentro del pecho.

—¿Segura? Ni siquiera te he comentado bien las condiciones —quiere cerciorarse mi nuevo jefe.

—¿Perdona? Me estás poniendo las facilidades que nunca nadie me daría y menos estudiando. Me dan igual el resto de condiciones. Confío en ti. Primero me das casa y ahora trabajo, ¿eres mi ángel de la guarda?

—De momento, solo soy tu compañero de piso y, ahora, jefe —dice mientras intenta morderse la sonrisa.

—Mmmm, ¿te van esos jueguecitos de jefe-subordinada? Interesante.

Su carcajada resuena por todo el local y creo que me encantaría escucharla en bucle. Una y otra y otra vez.

—No me líes. Anda, vámonos, me has pillado aquí de milagro. No abro hasta el lunes. Solo he venido a dejar alguna cosilla organizada.

Es verdad, ya decía yo que estaba todo muy silencioso y era raro que no hubiera algún cliente merodeando.

—Vaya, veo que tengo que seguir con el trabajo que dejé a medias. Tú no sabes lo que has hecho pidiéndome que trabaje aquí.

—Créeme, Inés, sé bien lo que he hecho. Y decido correr el riego.

Diosa. ¿Es tentador o no es tentador?

Aunque la pregunta correcta debería ser: Inés, ¿estás tú segura de lo que has hecho aceptando?

Ulises

Confío en ti.

Tres palabras. Tres latidos del corazón que retumban más de lo saludable. Tres putos sentimientos que arrasan mi cuerpo: confusión, anhelo y éxtasis. Inés confía a ciegas, sin dudar, mirándome a los ojos. Lo dice con aplomo, con gallardía, como si fuera natural. Me pregunto por qué entre nosotros es todo así, por qué no me cuesta nada cuando se trata de ella. Pero, de tanto darle vueltas, estoy a punto de llegar a una conclusión que no me gusta. Y no me conviene. Y me hace plantearme muchas cuestiones que no me apetecen una mierda. No quiero que nada cambie, no quiero que nada se complique. No quiero obligarme a alejar a Inés de mi vida. Así que estoy dando unos cuantos rodeos, con curvas sinuosas y obstáculos en el camino, para no acabar en la meta. Una meta que no va a ser nada satisfactoria. Una meta que puede acabar con todo.

De nuevo, me recuerdo que tengo que controlarlo. Que tengo que volver al plan inicial. Tengo que vestirme con la coraza de la indiferencia. Solo es mi compañera de piso, solo eso. Ambos teníamos un plan desde el principio. Ella, tener un sitio en el que vivir y demostrarse que puede compartir espacio vital sin morir en el intento. Yo, sentirme menos solo. Sin embargo, no solo no esperaba derribar ese sentimiento en tiempo récord, sino que tampoco esperaba cogerle tal gusto a compartir así mi espacio que ya no sabría vivir de otra manera. O a lo mejor es que esto solo me pasa con ella. Yo qué sé, es otra conclusión a la que no quiero llegar.

Cuando la he visto ahí, plantada frente a mí, como si fuera una aparición divina con sus rizos algo despeinados y ese mono tan corto de color azul que llevaba, he colapsado. Me he alegrado tanto verla, que no he podido contenerme. La he abrazado. Y he inspirado el perfume de su pelo. Y me he quedado tonto.

Después me ha llamado *pocholito* y algo cálido se me ha asentado en el pecho; algo me ha hecho sentir en casa, como si ahora ya todo estuviera en el lugar que le corresponde. Me da vergüenza reconocer lo mucho que he echado de menos que me llamara así a la cara. Me cago en la leche puta. ¿Has oído? Lo. He. Echado. De. Menos. De puto locos.

Y, por último, ha aceptado el puto trabajo. Con una sonrisa en los labios y en la mirada. Con lo que me ha parecido que era ilusión contenida. Sin dudar, apenas. De cabeza contra el muro. Como es ella. A diferencia de lo que le he respondido, no tengo ni puta idea de lo que acabo de hacer. Solo sé que ella es perfecta para el puesto.

Lo que no le he dicho es que también es la candidata perfecta para complicarme la vida. Y que, por algún gen masoquista que debí de heredar de algún bisabuelo tarado, me la suda.

Inés

Ulises y yo nos hemos puesto al día muy rápido. Hemos ido caminando hasta casa, aprovechando las tardes más frescas que ya se empiezan a notar en Madrid (y que se agradecen porque vaya veranito más insufrible), hablando sin parar. Bueno, yo hablaba y él me replicaba para picarme. Como siempre. Y me desconcierta demasiado la familiaridad y la naturalidad con la que hacemos esto. No cuesta. Nada con Ulises cuesta, excepto entender alguno de sus movimientos. Como el beso, ese que, por mucho que he querido sacar de mi cabeza una y otra vez, no lo he hecho. Ni lo voy a hacer. Fue un gran beso que no quiero olvidar, aunque me provoque una sensación incómoda en el pecho. No me deshago del recuerdo ni de coña.

Joder, ya me he desviado del tema otra vez.

El caso es que hemos tardado en llegar a casa más de lo normal. Hemos ido premeditadamente despacio, como si, al llegar, la atmósfera se fuera a romper, lo cual es una gilipollez porque seguimos viviendo juntos. Esta es la segunda vez que entro con una maleta a cuestas y me temo que no será la última, aunque desconsuele un poco. Quizá resulte extraño esto que voy a decir, pero he echado de menos esta casa como no he echado de menos en la que viví desde que me independicé. Es raro. Y no sé si quiero plantearme algo tan serio como que todo es gracias a (o por culpa de) Ulises. Me desconsuela sentir que tengo un pie dentro y otro fuera cuando lo siento mi hogar. Joder, sí que suena serio.

Me dirijo a mi habitación para dejar todo el equipaje y deshacerlo, porque si lo dejo para «luego» me va a dar más pereza. Ulises me da mi espacio. Eso es algo a lo que se ha adaptado genial. No me presiona. Me deja a mi aire dentro de que compartimos un montón de cosas. Encajamos. Mucho. Bueno, sin contar nuestras discusiones del día a día por sus manías y las mías. Rocecillos de la convivencia. Yo, a veces, le quiero dar con una sartén en la cabeza y él, estoy segura, cortarme los pies cada vez que los apoyo en la mesita baja del salón. Nada grave.

Una vez lo tengo todo ordenado, voy al baño a darme una ducha. Ha sido una puta fantasía lo que he sudado porque se había estropeado el aire acondicionado del tren. Pero resulta que, cuando instintivamente voy a coger el pomo de la puerta del baño para abrirla, me quedo con la mano en el aire. Miro hacia abajo. No hay pomo. No. Hay. Pomo. Echo un paso hacia atrás para observar la puerta de arriba abajo y ver qué leches ha pasado. ¿Se ha roto? Pues no. No es eso.

—¡Ulises! ¡¿Has puesto puerta corredera en el baño?! —grito con sorpresa y algo incrédula desde mi posición.

Ulises sale de su habitación, ocultando una pequeña sonrisa. Esa barba que se ha dejado no logra esconderla, a pesar de todo. Esa barba debería estar prohibida en su persona. De verdad, me agota la fuerza de voluntad. Mucho.

—No estoy sordo, ¿sabes? Y no vivimos en un palacio. Puedes hablar normal.

Qué gilipollas es. Pero, es verdad, pensaba que estaba en el salón, no que lo tenía a escasos dos metros de mí. No voy a pedir perdón, por si te lo preguntabas.

—¿Has cambiado la puerta? —ignoro su anterior comentario y reitero la pregunta que realmente me importa.

—Sí —contesta, sin dar ninguna explicación más.

Lástima, pocholito, yo quiero todas las respuestas.

—¿Por qué?

—Porque la otra era un coñazo.

—¿Por qué?

Ulises rueda los ojos con exasperación y niega con la cabeza. No suelo ser tan insistente cuando alguien no quiere dar respuestas a ciertas preguntas. Siempre he considerado que cada uno tenemos nuestros tiempos y que debemos estar preparados a nuestro ritmo. Supongo que mis tiempos también los está alterando Ulises y me hacen ser más impaciente, menos cauta, más entrometida. Porque quiero saberlo todo de él y, a veces, me cuesta darle espacio. Me puede mi propia ansia y eso no me había pasado jamás.

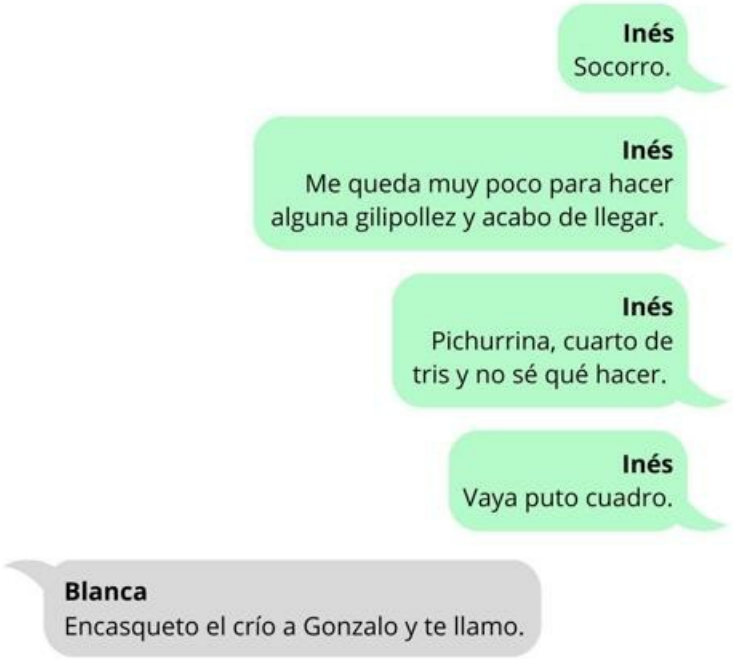
Vuelve a fijar sus ojos verdes en mí y tengo que contener la respiración para encajar sus siguientes palabras.

—Porque no parabas de llevarte el pomo con los codos. Se trata de que estés a gusto aquí y no peleándote con las puertas. Siempre amenazas con arrancarlo. Ya lo he hecho yo por ti.

Lo ha hecho por mí. Ha cambiado una maldita puerta de su casa, entera, por mí. Para que yo no me haga daño. Un sentimiento incontrolable trepa por todo mi cuerpo. Bueno, es controlable porque hago un esfuerzo titánico para controlarlo, pero lo que el cuerpo me pide es comérmelo. Agarrarlo por la nuca y devorarle la boca hasta dejarlo seco. Empujarlo contra la pared y restregarme contra él como fantaseo cada vez que recuerdo nuestro beso. Oírlo gemir en mi oído o en mi boca. Saber cómo gime, para empezar. Tenerlo entero para mí. Mierda, y yo venía mentalizada para enterrar todo eso y comportarme como una amiga/compañera de piso más. Qué ilusa, Inesita…

Susurro un simple «gracias» con un conato de sonrisa. Estoy demasiado afectada como para algo más. Recuerda que mi cerebro está luchando contra el resto de mi cuerpo para no hacer una gilipollez. Eso es mucha energía. Y el cerebro tiene unos límites. No quiero reventarlo antes de tiempo, que me queda mucha vida por vivir.

Ulises asiente con la cabeza, aceptando mi agradecimiento, y vuelve a su habitación. Yo, inmediatamente, saco el móvil del bolsillo de mi mono azul para abrir un chat y enviar un mensaje urgente.



Siento que respiro un poco mejor, pero no puedo tener esta conversación en casa, así que cojo las llaves del mueble de la entrada y salgo sin avisar a Ulises. Al menos, eso lo seguimos respetando. No dar explicaciones. Límites. Eso, límites. Voy a tener que ser más concienzuda al marcarlos. Y lo que más me jode de todo esto es que yo no soy así. No me suelo marcar límites. Voy de cabeza con todo. Y con él no puedo. Siento que tengo que ir con tiento. Ya me rechazó una vez y si me lanzara yo, quizá me heriría de muerte en mi dignidad y orgullo. Y todo sería más incómodo. Me mato.

Me cago en Ulises. Tiene demasiados detalles conmigo que no me son indiferentes. Me confunde. O quizá me esté montando yo una película de puta madre en mi cabeza y solo esté siendo amable porque es mi casero/compañero de piso.

¿Sabes cuál es el auténtico problema? Que Ulises es un reto tan grande que me resulta adictivo. Como una droga. Y siento que tengo un síndrome de abstinencia constante. No para. No disminuye, sino que crece cada día. ¿Por qué nos atraerá tanto lo prohibido, lo inaccesible? Quizá seamos la especie más tonta del planeta y nosotros aquí sintiéndonos los reyes de mambo, ¿no? En mi caso, creo que es porque vivo por y para las cosquillas. Me explico: las que sientes en la tripa cuando algo te emociona, te gusta, te desestabiliza y te pone la vida del revés. Esas cosquillas son adictivas y, por ende, la persona que te las provoca también. Y Ulises me hace tantas cosquillas que me tiene doblada y pataleando para librarme, pero no me suelta. Y no parece que me quiera soltar.

36

Echo de menos...

Ulises

Octubre

—Inés, ¿no ha llegado todavía el cliente de las doce? —pregunto mirando la hora en el móvil y me acerco a la recepción.

—No —contesta ella sin despegar la vista de la pantalla del ordenador, en el cual puedo ver nuestro Excel de cuentas abierto.

—¿Ha llamado para avisar?

—No —vuelve a responder escueta.

—De puta madre, lleva catorce minutos de retraso.

—No sé qué quieres que haga yo.

Frunzo el ceño. Inés está más rara de lo normal. Borde, diría yo. Parece enfadada con el mundo desde que se ha levantado, pero pensé que se le pasaría a lo largo del día. Veo que no. Justo cuando estoy a punto de replicar, Carlos, el cliente que tenía que haber llegado hace dieciséis minutos, aparece con cara de apuro y pide mil disculpas. Un lío en el trabajo, ha dicho. Bueno, le puede pasar a cualquiera, por mucho que me joda la impuntualidad y me descoordine el resto de citas. Me dispongo a decirle que no se preocupe cuando Inés se me adelanta.

—Por favor, sería un detalle que la próxima vez avise, por no hacernos perder el tiempo.

Me quedo helado ante su comentario. Ha empezado siendo educada, hasta que ha llegado al final de la frase. La atravieso con los ojos, intentando preguntarle qué cojones le pasa, pero no levanta ni un solo segundo la cabeza hacia mí.

—Perdona, Carlos, no te preocupes. Si no te importa, pasa a la sala. Enseguida estoy contigo.

Él asiente y me dedica una ligera sonrisa en la que puedo leer que no me preocupe. Creo que ha podido ver la disculpa en mi mirada. Es que hay que joderse.

—Inés, ¿se puede saber qué coño te pasa? —susurro en un intento de contener la mala leche que me empieza a fluir por el cuerpo y para que no me oiga la pareja que ha entrado a echar un vistazo a los diseños que tengo a disposición de los clientes.

Ahora es cuando me mira y me corta la respiración. Sus ojos rozan la tristeza y el enfado. Quizá también denotan algo de impotencia. Me desconcierta. En todos los meses que llevamos viviendo juntos, hemos discutido, nos hemos enfadado, incluso hemos estado tristes; ella porque echa de menos a su familia y amigos y yo, en el aniversario de la muerte de mi padre. Pero nunca la había visto como hoy.

—Nada —termina por responder.

Inés no es derrotista y en el tono de su voz hay derrota. No puedo evitar que me rompa un poco el corazón verla así. Pero estamos en el trabajo y su actitud no puedo permitirla.

—Ya sabes que no puedes hablar así a los clientes, Inés. Además, tú no eres así. Nunca te comportas así. Lo has hecho genial hasta ahora, ¿qué te pasa hoy? De verdad, estoy preocupado. —Esto último lo digo en un tono más bajo, como si así creara una atmósfera de confianza entre ella y yo. Necesito que me lo cuente. Y esto ya no es por trabajo.

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿sabes? No se puede estar en todo lo alto de continuo. A veces, simplemente, todo es una mierda y no quieres echarle purpurina para que los demás estén contentos.

Me tenso de inmediato y mi ceño se pronuncia más debido a la preocupación. Me siento fuera de lugar ahora mismo, como si no reconociera a la persona que tengo delante. Pero no cejo en mi empeño por saber.

—¿Quieres contármelo? Podemos hablar de ello y…

—Ulises, no me apetece una mierda hablar nada, ¿vale? Vete con el cliente, ya vas con veinte minutos de retraso.

Veintiuno, para ser exactos, pero ahora mismo, me da puto igual. Me preocupa ella, joder. Y también me preocupa que no me preocupe el tiempo que no le estoy dedicando a Carlos. Igualmente, no voy a insistir más.

—Cuando vuelvas a ser la Inés que conozco, avísame. La que tengo delante me cae de puta pena. Ya hablaremos.

Me doy la vuelta y voy a la sala donde me espera Carlos. No sé qué mosca le ha picado, pero sí sé con toda seguridad que no me la voy a poder sacar de la cabeza en todo el día. Y que necesito que lo aclaremos. Desde que volvimos de vacaciones y empezó a trabajar aquí, hemos mantenido un poco más las distancias, como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito de no… no sé cómo llamarlo, ¿profundizar? No sé, la cosa es que todo sigue igual, solo que hemos dejado de contarnos algunas cosas personales. Ya no hablamos de la familia, excepto algún comentario sobre sus amigos o mi hermana, supongo que por el tiempo que hemos pasado juntos. Hemos aparcado ver *Embrujadas* por las noches. Nos quedamos en la quinta temporada y no hemos retomado; cosa rara en ella, que estaba emocionadísima porque estábamos a punto de ver el nacimiento de un nuevo miembro de la familia de las Halliwell y a mí no me apetece verla sin ella. Es algo que compartíamos y sentiría que la traiciono. Al fin y al cabo, es su serie. Tampoco hablamos de lo que hacemos cada día. Apenas me ha contado nada de sus clases en la universidad, ni de cómo le va, ni de si le gusta. Nada. El primer día estaba ilusionada, como una niña pequeña que estrena sus *rotus* nuevos en el cole, pero se ha ido desinflando con el paso de las semanas. Y llámame perspicaz, pero creo que su mal humor se debe a eso. Intenté que hablara conmigo. Sin embargo, desde entonces, se ha cerrado en banda. Y quiero volver a abrirla. No debo, pero quiero que vuelva a contarme todo. Quiero que vuelva a decir que confía en mí a ciegas. Aun así, a pesar de su mutismo, nunca ha estado tan apagada como hoy. Ni tan malhumorada. Ha sido la Inés de siempre, solo que más reservada. Y hoy me ha roto todos los esquemas.

Inés

Las expectativas son unas cacho de hijas de puta. Y el problema de una persona como yo es que

no sé controlarlas. No pensaba que la universidad iba a ser un camino de rosas, de verdad que no. Lo que no imaginaba es que iba acabar llorando al mes de empezar.

Me considero una mujer abierta, se me da bien socializar y no tengo problemas para adaptarme a nuevas situaciones; al revés, me mimetizo con facilidad, no me cuesta. Tampoco tengo vergüenza, como se empeña en recordarme Ulises. Sabía que la gran mayoría de mis compañeros serían chavales a los que les saco más de diez años y que esa diferencia de edad sería complicada de gestionar. Para ellos, no para mí. A mí me da igual la edad que tengan siempre que no sean unos gilipollas. Y conocer gente no ha sido un problema. He hecho unos pocos amigos, entre ellos: Lidia, Alex, Martín, Neus y Celia. Nos conocimos el primer día de clase. Empezamos con una profesora un poco chiflada que nos puso en grupos para hacer un ejercicio absurdo. Hablamos mucho ese día y encajamos fenomenal. Aunque también hay otra parte de la clase (los niñatos y niñatas) que me miran por encima del hombro, juzgándome por la edad que tengo. Tienen una arrogancia que no pueden con ella para lo jóvenes que son. Pobres, se van a dar muchas hostias en la vida con esa mierda de actitud.

Sin embargo, nada de lo anterior me hace llorar, solo estaba situándote. El problema es que me siento fuera de lugar. Que no estoy acostumbrada a pasar seis horas de mi vida viendo hablar a personas sobre algo de lo que controlan mucho, pero que no saben transmitir. Me cuesta mantener la concentración. Ahora ya no se toman apuntes como antes, sino que suben al Aula Virtual unas diapositivas con el temario, te recomiendan un manual y ahí te las apañes. No hay pasión en lo que hacen. Sueltan datos y datos y más datos sin darle un enfoque útil y práctico. Sé que solo llevo un mes de clase y que cada profesor es un color con matices, pero me siento desmotivada. Siento que no estoy aprendiendo nada. Me estoy dando cuenta demasiado pronto (o demasiado tarde) de que puede que me sienta así la mayoría de las veces en los próximos cinco años. Y no tengo edad para perder el tiempo y no tomarme las cosas en serio.

Para más inri, ayer tuve un encontronazo con la profesora que imparte la asignatura de Deontología, Medicina Legal y Legislación. Me tocó corregir uno de sus ejercicios, que intenté resolver de manera práctica a pesar de que empiezo a coger tirria a la asignatura.

—Eso no es lo que he pedido —me cortó mientras leía mi respuesta.

—Pretendía encontrar una utilidad práctica al ejercicio según las conclusiones que yo he extraído de la ley.

—Repito: eso no es lo que se pedía en el ejercicio. Chicos —dijo dirigiéndose al resto de mis compañeros—, tenéis que leer bien las preguntas y aprender a ceñiros a lo que se os pregunta. Contestar otra cosa os podrá hacer suspender el examen.

No me dejó continuar. Me senté en mi sitio con toda la dignidad de la que disponía y con la decepción y la rabia fluyendo por todo mi cuerpo.

—Lo has hecho bien, Inés. No te martirices, esta profe es un hueso y bastante mala. Casi nadie aprueba a la primera —me susurró Martín. Está terminando el grado y esta asignatura es de las pocas que le quedan. Es la tercera vez que la cursa y no hay manera de aprobar con dicha profesora, lo cual también me ha quitado algo de esperanza.

Por eso estaba de tan mal humor esta mañana. Hoy vuelvo a tener clase con ella y ya me advirtió que yo corregiría el ejercicio. La excusa era darme una segunda oportunidad, pero la realidad es que quiere echarme un pulsito y que pase por el aro.

No me equivocaba. Hoy he aprendido que discutir con un profesor que no está dispuesto a escucharte es una batalla perdida de antemano. Que, a veces, tienes que pasar por el aro para poder aprobar una maldita asignatura. Y a mí pasar por el aro cuando sé que puedo aportar mucho más no se me da nada bien. Yo estoy aquí para aprender, no para engordar el ego de

ningún profesor.

Y estoy cabreadísima con el sistema y conmigo misma. Por ser una ingenua a mis 32 años. Por dejarme vencer. Porque esto no soy yo retándome a mejorar mi método de estudio, sino que el reto consiste en lamer culos. Y, *sorry*, en mi vida he lamido uno ni metafórica ni literalmente.

Así que, si me siento así el primer mes de carrera, no me quiero imaginar en los próximos cursos. Ni en las próximas asignaturas.

El resumen es que estoy triste, enfadada, frustrada y decepcionada. Me estoy esforzando. Después de tanto tiempo sin un hábito de estudio, a pesar de haberme preparado la prueba de acceso a escondidas de todos, siento que tengo que ponerme las pilas rápido y, de verdad, lo estoy poniendo todo de mi parte.

Encima, el tema Ulises no me está ayudando. Después del detalle de la puerta del baño, que parecía una tontería insignificante pero para mí no lo era, tuve una conversación seria con la pichurrina. De nuevo, llegamos a la conclusión de que tenía que tomar distancia, lo cual iba a ser casi imposible viviendo con él.

—Estoy harta de tomar distancia, Blanca. Harta. Hasta el coño, hablando fino. Ya lo hice con Marta. Me intento resistir con Ulises porque es mi compañero de piso y acabamos de empezar la convivencia. Sé que es un suicidio para mí enamorarme. Que no quiero hacerlo, pero es que no me lo pone fácil. Y no toda la culpa es suya. Bueno, qué coño, sí que lo es. Si no me hubiera besado… Joder, ¿yo no me puedo enamorar sin que suponga una complicación?

Blanca no pudo replicarme nada. Sin saber cómo, estaba otra vez metida en un bucle del cual parecía que la decisión más sensata era la distancia. Pero esta vez no iba a ser tan fácil, sino que debía hacer un ejercicio de contención continuo. Y, repito, ser contenida no está en mi naturaleza. Pero, a la vez, estoy harta de enamorarme de quién no debo y de pasarlo mal. Es mejor siempre cortar a tiempo. Sin embargo, la siguiente pregunta es recurrente en mi cabeza: ¿estás segura de que has llegado a tiempo?

De todas maneras, el tema de la universidad ocupa casi toda mi mente y mantenerme un poco alejada de Ulises resulta más fácil. Luego, me meto en la cama por las noches y me doy cuenta de lo mucho que lo echo de menos. Que echo de menos nuestras rutinas, las cuales he abandonado casi todas. Él no ha dicho nada, ni se ha quejado. Solo ha asumido mi nueva posición. Que no ha sido muy radical, todo hay que decirlo. Hay veces que con Ulises me sale ser y ya está. No puedo evitarlo. Ha intentado interesarse por mi andadura por la universidad, pero ahí sí que he sido inaccesible.

Cuando llego a casa, a las nueve de la noche, sé que la conversación que hemos tenido esta mañana va a querer acabarla. Y no estoy de humor. No quiero pagarlo con él. No quiero que se involucre en esto. Pero sé que le debo una disculpa por cómo me he comportado en el trabajo. Me he pasado ocho pueblos. Así que hago de tripas corazón, me bajo las bragas (no literalmente, mente sucia) y pido perdón.

Encuentro a Ulises sentado en una silla del salón, con los codos y el IPad apoyados encima de la mesa. Parece concentrado en un dibujo y me da mucha pena distraerlo. No es la primera vez que lo veo enfrascado en un trabajo que está disfrutando como un niño pequeño y, sin embargo, me fascina cada una de las veces. Me detengo unos segundos en el umbral de la puerta para observarlo. Aunque han bajado ya las temperaturas considerablemente, la del piso es muy buena y Ulises es una persona bastante calurosa, por lo que lleva una camiseta de manga corta negra. Ese color hace que los tatuajes de colores que adornan su brazo derecho destaquen mucho más. Adoro el tatuaje del Ave Fénix con un degradado de colores en rojo, naranja,

amarillo y negro de su antebrazo. En realidad, adoro unos cuantos que he podido descubrir, pero me gustaría conocerlos todos. Y su significado, si es que lo tienen.

—Ey —saludo y yo misma puedo apreciar el cansancio que desprende mi tono de voz.

Ulises levanta la vista sin mutar su expresión, como si ya supiera que llevo un rato aquí de pie.

—Hola.

Vuelve a prestar atención a lo que estaba haciendo. Me merezco su indiferencia. Me merezco que no quiera hablar conmigo.

—Perdóname, Ulises. —Levanta la mirada hacía la mía de nuevo y se me para el pecho, pero me obligo a continuar—. Me he comportado como una imbécil esta mañana en el trabajo. Entiendo que estés enfadado. He sido muy borde con Carlos. Sara me daría una paliza —intento bromear, sin éxito—. Lo siento, de verdad.

Ulises se levanta de la silla y se acerca para quedarse frente a mí. Tengo que levantar la cabeza un poco para que nuestros ojos no pierdan la conexión. Leo muchas cosas en su iris, entre ellas, preocupación y enfado. O confusión, incluso.

—Sé que te pasa algo —sentencia y su voz grave influye directamente en mi bajo vientre, provocándome calor. Joder, ahora no es el momento—. No hace falta que me cuentes nada si no quieres, eso pertenece a tu vida privada, pero quiero que sepas que si necesitas ayuda con algo, que la pidas, que estoy aquí. Como tu amigo. Pero la mierda que tengas, te la dejas fuera de las puertas del estudio, ¿de acuerdo?

Directo, duro, claro. Así es él. Lo suyo lo cuida con uñas y dientes. Sin excepción. No pasa ni una. Y me encanta que sea así. Si formas parte de su vida, puedes sentirte afortunado porque te va a proteger hasta la extenuación. Me cuesta respirar, en parte por su cercanía, en parte porque quiero contárselo, quiero que me entienda, quiero coger esa mano que me tiende. Pero no puedo.

—Cristalino, Ulises —respondo en un hilo de voz nada propio de mí.

Rompo el contacto de nuestras miradas y giro sobre mis pies para ir a mi habitación, sin intención de salir ni para cenar, pero la mano cálida y tatuada de Ulises me rodea la muñeca y me detiene.

—Inés —susurra.

—¿Qué? —Vuelvo a conectar nuestros ojos.

—Estoy aquí, recuérdalo, por favor. Me… —se detiene, reformulando la frase en su cabeza—. No me gusta verte así de apagada. No eres tú.

—Sí soy yo, Ulises. Una de las *yo* que todavía no te había dejado ver. Pero todas son versiones de mí. Te guste o no te guste.

Parece sopesar mis palabras.

—Tienes razón. Lo que no me gusta es ver que a ti tampoco te gusta esta versión de ti. Puedes aceptar que eres muchas *tú*, pero no todas te gustan. Y a esta, claramente, la odias.

Me deja en mi sitio. Siento escozor detrás de los ojos de la santa verdad que destilan sus palabras. Poso mi mano libre encima de la suya para retirarla de mi muñeca con suavidad. Me quedo unos segundos mirando nuestras manos tocándose y vuelvo a centrar mi atención en su rostro. Su ceño no ha parado de estar fruncido desde, apuesto, esta mañana. No me gusta que esté preocupado y menos por mí. De verdad, quiero quedarme su preocupación y destruirla. Pero no tengo fuerzas para hacer que él se sienta mejor cuando yo misma me siento como una mierda. Puede parecer un acto egoísta, pero soy de las que piensa que, si tú no te preocupas por tu bienestar y te das tu tiempo para sanar, no puedes hacer nada por los demás.

—No, no me gusta, pero es lo que hay. —Separo nuestras manos.

Vuelvo al plan inicial, ir a mi habitación para regodearme en mi mierda un rato. Esta vez Ulises no me detiene, físicamente hablando, pero su voz hace que me pare en el pasillo.

—Echo de menos que intentes desencorsetarme —musita con la voz muy débil, como si no quisiera decirlo, pero tampoco pudiera evitarlo.

El corazón empieza a bombearme con fuerza. Incluso puede que Ulises lo escuche debido al silencio que se ha instalado en la casa después de sus palabras. No me doy la vuelta. No puedo. Yo echo de menos todo lo que compartíamos. Todo. Y a él. Y comentarios como este hacen que flaquee y me confunda. Pero estoy tan agotada que lo último en lo que me puedo permitir pensar es en esta complicación de mi vida.

—Lo siento.

Es lo único sincero que puedo decirle hoy.

37

No puedo más

Ulises

Noviembre

Las diecinueve y cuarenta y seis minutos.

Estoy nervioso. Tanto, que le he tenido que pedir a Izan que atendiera a la última clienta. Es un tatuaje sencillo, estoy seguro de que no va a tener ningún tipo de problema. Pero, por supuesto, siempre estoy pendiente por si necesita un cable. Me cae genial el chico, es trabajador y tiene un potencial increíble. Me ha enseñado algún diseño que se ha aventurado a dibujar y hasta puede que lo suba a redes para darlo a conocer; con su permiso, claro. Lo que no me gusta tanto es como mira a Inés. Por supuesto, mirar es gratis, pero se nota que le atrae. Y me jode.

El caso, no sé por qué me lío tanto, es que estoy nervioso porque Inés hoy tiene un examen y necesita que le salga bien. A finales de octubre tuvo el primero e intuí que no había sido un desastre porque no llegó a casa muy afectada. No sé, me cuesta mucho llegar a ella últimamente. Bastante que he conseguido que me cuente lo mínimo de sus clases.

Parece que la crisis «borde» la superamos. No puedo decir que Inés vuelva a ser la misma que era en verano, pero hemos recuperado un poco la normalidad. Y ella el brillo de los ojos. No mucho, pero algo. Nuestras rutinas siguen estancadas, pero entre que he tenido un huevo de trabajo y que a ella la universidad la ha absorbido, este último mes ha pasado en un suspiro. De hecho, creo que hablamos más en el estudio que en casa. También es cuando más relajada la encuentro. Quiero pensar que el trabajo le gusta, que se siente cómoda y que es porque se siente segura aquí conmigo. Igualmente, sigue un poco inaccesible.

Me mata.

Me mata no poder hacer nada por ella. Me estoy haciendo mil teorías en la cabeza sobre su cambio de actitud y su malestar. Porque no se encuentra bien, lo sé. Es como si Inés hubiera enfermado de repente. Es horrible ver cómo una persona que te importa se apaga y no tener la confianza suficiente para zarandearla y meterme en su vida para sacarla del pozo. Como haría con mi hermana. Me da miedo mandarlo todo a tomar por el culo, poner una vela en un entierro al que no he sido invitado y que Inés se aleje todavía más de mí.

La última clienta a la que ha atendido Izan sale de la sala riendo, parece que bromean. Este chico con una sonrisa baja las bragas de todas las clientas y clientes que, ojo, Izan tiene sonrisas para todos. Es increíble. La chica le da dos besos en agradecimiento (sí, ya), le toca el brazo como con afecto y sale del local sin ni siquiera decirme adiós. Hay que joderse. A María le he hecho los otros cinco tatuajes que lleva en el cuerpo.

—Lo tuyo es de traca, macho.

—¿Por? —pregunta sin poder ocultar la sonrisa traviesa que se le pone cuando liga.

—Le ha faltado meterte las bragas en el bolsillo.

—Puede que lo haya hecho —responde con picardía, palmeándose el bolsillo.

—Utiliza mi estudio para echar un polvo y te corto la polla. ¿Me he expresado con claridad?

—¿Y si tu advertencia llega tarde?

Jodido idiota. Le empujo posando la mano en su pecho para apartarlo de mi camino.

—Anda, fantasma, pírate a casa. Ya está bien por hoy.

Me quedo cerrando el estudio mientras le sigo dando vueltas al tema de Inés. Llevo dos meses sin poder pensar en otra cosa.



En cuanto meto la llave en la cerradura de casa y la giro, sé que Inés está dentro. Inspiro profundo antes de entrar porque no sé qué versión de ella me voy a encontrar hoy. Mi primer impulso es mirar hacia el lado derecho del pasillo para comprobar si la puerta de su habitación está abierta o cerrada. Está abierta, por lo que no está ahí. Miro hacia la izquierda, pero desde esta posición no puedo decir si está en el salón o no, a pesar de que sale una luz tenue de allí. Dejo las llaves en el cuenco del pequeño armario del recibidor y cuelgo la cazadora en el perchero.

Entro al salón, con un poco de miedo todo tengo que decirlo, y…

—Mierda, torbellino…

Me acerco a ella casi corriendo, dándome igual si respeto su espacio o no. No puedo encontrarla en este estado y quedarme alejado. Está sentada en el sofá, con las piernas encogidas sobre su pecho y llora a lágrima viva. Ni siquiera se ha quitado su chaqueta amarilla y ha dejado el bolso tirado de cualquier manera por el suelo. Tiene el rostro muy congestionado, debe de llevar un buen rato con este sofoco. Cuando se percata de mi presencia, se tapa la cara con las manos sin parar de sollozar.

Me muero al verla así.

Me arrodillo delante de ella, le aparto las manos de la cara y las sustituyo por las mías. Mis pulgares limpian las lágrimas que recorren su rostro, pero no paran de brotar. Una. Y otra. Y otra. Yo no dejo de apartárselas en silencio. Hasta que Inés se rinde y apoya la frente en mi hombro mientras yo la abrazo y acaricio su espalda suavemente en un gesto tranquilizador y protector.

—Estoy aquí —susurro con toda la ternura que soy capaz de transmitir.

Me siento en el sofá junto a ella sin soltarla y la apoyo sobre mi pecho. Con el paso de los minutos parece tranquilizarse. Me incorporo un poco solo para pasarle los pañuelos que tenemos en la mesita baja y emite un casi inaudible «gracias» que me hace respirar un poco más aliviado. Al menos, habla.

Media hora después, ya no llora, aunque su mirada se ha perdido en algún punto. Ahora me da apuro que se esté sintiendo incómoda y, aunque lo último que deseo hacer es separarme de ella, hago amago de alejar nuestros cuerpos y levantarme del sofá.

—Por favor, no me sueltes —dice, agarrándose con firmeza a mi camiseta.

Mi cuerpo se tensa y siente alivio a la vez. Me ha puesto nervioso que no quiera que me aleje y el alivio creo que viene por la misma razón. Pero, al mismo tiempo, siento como si una bola de fuego implosionara dentro de mi cuerpo. Quemándome.

—No te voy a soltar, Inés.

Y no sabe hasta qué punto es verdad.

—Siento lo mal que me he portado contigo este tiempo. He sido insufrible y mi actitud ha sido una mierda y me siento fatal por ello.

—Estoy preocupado por ti. Solo quiero entenderte, aunque respeto que no quieras compartir conmigo lo que te pasa.

Levanta ligeramente el mentón para poder encontrar mis ojos y yo bajo el mío para facilitarle la tarea. Sus ojos están encharcados en lágrimas y enrojecidos, pero siguen siendo de un azul precioso.

—Quiero hacerlo, pero no quiero decepcionarte.

—¿A mí? —pregunto desconcertado—. ¿Por qué ibas a decepcionarme a mí?

—Porque me importa demasiado lo que puedas pensar de mí —confiesa y a mí se me cierran los pulmones.

—Te pase lo que te pase, no me vas a decepcionar, ¿vale? Para mí eres más que una compañera de piso. Te considero mi amiga. Y si quieres o necesitas hablar, yo estoy aquí. Ya te lo dije, que pidieras ayuda si la necesitabas.

La mirada de Inés se oscurece y sus pupilas empequeñecen.

—Pensaba que no la iba a necesitar.

—¿Y ahora sí?

Asiente con la cabeza y un rizo le cae en mitad de la cara. Se lo aparto suavemente y se lo coloco detrás de la oreja.

—No puedo más, Ulises. Voy a explotar.

—Te escucho.

Inés suspira con pesar e intenta contener un sollozo antes de pronunciar esas palabras que noto que se le atascan al fondo de la garganta.

—He suspendido el examen del mes pasado y el de hoy me ha salido como el culo. —Hace una pausa y yo aprovecho para estrecharla más contra mí—. Me estoy esforzando tanto que me da rabia que no sirva para nada. No sé si estoy oxidada, que ya contaba con ello, o si simplemente soy una tonta que pensaba que en la universidad iba a aprender algo más que a aprobar exámenes. Porque a eso nos enseñan, a aprobarlos. Y ni siquiera así lo consigo. Me siento tan frustrada, Ulises, y estoy tan jodida que no tengo ganas de ir a clase. Y no me quiero rendir, no está en mi naturaleza, pero…

Habla, habla y habla de lo que lleva callándose dos meses y yo la escucho sin apartar los ojos de ella. Se vacía entera y unas cuantas lágrimas se le vuelven a escapar. No me separo ni un milímetro, apenas respiro. Quiero transmitirle que estoy para ella, que puede confiar en mí. Quiero que me pida ayuda siempre a mí.

Me rompe el corazón lo que me cuenta y me llena de rabia que lo haga con un abatimiento muy poco propio de la Inés que conozco.

—Joder, siento que las cosas sean así.

—Yo también.

Me incorporo para arrodillarme de nuevo frente a ella. Ella me mira con curiosidad. Sus rizos no tienen orden ni concierto, así que me permito peinarlos con mis dedos para apartárselos

de la cara.

—Escúchame, Inés. No puedo decir que sé cómo te sientes porque te estaría mintiendo, pero sí sé que no vas a dejar que esto te consuma. ¿Dónde está la chica a la que le brillan los ojos cuando tiene un reto delante? ¿Dónde está la chica que siempre que mira a la adversidad de frente, se ríe de ella y la enfrenta, aunque se dé con mil muros?

—Creo que me la he comido —intenta bromear.

Ambos sonreímos ante ese comentario, pero enseguida me recupero porque no quiero dejar pasar esto. Acojo su rostro con mis manos para que no desvíe la atención de mí ni un segundo.

—Eres una mujer increíble, torbellino. Una que le ha echado unos ovarios de órdago y ha empezado la universidad a los 32 para perseguir su sueño. ¿Y vas a permitir que el sistema o una panda de profesores frustrados te quite todo por lo que estás luchando? No, Inés, no lo vas a permitir. Porque te conozco. Esto solo es un bache. Uno lleno de barro y mierda, sí, pero te vas a recuperar. No te desanimes, por favor. Y si necesitas que me quede contigo repasando exámenes, pienso hacerlo. Esta es la última vez que te lo voy a recordar y si te lo tengo que volver a repetir, me voy a cabrear, que lo sepas.

La mirada de Inés vuelve a estar borrosa, pero ya no caen lágrimas. Sin embargo, veo decisión. Y brillo. Ese brillo previo a hacer alguna travesura o el del reto. En estas cavilaciones me hallo, con las palabras que han salido de mi boca retumbándome aún en la cabeza, cuando siento un tirón en las tripas, incluso diría que a la altura del pecho. No puedo dejar de mirarla. Nuestros rostros vuelven a estar muy cerca, pero esta vez no la voy a liar. No es el momento y no puedo volver a pasar por eso. No puedo volver a hacerle eso a ella. Es una situación comprometida de la que no sé cómo hemos conseguido salir. ¿Realmente hemos salido? ¿He salido yo?

—Gracias, pocholito, y perdóname por esto —susurra Inés muy cerca de mi boca.

En un primer momento, pienso que es por lo que acaba de pasar, por mostrarse vulnerable y porque la haya tenido que consolar.

Me equivoco estrepitosamente y me caigo con todo el puto equipo.

Los labios de Inés se posan sobre los míos, rápido pero con mucha delicadeza. El beso es breve pero no apretado. Dejamos los labios sueltos para que se acaricien. Su saliva se mezcla con la mía de forma casi imperceptible debido al medio segundo que ha debido durar. Y aun así, yo lo he sentido todo. A pesar de la certeza que me acaba de golpear el pecho con la fuerza del puto martillo de Thor, sé perfectamente que ha sido un beso de agradecimiento y no el tipo de beso que a mí me habría gustado. Porque ese otro es imposible.

—¿Vemos *Embrujadas*?

Ha estado muy bien ahí intentando desviar la atención, pero esta vez no va a ser tan fácil olvidarme de lo que acabo de sentir con el segundo beso de nuestras vidas.

A pesar de ello, me lo trago todo aun a riesgo de hacerme un agujero por dentro y convertirme en un colador por el que me acabe desangrando. Fabrico una sonrisa y apoyo el trasero en el suelo para poner algo de distancia entre nosotros.

—Creo que voy a darme una ducha primero. Tardo once minutos, así que ve preparándolo, ¿vale?

Inés asiente decidida y más recuperada. Joder, el alivio que siento al atisbar otra vez a la Inés de antes de la universidad no se puede comparar con nada. Tampoco voy a negar que he mentido un poco con el tiempo. Tardo exactamente seis minutos en ducharme. Los otros cinco son para intentar aplacar la rayada mental después de ese beso y de todo lo que estoy sintiendo

por ella.

Lo he intentado evitar con todas mis fuerzas, de verdad, tú lo sabes. Lo has visto a lo largo de todas estas putas páginas. ¿Y qué he conseguido? Enamorarme como un gilipollas. Porque eso es lo que soy, un puto gilipollas. Y masoquista. ¿Ahora qué cojones hago con mi vida? Solo me ha faltado un beso de agradecimiento y verla romperse para dejar de negármelo a mí mismo. Me siento raro. Desde Laura no había vuelto a sentir nada parecido, aunque tampoco he dejado que nadie me importara lo suficiente. Y ella ha llegado para poner mi casa y mi vida tan patas arriba que es imposible que yo vuelva a ser el mismo.

Cuando abro el grifo de la ducha, no puedo evitar hacer una llamada. Porque supongo que esto forma parte de lo que significa estar enamorado, aunque sea de la chica incorrecta.

—¿Ulises?

—Inés te necesita —le digo sin saludar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con un tono alarmado en la voz.

—Solo habla con ella, por favor —suplico en un susurro.

—Me estás acojonado, que lo sepas.

—Blanca, ella te lo va a contar, estoy seguro. Y ahora necesita a su mejor amiga, aunque no lo sepa.

Hay unos segundos de silencio tras la línea en los que solo se puede oír el agua correr a mi espalda.

—¿Me estás llamando desde la ducha? Dios, se me está haciendo muy raro pensar que estás desnudo hablando conmigo.

—No estoy desnudo ni metido en la ducha. He abierto el grifo para que Inés no me oiga hablar contigo.

—No entiendo por qué.

—Blanca, vas a quedar de puta madre con tu amiga si la llamas y no sabe que yo te he prevenido. De nada.

—No me lo trago.

—Lo que te tragues o te dejes de tragar es asunto tuyo. Yo solo te pido que hables con ella.

Otro silencio.

—No entiendo por qué pretendes aparentar que te importa menos de lo que en realidad lo hace.

Suspiro con cansancio.

—Pensaba que tú eras la menos intensa. Veo que me he equivocado.

—A lo grande. La menos intensa es Marta, aunque tiene sus cosas. Pero no me has respondido.

Tengo en la punta de la lengua la palabra «rizo», pero me la trago de nuevo. Blanca no va a entender la broma porque es solo nuestra. Así que opto por salirme por la tangente y sudar de responder.

—Adiós, Blanca. Llámala. Por favor.

—En treinta segundos.

Sonrío sin remedio porque eso ha sido un intento de vacilarme. Me meto en la ducha y esos once minutos se convierten en veintitrés, ya no solo por intentar tranquilizarme, sino porque quiero darles tiempo a que hablen todo lo que necesiten.



Cuando vuelvo al salón, Inés está muchísimo más recuperada, aunque sé que ha vuelto a llorar por los cuatro pañuelos de papel arrugados que hay sobre la mesita baja. No voy a comentar nada, creo que ahora mismo necesita una distracción real. Suficiente drama por hoy.

Sigue sentada en el sofá con la tele apagada. Miro alternativamente a la tele y a ella, con las manos en las caderas.

—Guau, Ulises, no has tardado once minutos ni de coña. ¿Qué ha pasado?

«Que contigo me salto todas mis reglas y manías
y hasta la forma de vida que he conocido hasta ahora, Inés.
Eso ha pasado».

—¿No ibas a preparar la serie? —Decido ignorar su pregunta. No me apetece elaborar una mentira.

—Pocholito —vuelco al corazón que me hace volver al mundo real de una hostia—, ¿en algún momento de enajenación mental esa cabecita tuya ha olvidado que se me da puto mal la tecnología? Lo he intentado, lo juro, pero me he puesto nerviosa. ¡He hecho palomitas, eso sí!

Me quedo mirándola con una sonrisa boba.

—Todavía estoy esperando a que me cuentes cuál es esa tercera cosa que te pone nerviosa. —Creo que no puedo vivir sin saberlo.

—No existe.

—Claro. Venga, coge el mando que te voy a explicar paso por paso como poner la serie. A partir de ahora, lo vas a hacer tú siempre. Vamos a solucionar tu ineptitud con la tecnología y moriré como el héroe que lo consiguió. Y, por cierto, baja los pies de la mesa.

—Qué cansino eres, por la Diosa.

Inés

Ulises es como todo el agua del planeta cuando te mueres de sed y estás en el desierto más desértico que existe. Es como unos manguitos cuando aprendes a nadar, te mantienen a flote y segura para que puedas explorar el agua sin sentir miedo. Es como el silencio y la calma que sientes al bucear porque no puedes oír nada más. ¿Qué a qué vienen todos estos símiles con el agua? Supongo que sus ojos verdes casi cristalinos me recuerdan al mar de mi tierra. O, mira, yo qué sé, me sale compararlo con el agua porque me hace sentir bien.

Y Ulises me hace sentir que soy como el agua: transparente, moldeable, líquida. Uy, líquida. Me gusta. Sí, desde luego siento que me derrito cada vez que estoy cerca de él, que me vuelvo totalmente blanda a su tacto. Que ese beso lo he escudado en agradecimiento, pero la puta realidad es que si no lo besaba iba a morirme. Yo temiendo decepcionarlo y resulta que tiene más confianza en mí que yo misma. Supongo que he perdido el norte en estos dos meses. Pero muy mucho. Necesitaba que alguien me recordara quién soy y por qué hago lo que hago.

Bravo, pocholito, me has hecho reaccionar, un gran trabajo ejecutado. Sin embargo, has cometido la señora cagada de todas las señoras cagadas. Me he terminado de enamorar por tu culpa. Porque la culpa es solo tuya.

Mierda.

38
Cortylandia

Ulises

4 de diciembre

—Venga, Ulises, me muero por llegar a casa. Diosa, siento que hoy me ha pasado un elefante por encima.

Hoy Inés no ha tenido clase, por lo que ha decidido hacer el turno de tarde en el trabajo y aprovechar la mañana para estudiar, ya que tiene encima los exámenes.

—Sí, dame tres minutos que acabe de repasar las citas de la semana y nos vamos.

—¿Y no lo puedes hacer mañana a primera hora?

—Solo serán tres minutos, Inés. Y como me sigas entreteniendo serán cuatro.

Resopla, pero lo hace con una sonrisa en la cara. En realidad, sé que solo quiere llevarme la puta contraria, como siempre. Por suerte, la mayoría de las veces consigo fingir que la ignoro.

Cuatro minutos después, estamos echando la verja del estudio. Inés se arrebuja en su abrigo de pelo negro y se sube el cuello para resguardarse del frío. Al parecer, no tiene una buena relación con las bufandas. Yo tampoco, la verdad, por eso subo la cremallera de mi plumas hasta arriba y meto las manos en los bolsillos.

Me quedo unos segundos contemplando a la gente que pasa por Montera y vemos a un grupo de adolescentes con diferentes gorros y diademas con motivos navideños. Eso me hace acordarme inmediatamente de algo que Inés no conoce de Madrid y que sé que le va a encantar.

—Ven, quiero llevarte a un sitio primero.

—Jooooo, pocholito, me muero de cansancio. ¿No podemos ir otro día?

—No, venga. Es aquí al lado y te prometo que merecerá la pena.

Bajamos hasta la Puerta del Sol y pienso cuál puede ser el camino más rápido para llegar. Me inclino por subir por la calle Preciados y meternos la primera a la izquierda, para luego girar a la derecha. Subimos la calle y…

—¡Hostias!

—Inés, por Dios, que hay niños aquí.

—Perdón, perdón, pero es que ¡esto es una maldita pasada! ¿Qué es?

—Cortylandia. —Inés me mira de tal forma que sé que la he dejado igual—. Todos los años, El Corte Inglés monta una especie de espectáculo con muñecos y música para los niños. Bueno y para los no tan niños. Cada año la temática es diferente.

La cara de ilusión de Inés contemplándolo todo no tiene precio. Nos colocamos al fondo, pegados a una pared para no tapar la visión a ningún niño. Al menos yo, que con mi altura siempre acabo molestando.

—Son elfos, ¿no?

—Eso parece —respondo sin despegar los ojos de ella—. Quedan seis minutos para que empiece la siguiente función. ¿Esperamos?

—Hombre, no me pienso ir de aquí sin verlo.

Sonrío conforme. Cuando los elfos empiezan a cantar, Inés empieza a moverse delante de mí al ritmo de la música. No para de gritar que le encanta y se aprende la canción a la segunda vez que repiten el estribillo. También pega un pequeño chillido cuando empieza a caer nieve artificial. Me muevo un poco hacia la derecha para poder contemplarla de perfil. Es mágico. A veces me choca la ilusión que muestra Inés por las cosas cuando para otras es bastante indiferente.

La canción de Cortylandia termina, los elfos se vuelven inmóviles y las luces de colores se apagan. La gente empieza a desperdigarse, pero ella sigue clavada en el suelo, contemplando el gran mural que ocupa este espectáculo en la fachada de El Corte Inglés.

—¿Ha merecido la pena? —susurro porque siento que si alzo la voz voy a romperle la burbuja en la que se ha sumergido.

Inés gira el rostro empapado de lágrimas.

Mierda, ¿por qué llora?

—Torbellino, ¿qué pasa? —Le limpio las lágrimas con mis pulgares.

—Me ha encantado, Ulises. Ha sido genial. Muchas gracias por traerme.

—Me alegro. ¿Volvemos a casa?

—Espera. ¿Me haces una foto? Quiero enviársela a mis amigos. Diosa, pienso traer a Gabriela y a Guille el año que viene. ¡Les va a encantar!

Sonrío y saco el móvil para hacerle la foto, pero me interrumpe la llamada entrante de Lucas.

—¿Lucas? Espera, dame un segundo, que con tanto barullo no te oigo.

Me aparto unos metros, resguardándome en una calle perpendicular. Inés me sigue y se queda a mi espalda. Cuando Lucas me da la noticia y termino de felicitarlo, me doy la vuelta porque me muero por contárselo a ella.

—La pequeña Aina acaba de nacer.

—¡¿Yaaa?! Diosa, me muero por conocer a esa pequeña bichillo.

—Tú eso de llamar a la gente por su nombre como que no, ¿no?

—*Nop*. Ya deberías estar acostumbrado.

Sonrío como un idiota y volvemos a la fachada de El Corte Inglés para hacerle la foto que le prometí.

Inés

Sabía que Madrid iba a ser una gran experiencia, pero nunca imaginé que iba a crear tantos buenos recuerdos tan pronto. Madrid ya es mi hogar o, al menos, lo siento así. Tengo ese sentimiento de pertenencia a pesar de llevar apenas unos meses aquí. Y creo que todo es gracias a él.

Ulises ha conseguido que no me sienta sola en una ciudad nueva. Eso me hace pensar en lo rápido que las personas somos capaces de adaptarnos a los cambios. Todo tú lucha por

sobrevivir, así que o se aclimata o se *aclimuere*. Incluso cuando estás en la ciudad que te ha visto crecer puedes sentirte un extraño en algún momento. A mí me da miedo volver a mi hogar y sentirme una extranjera. No volver a encontrar mi lugar. Sentirme parte de ninguna parte.

Y, sin embargo, ahora mismo no me imaginaría viviendo en otro sitio que no fuera esta ciudad.

39
Nuevas rutinas

Ulises

7 de diciembre

Miro el reloj de soslayo. La una y cuarenta y tres minutos de la mañana. Vuelvo la vista al montón de papeles y bolis que hay encima de la mesa del salón. Me muero de sueño, pero por mis huevos que Inés se sabe este tema mejor que las canciones de Maroon 5 que no para de berrear en la ducha. Y sí, digo berrear, porque el canto tampoco está entre sus virtudes por mucho que ella se haga la ofendida.

—Otra vez.

—No sabes el asco que te estoy cogiendo. De verdad, no lo sabes.

—El mismo asco que le estoy cogiendo yo a esta mierda de tema, ¿sabes? Este apartado no me ha quedado claro. —Señalo un título subrayado en verde fosforito de sus apuntes—. Explícamelo para que lo entienda.

Inés resopla con cansancio. La entiendo, de verdad. Esto es un puto coñazo. Pero tiene un examen en tres días y la asignatura de Histología Veterinaria le cuesta horrores. Así que yo, como el buen «amigo» que soy, me he ofrecido a ayudarla a repasar. No puedo decir que Inés haya vuelto a ser la misma, sigue bastante disgustada con todo esto y llora todos los días (no literalmente y menos mal) cuando se va a clase. Por suerte, me ha contado que está haciendo buenos amigos que le hacen un poco más ameno todo esto, pero, aun así, en casa quiero ser yo el que la apoye y le dé consuelo. Y si tengo que trasnochar para que todo esto se le haga menos cuesta arriba, ya me ves.

—Te odio. Tienes una memoria prodigiosa, tío. Te sabes este tema mejor que yo ya. No me hagas sufrir más.

—No lo hago por gusto, créeme. Venga, este apartado y nos vamos a la cama.

—¿Juntos? —pregunta de forma distraída repasando por última vez el apartado que le he señalado.

Puff. Ojalá fuera juntos. Lo deseo con todas mis fuerzas. Dormir con su cuerpo pegado al mío. Su pelo sobre mi almohada o mi pecho. Abrazarla. Quererla.

Por desgracia, está de coña. Siempre está de coña y lo hace… Ahora que lo pienso, no tengo ni puta idea de por qué lo hace ni de por qué dice las cosas que dice. Empieza a no hacerme gracia por razones obvias, pero me callo y escurro el bulto.

—No intentes liarme, Inés. Venga, explícame el apartado. Te doy tres minutos.

Ella me explica todo de lo que se acuerda, haciendo un ejercicio de ordenar ideas de tal manera que yo pueda entenderlo. Lo hace bien, lo lleva haciendo bien toda la tarde, pero me gusta ser exigente. Está intentando asimilar la forma que tiene cada profesor de impartir su asignatura y qué piden para aprobar. No es la forma ideal de estudiar, pero, como le dije, no es

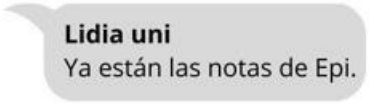
cuestión de pasar por el aro, es cuestión de ser inteligente y aprovechar los recursos que te dan para aprobar. Después, le puede plantear las dudas al profesor mediante ejercicios prácticos para que ella aprenda como quiere hacerlo.

Cambiando de tema, las estoy pasando putas. Sin eufemismos. No ha sido nada fácil reconocerme a mí mismo estar enamorado de ella hasta las trancas. Me negaba por mi propio bien. Como me advirtió mi hermana, debía protegerme después de lo de Laura. Sin embargo, no he podido evitarlo. Ha sido imposible. Sigo sin saber qué coño hacer con todo lo que siento porque hace años que no gestiono este tipo de sentimientos. Y llegué a pensar que no los volvería a sentir. ¿Por qué con ella que no puede corresponderme? Es injusto, joder. Cupido se debe de estar descojonando de mí en su maldita nube. Eso o tiene una puntería de mierda. Sé que en algún momento tendré que tomar una decisión. No creo que pueda guardármelo para siempre y menos viviendo juntos. El caso es que, si eso, me lo planteo como propósito para el año que viene. Ahora estoy centrado en que ella se recupere de esta desazón que tiene con la universidad. Y no deseo plantearme nada más.

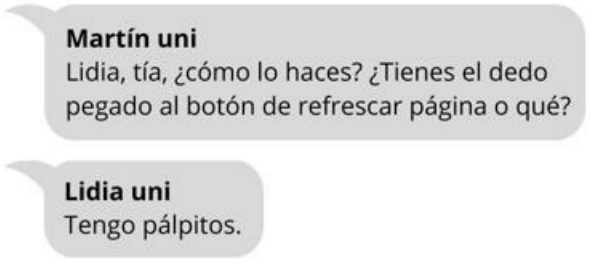
Inés

20 de diciembre

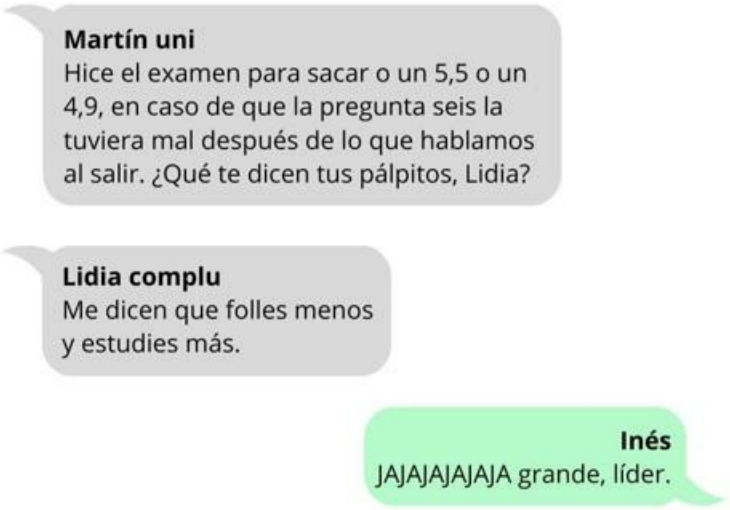
VETERINARIOS SIN PULGAS



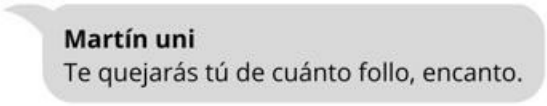
Lidia siempre es la primera en saber que las notas están subidas. Siempre. No falla.



Lo de sus pálpitos también es para hacérselo mirar, pero bueno.



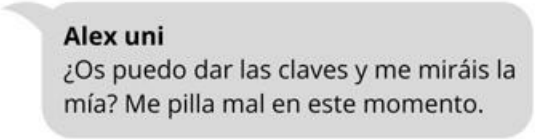
He bautizado a Lidia como la líder del grupo, ya que es la más empollona de todos nosotros y, por supuesto, la que nos provoca los mircroinfartos con las notas. Aporta luz y claridad a esta panda de desgraciados cuando nos aturullamos con alguna asignatura. En mi caso, con todas.



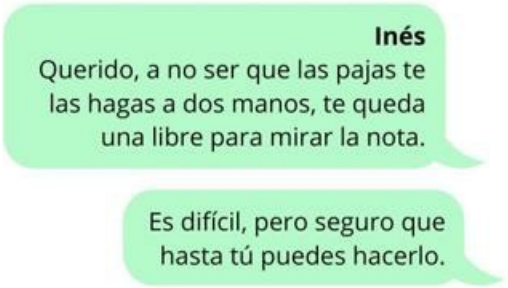
Ah, sí, Lidia y Martín están liados. Pero mucho. Me consta que los baños de la facultad están bien estrenados. Unos grandes.



Neus, la que suda de todo y todos, pero nos apoya a muerte siempre, aunque vaya a su puta bola todo el rato.



No es que le pille mal, es que Alex es un puto vago.



Creo que no hace falta que te cuente quién soy yo en el grupo, ¿no? No es que ande yo ocultando mi personalidad para ser aceptada, precisamente.



Y Celia es la que provoca que los demás entremos en histeria. Nos la pega, como un mal resfriado. Pero yo soy su némesis y la encargada de aplacarla la mayoría de las veces. En este momento no, bastante tengo con aplacar a Ulises.

Por si te lo preguntabas, por supuesto que hemos hecho un grupo al margen de los de clase. Gracias a estos mensajes, he vivido en mis propios rizos lo que es que el corazón se te infarte cada vez que Lidia habla.

—¿Ya?

Pufff, otra vez. No sé en qué momento le dije que ya había tres notas subidas al portal de estudiantes. Es más pesado que mi padre, que me ha llamado dos veces y me ha enviado cuatro wasaps. De mis tías mejor no voy a comentar nada porque han llamado hasta a Ulises. Mi padre es que se deja manipular por sus hermanas. Le di el teléfono de mi compañero de piso para emergencias. E-M-E-R-G-E-N-C-I-A-S. Esto no lo es. Pero no es culpa suya, estoy convencida de que mis tías lo han liado de tal manera que ha acabado dándoselo. En fin. Familia.

—Toma. —Le tiendo el ordenador—. Míralo tú. Yo me voy a abrir una cerveza. Pase lo que pase, hoy me la merezco.

—Ah, no, ni de coña. No he estado cuatro horas explicándote cómo acceder a esta mierda, para que ahora lo tenga que hacer yo. Abre la cerveza, te sientas aquí y, delante de mí, te metes en la página. Quiero asegurarme de que te has enterado.

Pongo los ojos en blanco. Qué exagerado.

Hay que reconocerle el mérito. Se está empleando a fondo para que deje de ser una inútil con la tecnología. Y no solo con eso, también se ha dejado los tatuajes en ayudarme a estudiar. Se ha convertido en otra de esas rutinas nuestras que hacen que sienta este lugar como mi casa. Poco a poco, hemos recuperado las rutinas que yo dejé dormidas cuando tuve la crisis universitaria. No me he recuperado del todo, tengo que reconocerlo, pero una charla con mi padre en la que acabé llorando cuando me dijo que estaba orgulloso de mí y, sobre todo, el apoyo incondicional de Ulises, han hecho que vuelva a querer ser la persona de antes.

Y aunque la cercanía de Ulises me ha resultado sanadora, también ha sido dolorosa. Mi corazón ya no tiene barreras. Creo que nunca las tuvo, solo que quise que la razón fuera más fuerte y, mi *ciela*, el corazón ha machacado al cerebro aniquilando todas las neuronas operativas que tenía. Ahora soy como una ameba y el corazón ha tomado el control de mi cuerpo. Vamos,

como casi siempre, por eso me enamoro con tanta facilidad. Y puedes pensar que igual de rápido que me enamoro, me desenamoro. Pues no. Me cuesta muchísimo desprenderme de mis sentimientos. Tardé muy poco en enamorarme de Marta y casi un año en que lo que sentía por ella se enfriara.

El caso es que me duele quererlo. Me duele tenerlo cerca y no poder tocarlo como quiero ni besarlo. No niego que estoy tanteándolo. Suelto comentarios que parecen inocentes y que no he pensado mucho, pero la realidad es que están muy meditados. Quiero estudiar todas sus reacciones cuando lo pongo entre la espada y la pared. Después de nuestro primer y frustrado beso, necesito asegurarme de que Ulises puede estar en el mismo punto que yo. Es que me tiene muy confundida. Se porta tan bien conmigo y me apoya tanto que a veces dudo si es simple amistad, como me dijo, o algo más. Y me encantaría que me viera como algo más. Aunque nos compliquemos la vida el uno al otro. Seríamos una complicación preciosa juntos. ¿A que sí?

—¡Inés! —Ulises chasquea los dedos delante de mí—. Estoy esperando.

—Voy, pesado, voy. ¿Estás nervioso por mí, pocholito? Qué mono.

—No estoy nervioso.

—Claro que lo estás. Siempre te pones extraintenso cuando lo estás.

—No estamos hablando de mí.

Buah, cuando se pone así, le pegaría. En fin, me apoyo el portátil en el regazo e introduzco mis claves en la página. Estoy inquieta, pero lo de Ulises es otro nivel. Su pierna me está poniendo negra y si sigue mordiéndose así los padrastros, se va a hacer una escabechina en el pulgar.

Inspiro.

Espiro.

Vamos allá.



—He suspendido Histología. Mierda, joder. —Me paso la mano por los rizos.

Ulises se acerca a mí para echar un vistazo a la pantalla. Tuerce la boca con disgusto. Habíamos trabajado mucho en esta asignatura. No sé qué ha podido pasar. Salí con buenas sensaciones del examen.

—Ey, torbellino, mírame.

Me cuesta, pero obedezco. Siento un pinchazo en el pecho cuando sus ojos verdes penetran en los míos. Diosa, siento un hierro candente clavándose en el centro de mi corazón. Quema, abrasa y, a la vez cauteriza, sana. Esa es la dualidad con la que me debato con este hombre. Y cómo agota, más que nuestros piques.

—No te preocupes, ¿vale? Es una asignatura anual. Puedes recuperarla con el resto de exámenes. Esto solo ha sido el calentamiento. Así que ni se te ocurra hundirte y céntrate en las que has aprobado. Puedes hacerlo, Inés, y yo te ayudaré a organizarte. De todas maneras, ve a la revisión del examen.

Un cosquilleo molesto empieza a picarme detrás de los ojos. La mirada se me nubla. Puto Ulises. Quiero besarlo. Quiero besarlo hasta que muramos por asfixia. Y quiero follármelo encima de este sofá. O contra la isla de la cocina. Fantaseo con eso a diario. Diosa, cada día me cuesta más controlarme. Menos mal que en dos días me voy para mi cuidad a pasar la Navidad con mi familia. Necesito tomar distancia de nuevo porque por mucho que yo le dijera Blanca que lo iba a hacer y bla, bla, bla, lo cierto es que me he pasado nuestra charla por el forro del coñete. Porque no me sale estar distanciada de él. No quiero estarlo. Así que he decidido tomarme estos días para reflexionar y decidir si merece la pena ir de cabeza contra el muro o si es mejor no destruirlo.

VETERINARIOS SIN PULGAS



Joder, vuelta a empezar.

40
Mi decisión

Ulises

El pueblo
24 de diciembre

—¡Feliz Navidad, mami!

Abrazo a mi madre y la levanto del suelo, como de costumbre. Soy muy alto y mi madre igual de bajita que Isla. Al final, me acabo destrozando la espalda por agacharme, así que las alzo a ellas.

—Feliz Navidad, hijo. ¿Ese tatuaje es nuevo?

Joder. Siempre se da cuenta. Llevo en el cuerpo la friolera de 43 tatuajes. Unos más grandes, otros más pequeños, y siempre se da cuenta de cuando llevo uno nuevo. Cuando es en zonas visibles de mi cuerpo, claro. En este caso, le pedí a Izan que me hiciera este en el dorso de la mano, un reloj de arena perfilado en negro, pero con la grava en color azul cobalto. Lo efímero y lo eterno en un solo dibujo. Porque el reloj siempre tiene arena en su interior, pero siempre hay un lado vacío. Su tiempo en él es efímero. Sin embargo, la arena es eterna. Me recuerda, por así decirlo, a los dos mundos en los que nos movemos: el terrenal y el del más allá. Cada grano de arena que cae hacia el otro lado es como un día de vida. Mientras está cayendo, respiramos, soñamos, lloramos, nos enamoramos, reímos, sufrimos, estudiamos, trabajamos, follamos… Y el último grano de arena es nuestro último aliento. Quizá pienses que toda esta reflexión es algo macabra, pero este reloj me hace recordar que soy la arena y que cada día que pasa pierdo un grano de mí. Que tengo que exprimir la vida y mi tiempo a tope.

—Lo es. Qué puto calor hace aquí, ¿no?

—Tengo la calefacción puesta. Y no digas palabrotas, hijo, no hay necesidad.

—Siempre me repites lo mismo —apunto con cariño.

—Y lo seguiré haciendo hasta que te canses. Y te advierto: yo no me voy a cansar primero. Soy tu madre. Tengo una paciencia infinita con mis hijos.

Y lo sé de primera mano. Mamá e Isla siempre tuvieron una relación complicada y todo desencadenado por la profunda depresión de mi madre cuando papá murió. Pasaron años desde que ella quiso recuperar la relación con su hija hasta que Isla la dejó entrar. Y no cejó nunca en su empeño de recuperarla.

Este año paso esta noche solo con mi madre. Isla y Diego han decidido hacer un pequeño viaje y pasar la Navidad fuera del país. Solos. Sin la presión de la prensa ni una cámara siguiéndolos. Y me encanta estar aquí, en mi pueblo, con ella. Quizá pienses que es un poco triste que esta noche solo seamos dos, pero no lo es. Estoy con una de las personas más importantes de mi vida y, aunque eche de menos a Isla, no podría estar mejor acompañado. Es mi madre, a la que adoro, y me alegra que haya recuperado el brillo en esos ojos tan iguales a los míos desde que su relación con mi hermana se curó. No necesitamos reunirnos veinte personas

alrededor de una mesa para sentirnos felices.

Sin embargo, no dejo de pensar en que también me gustaría estar en casa, con ese torbellino rubio sentada en el sofá de piernas cruzadas, los rizos retirados de la cara con una diadema, viendo *Embrujadas*, por ejemplo. Mierda, me ha dado muy fuerte. Me he pillado como un tonto. ¿Qué cojones voy a hacer cuando regrese a Madrid?

Ayudo a mamá a poner la mesa y a servir la cena mientras me hace un tercer grado que aguanto con estoicidad.

—¿Todo bien?

—Muy bien, mamá, ¿por?

—No sé, te noto raro.

—Depende de a quién le preguntes, te diría que lo soy. Mi compañera de piso te diría que soy un coñazo. —No puedo evitar que una diminuta sonrisa se me escape al pensar en ella. Una sonrisa que se evapora en cuanto la realidad me golpea. Porque pensar en Inés me supone una dualidad: la de felicidad por todo lo que siento por ella y el dolor que me provoca tener que comérmelo porque es un sueño imposible.

—La verdad es que me sorprendió que me dijeras que ibas a compartir tu casa. Pero, ¿sabes? Me alegro. Desde que pasó lo de Raúl y Laura, te ha costado hacer amigos, hijo.

—Tengo los suficientes, los de verdad, no necesito más.

—Estoy segura de que Sara y Lucas son estupendos, pero al final los has conocido en el trabajo. Un trabajo que sé que te encanta, pero al que dedicas casi todo tu tiempo.

—Mamá, estuve aquí casi todo el mes de agosto —le recuerdo—. Estoy… Estoy intentado tomármelo de otra manera. Fluir más, como me diría Inés.

Mi madre deja el último vaso encima de la mesa y entrecierra los ojos haciendo que afloren unas arruguitas que nunca me atrevería a mencionarle porque valoro mi integridad física. Me está estudiando en silencio, la conozco, aunque su veredicto final no llegará hasta más adelante, hasta que no consiga sacarme toda la información posible sin que crea que me doy cuenta. Pero, al igual que ella me conoce bien por ser su hijo, yo la conozco como la palma de mi mano por ser mi madre.

Ponemos el típico programa musical que televisan todos los años de fondo mientras damos buena cuenta a la cena que ha preparado mi madre. En contra de mi voluntad y bajo amenaza de quedarme sin cenar, no me ha dejado traer nada. Está todo buenísimo, cosa que no me extraña porque parte de mi buena maña en la cocina la aprendí de ella y otra parte, de YouTube.

—¿Te llevas bien con tu compañera de piso, entonces? —Primera fase de la misión «sacar sutilmente información a Ulises».

Me acuerdo de inmediato de las fases de la misión de Inés para desencorsetarme. Sonrío al instante y sé que a mi madre no le ha pasado inadvertida mi mueca.

—Sí, bastante. Es una tía divertida, no me aburriría ni aunque quisiera. Nos entendemos bien.

Nos entendemos demasiado bien. Ese es el problema. O yo la entiendo demasiado bien a ella. Yo qué sé.

—Recuerdo que me dijiste que no estaba muy acostumbrada a compartir espacio. ¿Cómo lleva eso? —Segunda fase.

—Yo la veo bien. No ha dado señales de que se sienta agobiada, incluso con lo agobiante que puedo resultar yo a veces, ya sabes. —Ella sonríe dándome la razón—. No sé, la verdad es que encajamos muy bien, mamá. Estoy… Yo estoy a gusto.

—No me has enseñado una foto de ella. No le pongo cara y me gusta poner cara a los amigos de mi hijo.

Maldigo entre dientes. No me esperaba esta tercera fase de la misión. Y no me esperaba estar rebuscando en mi cerebro la única foto que tengo en mi teléfono de ella. Pero saco el móvil para buscarla. Veo que tengo un mensaje de Lucas y me meto sin querer en WhatsApp. Mierda. Bueno, lo marco como no leído y luego le respondo. Sin embargo, justo cuando voy a salir, me entra otro mensaje.



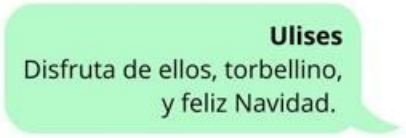
Me muero por ver la foto y porque se haya acordado de mí. Es bonito que se acuerden de ti como para enviarte un mensaje, ¿verdad? Se te asienta una sensación cálida en el pecho o al menos a mí me pasa. Y más si viene de ella. Eso me hace recordar que Isla ni me ha llamado. Esta niña siempre igual, aunque entiendo que necesite pasar tiempo con su novio.

El caso (joder, tengo que dejar de irme por las ramas), es que la foto en cuestión ni siquiera la ha visto Inés. Se la saqué a escondidas una noche mientras veíamos *Embrujadas*. Tenía los ojos muy abiertos y se mordía el labio con emoción, como si nunca hubiera visto antes ese capítulo. Estaba preciosa y quise guardarme ese recuerdo para mí. Es la única foto que tengo de ella y la que estoy a punto de enseñarle a mi madre.

—Es muy guapa —manifiesta—. Qué pelazo tiene.

—La ducha lo corrobora. Tenemos que limpiar el desagüe cada dos por tres de la cantidad de pelo que suelta —comento mientras vuelvo a WhatsApp a contestar su mensaje.

La foto me deja noqueado. Son Gabriela y Guille, compartiendo un momento que parece que solo ellos entienden. Llevan sendos gorritos de Papá Noel. Son adorables. Un sentimiento extraño se me asienta. ¿Es posible coger cariño a dos bebés que no son nada mío? ¿Es posible sentir pertenencia viendo esa foto? Dios, me estoy volviendo loco.



Es lo único que soy capaz de responder.

Es entonces cuando mi madre posa sus dedos sobre los míos, esos que todavía sujetan mi teléfono. Su mirada es transparente, de un verde tan claro que parece mágico. Y conozco la expresión de sus ojos. Sé qué es lo que viene a continuación y me hace contener la respiración.

—Sabes que podías haberme enseñado la foto de perfil de WhatsApp en vez de la otra, ¿verdad? ¿Por qué has elegido la única que tenías escondida para quedártela como un tesoro? Porque estoy segura de que era eso lo que pretendías.

La madre que me parió, que fue ella. Tiene razón. ¿Es que soy gilipollas y tengo ganas de delatarme? Pues parece ser que sí. Parece ser que me moría por hablar de ello y mi subconsciente me ha traicionado.

—No me he acordado de la foto de perfil —reconozco algo apabullado.

—Cielo, mírame. —Pero ella se me adelanta y posa los dedos en mi barbilla para

obligarme a hacerlo—. Sea lo que sea lo que estás sintiendo por esta chica, me alegro. Puedo ver en tus ojos que es complicado, que no te sientes seguro y que sufres en cierta manera, pero me alegra que ella haya vuelto a despertar algo en ti. No creí que fuera posible después de Laura.

Un hierro al rojo vivo me atraviesa el pecho. Me siento vulnerable al haberme expuesto tanto delante de mi madre. No quiero contarle por qué es complicado lo que siento por Inés y por qué me duele pensar en ella. Por mi salud mental, no puedo seguir así.

—Ojalá sirviera para algo —musito y me disculpo con mi madre para ir a mi habitación con la excusa de que tengo frío y que voy a coger una chaqueta. No es que haga frío, es que yo no me he quedado helado con esta conversación.

Necesito tomar una puta decisión. No puedo volver a Madrid y seguir como hasta ahora. No puedo volver a ver a Inés y no besarla hasta que la arena del reloj deje de ser eterna.

—Háblame de cualquier cosa que no sea de chupetes o patucos, te lo ruego. —Lucas descuelga el teléfono entre susurros y con algo de ansiedad, como si mi llamada le hubiera salvado la vida—. Nena, es Ulises, parece importante. Enseguida vuelvo.

Oigo que se despiden con un beso en los labios.

—Dame un segundo —me pide y oigo que abre una puerta y se enciende un cigarro. Lucas es de esos hípster que lleva mecheros Zippo—. Gracias por rescatarme, tío. Si oigo algo más relacionado con bebés, me suicido.

—¿Tan mal llevas la paternidad?

—No, no la llevo mal. A ver, entiéndeme, estoy acojonado todo el rato, pero estoy enamorado de mi pequeña. Menos cuando llora y no tengo ni puta idea de por qué. El caso es que la gente es muy pesada y no deja de agobiar. En fin, bueno, ¿qué puedo hacer por ti, ya que me has rescatado?

—Pretendía que me rescataras tú a mí, en realidad.

—Es Navidad, la época de que todos tus deseos se cumplen y toda esa mierda. Pide por esa boquita.

—Necesito consejo.

—Vas a tener suerte. No he bebido ni una gota de alcohol. Intento solidarizarme con Sara, así que se puede considerar que estoy en mis plenas facultades mentales para decirte que llevo tiempo preguntándome cuándo ibas a tener el valor de decirlo en voz alta.

—¿Tanto se ha notado? —pregunto con algo de ansiedad en la voz. Creo que sabe por qué he llamado, pero ¿cómo?

—Se os ha notado —recalca—. Ahora que creo que está claro que hablamos de que Inés y tú os folláis con los ojos, ¿sobre qué necesitas consejo?

—Sobre que Inés es lesbiana y que por eso estoy seguro de que ella no me folla con los ojos. Sobre que me he enamorado como un gilipollas y sobre que no sé qué hacer cuando regrese a Madrid porque estoy harto de fingir que no pasa nada, Lucas. Sobre todo eso. Necesito que me digas que no estoy loco y que lo más sensato es sacarla de mi vida.

Lucas expulsa el humo de una calada y escucho como abre y cierra el Zippo compulsivamente.

—Pondría la mano en el fuego por que Inés no es lesbiana. Yo he visto cómo os miráis. Tendría que estar muy desviado, Ulises.

—Pues lo estás, porque yo mismo la vi besarse con una chica el día que la conocimos. Ya te lo dije.

—Eso no significa nada, tío. Ahora todas las amigas se morrean de fiesta. ¿Se lo has preguntado?

—Esa chica no era una amiga, no estaba con nosotros esa noche. Y por supuesto que no le he preguntado, no soy de los de ir cotilleando sobre la orientación sexual de nadie.

—No es cotillear, cenutrio, es asegurarse de que ella no juega en la misma liga que tú. Y más si te has enamorado de ella, que pareces tonto.

—Deja de insultarme, gilipollas. De todas maneras, Inés siempre está de coña, pero nunca ha dado muestras de que yo pueda gustarle.

—Que yo recuerde y según me has contado, os habéis besado. Dos veces. Y una por iniciativa de ella. ¿Necesitas unir más puntitos para averiguar el dibujo o ya tienes suficientes?

—Aquel beso fue de agradecimiento, nada más, ya te lo dije. Estás muy soplapollas hoy, te lo digo. ¿Quieres tomártelo en serio?

—Me lo estoy tomando muy en serio, tío, créeme. El problema que veo aquí es que estás acojonado y que tienes miedo de que ella sienta lo mismo porque hace la hostia de años que no te has visto en otra como esta. Te estás aferrando a la creencia de que es lesbiana para no echarle cojones y preguntárselo directamente. Que, oye, te entiendo. El amor acojona. Sara tuvo que quedarse embarazada para poder admitir que estoy loco por ella. Tú lo sabes. Y, como no quiero que repitas mis errores, te pido que hables con Inés y aclares esto.

—No soportaría que me dijera a la cara que no siente nada por mí, Lucas. Ya he vivido eso una vez y con ella… no puedo. Quizá lo más sensato es alejarme y pedirle que se busque otro piso. Voy a perder la cabeza si la sigo teniendo en la habitación de al lado.

Acabo de tomar la decisión. Lo sé. Y lo peor es que ya nadie va a poder hacerme cambiar de opinión.

—¿Vas a dejarla ir sin luchar?

—He luchado mucho, créeme.

—No has luchado una mierda, Ulises. Si fueras sincero contigo mismo, verías que Inés también está loca por ti, solo es prudente. Y, mira, no la conozco mucho, pero no se la ve una chica que lleve la prudencia por bandera, precisamente. No hagas una gilipollez de la que luego te puedas arrepentir.

Me he pasado toda mi vida perdiendo cosas y luchando con uñas y dientes por otras. A Inés no quiero perderla y prefiero poder tenerla como amiga a desarrollar un odio profundo a la mierda de destino que nos puso en el camino del otro sin que sea posible querernos. Si paro las cosas ahora, puede tener solución. Si no enrarezco la situación confesándole mis sentimientos, tenemos una oportunidad de no perdernos. Puede que Lucas tenga razón y esté muerto de miedo. Pero mi miedo es menos importante que ella y que nosotros. Y, por mucho que me joda, esta decisión tengo que tomarla.

—Tú mismo lo has dicho, Inés no se caracteriza por la prudencia. Si fuera verdad lo que dices, ella habría sido la primera en lanzarse. Eso no ha pasado. Por lo que solo me queda una dirección posible.

—No hablas puto en serio, tío.

—Sí, en realidad, sí.

Suspira con frustración mientras apaga el cigarro.

—No te tenía por un cobarde, amigo. —Es la segunda vez que escucho esto de la boca de dos personas muy importantes para mí. Siento que no me entienda, pero estoy convencido de que es lo mejor—. Igualmente, te apoyaré en tu decisión y juro no decir «te lo dije» cuando se te caiga la venda de los ojos y te pegues la hostia.

—Siento que pienses así, pero no puedo arriesgarme a perderla.

—Y yo siento que no entiendas que la vas a perder igual. Tú verás, pero tío, de verdad,

dale una pensada antes de volver a Madrid. Por favor.

—Lo haré —miento—. Gracias por escucharme, Lucas.

—Llámame cuando quieras y si me rescatas de otra charla sobre bebés, mejor que mejor.

—Feliz Navidad, papaíto. Beso a Sarita y a la peque.

—Feliz Navidad, tontorrón. De tu parte.

La puerta de mi habitación se abre y mi madre se queda parada en el umbral. No dice nada, solo me mira, aunque sé que ha escuchado parte de la conversación. O toda. No me importa, en realidad, pero no me siento cómodo con este tema y no me apetece hablar más de ello. De todas maneras, vaya cotilla está hecha mi madre. Me consta que con Isla también lo hizo una vez.

—Como me jode que te parezcas tanto a mí en cabezonería.

—¿Mami, acabas de decir un taco? —me cachondeo de ella para intentar desviar la atención.

—Te lo has imaginado. Venga, vamos, no tendrás la poca vergüenza de dejar a tu madre sola más tiempo en Navidad, ¿no?

Me río y la sigo de vuelta al salón. Decido dejar a los fantasmas encerrados por esta noche. Quiero disfrutar de estas fiestas con mi madre, aunque el resto me vaya a seguir carcomiendo hasta que hable con Inés. Le voy a hacer una putada muy grande, lo sé, pero lo contrario sería un destino peor. Solo me queda aprender a vivir con el agujero del pecho. Y aunque el dolor sea incómodo y constante, al final, por la fuerza de la costumbre, acabas volviéndote insensible a él.

41

A él primero

Inés

Ciudad costera

—¿Se puede saber qué diablos llevas puesto?

—Tu amiga. He perdido una apuesta.

Intento contener la carcajada que se me ha atascado en la garganta. Es lo último que me esperaba ver hoy, lo último, pero doy gracias a la Diosa porque la pichurrina monte estos cirios contra su novio. Qué ratitos más buenos nos regala. A su novio no, claro.

Miro detrás de Gonzalo, que ni siquiera se ha apartado de la puerta para dejarme pasar, y veo a mis dos amigas secándose las lágrimas de la risa. Vuelvo la vista a Gonzalo, cuya cara muestra tal resignación que hasta consigue darme pena. Menos mal que quiere a mi amiga por encima de todas las cosas porque soportar esto es de campeones.

—Eres un huevón, *cuñado*. ¿Todavía no has aprendido que no se puede apostar contra Blanca?

Gonzalo se encoge de hombros. La verdad es que esta vez Blanca se ha lucido. El pobre va vestido con un jersey rojo navideño, con dibujos de renos en azul, en el que se puede leer el *hashtag* #nometoqueslasbolas. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que lleva dos bolas de navidad enganchadas al botón del pantalón vaquero, como si fueran sus… bolas.

—Mis dieces, pichurrina. Te has superado —la felicito mientras paso a casa de mis amigos empujando a Gonzalo. Oigo como tintinean las bolas al chocarse entre ellas cuando se mueve y ya sí que no puedo esconder la risa. Mierda, ahora no voy a poder parar en un buen rato.

—Genial y ahora esta se ríe como si fuera un hipopótamo. Quién ríe el último, ríe mejor. No lo olvidéis —nos amenaza Gonzalo. Una amenaza un tanto insulsa, he de decir; nunca cumple con sus venganzas.

—¿Dónde está lo más bonito de la tita Inés? —pregunto una vez recuperada y miro hacia todas partes buscando a mis bebés.

Los encuentro a los pies del árbol de Navidad que Blanca y Gonzalo han colocado al lado del mueble de la tele, junto a la ventana, y siento que me explota el pecho de la ternura. Ambos están sentados en el suelo, rodeados de mantas, y llevan un gorrito de Papá Noel y pijamas navideños. Gabriela parece que quiere explicarle, a medias entre el español y su propio idioma, algo a Guille, el cual se inclina hacia su prima y alarga la manita para coger la suya. Tengo que sacar el móvil corriendo e inmortalizar este momento antes de que la magia se rompa. Estoy segura de que agradecerán esta rapidez de reflejos por mi parte cuando sean mayores y tengan esta foto de recuerdo.

Y no puedo evitar que mis dedos vuelen solos por la pantalla del teléfono.



Veo que está en línea y, acto seguido, deja de estarlo. Frunzo el ceño ligeramente, aunque no me preocupa. Ulises siempre responde, le habré pillado liado con algo. ¿O con alguien? No. *Stop*. Esa mierda de pensamiento no me conviene en absoluto. Desde que lo conozco, no me he percatado de que ninguna chica revolotee a su alrededor, ni él alrededor de ninguna chica. De hecho, no habla de mujeres, ni siquiera de aquella que le dejó el corazón inaccesible. Porque cada día es un presentimiento que coge fuerza. Que Ulises acabó tan tocado que no busca ningún tipo de implicación emocional con ninguna mujer.

En fin.

Dejo a un lado mis dichosos pensamientos y me centro de nuevo en mis bebés. Me agacho junto a ellos y los lleno de besos.

—Cuánto os he echado de menos, bichines.

Gabriela me agarra del cuello para darme un beso en la mejilla y Guille emite soniditos de alegría por verme. O eso quiero esperar. Le voy a enseñar las mejores cosas de la vida a este niño para que sea un hombre bien, más le vale que se alegre de ver a su tita.

Alguien carraspea a mi espalda.

—¿A los mayores también nos has echado de menos?

Me giro hacia Blanca y me levanto de golpe para darle el abrazo más fuerte que creo que le he dado en la vida.

—No te haces una idea de la falta que me has hecho estos meses, pichurrina.

Blanca me estrecha aún más contra ella y me siento a salvo. Entre los brazos de mi mejor amiga siento que en el mundo hay un poco más de esperanza. Justo en ese momento, para joderlo, mi móvil emite un pitido. Me recorre un escalofrío por la espina dorsal. Mi amiga lo nota. Sé quién es sin tener que mirar la pantalla. Y consigue ponerme nerviosa.

—Contéstale, anda. —Blanca también sabe quién es, obviamente—. Pero no te libras de que hablemos.

Asiento porque, sí, necesito sacarme lo que siento de dentro antes de volverme completamente majara.

Desbloqueo el teléfono y ahí está. Él.



Leo y leo y releo el mensaje. No puedo evitar que un sentimiento se me asiente en las tripas y se adhiera igual de pegajoso que un chicle. Me encantaría estar con él ahora mismo, en casa, viendo cualquier comedia mala de Navidad en Netflix con palomitas de por medio y, a ser posible, enredadísimos. Quiero volver a besarlo en su (nuestro) sofá y no parar nunca. Le deseo también una feliz Navidad y me quedo embobada con los ojos fijos en la pantalla por si me escribe un poco más.

—Inéééééés.

Marta me saca de mi estado de letargo para anunciarme que se va a casa de sus padres a celebrar la Nochebuena. Gonzalo y Blanca lo pasan con los padres de ella, por lo que saldrán más tarde. Guille empieza a llorar en cuanto Marta coge a Gabriela en brazos porque no quiere separarse de su prima. Gonzalo es rápido y coge a su hijo para acunarlo y consolarlo. Diosa, es un padrazo, aunque eso ya lo sabía yo incluso antes de que Blanca se quedara embarazada.

—Os dejo solas mientras calmo al pequeñajo —nos anuncia.

—Suerte con el monstruito.

—Joder, pequeña delincuente, no llames así a nuestro hijo.

—Y tú no digas palabrotas delante del niño.

Gonzalo pone los ojos en blanco y desaparece por el pasillo. Me siento en el sofá, todavía rondándome Ulises por la cabeza. Cuando me quiero dar cuenta, Blanca ha abierto la botella de champán que nos bebemos religiosamente todos los años y me ha puesto una copa en la mano. Es nuestra tradición: quedar un rato antes de la cena de Navidad para brindar y darnos los regalos antes de irse cada una con su familia.

—¿A qué hora te vas a casa de tu padre?

Echo un ojo a la hora del móvil y, por qué no confesarlo, me detengo también a comprobar si tengo más mensajes de él.

—Tengo una hora todavía. ¿Nos damos los regalos? —pregunto recuperado la ilusión de este día, porque es de mis favoritos del año.

—Amiga, primero el drama y el premio de consolación, después. Has hecho pedazos el tris, ¿verdad?

Sin rodeos. Bien. Por fin puedo explotar teniendo a alguien enfrente que recoja mis cachos.

—No. —Niego con la cabeza—. Lo he convertido en polvo. En puto polvo, pichurrina. Me he enamorado de él como una tonta. Y sabíamos que iba a pasar. Era cuestión de tiempo. No sé por qué lo he alargado tanto para llegar al mismo resultado.

—Lo sé, cielo. —Blanca me da un suave apretón en el muslo—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Se lo vas a decir?

¿Se lo voy a decir? ¿Servirá de algo? ¿Me dirá que él también de mí? ¿Que le gusto, aunque sea? Creo que si eso se pareciera aunque fuera un poquito a la realidad, Ulises y yo ya estaríamos liadísimos, ¿no? Desde ese puto primer beso que me dejó los rizos del revés. O quizá lo deseo con tantas fuerzas que me estoy perdiendo algo importante sobre él. ¿Y si es asexual? No, no, descartado. Su erección la sentí bien pegada a mí cuando me besó. ¿Entonces por qué no se ha dejado llevar conmigo? No creo que su encorsetamiento lo tenga tan arraigado. Y, maldita sea, siento la imperiosa necesidad de que me lo cuente, que me lo cuente todo. Que nos dejemos de secretos y medias verdades. De tirar piedras y esconder las manos. De jugar al pilla-pilla en el que siempre la ligo yo e intento alcanzarlo sin éxito.

Y me doy cuenta de que acabo de tomar una decisión.

—Sí, se lo voy a decir. Estoy harta, pichurrina, ya lo sabes. No quiero más distancias, ni ocultar lo que siento, ni disimular, ni medir mis movimientos. Quiero enamorarme y gritarlo, ¿comprendes? Quiero gritarle a Ulises a la cara que…

Me detengo. No. Me guardo el discurso para cuando lo tenga delante. Decírselo a Blanca no sirve para nada. Ella me sonríe como solo lo hace una amiga que te sabe leer a la perfección.

—Lo entiendo. A él primero, ¿no?

—A él primero. —Hago una pausa—. Quiero que me quieran, Blanca. Quiero que sea correspondido por una vez.

Necesito intentarlo. No puedo ni quiero quedarme con la duda. La decisión está tomada. En cuanto vuelva a Madrid, voy a poner mi corazón en sus manos y que sea lo que la Diosa quiera. Puede que me tenga que buscar otro lugar para vivir y dejar el trabajo. ¿Me preocupa? Una barbaridad, la verdad, el dinero que tenía ahorrado se va agotando y apenas llevo tres meses trabajando con Ulises. Los libros de la universidad son caros, la matrícula es cara. Si me tengo que poner a buscar trabajo y alojamiento ahora, hago un agujero en la cuenta. Sobre todo, porque no voy a encontrar un alquiler tan barato como la birria que le pago a Ulises por su piso. Aun así, saldré adelante como pueda. Lo que no puedo hacer es dejar que esta bola crezca dentro de mí porque el día que explote, la onda expansiva podría cargarse todo lo bonito que conozco.

42
Lo jodí todo

Ulises

Madrid
6 de enero (tarde)

¿Las decisiones que tomamos definen quiénes somos? ¿O son las circunstancias? ¿O una mezcla de ambas? ¿Y si lo que nos define es nuestro carácter de mierda? Porque no nos engañemos, todos tenemos un carácter de mierda en algunas ocasiones. El caso es que me acojona la decisión que he tomado y me siento un miserable. Inés regresa mañana y no quiero alargar el momento. Sin embargo, las palabras de Lucas no paran de retumbarme en la cabeza desde Navidad. ¿Y si siempre he estado equivocado? ¿Y si me he obcecado en una realidad que solo estaba en mi cabeza por miedo a volver a sentir y a que me rompan otra vez? ¿Y por qué si tantas dudas me asaltan no soy capaz de dar marcha atrás? Estoy a tiempo. Tengo un día entero para cambiar de decisión mil veces y, sin embargo, sé que no lo voy a hacer. Mamá tenía razón. Soy tan de ideas fijas como ella. En resumen: estoy jodido. Ni siquiera he sido capaz de contarle a mi hermana nada de esto porque una de dos: o me muele a hostias por ser un gilipollas o me encierra para que no dé pasos hacia un pasado que puede hacer tambalear mi presente.

El sonido de una llave intentando entrar en la cerradura de la puerta de casa me pone en alerta. ¿Qué cojones?

—¿Pocholito?

No puede ser. No. Puede. Ser. ¿Y a mí por qué la vida me odia? Se supone que tenía un día más para rumiar mi plan de mierda. Y ahora, Inés se presenta en casa un día antes y me jode los planes. Bueno, no sé de qué me sorprendo si siempre lo hace.

Sus rizos entran en el salón junto con su sonrisa. Percibo algo diferente en ella desde la última vez que la vi hace un par de semanas. No sé qué es. Parece…, ¿más liberada? Quizá estos días le hayan ayudado a reflexionar sobre la universidad y haya tomado una decisión al respecto. No lo sé. Lo único que sé es que siento presión en las costillas y que el aire no me entra en los pulmones por lo que voy a hacer.

—Ey, aquí estás. —Parece que la sonrisa se le va a salir de la cara y me siento todavía peor.

—Aquí estoy. —Sentado en una butaca de la isla de la cocina con una cerveza delante. Lo sé, muy mala idea—. Pensaba que volvías mañana.

—Ya. Sí. —Se esconde un rizo detrás de la oreja como si… Un momento, ¿Inés está nerviosa?—. Me apetecía volver antes. Echaba de menos estar en casa.

Puffff.

Retiro la mirada de ella. No puedo enfrentarme a sus ojos. Que considere esta casa su casa, como si siempre lo hubiera sido, me mata por dentro. Porque va a dejar de serlo en cuanto

sea capaz de poner los huevos encima de la mesa y hablar con ella.

—Me iba a esperar a la cena o a las palomitas, pero es que no me aguanto.

—¿Qué? —Estoy confundido.

—Dejo la maleta en la habitación y vengo corriendo.

Desparece por el pasillo sin que yo pueda replicarle. Ha corrido como una exhalación. Doy otro trago a la cerveza. Y otro. Y otro. Hasta acabármela. Sabía que esto iba a ser difícil, lo había interiorizado y, sin embargo, no se compara con nada el dolor que siento con lo que me había imaginado. Y todavía no he hablado.

—¡Ya estoy!

Dios, ¿por qué está tan contenta? Hubiera sido más fácil que llegara con morriña de su casa. No, joder, no. ¿Qué cojones digo? El caos de mi cabeza no me deja pensar con claridad. Y yo no suelo tener caos en mi cabeza. Se ha instalado desde que Inés ha entrado en mi vida. Si estuviera triste sería mucho peor. En realidad, da igual su estado de ánimo, la voy a decepcionar igual.

—Los Reyes Magos han dejado un regalo para ti debajo de mi árbol.

Inconscientemente, miro de reojo nuestro árbol de Navidad. Ese que se empeñó en plantar en mi casa, a pesar de mis reticencias y de que ninguno de los dos iba a estar el suficiente tiempo aquí para disfrutarlo. Enseguida me doy cuenta de que no se refiere a nuestro árbol.

Centro de nuevo la atención en ella. A pesar de que el brillo de sus ojos no se ha apagado, su expresión denota confusión. Es imposible que no se haya dado cuenta de que mi actitud es esquiva y distante. Y es que me siento como si estuviera viviendo mi vida desde fuera, como si no pudiera centrarme y estuviera rodeado de nebulosa.

Lo más gracioso de todo es que yo también le he comprado un regalo a ella. Nada ostentoso, es una tontería, en realidad, pero no pude evitar acordarme de Inés al verlo. Sabía que le encantaría ese kit *vintage* para hacer café. Tiene todas esas mierdas que le gustan a ella y un montón de tipos de cafés diferentes. Y es más gracioso todavía que lo compré con la decisión ya tomada. Si es que muy inteligente no soy, no.

Inés me tiende una bolsa plateada y vuelve a dedicarme una sonrisa preciosa. Alargo la mano por inercia y miro dentro. El papel de regalo es indescriptible. Levanto la vista hacia ella de manera burlona. A pesar de todo, sabe hacerme reír incluso cuando no tengo ningún motivo para ello.

—¿En serio? ¿Papel de regalo de LEGO?

—Pues todavía no has visto nada. Ábrelo.

Rasgo el papel con miedo, pero también con una pizca de ilusión. Porque, al igual que es bonito que alguien se acuerde de ti como para enviarte un mensaje, lo es que compren un regalo pensando en ti.

—¿Me estás vacilando, Inés? —Tengo que contener una carcajada, a pesar de todo.

—Para nada. Con los regalos yo nunca bromeo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer yo con esto?

—¿Hacerlo? —replica en un tono irónico como si me hubiera vuelto gilipollas y no supiera lo que es un puzle—. Tiene un trillón de piezas, así que tienes para rato.

—Me causa mucha curiosidad saber en qué momento pensaste que me iba a gustar un puzle.

—No he pensado que te fuera a gustar. He pensado que te puede venir de perlas para entrenar la poca paciencia que te gastas. Para que aprendas a perder el tiempo en algo cuyo único fin es acabarlo. Sin más pretensiones. Para que te enganches tanto que se te pasen las horas sin

darte cuenta. Me pareció una buena idea utilizarlo como una fase más de mi misión.

Tengo que cerrar los ojos muy fuerte. Mucho. Porque sería capaz de echarme a llorar. Me siento un miserable. Tengo que decirlo. Tengo que hacerlo ya.

—Inés, ven, siéntate. Tengo que hablar contigo.

Ni siquiera va a intentar hacerse la tonta. Inés es buena leyéndome y sé que sabía que pasaba algo en cuanto ha asomado la cabeza por el salón. Ha intentado aparentar normalidad para ver si yo hacía algún movimiento. Ahora se lo acabo de confirmar. Me sigue dando miedo que nos conozcamos tanto.

Ella obedece y se sienta frente a mí con una expresión seria. No tengo un discurso pensado. Por una vez, aunque mi objetivo es claro, no tengo planeado cómo hacerlo. Pensé que tenía un día más, aunque en realidad sea una excusa de mierda porque creo que mañana habría estado en la misma situación. Sin saber qué decirle. ¿Le digo la verdad? ¿Miento para no quedarme expuesto?

—Tú dirás. —Su tono es duro, aunque percibo un toque de inseguridad en él.

—Siento mucho tener que hacer esto, Inés, de verdad. Pero te tengo que pedir que busques otro sitio para vivir.

—¿Qué? —Se le quiebra la voz y ya me estoy arrepintiendo de todo—. ¿A qué coño viene esto ahora? Joder, Ulises, ¿sabes la putada que me haces?

—Lo sé y lo siento. Pero… —Y el lado incorrecto y cobarde de mi cerebro elige la mentira—. Me he dado cuenta de que ya no quiero compartir piso. Echo de menos la soledad de la que renegaba antes.

Me atrevo a enfrentar su mirada y no sé ni cómo. La suya es condescendiente, como si supiera que le estoy mintiendo en la cara. También veo algo de rabia y frustración en ella. Como si se muriera por decirme muchas cosas, pero se las estuviera tragando una a una. Como si no mereciera la pena replicarme.

—No tiene que ser ya mismo, ¿vale? Ni próximamente. Puedes quedarte hasta que encuentres otra cosa, por supuesto. No hay prisa —continúo ya que ella no dice ni una palabra.

—Vaya, qué considerado. —Suelta una carcajada seca que me pone los pelos de punta. Su cara se crispa mientras asimila que le acabo de pedir que se vaya de nuestra casa. Porque ya lo es, a pesar de todo—. Tiene cojones que hayas sido capaz de actuar conmigo tan normal estos días cuando, conociéndote, lo tendrás planeado desde hace ni se sabe.

Se levanta del taburete y se lleva las manos a las caderas. Después, se retira los rizos de la cara con casi furia. Está enfadada y lo entiendo.

—Inés, sé que esto es una putada para ti. No sabes cuánto lo siento, pero quiero que sepas que aquí en Madrid me vas a tener siempre. Para lo que necesites.

Ahora se ríe más fuerte, pero con una amargura que hace que algo me reviente por dentro. Y sé que he sido un iluso al pensar que podíamos mantener la amistad después de esto. Al menos, no ahora. Está muy cabreada.

—Sigues siendo un puto cobarde, Ulises —me echa en cara y a mí se me para el corazón. Voy a acabar tatuándome esa palabra, para que no se me olvide que debo de dejar de serlo—. ¿Sabes? Si me creyera algo de lo que me estás contando, todo estaría bien. Aceptaría que es lo que necesitas y no me quedaría otra que apechugar. Lo entendería. Pero me estás mintiendo en la puta cara y por ahí no paso. Así que voy a coger mi maleta y te voy a mandar a la mierda en este mismo momento. Porque esperaba más de ti y creía que nos merecíamos más que una puta mentira.

Parece que se le van a escapar las lágrimas de un momento a otro. Después de sus

palabras, mi corazón se ha roto en pedazos y yo sí que no puedo evitar que una lágrima me abandone. La retiro con rapidez. No siento que tenga el derecho a derramar lágrimas.

No puedo hacer esto. No puedo dejar que se vaya odiándome por haberle mentido. Tiene razón, nos merecemos mucho más que eso. Por mucho que no pueda quererme como yo la quiero a ella, nos merecemos más por todos estos meses en los que, al menos, hemos sido amigos. Me toca ser sincero de verdad, aunque me quede expuesto; aunque duela.

—Tienes razón. Te estoy mintiendo y no es justo. Yo no soy así. —Alzo la mirada para conectar con sus ojos y que vea que esta vez es verdad. Que soy yo a pecho descubierto. Que es de las pocas veces que permito que me vean así—. Lo cierto es que no soporto mirarte y seguir escondiendo lo mucho que te deseo, Inés. Que no soporto cruzarme contigo en el pasillo, en el baño o en la puta cocina y no arrinconarte y tocarte como quiero hacerlo desde hace meses. Que tampoco soporto que toda la casa huela a ti y no poder aspirar tu olor de tu propio cuello. Que me gustan tanto todas nuestras rutinas que me tientas a pedirte que te quedes para siempre. Que he perdido la cabeza por ti, Inés, y me mata saber que es imposible que pase algo entre nosotros.

Ya está. Me he vaciado y lo peor es que no me siento más ligero. Y que a Inés se le estén escapando las lágrimas tampoco ayuda.

—¿Y la conclusión a la que has llegado es que me tengo que ir de tu casa? Guau, Ulises, pensé que no podrías decepcionarme más, pero qué va. Te superas cada vez que abres la boca.

—Por favor, entiende que es difícil para mí —suplico. Necesito que me entienda y no me odie. Sobre todo que no me odie, por muy egoísta que sea este deseo.

—Ahora mismo, no me pidas que entienda nada. Ya no es por el hecho de que me eches de tu casa. Es que has dado por sentado muchas cosas. Y en todas estás equivocado. Has preferido mentirme a ser sincero desde un principio. Estoy harta de todo esto. Estoy harta de… —se detiene y recula—. Mira, da igual. Me voy porque es posible que la próxima vez que abras la boca, sienta ganas de calzarte una hostia.

Me deja noqueado. ¿En qué se supone que estoy equivocado? ¿Qué he dado por sentado? Mi cabeza no deja de pensar y buscar, pero el deseo que predomina es que no quiero que se vaya así.

—Inés…

—Que no, Ulises. Ahora estoy muy cabreada contigo. Mucho. No te haces una idea. Ya vendré a por el resto de mis cosas. —Camina hacia el pasillo, pero antes de llegar, se da la vuelta —. Por cierto, ¿sigo conservando el trabajo o como no soportas verme me despides? Estaría bien saberlo, por si tengo que prostituirme en Montera.

—Joder, Inés, no digas eso. Por el trabajo no te preocupes, lo sigues conservando. Sería decisión tuya irte o quedarte.

Nunca pensé echarla del trabajo. Una cosa es verla unas pocas horas en el estudio y otra seguir compartiendo espacio vital con ella. Tenía la esperanza de poder tener una buena relación, pese a todo. Y me mata ver a Inés así. Nunca habíamos tenido una discusión tan gorda. Me siento desubicado. Estoy destrozado.

—Me lo pensaré. Ahora me voy.

—Pero ¿a dónde vas a ir?

—¿Acaso te importa?

—Pues claro que sí, Inés. Te acabo de confesar lo que siento por ti, claro que me importa. Quédate, de verdad. Ya te he dicho que no tiene que ser ahora mismo. No te vayas así.

—Ya, pero es que la que no soporta mirarte ahora soy yo.

Se aparta con rabia las lágrimas de la cara, desaparece por el pasillo, intuyo que en busca

de sus cosas, y pega tal portazo que retumban las paredes. Ni siquiera ha mirado atrás. Yo no he podido moverme en todo el rato del taburete, como si me hubieran pegado el culo con pegamento del extrafuerte. No sé cuánto tiempo me quedo ahí sentado con la mirada fija al último sitio donde estaba Inés. No sé cuánto tiempo pasa hasta que rompo a llorar como un niño por haberla perdido.

Lucas tenía razón, la iba a perder de todas maneras. Pero ¿qué opción me quedaba? Por más vueltas que le he dado, no he visto otra solución posible. Ni siquiera admitiendo mis sentimientos me ha desmentido que lo nuestro no fuera posible. No ha dejado ni una pequeña rendija abierta a esa esperanza. Un: «pocholito, yo también siento todo eso por ti, pero ahora mismo estoy cabreadísima contigo». Hasta eso me habría valido. Sin embargo, no ha habido nada.

Y de las cosas que más me matan por dentro y que nunca pensé que me fuera a pesar así, es que no voy a volver a escuchar su voz llamándome «pocholito». Me tengo que quedar con el recuerdo de la última vez que lo ha hecho: justo antes de joderlo todo con ella.

43

Nos hemos quedado en la nada

Inés

6 de enero (noche)

La decepción es mucho más difícil de llevar que el cabreo monumental que me abrasa el cuerpo o un corazón roto. Es un sentimiento más pegajoso, más hondo, más difícil de superar. Porque el cabreo se enfría y el corazón roto se reconstruye, quizá no a su estado original, pero se reconstruye.

Y yo…

Yo tengo mucho de las tres cosas ahora mismo. Diría que la que más pesa ahora mismo es el corazón roto. Porque Ulises ha ensartado mi corazón como un pincho moruno, lo ha masticado y se lo ha tragado. No he parado de llorar desde que he salido por la puerta. No sé cómo he podido siquiera dar dos pasos sin matarme porque las lágrimas no me dejan ver nada.

Yo me había bajado del AVE ilusionada. Me moría por verle y que me recibiera como siempre lo hace: con esa euforia un poco exagerada que tanto me gusta. Sin embargo, supe que pasaba algo en cuanto me asomé al salón. Disimulé para ver hasta donde llegaba y, también, porque quería que la intuición que tenía no se cumpliera. Quería confesarle lo que siento por él. Quería contárselo todo. Y me he dado con la puerta en las narices, literalmente.

El frío de enero me corta la cara y la humedad por las lágrimas no ayuda. La gente me mira por la calle con preocupación y creo que también con un poco de miedo. Se suele tener miedo a lo que no se sabe y ver a una desconocida llorar hace que se les dispare la imaginación, para mal.

Y, con honestidad, me da absolutamente igual. Porque bastante tengo con seguir respirando, con controlar el dolor que siento en el pecho y con lidiar con mi cerebro y mi corazón porque tengo que olvidar a Ulises. Además de acarrear con todas las consecuencias que conlleva esto último, que no me atrevo ni a plantearme.

Ulises…

Sollozo más fuerte. Me duele. Joder, me duele muchísimo. Como hacía tiempo que no me dolía el amor. ¿Qué cojones? Nunca me había dolido así. Ulises ha sido esa persona en todo el planeta que marca la diferencia. Esa con la que nada lo sientes igual, a pesar de pensar que has estado enamorada antes. Con él siempre fue diferente. Y ahora me ha roto el corazón con su cobardía y su declaración en un momento de mierda. Porque de nada me sirve que sienta lo mismo por mí que yo por él si ha cerrado las puertas a todas las oportunidades. Y como el cabreo me ha dominado, me he ido sin pedirle ningún tipo de explicación. Bastante tenía con controlar la presión de mi pecho, el corazón roto, las lágrimas, la decepción, el dolor, el amor.

Callejeo con la maleta a cuestas por los alrededores, dejándome llevar por mis pies. El

resto de partes de mi cuerpo están entumecidas o quizá todo lo contrario, sobrecargadas de emociones. Y esa sobrecarga ha producido un cortocircuito en mí que no sé por dónde empezar a encontrarme.

Sin embargo, alzo la cabeza ante el edificio que tengo a mi derecha. Lo reconozco. A pesar de haber salido en la tele y en redes, sobre todo lo reconozco porque he estado aquí antes. Alguna vez he venido con él a dejar algo para Isla. Me debato medio nanosegundo en si esto es una bue… Espera. Mierda, ¿nanosegundo? Esto es culpa de todo el tiempo que he pasado con Ulises. ¿Y ahora cómo lo saco de mi maldito sistema?

Llamo al telefonillo. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que no quiera saber nada del tema porque voy a despotricar de su hermano? Pues cogeré mi maleta y ya veré. Pero ahora mismo no tengo otro lugar al que ir.

—¿Quién es?

—Diego, soy Inés. —La voz me sale estrangulada. Todavía no he sido capaz de serenarme desde que he salido de nues… de su casa—. ¿Puedo subir?

La puerta se abre sin que Diego diga nada más. Subo por las escaleras con la maleta a cuestas, pero ni siquiera me importa.

Él me espera apoyado en el marco de la puerta con el ceño fruncido. Es la primera vez que lo veo ¿sin ropa de calle? Va descalzo, con un chándal gris y una camiseta de tirantes blanca.

—Vamos, pasa, cielo.

Me interno con la maleta y avanzo hasta el pequeño salón-cocina. Isla está sentada en el sofá mirando en nuestra dirección. Su mirada es de absoluta preocupación y ¿culpabilidad? Mierda, claro, obviamente Ulises la ha llamado.

—Tu hermano es un gilipollas —espeto echándome a llorar de nuevo.

Diego me pasa el brazo por la espalda en una especie de abrazo para tratar de tranquilizarme. Las lágrimas apenas me dejan ver nada, pero siento que ellos dos se están comunicando con la mirada.

—Desde que nací se lo llevo diciendo. Pero esta vez se ha superado. Nunca había hecho algo así.

—Os dejo solas, ¿vale? Voy a trabajar un rato.

Se acerca a su chica para darle un beso en el pelo y se marcha por el pasillo, no sin antes dedicarme una sonrisa alentadora.

Me acerco al sofá y me siento junto a ella, secándome las lágrimas.

—Te lo ha contado todo, ¿no?

—Todo menos tu versión. Y créeme, la suya deja mucho que desear.

—El resumen es que me ha echado de su casa porque siente algo por mí. Porque eso le molesta y, por ende, yo le molesto. Y encima me miente de primeras. ¿Se piensa que soy estúpida? Pensaba que me conocía. Pensaba que nos merecíamos más. Pensaba…

—Inés, perdona que te interrumpa, pero estoy un poco confundida. Mira, no me gusta meterme donde no me llaman, pero da la casualidad de que tú sí has llamado a mi puerta y estamos hablando de mi hermano. No voy a defender lo que ha hecho, pero me veo en la obligación de interceder un poco por él, aunque sea rompiendo su confianza. Creo que os hago un favor a los dos y, además, es que si no lo digo, reviento. —Hace una pausa que hace que se me pare el corazón—. Inés, Ulises sabe que eres lesbiana.

Me quedo paralizada y detengo el brazo a medio camino. ¿Iba a limpiarme los mocos con la manga del jersey? Sí, tal cual. Estoy intentando procesar lo que acaba de decir Isla y, cuando la neurona líder de mi cerebro decide despertarse…

—¡¿Qué?! ¿Es una broma? —Isla niega con la cabeza muy seria—. ¿Y cómo coño ha llegado a esa conclusión?

—Eh…, por eso, por un coño. —Isla frunce el ceño como si se sintiera desubicada mientras continúa con su explicación—. El día que os conocisteis, bueno, el que nos conocimos todos, te vio besar a una chica mientras bailabas con ella. Y, la verdad, me está sorprendiendo mucho tu reacción porque parece… —Las lágrimas vuelven a caer por mis mejillas porque no me puedo creer lo que estoy oyendo—. Parece que te ha roto el corazón.

—Es que lo ha hecho —susurro—. ¿Por qué no me ha dicho nada en todo este tiempo? Ni siquiera cuando me besó.

—Pues porque mi hermano acepta a todo el mundo tal como es. No te iba a preguntar por tu sexualidad después de lo que vio. Lo asumió. Pensó que con esa información, vivir juntos sería pan comido. Y se ha equivocado a lo grande.

—Se ha equivocado en muchas más cosas, créeme, porque yo no soy lesbiana.

Isla empieza a boquear sin saber qué decir. Su cara de estupefacción me haría gracia si tuviera ganas de reírme.

—¿No lo eres?

—No. Bueno, a ver… Mira, da igual. Es una historia demasiado larga que ya te contaré en su día, pero lesbiana como tal no soy.

Abre la boca en una «o» gigante y sus ojos parece que van a salírsele.

—Me cago en la puta.

—Sí. —Sonrío sin ganas—. Yo también. Por lo visto, llevamos meses haciendo el gilipollas, ¿no?

—Mi hermano el primero.

—Hoy estaba dispuesta a decirle todo lo que siento por él, ¿sabes? —le cuento—. Pero ahora…, no sé. Estoy tan decepcionada. Y lo siento, porque es tu hermano, pero, por muy confundido que estuviera, me ha roto el corazón.

Sollozo sin poder evitarlo. Lloro por todo lo que hemos tenido al alcance de la mano todo este tiempo. Ahora entiendo muchas cosas, pero eso no quita que, a la hora de la verdad, decidiera relegar la relación que teníamos a la altura de una mierda de la calle y hacer las cosas al revés. Que él sienta lo mismo no me consuela. No me alivia. No hace que el corazón me duela menos.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? Prometo organizar mi vida mañana, pero es que no tengo adónde ir.

Isla me abraza y me siento un poco más reconfortada.

—Puedes quedarte todo lo que quieras. No te preocupes por eso.

Me levanto para ir al baño a asearme. Con tanta llorera, siento el rostro congestionado. Me miro al espejo y, lejos de horrorizarme, me veo más yo que nunca. Me considero una tía bastante segura de sí misma y con una intuición que a veces me gustaría no tener. Sabía que algo raro pasaba con él. La pieza que no me encajaba en mi historia con Ulises encaja por fin, aunque no como me hubiera gustado. Ahora tengo todas las respuestas y no me satisfacen. Sin embargo, hoy solo tengo ganas de ser vulnerable y llorar. Porque, como dije unos capítulos atrás, habríamos sido una complicación preciosa y nos hemos quedado en la nada.

44

Nuestra casa

Ulises

—No estoy para otra bronca, Isla, ¿vale?

—Calla y escucha. Inés está aquí.

Me incorporo del sofá como si algo me hubiera pinchado en el respaldo. Después de una llamada bastante dura con mi hermana, pasé a sentarme en el sofá a rumiar una y otra vez todo lo que Inés y yo nos hemos dicho. Ahora se me ocurren mil formas diferentes de haberlo hecho. De haber intentado que el daño fuera lo menor posible. De haber sido sincero desde el principio.

—¿Ahí? ¿En tu casa?

—Sí.

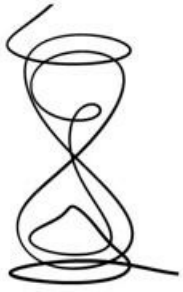
Menos mal. La preocupación me estaba matando. Me angustiaba no saber dónde iba a pasar la noche ni con quién o si le pasaba algo. He tenido el teléfono en la mano para llamarla como diez veces, pero es que sabía que no me lo iba a coger.

—Bien, bien —digo con alivio—. Ahí estará a salvo, al menos.

—Quiero que vengas cagando leches a mi casa y arregles lo que acabas de joder. Si es que ella te lo permite. Es que sigo flipando mucho contigo. Tú más que nadie sabes lo que es que te dejen el corazón hecho trizas por una mentira. Hermano, eres el hombre de mi vida y te quiero más que a nada, pero…

—Por favor, no empieces otra vez, ya me ha quedado clara tu opinión. No sé qué puedo hacer. Las cosas no van a cambiar, Isla, e Inés está lejos de perdonarme.

—Ahora es cuando te revelo el gran secreto que va a hacer que muevas el culo hasta aquí pero ya: Inés no es lesbiana. ¡Sorpresa! Así que deja de llorar y de lamentarte ya mismo y arréglalo.



El deporte me gusta lo mínimo. Me mantengo en forma porque me gusta cuidar mi aspecto y

porque el dueño del gimnasio al que suelo ir (menos de lo que me gustaría) es un amigo. Pero no me encanta correr. Tiene que haber una razón de peso para que yo eche a correr. Y, esta vez, el crujir de mis rodillas cuando mis pies chocan contra la acera tiene la mayor de las razones para mí ahora mismo.

Mi hermana me abre el portal sin necesidad de comprobar que soy yo. Siento que vuelo mientras subo las escaleras porque me puede la anticipación. Necesito verla, necesito olerla, necesito tocarla. Y esta vez tocarla de verdad.

—Pasa.

—¿Por qué susurras?

—No sabe que te he llamado. No quería que se fuera si llega a saber que venías.

Asiento sin decir una palabra. Mi cabeza solo puede pensar en ella. Sigo a mi hermana hasta el salón, donde Inés está sentada en el sofá vestida con un pijama de raso negro. Tiene una bola de papel arrugada en la mano y la vista fija en la televisión. Cuando se percata de nuestra presencia, la mirada se le entristece por unos segundos, aunque acaba dominando el enfado.

—Antes de que me eches a los leones, sí, lo he llamado para que habléis. Tenéis mucho que deciros y he traicionado la confianza de ambos por el bien común. Así que, por favor, ya sea aquí o en vuestra —enfatiza esta palabra— casa, deciros de una vez lo que lleváis meses callando.

Isla desaparece y se mete en su habitación. Me quedo congelado en los ojos de Inés porque quiero que vea en los míos la determinación. Si es verdad lo que ha dicho Isla, ahora tengo… tenemos todas las oportunidades. Y se me revoluciona la sangre de la anticipación.

—Hola.

—¿Por qué has venido, Ulises? —pregunta con cansancio en la voz—. Hoy no puedo con más decepciones, de verdad que no.

Ha llorado. Mucho. Tiene el rostro congestionado. Y me siento como el culo porque es culpa mía. Pero ahora mismo no puedo recrearme en mi malestar, sino en volver a casa con ella.

Soy una persona obsesionada con el tiempo. No tiene ningún sentido a estas alturas negarlo, no me gusta perderlo. Pero tampoco soy una persona que piense mucho algunas decisiones que toma; supongo que está relacionado con lo anterior, yo que sé. El caso es que hay cosas que me nacen de dentro, como esto que estoy a punto de hacer.

Acorto en dos grandes zancadas la distancia que nos separa, acojo su rostro entre mis manos y pego su boca a la mía, por fin, sin ningún tipo de duda. Y me recreo en el sabor de sus labios y de su lengua, que me recibe dispuesta a dármelo todo después de la sorpresa inicial. Me estoy deshaciendo como hacía años que no me sentía en la boca de una mujer. Pero es que Inés no es una mujer cualquiera. Sus rizos me acarician la cara y mi escasa barba roza su mandíbula. Y es jodidamente perfecto. Es como tenía que ser. Como siempre imaginé que sería entre nosotros. Deslizo las manos por sus curvas, recorriéndola sin miedo porque quiero demostrarle con todo mi cuerpo y mi boca que estoy tan enamorado de ella que no pienso volver a nuestra casa si no es juntos de la mano. O con ella enredada en mis caderas, lo que sea.

—No, no, no, Ulises. No me hagas esto ahora —Separa nuestros labios con renuencia, como si en realidad le costara.

—Perdóname, Inés —susurro y junto nuestras frentes—. Por favor.

La carcajada seca, bajita y triste que suelta su garganta me rompe. Me siento como si hubiera perdido las piezas clave del puzle que soy. Y me acuerdo de su regalo de navidad. Ese del que me he reído, pero que, en realidad, ha sido un regalo perfecto. Muy de ella. Muy de nosotros.

—No sé qué decirte. He estado horas dándole vueltas a todo. Me he preguntado si ese instinto del que tan orgullosa estoy solo me falla contigo o es que en realidad no lo tengo. Me he preguntado si estaba todo en mi cabeza o si realmente compartíamos mucho más que una casa. Me he vuelto loca, Ulises.

—Todo lo que creo que te ha dicho tu instinto era verdad. Es verdad. El único que la ha cagado a lo grande soy yo. Pensaba…

—Que era lesbiana, ya, me lo ha contado Isla.

—Te vi…

—Sí, también lo sé. Me viste enrollarme con una tía aquella noche. Podría explicártelo, pero ahora mismo no me apetece una mierda.

—¿Y qué es lo que te apetece?

Nuestras frentes no se han separado en todo este rato y, no sé ella, pero yo he mantenido los ojos cerrados por miedo a abrirlos y que todo se vuelva a desmoronar.

—Que me vuelvas a besar y que lo hagas todos los días a partir de ahora. Pero sigo enfadada contigo. Me has hecho daño.

Suspiro nervioso, todavía con los ojos cerrados. Dios, creo que debería abrirlos porque todo me parece un sueño, pero a la vez no soy capaz. Hago amago de disculparme de nuevo, de explicarme, pero algo me detiene a mitad de camino.

—Torbellino, ¿por qué tiemblas?

—Porque me pones nerviosa. Y te odio por ello.

Esbozo una sonrisa que me parece casi imperceptible, apenas levanto la comisura de la boca. Qué interesante.

—¿Soy esa tercera cosa que te pone nerviosa y que nunca has querido confesarme? —bromeo para intentar apaciguar su enfado.

—Desde el primer maldito día que te conocí, pocholito.

Algo me explota dentro del pecho al oírla llamarme así, de nuevo. Respiro con dificultad y siento que el corazón se me va a salir. Puedo sentir los latidos en mis sienes y es imposible que Inés no lo esté oyendo también. Y no me importa, de hecho, quiero que lo sienta, por lo que cojo su mano y la coloco sobre mi pecho.

—¿Lo notas? Es por ti, Inés. Siempre late así por ti. Siento muchísimo todo lo que he liado en las últimas horas. Siento no haber sido sincero desde un primer momento. Temía tu rechazo. Siempre pensé que era imposible que tú sintieras lo mismo que yo estaba sintiendo por ti y he estado frenándome durante meses. Menos aquel día en casa de tu padre, que no pude contenerme. No paraba de repetirme que lo nuestro era imposible, por eso hui. Me habría matado que me dijeras a la cara que eras lesbiana y que no sentías nada por mí.

—Eso no habría ocurrido.

—Ya, pero yo no lo sabía. Y no me atreví a preguntar.

—Yo tampoco dije nada por miedo a tu rechazo. Siempre he tenido la sensación de que alguien rompió tu corazón y que por eso… —No termina la frase, pero tampoco hace falta porque sé lo que quiere decir.

Nos muevo para poder sentarnos en el sofá y poder contarle esta historia. Necesito dejar de sentir que las piernas me flaquean.

—Solo he tenido una novia en mi vida, ¿sabes?

—¿Lau? —pregunta con cautela y yo asiento. Me doy cuenta de que «Lau» fue lo único que escuchó de aquella conversación en el coche con Sara.

—Laura.

Un maldito nombre que ha rebotado dentro de mi cuerpo durante demasiado tiempo. Le cuento nuestra historia. La de los tres. Como fuimos inseparables durante años y como acabé con un puñal clavado por la espalda, pero a la altura del corazón. Que ahora son una familia, que tienen niños y que, a pesar de todo, solo me duele haberlos perdido porque no tengo recuerdos de la infancia sin ellos.

—Pero Laura ya no me duele. ¿Y sabes cuando me di cuenta? —No dejo que me responda—. Cuando los vi en el pueblo este verano y el corazón solo se me aceleró al recibir un mensaje tuyo. No fue por ellos, fue por ti. Entonces comprendí que lo que me dolía era haber perdido parte de mi infancia y que me estaba enamorando de ti como un loco. Quizá lo estuviera ya, pero me costó un poco más reconocérmelo a mí mismo.

Esta vez es Inés la que se deshace de la distancia de nuestras bocas y me besa, librándose una guerra entre nuestras lenguas, como si estuvieran luchando por ganar no sé qué mierda de premio. Pero es así, estamos luchando por comernos y yo no puedo más. Le agarro el trasero y la obligo a sentarse en mi regazo. Dios, sí, justo como llevo meses queriendo tenerla. Aunque no me es suficiente. La coloco justo en el punto preciso para que note mi erección en el centro de su entrepierna. Quiero volverla loca. Quiero saber cómo gime. Quiero…

Un carraspeo bastante grave hace que nos separemos lo justo para mirar en su dirección.

—Me alegra que hayáis hecho las paces y todo eso. En serio. Me alegra un huevo. Pero, por favor, tenéis una casa propia para follaros a lo bestia si queréis. ¿Nos devolvéis nuestro salón?

Pobre Diego. Estoy seguro de que mi hermana lo ha enviado para comerse el marrón de mandarnos a nuestra puta casa. Ni siquiera he sido consciente en este rato de dónde estaba, solo me importaba ella.

Salimos como alma que lleva el diablo de la casa de mi hermana cogidos de la mano. Isla y yo apenas vivimos a unas calles de diferencia, pero siento que el camino se va a hacer muy largo. Cuando hemos andado unos cuantos metros, la arrastro hacia un callejón y la apoyo contra la pared para volver a comerle la boca. Inés no para de hacer ruiditos de excitación cada vez que mi mano se coloca intencionadamente en su trasero y se lo aprieto. Ella intenta hacer lo mismo con mi cuerpo, pero es enero y el jersey y el abrigo no se lo permiten todo lo que ella querría, así que se frustra y sigue emitiendo ruiditos que me ponen la polla como el cemento armado.

Dios, llevo más de medio año aguantándome estas ganas. No puedo más, pero no va a ser aquí.

—No sabes las ganas que te tengo, pero no voy a hacerlo contigo en este sitio mugriento. Vámonos a casa.

—¿Todavía es mi casa?

—Siempre será *nuestra* casa, torbellino.

45

El sexo tiene su nombre a partir de ahora

Inés

Me pesan las bragas. Me pesan mucho, no voy a andarme con remilgos ahora. Mentiría si dijera que no estoy deseando que Ulises meta sus preciosas manos en ellas y me alivie de una puta vez. Porque no puedo más. He aparcado a un lado todo lo que estoy sintiendo, todo lo que me muero por decirle y todo lo que ha hecho que me enfade porque necesito que me folle. Repito, no voy a andarme con remilgos. Llevo meses fantaseando con este momento y, ahora mismo, que Ulises me folle está lo primero en mi lista de prioridades.

Ulises casi se carga la puerta de casa al intentar entrar. Consejito: no intentéis meter una llave en una cerradura, intentéis girarla y abrir la puerta a la vez mientras hacéis *petting* con otra persona. Se ha metido una buena hostia en el hombro, casi parte la llave y casi desencaja la puerta del marco. Hubiera sido toda una proeza digna de contar. Por suerte, hemos conseguido entrar sin altercados; eso sí, los vecinos del rellano seguro que tienen material de masturbación para unos cuantos días.

Cuando estamos a salvo dentro de nuestra casa, nos dirigimos al salón sin despegar nuestras bocas, donde nos deshacemos de los abrigos, los zapatos y parte de la ropa que empieza a estorbarnos.

—Te quiero encima de la isla de la cocina. Ya.

Diosa, es mandón en el sexo. Qué burra me pone.

Obedezco, pero me deshago de los pantalones de camino a donde me ha indicado, contoneándome para provocarlo.

—Me estás poniendo enfermo. Más si cabe.

—Me das una pena… —me burlo, me subo a la encimera y dejo las piernas abiertas todo lo que me dan de sí.

Solo me queda puesta la parte de arriba del pijama y las braguitas. Ups, sí, he salido de casa de Isla con el pijama y el abrigo. No había tiempo de vestirse. Hace menos un grado en la calle y yo siento que aquí dentro estamos a doscientos. O a lo mejor soy yo, que estoy ardiendo por culpa de este hombre. Ulises se acerca despacio. Se ha quitado su jersey gris, quedándose solo con una camiseta blanca de manga corta, se ha desabrochado el vaquero y puedo intuir su bóxer negro. Cuando llega a mi altura, apoya las manos en la encimera, acorralándome, y pega su nariz a mi cuello para aspirarme. Después, deja ahí un mordisco nada suave, pero que me pone como una moto. Me encanta el Ulises que estoy descubriendo ahora mismo. Es salvaje, descontrolado y fiero. Brusco, incluso. Y lo que me pone a mí un tío que me folle fuerte solo la Diosa lo sabe. Se separa de mí para ponerse de rodillas. Su cabeza queda justo a la altura de mi entrepierna. Ni hecho a posta. Somos la medida perfecta. Sus manos recorren mis piernas desnudas con una lentitud agónica y su boca se posa sobre la tela de mis bragas, justo en ese

punto que…

—OH, DIOSA.

—Repítelo —suplica sin despegar su boca. Debe de notar que mis bragas están empapadas.

—JODER…

—Voy a quitarte las bragas —avisa—. Parece que te pesan.

—Haz lo que te dé la gana, pero hazlo ya —suplico.

Mis bragas desaparecen en un pis-pas y me quedo expuesta ante su boca. Ulises deja besos perezosos en mis muslos hasta que finalmente sus labios chocan con los míos y siento que me corro en el acto. No es que esté haciendo nada diferente a lo que ya he hecho (pocas cosas me quedan por experimentar en el sexo), pero las ganas acumuladas hacen que esté a punto de perder la cabeza. Saca su lengua a pasear, rozando mi clítoris con parsimonia mientras que con sus dedos abre un poco más mis labios para tener acceso. Diosa, este hombre sabe lo que hace. Cuando se ha dado por satisfecho (o eso creo), sus dedos abandonan mi sexo… o no.

—Ulises, joder.

No puedo dejar de blasfemar. Debo de parecer una pirada pegando gritos de puro placer, pero es que no puedo hacer otra cosa.

—Necesito que gimas más alto mi nombre. Voy a meter otro dedo, ¿vale?

—Mete los que quieras. —La enajenación es lo que tiene, que te dejarías hacer cualquier cosa.

—Todo a su tiempo, torbellino. De momento creo que con dos puedo hacer que te corras en treinta segundos.

—No te eches tantas flooooreeees…

Justo mete otro dedo y he tenido que contenerme mucho para no dejarme ir. Pero sé que esta apuesta absurda la tengo perdida en cuanto empieza a mover sus dedos dentro de mí y su lengua vuelve a recorrer mi sexo. Mi cuerpo se deshace en miles de gotas de sudor, de excitación, de fluidos y empiezo a gritar su nombre como si así pudiera salvarme. Y lo único que hace es llevarme al puto infierno.

Sonríe triunfal cuando se incorpora. Los dedos que hasta hace nada estaban dentro de mí, se los mete en la boca, cerrando los ojos de puro placer. Eh…, mierda. ¿Cómo supero este polvo? No me la ha metido todavía y sé que va a ser uno de los mejores de mi vida.

—Me muero de ganas de follarte por detrás mientras estás apoyada en la encimera, pero necesito mirarte a los ojos la primera vez que esté dentro de ti.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para follarnos de todas las formas que se nos ocurra —apunto mientras le bajo los pantalones y el bóxer.

—Ya lo creo que sí.

Libero su erección y me detengo unos segundos a observarla. No está nada mal. Aunque me voy a abstener de hacer ningún comentario. Los hombres son un poco sensibles cuando se habla de su polla, eso es así. Y no hay término medio, o el ego se les sube hasta niveles estratosféricos o les creas el mayor trauma de su vida desarrollando un complejo de micropene que les cuesta superar. También me parece un poco absurdo calificar de «bonito» un pene. Spoiler: no son bonitos. Las vaginas tampoco me lo parecen, ojo. Las pollas son útiles, divertidas, cumplen una función. Pero bonitas, bonitas, pues qué quieres qué te diga.

—Para. Joder, para, Inés.

Uy, me he abstraído tanto en mis pensamientos que he empezado a bombear muy rápido de forma inconsciente. Por poco se me corre en la mano y no es eso lo que quiero. Necesito que

lo haga dentro de mí.

Como si me hubiera leído la mente, Ulises coge un condón de su cartera y me lo tiende.

—Hazlo tú.

Y obedezco porque una es muy bien mandada cuando le interesa. Una vez he desenrollado el preservativo sobre su erección, Ulises busca mi mirada y yo me pierdo en la suya llena de determinación y lujuria. Se agarra la polla con la mano derecha y busca mi entrada. Justo cuando está a punto de empujar hacia adentro, se detiene.

—Esto va a ser rápido. Estoy tan cachondo que no sé si me voy a poder contener.

—No lo hagas —susurro acercando mi boca a su oído buscando aumentar el erotismo de la situación—. Fóllame fuerte y nos corremos a lo bestia.

—Mierda —blasfema mientras termina de hundirse en mí de una sola estocada que me pellizca por dentro. Estoy muy lubricada, eso es así, pero hace tanto que nadie me la mete que creo que mi entrada ha empequeñecido.

Empieza a moverse con parsimonia primero, pero no tarda en perder el control y penetrarme como un loco. Este Ulises me gusta más que ninguno. No está pensando, no está midiendo constantemente el tiempo, solo se está dejando llevar por el instinto más primario: el placer. Me besa en la boca sin parar de moverse y yo siento el orgasmo otra vez muy cerca.

—Necesito que te corras. Córrete conmigo, torbellino. Mójame la polla.

Hay que joderse la boca tan sucia que tiene. Y cómo me gusta. Sé que es difícil mojarle la polla con el condón de por medio, pero entiendo el concepto. Busca ponerme al límite o ponerse a él mismo. Da igual, la cosa es que imaginármelo es el pistoletazo de salida hacia mi segundo orgasmo.

—Mierda, Inés, me corro.

Ulises corriéndose con la cabeza apoyada en mi frente y sus labios entre los dientes es lo más erótico y cerdo que he visto en la vida. Podría volver a correrme si no me hubiera dejado como la mantequilla.

Socorro.

¿Qué mierda acaba de pasar? He fantaseado mucho sobre cómo sería follar con Ulises. Créeme, mucho. Todos estos meses mi cerebro ha estado a tope imaginando cosas. Pero lo que no me podía imaginar es que Ulises consiguiera que el sexo solo lleve su nombre a partir de ahora.

Ulises

Si dijera que este es un polvo más, mentiría. Si dijera que no podría volver a correrme cinco segundos después de salir de ella porque está preciosa toda ruborizada después de lo que acaba de pasar, mentiría. Si dijera que no me acabo de enamorar más de Inés, mentiría.

—Ey, ¡este es nuevo!

Inés acaricia el dorso de mi mano, justo donde tengo el tatuaje del reloj de arena. Nos hemos acomodado en el sofá, desnudos de cintura para abajo, con una manta por encima. Yo, con la espalda apoyada en el reposabrazos; ella, recostada en mi pecho. Si estuviera más a gusto me moriría.

—Le pedí a Izan que me lo hiciera. Llevaba tiempo trabajando en el diseño y sentía que era justo ahora cuando tenía que grabármelo.

—¿Qué significa?

—¿Por qué crees que tiene un significado concreto?

—Una corazonada. —Me mira con suspicacia—. Tienes el cuerpo llenito de tatuajes, pero estoy casi segura de que todos tienen una historia detrás.

—Pues te equivocas. Hay algunos que me los hice solo por el simple placer de sentir la tinta dentro de mi piel. Como este. —Me levanto un poco la camiseta blanca, hasta dejar parte de mi vientre al descubierto, y señalo el ancla tatuado en el lado derecho.

Inés pasa el dedo con delicadeza por él, provocándome un escalofrío. Después, agacha la cabeza para besármelo.

—Un ancla parece un dibujo con significado.

—Pues no lo tiene. Fue un diseño que hice mientras estaba en el instituto y, como tenía mono de tinta, me lo tatué. Sin más.

—Bueno, pero no me has contestado a qué significa el reloj de arena.

Le retiro un rizo rebelde de la frente y la miro con ternura. Casi no me puedo creer que estemos así. Hace apenas unas horas tenía el corazón machacado por la decisión que había tomado y ahora me siento en un puto cuento de Disney, para mayores de dieciocho, eso sí.

—Es una forma de recordarme que todo es efímero y eterno a la vez.

—Vaya… —Se sorprende—. Y yo que pensaba que era por tu pequeña obsesión con el tiempo.

—No hay nada más efímero y eterno que el tiempo. Creo que tiene sentido.

Inés se incorpora para enfrentar nuestras miradas y acorta la pequeña distancia para dejar un suave beso en mis labios. Yo quiero alargarlo y profundizarlo más, pero ella me lo impide separándose unos segundos después.

—Lo tiene si para ti lo tiene.

Pasamos un rato más hablando de tatuajes. Le pregunto por los suyos, que sé qué tiene porque este verano ha sido un calvario verla con tan poca ropa. Me cuenta que su primer tatuaje se lo hizo a los dieciséis, así que en la parte izquierda de su vientre luce la triqueta de *Embrujadas*, ese símbolo que aparece en el *Libro de las Sombras* y que simboliza el poder de tres. Fue un homenaje a su madre, culpable de la pasión que siente Inés por la serie. Y no solo eso, sino que también simboliza la unión que tenían su madre, su hermana y ella. Las tres Evans.

—Me habría encantado hacer ese tatuaje. —Le beso el pelo como gesto de apoyo. Hablar de ella la ha apagado un poco.

El segundo tatuaje lo lleva en el brazo, justo encima del codo, y es una palabra: IMPOSIBLE. Le pega muchísimo, sobre todo porque me ha demostrado con creces que odia rendirse.

—No te vas a librar de pasar por mis manos. Me muero por tatuarte.

—Me pienso cobrar este ofrecimiento. Y no voy a pagarte ni un duro, que lo sepas. No me estoy tirando a mi jefe por nada.

Aprieto los dedos sobre su costado para hacerle cosquillas y castigarla un poco por su comentario.

—¡Qué cara más dura tienes!

Terminamos por reírnos como dos locos y paro cuando veo que está a punto de ahogarse. Su risa sigue siendo horrible, tengo que decirlo, pero creo que el amor que siento por ella le pone un filtro *autotune* muy potente que hace que hasta me parezca bonita.

Inés

—Duerme conmigo esta noche —me susurra Ulises después de unos minutos en silencio.

—¿En tu cama?

—O en la tuya, me la pela. Solo quiero que no te separes de mí.

Toda la sangre de mi cuerpo está bien concentrada en mis mejillas. No porque me ruborice pasar la noche con él y menos después de lo que hemos hecho hace un rato, no. Es la maldita felicidad que se me escapa porque, por primera vez en mucho tiempo, lo que siento es correspondido al mismo nivel. Porque parece que Ulises se ahoga conmigo como yo lo hago con él. Y es una sensación maravillosa.

—Me da mucho morbo pensar en estar desnuda en tu cama.

—Pues no se hable más.

Ulises se incorpora, cogiéndome en brazos y dejando caer la manta que nos cubría al suelo. Me lleva hasta su habitación, en la cual apenas he entrado en todos estos meses, y me deja caer en la cama con suavidad. Seguimos desnudos de cintura para abajo y, como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito, nos desprendemos de la poca ropa que nos queda, lo cual me hace acordarme de algo.

—Mierda, me he dejado la maleta en casa de tu hermana.

Ambos nos reímos de la situación. Estábamos tan enajenados por el momento que ni me he acordado.

—Mañana vamos a por ella. Estoy seguro de que mi hermana nos quiere hacer un tercer grado. Sobre todo a mí —retira un segundo la vista, como avergonzado—, que no he estado con ninguna mujer desde Laura. Sentimentalmente hablando —aclara.

—Follar tiene pinta de que lo has hecho bastante, ¿eh? —Vamos, es de una experiencia sublime cómo ha manejado la situación antes.

—No me voy a quejar de ello.

—¿Alguna vez Sara y tú habéis follado? —Tenía que preguntar.

Ulises me mira como si me hubiera convertido en Medusa y mis rizos fueran serpientes.

—¡Dios, por supuesto que no! Sara es como mi hermana, casi. Y es la novia de mi mejor amigo. Eres lo peor por crearme esa imagen en la cabeza.

—Relaja, pocholito, era una broma. —Más o menos—. Ahora, métete en la cama conmigo.

Ulises gruñe, pero obedece y acabamos ambos bajo sus sábanas. Pego la cara a la almohada y aspiro para impregnarme de su olor. Creo que ya no quiero volver nunca más a mi habitación. Me atrinchero aquí, decidido. Nos quedamos el uno frente al otro, observándonos. Su mirada es más transparente que nunca. Él lo es. Se ha desnudado frente a mí con todo lo que tiene, lo sé. Por eso, siento que debo hacer lo mismo. Antes no me sentía con fuerzas, pero ahora quiero cerrar este capítulo sin dejarme nada en el tintero que pueda enturbiar nuestro posible futuro.

—Siempre he sido una persona muy enamoradiza, ¿sabes? —Ulises frunce ligeramente el ceño, señal de que me está prestando toda su atención—. Me han roto el corazón más veces de

las que puedo contar. Y, bueno, a mí siempre me habían gustado, mucho, los hombres. Nunca antes había dudado de mi sexualidad y, sin embargo, hace algunos años me sorprendí a mí misma enamorándome de una mujer.

Ulises apenas cambia la expresión de su cara, pero sí he notado que su respiración se ha vuelto irregular.

—¿Marta? —se aventura, y me sorprende que haya tenido tan claro su nombre.

—No, bueno, sí. Pero Marta fue posterior. ¿Cómo lo has sabido?

—Vi cómo la mirabas cuando Guille nació. Había algo especial. Un brillo diferente a cómo miras a Blanca. Eso solo hizo reafirmarme en la idea de que… —Hace una minipausa y traga saliva—. De que lo que empezaba a sentir por ti no era posible. Aunque al principio lo disfracé de atracción sexual.

Asiento. Supongo que no pude evitarlo. Marta siempre será uno de esos «y si» que se quedan atascados en tu vida, pero que no te queda otra que superar. Y no cambiaría por nada del mundo la amistad que me une a ella y la pareja que forma con Miguel. Son felices juntos y eso es lo que más me importa.

—Antes de ella, conocí a otra chica, Emma. Fue la primera. En aquella época era bastante joven y estaba un poco desubicada con la situación. Experimenté, sí, pero tenía mil dudas y preguntas. Y, cuando más o menos tenía asumida la situación, Emma dijo que no quería soportar la inseguridad de nadie y me dejó. Fue un poco cruel, pero, bueno, ya es pasado. Decidí no etiquetarme de ninguna manera y fluir con la vida, era la forma más sana de quererme a mí misma. Años más tarde, conocí a Marta cuando Blanca empezó a ser su vecina. De Gonzalo también, así se conocieron. Pero yo hice muy buenas migas con Marta, conectábamos y me enamoré de ella. Como ya te imaginarás: amor imposible, distancia, intentar ser su amiga y seguir adelante. Y me alegra decir que lo conseguí.

—¿Puedo preguntar?

—Claro, lo que quieras. —Prefiero que sacie su curiosidad y que no haya futuros malentendidos.

—¿Sueles acostarte o enrollarte igual con hombres que con mujeres?

—Enrollarme, sí. Acostarme, no. Solo me he acostado con una mujer en mi vida, pero si una chica se me acerca en una discoteca, no me suelo negar a lo que surja. Sin pasar a mayores.

—¿Y qué pasó conmigo? Me enviabas señales muy confusas y estaba claro que necesitaba un cartel bien grande que me guiara, porque todo este tiempo he estado muy perdido.

—Pasó que me pareció una idea malísima lanzarme y, a la vez, me moría por hacerlo. Luché con uñas y dientes contra mí misma para no enamorarme de ti por mil razones: me acababas de salvar la vida con la universidad dándome un techo, empezábamos a convivir y no quería poner en peligro la estabilidad que me habías dado en Madrid. También intuía que tenías el corazón un poco roto. Puff, Ulises, es que tú también me enviaste señales muy confusas. El beso en casa de mi padre y que luego huyeras, por ejemplo, aunque ahora entiendo el por qué.

—No tenía que haber sido así, lo siento, lo hice muy mal. —Me agarra de la cintura por debajo del nórdico y me pega más a él.

—Y yo no tendría que haberte besado el día que me consolaste por mi casi fracaso en la uni, pero yo no lo siento. Me enamoré de ti igual. Llegó un momento en el que me cansé de mantener las distancias y frenarme a mí misma. Yo sentía que entre nosotros había algo bastante claro, pero también tenía miedo de que mis sentimientos no fueran correspondidos de nuevo. Encima llegó la universidad y pasé aquella época tan de mierda en la que me distancié de ti más que nunca. Supongo que esperaba que tú dieras el primer paso. Que me dieras alguna señal clara

de que un nosotros era posible. Pero estas Navidades me he dado cuenta de que estaba también cansada de esperar, así que hoy estaba decidida a confesarte todo lo que siento por ti. Y cuando llego…

—Voy yo, me comporto como un gilipollas y te pido que te vayas de nuestra casa. —Cierra los ojos con pesar y poso la mano en su mejilla para que vuelva a mirarme—. Dios, es que…

—Shhh, vale, ya está. Hemos sido un par de imbéciles que han perdido mucho tiempo por miedo al rechazo. Pero a mí lo que más daño me ha hecho ha sido ver la mentira en tus ojos mientras me tratabas como a alguien del que te cuesta poco deshacerte. Tengo calados tus gestos cuando mientes, Ulises, ventajas de la convivencia. Y a pesar de que, después, decidiste ser sincero, la decepción no se me despegaba.

—Lo sé, lo siento.

—Tenía que haber hablado yo primero y nos habríamos ahorrado todo este drama —intento bromear.

—Hubiera sido la hostia, la verdad.

Hay algo que necesito preguntar. Porque parece que no le ha dado importancia al tema, pero yo no quiero quedarme con ningún tipo de duda respecto a nosotros. Quiero confiar al cien por cien en lo que tenemos.

—¿No te raya que me gusten también las chicas?

—Me raya lo mismo que que te pueda gustar otro tío, Inés. Para mí no es diferente. Solo es una parte de ti, como tantas otras que me encantan. Si tú, en este preciso momento, quieres estar conmigo y solo conmigo, lo demás me la pela muchísimo. Tú y yo juntos es todo lo que puedo soñar —susurra.

El corazón me bombea con fuerza. Es todo lo que necesitaba oír, superando mis expectativas, incluso. Por eso, me coloco encima de él, uniendo nuestros sexos, con las manos de Ulises en mis caderas, y le obligo a hundirse en mí lentamente para prometerle y demostrarle que quiero estar con él y solo con él.

DE: Tiago Carvajal Rivas
13 de enero a las 18:47 horas
PARA: Inés Zarauz Evans y 68 personas más

ASUNTO: Bienvenidos (o no) a la Asignatura de Genética.

Estimados alumnos:

Como sabéis, mañana empezamos esta nueva asignatura que apuesto que os resultará apasionante (nótese la ironía). Y parece ser que yo soy el pobre diablo que os ha tocado en suerte como profesor.

No soy muy partidario de manuales ni chorradas de esas, soy de los que creen que esta profesión se aprende manchándose las manos. Pero como no creo que todos queráis dedicaros a la investigación como tal, esto es lo que toca. No obstante, no os penséis que os libráis de empollaros un libro, así que en el PDF adjunto os dejo algunas sugerencias. Mi favorito es el tercero, por si os sirve la recomendación, pero os advierto que las preguntas del examen las escogemos todo el departamento.

Soy consciente de que la materia que voy a impartiros os importa un 20% comparado con el otro 80% que os importa el criterio de evaluación, es decir, cuál es la forma más rápida y fácil para aprobar esta asignatura. Que he sido alumno..., no intentéis colármela.

Con esto quiero enviaros un mensaje de calma. Estoy seguro de que entre todos podemos hacer que las clases sean amenas y que todos aprendamos algo, incluido yo.
No quería dejar pasar la oportunidad de presentarme antes de que pasemos juntos los próximos cuatro meses. Os espero mañana y quedo a vuestra disposición para lo que necesitéis.

¡Un abrazo!

46

Personas destinadas a cruzarse

Inés

Finales de enero
Madrid

Sería muy hipócrita si me quejara de algo en mi vida. Ahora mismo, creo que podría enviar todo a la mierda sin *ticket* de vuelta y sin que mi sonrisa se apagara. Sentirse invencible te obliga a despegar los pies del suelo sin querer, por nada del mundo, bajarlos a tierra. Invencible es una palabra poderosa que a la vez me aterra, porque nada es inmortal y los sentimientos, menos. Son volubles, cambiantes, caprichosos y, en más ocasiones de las que queremos admitir, frívolos.

Sin embargo, no puedo evitar sentir que lo soy, que soy invencible. Que con Ulises he descubierto una forma de querer que ya no creía posible. Porque me he pasado años queriendo a media voz o, incluso, en silencio. La reacción de Ulises superó todas mis expectativas, también. Por regla general, a la peña le cuesta entender que, así, de repente, me pueda enamorar de una mujer; aunque, por suerte, ya cuesta un poco menos. Y él me dejó noqueada cuando me susurró que si en ese preciso momento quería estar con él y solo con él, era todo lo que podía soñar. Y ya está. Tan simple como eso.

El teléfono me saca de mis recuerdos de esa noche en la que todo cambió para nosotros. Parpadeo despacio para volver a centrarme, que estoy en el trabajo y tengo que quedar bien con el jefe. Que ahora me lo cepille de formas muy sucias no significa que esté exenta del despido. Y me gusta demasiado trabajar codo con codo con él. El día que Sara vuelva de la baja me voy a ir llorando como una campeona. Atiendo a una clienta que llamaba para cambiar la cita de mañana. Me cuenta su vida en verso y la agendo para otro día después de diez minutos de monólogo. Resoplo cuando cuelgo.

—Quiero que me cuentes tu secreto para ser capaz de ser así de amable y agradable todos los días sin excepción.

Ulises se acerca a la recepción caminando muy despacio con una mirada de depredador y no puedo evitar retarlo con la mía.

—Soy así de nacimiento, a pesar de que un individuo, una noche, me dijera que soy una tía borde.

—Qué gilipollas.

Nos reímos como dos tontos. Al menos, yo me percibo así. Diosa, es que me lo comía entero de arriba abajo. Me gusta tanto que siento que los ratones de mi cuerpo ya no tienen ningún tipo de autocontrol. Salgo del mostrador de recepción para ponerme frente a él y tocarlo. Necesito tocarlo a todas horas. Y olerlo. Meter la nariz en su cuello se ha convertido en otra de mis rutinas favoritas.

No tarda mucho en pegar nuestros cuerpos, poner sus manos en mis caderas, auparme al mostrador y situarse entre mis piernas. Sí, justo como a mí me gusta: que me arrincone contra cosas. O sobre cosas. Da igual, el tema es que me empotre de alguna manera. Mis manos van por inercia a su nuca y su lengua a mi boca.

Me deshago.

No me acostumbro a cómo besa Ulises. Nunca antes nadie me ha besado así. Con estas ganas, euforia y pasión desmedida. Y me encanta. Me he vuelto adicta a su lengua y sus labios. A su descontrol.

Sin embargo, estamos en el trabajo y, visto que Ulises no pretende poner cordura aquí, me va a tocar a mí.

—Pocholito, creo que este no es lugar… —Su lengua recorre el lóbulo de mi oreja y ya me da igual dónde estamos ni quién esté a punto de venir.

Supongo que al cliente no le da tanto igual cuando escucho un carraspeo a nuestra derecha. Aunque juraría que la última cita era una chica y el carraspeo es de un hombre. Ulises, *ipsofacto*, saca la lengua de mi boca y yo giro la cara para ver a una pareja mirándonos. Él, con una sonrisilla chulesca en la boca y los brazos cruzados; ella, con los ojos desorbitados.

—Joder… —maldice Ulises.

Suelto una carcajada ahogada al ver la cara de susto de Ulises y me bajo del mostrador un poco sorprendida por la pillada, pero sin atisbo de vergüenza. Yo a esa no tengo el placer de conocerla ni la espero. Me recoloco un poco el jersey que llevo, y que por culpa de este hombre lo tengo subido casi a la altura del pecho, y me peino los rizos (todo lo posible dentro de lo salvaje de su esencia).

—Inés no te rías —me susurra apartando la mirada de la pareja—. Vaya pillada.

—Es culpa tuya, pocholito. He intentado advertírtelo. A ver si te estás desencorsetando demasiado —le espeto en el mismo tono susurrado, pero burlesco.

—Teníamos hora a las siete y como sé lo quisquilloso que eres con la puntualidad… Pero si molestamos, venimos más tarde —nos interrumpe el chico conteniendo mucho sus ganas de reírse en nuestra cara. Qué valor. En un vistazo rápido ya sé que a él lo han pillado en situaciones parecidas más veces de las que puede contar.

—No, no. Joder. Lo sentimos —se disculpa Ulises a la vez que me dedica una mirada furtiva—. ¿Qué tal, Marcos? Emm…, tú hoy no tienes cita.

—Es para mí —revela la chica que está a su lado—. Llamé el otro día y hablé contigo, supongo. —Me señala.

Asiento y vuelvo a mi posición inicial, detrás del mostrador (y no encima, por mucho que me gustaría seguir aquí subida), para revisar la agenda.

—¿Y Sara? —se interesa Marcos.

—De baja —responde escuetamente Ulises.

—Qué pena…, ¿no? —Marcos tiene que trabajar un poco más en su ironía si lo que pretendía era ser sutil. Aunque algo me dice que no lo pretendía en absoluto.

Ulises retira la mirada de Marcos, que entiendo que es cliente recurrente debido a la confianza que parece que se tienen.

—Bueno, Inés lo está llevando muy bien, pero no se lo digas a Sara, está un poco susceptible —bromea.

Aquí el amigo se cierra la boca como si de una cremallera se tratara. La Diosa los cría y ellos se juntan. Tal para cual. Sin embargo, no puedo evitar que Marcos me haga gracia y me caiga bien al instante.

—Me atrevería a decir que los dos lo lleváis bastante bien. Se os ve… compenetrados.

«JA. ¿Tú crees lumbreras?
¿En qué lo has notado?»

Que, por cierto, yo aquí pegando la oreja en la conversación y todavía no he mirado la agenda, a pesar de que no he levantado la vista de ella.

—Ariadna Campos, ¿verdad? —compruebo en alto, salvando el culo a Ulises (y creo que a Ariadna también) de un momento incómodo.

—La misma —corrobora y percibo que le tiembla la sonrisa. Está nerviosa.

—¿Es tu primer tatuaje, Ariadna? —pregunta mi chico.

¿He dicho ya lo guapo que está cuando se pone en plan tatuador supermajo que intenta transmitir tranquilidad? ¿He dicho ya que me lo quiero comer?

—Sí. Es… —la chica le dedica a su acompañante una mirada de reojillo. Ay, almas de cántaro. Aquí hay temaaaaa, pero vamos— es un regalo. Y puedes llamarme Ari.

—O duendecilla.

«Guau, Marcos.
Cada vez me caes mejor».

Es de los míos, aunque entiendo el sopapo que Ari le pega en el brazo. Lo de los apodos no todo el mundo lo entiende. A mí me da por mirar a Ulises, que debe de estar sintiéndose identificado con Ari y lo que me encuentro es que le está dedicando una mirada significativa a Marcos a la que le acompaña una sonrisa burlona.

—¿Un regalo dices, Ari? Qué casualidad, ¿no, Marcos? Justo el otro día me pediste un vale y me recalcaste que tratara bien a la persona a la que se lo ibas a regalar. ¿Especial dijiste que era?

Me parto. Qué cabrón el pocholito. Si cuando quiere…, recubre bien el dedo con sal y presiona la herida con saña. Aunque empezó Marcos el tira y afloja, así que se siente. Sin embargo, me da un poco de lástima por Ari, a la que el rubor le ha cubierto las mejillas. Por otro lado, si las miradas de Marcos matasen, acabaríamos en el tanatorio esta tarde.

—Qué rencoroso. Podía haberte salido mal la jugada, ¿eh? ¿Y si no era para ella?

—Pues habría hecho el capullo.

Y tanto. Pero, en esta ocasión, no se ha desviado ni un poquito del quid de la cuestión.

—Tranquilo, él también suele serlo la mayoría de las veces.

Ulises y yo nos buscamos con la mirada y contenemos a duras penas la risa ante la cara de indignación de Marcos cuando Ari lo señala. Madrecita, vaya cuatro nos hemos ido a juntar…

—Bueno, Ari, he terminado de preparar tu diseño esta mañana. ¿Nos ponemos con ello?

Cuando pienso que Ulises se va a adentrar al pasillo, se acerca con decisión hasta mí y me da un besazo apretado en los labios que me hace perder el sentido. Una vez más.

—Pórtate bien, torbellino —me susurra en la boca.

Lo miro fingiendo que estoy ofendida por su advertencia, pero me dura más bien poco; enseguida le sonrío. Diosa, odio que consiga siempre llevarme a su terreno. Dos segundos después, los tres desaparecen por el pasillo.

Ulises

Qué loco me tiene esta mujer. Y lo peor es que lo sabe y lo utiliza en su beneficio, aunque no sea consciente de ello. Por eso no puedo resistirme a tocarla o besarla a cualquier oportunidad que se me presenta. Encima, disfruta haciéndome perder los papeles como antes de que llegaran Marcos y Ari.

—Hasta ahora, torbellino.

La madre que lo parió que se debió de quedar a gusto. Ari y yo nos giramos hacia el dueño de la voz y me dan ganas de borrarle esa sonrisa de chulo de la cara. Tiene la suerte de que lo conozco lo suficiente como para afirmar que es un tío cojonudo.

—¿A dónde crees que vas, Marquitos? —lo vacilo.

Sé que se muere por acompañar a Ari, pero me apetece hacerlo sufrir un poquito. En realidad, a mí me la pela si el cliente viene acompañado o no. Solo me centro en mi objetivo, que es que el trabajo salga a la perfección.

—A dentro. —Señala con la cabeza hacia el cubículo—. Quiero asegurarme de que se lo haces bien. A ver si estás centrado en lo que tienes que estar. Dicen que no es bueno mezclar el trabajo con el placer.

Me giro hacia Ari, a la cual pillo poniendo los ojos en blanco, pero enseguida busca mi mirada para suplicarme que lo deje entrar.

—Ella manda —convengo.

Marcos hace un pucherito a Ari (virgen santísima, somos patéticos cuando estamos enamorados) y esta acaba tirando de la manga de su cazadora para que la siga.

—Vamos, que llevamos a lo tonto diez minutos de retraso —los apuro.

No voy a negar a nadie que me muero por irme a casa con Inés lo antes posible y continuar lo que dejamos a medias encima del mostrador.

—Ari, vete tumbando en la camilla y levántate la manga del jersey del brazo en el que quieras el tatuaje —le indico una vez dentro del cubículo—. Marcos, si quieres, siéntate en una de las sillas que hay junto a la mesa redonda.

Marcos se dirige hacia donde le he señalado. No sé por qué en algún momento he pensado que me iba a hacer caso. Agarra una de las sillas, la carga y la sitúa a la derecha de la camilla, junto a Ari.

—Qué porculero eres, Marcos.

Y me tengo que reír, porque yo habría hecho exactamente lo mismo.

—Encima de que te traigo clientes nuevos…, te quejarás.

—Ari, no sé cómo aguantas la mierda de ego que se gasta tu chico.

No les doy la oportunidad de replicar, me dispongo a imprimir el diseño y a preparar el material. Así también les dejo unos minutos «a solas». A Ari se la ve nerviosa y sé que necesitan ese momento. Aun así, el cubículo es muy pequeño para no escuchar lo que hablan, aunque intento hacer oídos sordos.

Cuando lo tengo todo preparado y la máquina lista para crear magia, vuelvo a la camilla, me siento al lado izquierdo de Ari y pego el dibujo en su muñeca.

—¿Te lo ves bien ahí?

—Perfecto.

Alcanzo la máquina, hidrato la piel y me inclino sobre su muñeca, no sin antes lanzar una mirada fugaz a Marcos que él me devuelve.

—¿Preparada, Ari? No nos llevará más de media hora, aunque no tenemos prisa. Eres la última clienta del día. Así que, si no aguantas el dolor, me lo dices. Prefiero que te quejes y me pidas que pare a que hagas algún movimiento brusco y hagamos un destrozo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Creo que la he acojonado un poquito, pero prefiero ser sincero. Aunque parece encontrar algo de tranquilidad cuando mira a Marcos—. Preparada.

Cuando llevamos cuatro minutos de sesión, percibo la tensión en todo el cuerpo de Ari. Queda cero coma para que haga un movimiento brusco con el brazo, lo sé. No sería la primera vez que me pasa con gente que soporta mal el dolor. O que está muy nerviosa.

—¿Quieres que pare?

—No. Tú sigue.

Intercambio otra mirada con Marcos.

—Marcos, háblale. Distrae su mente. Que desvíe la atención del dolor y los nervios.

—Vamos, duendecilla. Tienes a dos tíos guapos para ti sola. Ahora mismo eres la envidia de todo Madrid.

Ari y yo compartimos una carcajada. Este tío es de lo que no hay, pero parece que funciona.

—¿Quién dijo que los dos sois guapos?

—Hostia, no le digas eso a Ulises. Tampoco está tan mal. No llega a mi nivel, pero tiene unos ojos bonitos.

—Vaya, gracias, amigo —ironizo—. Tú tienes un tupé precioso.

Marcos se carcajea.

—Si queréis, os dejo solos.

—Creo que no soy su tipo. Le van más las rubias de rizos. No tiene ni idea. Las morenitas son mucho mejores.

Él sí que no tiene ni puta idea. No cambiaba a mi chica por nada ni nadie. Con lo que nos ha costado llegar a donde estamos.

Continúo con mi trabajo sin levantar la vista de la muñeca de Ari. Esta pequeña charla la ha relajado y ahora puedo ir mucho más rápido.

«Bravo, Marcos, parece que, aparte de tener el don
de tocar los cojones, sabes cómo llevar a esta chiquilla».

Diecinueve minutos después, el tatuaje está terminado.

—¡Listo! ¿Te lo ves bien?

Termino de limpiar el tatuaje que ahora luce Ari en su muñeca izquierda: una «E», terminada en un corazón. Nunca me meto en el significado de los dibujos que mis clientes se tatúan, a no ser que ellos quieran contármelo. Pero siempre percibo cosas. En Blanca, recuerdo que percibí la libertad. En Ari, percibo familia. Puede que sea un chalado y me desvíe mucho de sus verdaderos significados, pero es una costumbre que no puedo evitar.

—Es precioso. Eres un genio —me alaba con una afectuosa sonrisa.

Y por estas sonrisas, mi trabajo merece la pena.

—Gracias por la parte que me toca, pero el diseño lo has traído tú. —Le guiño un ojo con complicidad y termino de colocarle el film transparente alrededor de la muñeca—. Una vez pasada tu primera experiencia, ¿no te atreves con alguno más? Ahora está de moda tatuarse la inicial de las parejas. No serías la primera. Tengo un montón de clientes que lo han hecho.

Incluso han venido juntos a tatuarse la del otro. ¿No os animáis vosotros? ¿Una «M» en la otra muñeca, Ari?

No es que a mí me guste esa moda, pero, oye, como ya he dicho, no juzgo lo que se tatúa la gente.

—Es bonito, pero siempre me ha parecido una locura. Imagínate nosotros, que ni siquiera somos pareja.

Miro a Marcos de reojo, el cual se ha levantado de la silla con el semblante serio y le tiende la cazadora a Ari. Mierda, creo que acabo de cagarla a lo grande.

—Ah…, hostias, perdona, ¿eh? Me he metido donde no me llaman.

Ari niega con la cabeza para restarle importancia, pero me siento como el culo. Daba por hecho que estaban juntos por cómo me habló Marcos de ella. Además, ambos se miran como yo miro a Inés. Pero supongo que las relaciones son complicadas y, joder, ¿por qué no tendré filtro cerebro-boca de vez en cuando?

Inés llama a la puerta antes de que sus rizos se cuelen en el cubículo y me salven de este momento. Esta mujer tiene el don de desviar la atención, incluso sin saber lo que se está cociendo en una habitación en la que no está.

—Pocholito, tu hermana no para de llamar.

—Joder, Inés, no me llames así delante de gente —siseo—. Te lo tengo dicho.

Ella, como de costumbre, no parece ni un poquito arrepentida y me apremia a que coja el teléfono de recepción, que echa humo. Salgo escopetado sin mirar ni a Marcos ni a Ari. Aparte de que estoy un poco avergonzado, debe de ser importante si mi hermana llama directamente al estudio. Me temo lo peor.

Isla está muy nerviosa. La han llamado del centro de salud del pueblo porque mamá se ha caído de la escalera y se ha hecho un esguince en el brazo. Joder. Intento que me explique todo, pero ella también está trabajando y apenas puede hablar. Quedo en encargarme de todo en cuanto vuelva a casa y colgamos. Inés sabe lo nervioso que me pone cualquier cosa que tenga que ver con mi familia, así que me acaricia el brazo con suavidad para tranquilizarme. Cómo agradezco tenerla cerca.

—Gracias, tío. —Ari y Marcos aparecen de nuevo en la recepción y este extiende la mano para darnos un apretón.

—Sabes que siempre es un placer, colega. —Le doy una palmada en el brazo. Marcos desvía la mirada hacia las chicas, que parecen animadas charlando—. Cuida de ella, Marcos. Parece que te importa.

Marcos posa sus ojos en Ari con el mismo gesto serio con el que salió del cubículo.

—A mí sí. Pensaba que lo sabía.

—¿A qué te refieres?

—Parece que ha dejado claro cuál es mi lugar. —La frustración tiñe su voz, suspira con pesar y vuelve a centrarse en mí—. ¿Y tú qué? —Me da un golpe en el pecho con la palma abierta e inclina la cabeza hacia Inés—. Lo de antes era coña, ¿eh? Es muy guapa.

Giro la cabeza para observar al torbellino rubio que ha arrasado mi vida y sonrío como un parguelas.

—Es un sueño de mujer, la verdad. Ahí donde la ves, está muy loca, pero creo que sin esa locura mi vida se iría a la mierda y ya me estoy pasando de bocazas.

Marcos se ríe con complicidad.

—Si está loca, no la dejes escapar, amigo. Son las que ponen emoción a la vida. Te la pondrá del revés, pero qué importa eso, ¿no?

—Ya me ha puesto la vida del revés y, según dice ella, solo acaba de empezar. Pero no lo cambiaría por nada del mundo.

—Ya me cae bien. Necesitabas que alguien te rompiese los esquemas. Eres un sieso —me pica.

—No soy un sieso —me defiendo.

—No intentes convencerme a mí. Eso demuéstraselo a ella. Pero creo que ya lo está descubriendo.

Ari e Inés se nos acercan y damos la conversación por terminada.

—¿Nos vamos?

Marcos asiente y posa la mano en el hombro de Ari para dirigirse a la salida. Espero que, pese a todo, les vaya bien. Ojalá consigan algo parecido a lo que Inés y yo empezamos a construir. Todo el mundo se merece sentirse así.

—Gracias a los dos. Nos vemos otro día.

—Gracias, chicos. —se despide Ari, dedicándonos una sonrisa agradecida.

—Un placer.

—Ari, espero que te atrevas con otro tatuaje —le dice Inés—. Esto es como una droga, una vez que haces *pop*, ya no hay *stop*.

Los cuatro compartimos una carcajada y ellos salen del local. Me acerco a mi chica, le paso un brazo por los hombros para atraerla hacía mí y dejo un beso en su pelo.

—Creo que va siendo hora de que cerremos, ¿no? —Levanto las cejas insinuante.

—Me muero por que lleguemos a casa.

DE: Tiago Carvajal Rivas
8 de febrero a las 16:35 horas
PARA: Inés Zarauz Evans

ASUNTO: Tutoría

Buenos días, Inés:

Debido a las preguntas que me has planteado en clase, convendría que concertáramos una tutoría para profundizar en los conceptos.

Me gustaría que todos mis alumnos tuvieran la misma implicación que tú, pero sé que pido un imposible. Creo que tienes mucho potencial en esta profesión.
Como os comenté el primer día, las tutorías son los miércoles y viernes de 15:00 a 17:00h.

Si estás de acuerdo, ruego que me confirmes día y hora.

Quedo a la espera.

¡Un abrazo!

DE: Inés Zarauz Evans
8 de febrero a las 17:01 horas
PARA: Tiago Carvajal Rivas

ASUNTO: RE: Tutoría

Buenos días, profesor:

Repasando los apuntes, me han surgido más dudas de la clase de hoy, así que me parece bien esa tutoría. Preferiría el miércoles sobre las 15:15h, si le viene bien.

Un saludo.

47
Familia

Inés

Madrid
9 de febrero

—¡Hola, papá!

—Hola, princesa. Estoy aquí con tus tías. Les he comentado que íbamos a hacer videollamada y ya sabes. —Me dedica una mirada de disculpa.

Mi padre está sentado en medio del sofá rodeado de sus cuatro hermanas. No me ha sorprendido ni un poquito encontrarlas ahí. Me resultaría graciosa la situación si no fuera porque conozco a mis tías como la palma de mi mano y sé el motivo por el que están todas reunidas. Qué panda de viejas verdes. Todas me saludan con la mano y una sonrisa ladeada y burlona en la cara.

—Hola, tías, ¿cómo estáis? Tía Pili, ¿te has teñido de rubio? Te queda fenomenal.

—Gracias, microbio. Me apetecía un cambio de *look*.

—A ver, no os lieis con nimiedades y vamos a lo que hemos venido todas aquí.

La tía Susi, como hermana mayor de las cuatro, siempre toma la iniciativa por todas.

—Yo he venido a hablar con mi hija. ¿Vosotras no?

«Ay, papá, tus hermanas siempre
te darán mil vueltas».

Lo que mi pobre padre tiene que aguantar…

—Sí, sí, también, Carlos. Estábamos deseando ver cómo está nuestra sobri, pero, peluchita, ¿dónde te has dejado a Ulises?

Bingo. La tía Luci, directa como ella sola. Mis tías digamos que se quedaron un poquito impresionadas con mi «compañero de piso» cuando estuvimos en casa de papá. Desde entonces, lo tienen amargado, preguntándole todos los días si «ese morenazo de ojos que quitan el sentío» tiene algo con su niña. Y mi padre, que de imaginación no anda corto, se está cagando en todos los santos de su pueblo cada vez que sus hermanas ponen alguna imagen obscena en su cabeza.

Y luego se preguntan que de dónde he salido yo.

Imagínate el día que les conté a papá y a Zoe, en *petit comité*, que Ulises y yo habíamos decidido intentarlo como pareja. Pues de *petit comité* nada, porque esa noticia corrió como la pólvora (gracias, Zoe).

Levanto la vista del móvil para mirar a Ulises, que está sentado en uno de los taburetes de la isla de la cocina enfrascado en su teléfono. Probablemente, discutiendo con su hermana. Desde

que Elisa se hizo el esguince, están haciendo malabares para cuidar de ella en la distancia. Sonrío como una boba, porque es el efecto que provoca en mí: una sensación de volar constante.

—Ulises está aquí, pero no seáis pesadas. Que vuestra sobrina soy yo —me hago la ofendida.

—Ángel, es por educación. Nos interesamos por saber cómo está tu novio —dice la tía Mari.

—Vosotras debéis de pensar que he nacido ayer, ¿verdad? Se os ve el plumero a todas, queridas.

Cuando me quiero dar cuenta, Ulises se ha sentado a mi lado en el sofá y asoma la cabeza por la pantalla, saludando con la mano a mi familia.

—¡Ahí está! —exclama la tía Luci.

Le tiendo uno de los cascos a Ulises para que pueda integrase en la conversación.

—Hola, ¿cómo estáis? Me alegra veros.

Qué educadito es cuando quiere. En la cama, parece que todos los modales se le olvidan. Y a mí que me gusta, ojo.

—¡Hola, pocholito! —dicen mis tías al unísono.

Uy. Miro a Ulises con una sonrisa de disculpa. Oigo que murmura un «joder» y tengo que contener mucho las ganas de reírme.

—Quizá se me escapara un poquito —me defiendo.

Él me dedica una mirada que quiere decir: «ya, siempre se te escapa».

Empleamos unos diez minutos a charlar de mis clases; del profesor de Genética, que me ha devuelto un poco la motivación con la carrera, y de cuándo vamos a ir a visitarlos. Ulises les propone un viaje a Madrid con alojamiento en nuestra casa. Está chalado, no sé dónde va a meter a tanta gente, pero creo que la emoción le ha podido y estoy segura de que ya está maquinando algún plan. Sigo trabajando arduamente en desencorsetarlo, pero tengo que reconocer que el capullo me distrae con mucho sexo sucio.

—Chicas, ¿me dejáis un momento hablar solo —enfatiza— con Ulises?

—Papá, no me fastidies. En tu vida has hecho esto.

—Es el primer novio que me presentas que no es un niñato y que parece importante. Déjanos, por favor. Y vosotras —se dirige a sus hermanas—, largo también.

Busco la mirada de Ulises y me sorprende encontrar bastante serenidad. No parece fingida. Es como si tuviera tan clara nuestra relación que no pudiera asustarle nada, ni siquiera una amenaza de mi padre.

Refunfuño por lo bajo mientras me levanto del sofá y me siento en el mismo taburete que ocupaba Ulises unos minutos antes. Estudio su expresión con detenimiento mientras mi padre le habla y, en algún punto de esa conversación, gira el cuello y nuestros ojos conectan. Con una habilidad que me sorprende y sin que mi padre se dé cuenta, desconecta los cascos para que yo pueda escuchar lo que mi padre le está diciendo.

—Ulises, hijo, creo que ya sabes que perdí a mi mujer, Helena, muy pronto. Demasiado. Y, aunque el tiempo ayuda, es mentira que una cosa así se cure del todo. Después, mi hija mayor decidió mudarse al mismo lugar donde su madre nació porque, aunque nunca me lo haya confesado, sé que le duelen los recuerdos que tiene con ella aquí.

Las lágrimas se me agolpan detrás de los ojos. Supongo que un padre siempre va a conocer mejor a sus hijos de lo que nos pensamos. Quizá callen y se hagan los tontos, pero, en el fondo, saben calarnos mejor que nadie.

—Sin embargo, mi hija Inés es la persona más fuerte que conozco. —Primera lágrima

fuera—. Enfrenta las cosas de cara y tiene la misma poca vergüenza que su madre, pero es una chica muy sensible. En eso se parece a mí, podemos parecer inalterables, pero la procesión va por dentro. Es la primera vez que estoy tanto tiempo alejado de ella, así que solo te pido que la cuides en esa gran ciudad. Me consta que lo has hecho todos estos meses, pero…

—Carlos —me sobresalta la voz grave de Ulises—, te puedo asegurar que Inés se basta por sí sola en todo. —Me mira y ya no puedo ocultar las lágrimas—. Aun así, te prometo que voy a dedicar cada segundo que ella me deje a que sea la mujer más feliz del puto planeta. Perdón por el taco.

—Perdonado estás. Y me alegra oír eso. El tiempo es oro, muchacho, no lo perdáis.

Me río con el rostro empapado en lágrimas por el comentario de mi padre. Si supiera que justo Ulises es la única persona que conozco que exprime al máximo el tiempo.

Cuando cuelgan, rompo en un llanto silencioso. Me da mucha pena papá y lo solo que se ha quedado. Sin mamá, sin Zoe, sin mí. Es verdad que tiene a sus hermanas y que se cuidan los unos a los otros. Pero no es lo mismo. Se nos rompió la familia demasiado pronto. Igual que a Ulises.

—Ey, ven aquí. —Me levanto del taburete y me dejo envolver por sus brazos—. No llores, por favor. Si tú me lo pides, ahora mismo salimos para tu casa cagando hostias. Sé que echas de menos a tu familia.

Sonrío secándome la humedad del rostro.

—¿Y el estudio?

—Está Izan.

—¿Y la recepción? Te recuerdo que soy tu única recepcionista. No le harías esa putada a Izan, ¿no?

Lo medita unos segundos.

—Mierda.

—No fuiste inteligente mezclando trabajo con placer.

—Cuando te contraté, no había placer —ronronea en mi oído.

Entonces caigo en algo.

—No entiendo por qué quisiste que trabajáramos juntos si ya se te estaba haciendo un poquito insoportable tenerme cerca.

Nos deshacemos del abrazo y las manos de mi chico pasan a estar en mis mejillas para secarme las pocas lágrimas que me quedan. Y veo en su mirada cristalina que lo que va a decir es importante para él.

—Quería que trabajaras conmigo porque me metería en todos los líos por ti, torbellino. —Uf, Diosa—. Sabía que era una idea nefasta meterte también en mi trabajo, porque eso solo haría que me colgara más de ti, aun sabiendo que estar juntos era imposible. Pero, cuando se trata de ti, no consigo ser una persona razonable.

Lo beso. Esa es la única forma que se me ocurre de demostrarle que, cada día, le gana un poco más de terreno a mi corazón y que, si sigue por este camino, puede que lleve su nombre el resto de mi vida.

48
Algo estúpido

Ulises

24 de febrero

Me cago en la paciencia, en los regalos de Reyes y en la madre que parió al inventor de los puzles. Me estoy volviendo loco. El puzle que me regaló Inés tiene la friolera de 132.000 piezas. Llevo un mes con esta mierda y creo que no he juntado ni dos mil.

—Esto es una mierda —me quejo por cuarta vez.

—Paciencia, pocholito, paciencia.

—Ni paciencia ni hostias. Esto es imposible. Pero por mis huevos que lo termino. Aunque acabe cuando tenga canas.

—Siento ser yo quién te dé esta noticia, pero ya tienes canas, amor.

—No me toques los cojones, Inés.

—Mmm, ¿seguro? —me reta con una pilla sonrisa en la boca.

Joder. Claro que quiero que me los toque, por lo que acabo sonriendo como un bobalicón mientras intento encajar otra puta pieza y desvío toda clase de pensamientos guarros que se me están viniendo a la cabeza.

—Te odio cuando haces eso.

Inés se acerca por detrás de la silla en la que estoy sentado y me abraza.

—Venga, que voy a poner un poco de música para que te relajes. Alexa, pon la *playlist* «Moñadas» en Spotify. Aleatorio.

—*Reproduciendo «Moñadas» en Spotify. Activo la reproducción aleatoria.*

Hay que joderse, ha conseguido instalarme en casa un cacharro de estos. Valoramos la idea de comprar uno por la gracia, pero antes de tomar una decisión, ella ya había hecho el pedido a Amazon y lo había instalado. Inés en estado puro.

Vuelve a la cocina para continuar recogiendo el lavavajillas mientras contonea las caderas y los rizos al ritmo de *Something stupid*, interpretada por Robbie Williams y Nicole Kidman. Por supuesto, esta canción la ha incluido ella, que también es bastante fan de Robbie. A mí ni fu ni fa, aunque algunas canciones las tolero, como *Angels*.

Empieza a tararearla con una suavidad y sensualidad que hace que mi polla esté sufriendo dentro de los pantalones. Me resulta hipnótico observarla desde mi posición. Es como una sirena que intenta encandilar a este pobre y débil humano que le daría todo lo que tiene. No me puedo creer que haya perdido tanto la cabeza por ella.

Decido levantarme y dejar el maldito puzle a un lado para acercarme a Inés. Poso las manos en sus caderas y nos mecemos con el movimiento. Noto que sonríe, aunque con tanto rizo

apenas puedo verle la cara. Se coloca el trapo de cocina encima del hombro y se da la vuelta para enlazar sus manos detrás de mi nuca. Cierra los ojos mientras sigue tarareando la canción y nos movemos en círculos lentamente por la cocina. Nuestras narices se rozan. Nuestros labios están a milímetros de tocarse. Mi cuerpo se aferra más a ella. Su cuerpo tiembla y vibra. Le piso un pie sin querer, nunca fui buen bailarín, y nos reímos por mi torpeza.

I practice every day to find some clever lines to say
To make the meaning come true

¿Me puede resultar más sexi su acento en inglés? Creo que no. El corazón me bombea dentro del pecho con una fuerza que siento que se me escapa. Inés abre los ojos y el azul vibrante que desprenden consigue desarmarme por todo lo que percibo. El reto, la valentía, la burla, la tenacidad, la determinación, las dudas, el miedo. Y, aunque estas palabras llevan bastante tiempo cosquilleándome el corazón, siento que este preciso momento se ha convertido en el perfecto para dejarlas escapar de mi boca.

And then I go and spoil it all
By saying something stupid like…

—*I love you* —susurramos los dos a la vez.

Nuestras respiraciones se agitan y no tratamos de esconderlo. La canción sigue, pero nosotros nos hemos quedado atrapados en esas tres palabras. Como si la arena del reloj se hubiera quedado atascada justo en el espacio entre las dos mitades.

—Te quiero, torbellino. Y espero que no pienses que es algo estúpido y que he estropeado el momento porque… te quiero de verdad.

La mirada se le empaña de lágrimas y, por un momento, siento que he vuelto a cagarla. Que era demasiado pronto. Que me he vuelto a dejar llevar por mis sentimientos muy rápido.

—¿Sabes que nadie me había dicho antes que me quería? Personas con las que he salido, quiero decir.

Le acaricio el rostro con dulzura.

—No te creo. ¿No tuviste un primer amor? ¿Alguna relación importante?

Niega con la cabeza y se me rompe el corazón.

—Tuve un primer amor del cual solo yo estuve enamorada. Te lo dije, siempre he sido muy enamoradiza, pero nadie ha llegado a ese nivel de implicación conmigo. Hasta…

—Yo. Yo te quiero con todo lo que soy, Inés.

—Yo también te quiero, Ulises.

—Te dejo que me llames *pocholito*, esta vez.

Me dedica una sonrisa condescendiente. Otra batalla más ganada, sí, y me la pela.

—Te quiero, pocholito.

Nuestras bocas se encuentran en un beso profundo y lento. ¿Dónde ha quedado darse largos y lentos besos? En la época de la inmediatez en la que los picos están a la orden del día y los besos húmedos implican solo sexo, nosotros nos besamos porque tendríamos que inventar palabras nuevas para querernos.

49

Cumple bisiesto

Inés

1 de marzo
Sábado

El vapor del agua apenas me deja ver la silueta de Ulises, pero sus ojos brillan al recorrer mi cuerpo con la mirada. Me siento desnuda y deseada como nunca antes. Cuando me ha dicho que iba a la ducha después de despertarlo a besos para desearle feliz cumpleaños, no he podido resistirme a meterme detrás. Creo que voy a empezar ya mismo con su regalo o, al menos, con parte de él.

Me acerco con lentitud hasta poder posar las manos en sus pectorales y acaricio cada uno de sus tatuajes, ahora húmedos. Una de sus manos va directa a mi cadera y la otra a mi nuca. Su pulgar roza mi labio inferior y siento que mi cuerpo entero vibra. Pasa a acariciar mi costado, donde está grabado el primer tatuaje que él me ha hecho y diseñado: mi silueta y la de mi madre en línea fina. Ulises hizo una composición entre una foto actual mía y una de mi madre, las enlazó y extrajo la silueta. Lloré a mares cuando me mostró el diseño con nerviosismo por si no me gustaba. Era perfecto. Es perfecto. Así que ese mismo día salimos del estudio a las diez de la noche, pero con ese dibujo bajo mi piel para siempre.

—Date la vuelta —me ordena.

Y no me da tiempo a obedecer porque él mismo me pone contra los azulejos, me separa las piernas y posa su erección en la hendidura de mi trasero. Gruñe. Gimo.

—¿Vas a hacer todo lo que yo te pida? —susurra con la voz ronca.

—No —lo contradigo porque sé que le pone muy burro que me resista.

Gruñe más alto.

—¿Ni siquiera por mi cumpleaños me vas a complacer?

—Oh, créeme, Ulises, te voy a complacer, pero quizá no como esperas —hablo con la cara girada y pegada a la pared.

Noto que se separa de mí y sale de la ducha sin mediar palabra, desnudo y mojado, dejando todo el suelo encharcado. Me doy la vuelta confundida. ¿Le habrá molestado? No lo creo, Ulises no se enfada por cosas así. Vuelve muy poco tiempo después y se mete de nuevo en la ducha con algo entre sus manos. Oh.

—¿En serio has ido a por mi vibrador?

—Verte empapada y tan dispuesta a mí hace que pierda la cabeza, torbellino. Necesito que te corras a lo bestia de todas las formas que me aguantes. Así que prepárate.

Pega mi espalda a la pared y mete el vibrador entre mis piernas, lo enciende y estoy perdida. Juguetea pasando la vibración por mi entrada y mi clítoris, alternándolo cada pocos

segundos, y pierdo la cabeza corriéndome y gimiendo su nombre mientras el agua arrastra mi orgasmo.

Diosa.

—No hemos terminado —me advierte.

—Ya lo creo que no.

Me arrodillo ante él y, sin pedir permiso ni mirarle una sola vez, me meto su polla en la boca y empiezo a lamer y succionar con cuidado pero a buen ritmo.

—Hostias —blasfema.

Me la saco despacio para volver a engullirla y dar pequeños lametones en la punta. Ulises tiembla y siento que va a perder el control de un momento a otro, pero yo tengo otros planes.

—Uffff —suspira cuando me la saco del todo de la boca y me incorporo.

—Fóllame fuerte, Ulises. Haz que tiemble el puto baño.

—A sus órdenes.

Ulises abre la mampara de la ducha para alcanzar la caja de condones que ha debido de dejar cuando ha salido antes. Como siempre, me lo pasa para que yo se lo ponga. Vuelvo a estar de cara a los azulejos y Ulises se prepara para entrar de una estocada suave, hundiéndose en mí poco a poco. Apaga el grifo porque todo el mundo sabe que el agua reseca y para que el ruido de la misma cayendo no amortigüe nuestros gemidos. Unos cuantos empellones después, con una de sus manos acariciándome entre las piernas, tengo un segundo orgasmo que me deja desarmada, pero no me quita las ganas de su verdadero regalo de cumpleaños.

Ahora, la que sale desnuda de la ducha soy yo. Y maldita la hora porque he ido de valiente y me pelo de frío enseguida, por lo que voy dando saltitos hasta la habitación para coger el lubricante. Cuando vuelvo junto a Ulises, cuya cara en un poema, se lo tiendo.

—Quítate el condón y échate una cantidad generosa en la polla.

Su ceño termina por fruncirse del todo ante la confusión. Bien, justo como quería.

—¿Perdón?

—Haz lo que te pido, ahora te explico.

Al final, quién acaba obedeciendo órdenes es él, pero sé que todo este jueguecito le está poniendo tontísimo. Le gusta que le descoloque.

Vuelvo a mi posición (eso es, contra los azulejos) y guio su erección al punto exacto al que quiero que entre. Cuando tengo la punta colocada, Ulises se tensa.

—Eh, eh, eh, Inés. ¿Tú estás segura de esto?

Me giro para enfrentarlo.

—Muy segura.

—Joder, pero debería prepararte antes, ¿no? No ir a lo bruto. No quiero hacerte daño.

—Cielo, no vas a hacerme daño, de verdad —lo tranquilizo—. ¿Lo has hecho alguna vez antes?

Niega con la cabeza y yo sonrío con orgullo.

—Fenomenal, me encanta ser yo quién te desvirgue. Tú déjate llevar, que yo te guio.

Vuelvo a colocar la punta en mi entrada y empujo hacia atrás para que poco a poco se vaya abriendo camino. El gruñido que suelta Ulises cuando está del todo dentro de mí no tiene precio. Parece que se muere de placer y yo me muero con él.

—Mierda, Inés, voy a durar dos jodidos segundos. Esto es demasiado.

Apoya la frente en mi espalda mientras sigue empujando.

—No te contengas. Llega hasta el final. Dentro.

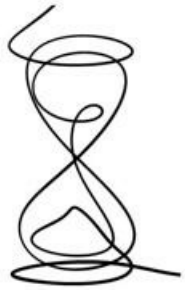
Literalmente, tarda dos malditos segundos en correrse dentro de mí. Ulises corriéndose es

lo más erótico que he escuchado en mi vida, te lo prometo. Es que podría repetir sus gemidos en mi cabeza segundo tras segundo sin cansarme.

Cuando sale con lentitud de mi cuerpo, me gira y me besa, invadiéndome con su lengua.

—Felices 30, pocholito —digo intentando recuperar el oxígeno que me ha quitado su beso.

—Te quiero, Inés. Te quiero mucho.



—Es que en realidad no eres ni mayor de edad. Es como si no hubieras cumplido todos tus años.

—Ya, por lo que veo, este chiste nunca pasa de moda —se queja Ulises con evidente mala leche.

—Es que te pega muchísimo haber nacido en año bisiesto. Y ser piscis.

—¿Y eso qué significa?

—Que eres único en ti mismo. No creo mucho en el horóscopo, pero hay que reconocer que algunos rasgos de piscis te pegan.

Estamos tirados en el sofá con una peli de fondo. Hemos empezado a verla con ánimo, pero es tan mala que nos hemos liado a hablar. O, más bien, necesitaba distraerlo porque está a punto de llegar su sorpresa y no quiero que me pille en un renuncio.

Cuando el telefonillo suena, me levanto como un resorte a abrir con una sonrisa tontorrona en los labios.

—¿Quién es?

Pero no le respondo, sino que me limito a abrir la puerta de nuestra casa. Ulises ahoga una exclamación de sorpresa y corre a abrazar a la persona que acaba de entrar.

—¡Mami!

Me quedo clavada en el sitio. ¿Mami? ¿Ha dicho mami? Hostias, qué fuerte. No había visto esta parte tan ñoña de él. Con Isla es protector y cariñoso, pero ¿en serio? ¿Mami? Voy a tener una munición buena para meterme con él el resto de mi vida. Ya me estoy frotando las manos.

Elisa y Ulises se abrazan con tal necesidad que me emociona. Es inevitable que piense en mi madre, en cómo me gustaría recibir un abrazo en cada cumpleaños, aunque solo fuera uno. Sentir su calor una vez al año, con eso me bastaría.

No puedo decir con la boca grande que me muriese por conocer a la madre de Ulises. No suelo caer bien a los padres de mis amigos por mi forma de ser, supongo. A los padres de Blanca costó que les entrara por el ojo. Entonces, voy con un poco de cautela porque a los padres de los amigos los puedes capear, pero a los de la persona que quieres… eso es harina de otro costal, amiga. Me quedo rígida cuando Elisa me da un efusivo abrazo y me dice que se moría de ganas de conocerme.

—¿Y para mí no hay abrazo?

Isla aparece detrás de su madre junto a Diego. Y detrás de ellos, Lucas y Sara con la

pequeña Aina. Ulises se emociona al verlos a todos y me busca con la mirada. Dejo que me encuentre y le sonrío, mostrándole que me hace feliz que esté así de contento. La luz de sus ojos es indescriptible.

—Ulises —lo llamo, con la intención de picarlo un poquito, aunque me he abstenido de llamarlo *pocholito*—, siento decirte que no tengo nada preparado de picoteo. Me encargué de reunir a la gente, pero no me acordé de comprar nada.

Su sonrisa se ensancha.

—No te preocupes, torbellino. Fluyamos, ¿no?

Me lo como a besos y me da igual quién esté delante.

Guerra ganada.

Al final del día, Ulises ha llorado, Isla ha llorado, Elisa ha llorado y Sara se ha deshidratado. Culpa de las hormonas postparto y de Lucas, que al parecer ahora tiene hasta culpa de respirar, el pobre. Yo vivo en una montaña rusa constante. Elisa ha sido encantadora conmigo en todo momento y se nota cuánto la quiere Ulises. Me siento muy feliz de estar aquí formando parte de la vida de esta gente, de sentirme parte de la familia. Pero también me hace terriblemente consciente de lo lejos que tengo a la mía y de lo mucho que los echo en falta. Que toda mi vida estaba en otro lugar, hasta que lo conocí a él. Y una pregunta que me angustia hace acto de presencia por primera vez: ¿volveré a casa cuando acabe la universidad?

DE: Tiago Carvajal Rivas
16 de marzo a las 7:45 horas
PARA: Inés Zarauz Evans

ASUNTO: Tu trabajo

Buenos días, Inés:

Disculpa las horas, es demasiado pronto todavía hasta para pensar, pero me gustaría comentar contigo tu trabajo al finalizar la clase de hoy. Lo terminé de leer anoche. Quiero proponerte algo.

¡Un abrazo!

50

No me fío

Ulises

Principios de abril

Estamos teniendo una primavera muy temprana. No me puedo creer el puto calor que hace a las 16:34 horas de la tarde. Ojo, tampoco es plan de ir en chanclas ni nada por el estilo, pero se puede ir en manga corta por la calle y no es muy normal.

Inés aparece por la puerta del estudio con su inseparable chaqueta amarilla. Llega tarde a trabajar porque tenía otra tutoría con su profesor de Genética. No quiero pecar de paranoico, pero me huele a mierda pura. Lo siento, pero es lo que pienso y ya he discutido más de una vez con Inés por el tema.

—No te calientes la cabeza, Ulises. —Con el paso de los meses, sé que si me llama por mi nombre, es porque no está contenta conmigo—. Es el mejor profesor que he tenido hasta ahora. Me ha hecho recuperar las ganas de seguir estudiando, ¿sabes? Estoy aprendiendo un montón de cosas. Y ha propuesto mi trabajo para que se publique en una revista científica. No sé qué películas te estás montando.

Yo le respondí que un tío de su misma edad, soltero y con ojos en la cara estaría babeando por ella sin dudar, buscando una mierda de excusa para quedarse a solas e impresionarla. No es ético ni moral, pero esas cosas pasan, ¿o no? Troglodita me llamó. Y machista. ¿Yo? Hay que joderse. Simplemente soy un tío que sabe cómo piensan los tíos. Y su profesor no me da buena espina. Y no es que esté dudando de que Inés pueda tener un lío con él, para nada. Confío plenamente en ella y sé que me quiere, pero no me fío de las intenciones del mindundi ese que va de enrollado. Así que me conviene callar porque no quiero más discusiones con Inés sobre el tema.

—¡Pocholitoooo! —canturrea—. De verdad que el transporte público de esta ciudad me estresa. Ya podrías dejarme el coche algún día para ir a la uni.

—Ni de puta coña. —No soy partidario de dejar mi coche; solo a mi hermana y con mucho recelo—. Además, ¿dónde lo meterías en Ciudad Universitaria?

—En un *parking* —resuelve como si fuera una obviedad.

—No gastes el dinero en chorradas, anda.

—Mi salud mental no es ninguna chorrada —rebate, pero parece que se le pasan las ganas de pelea y cambia de tema—. Bueno, ya estoy aquí. ¿Habéis tenido que apagar algún fuego?

—No, pero me da que vas a tener que apagar uno pronto —le digo mientras me acerco a ella para plantarle un beso.

—¿Y eso?

—Vas a tener que apagar el mío, torbellino —susurro en su oído—, porque esta chaqueta

sobre ti hace que solo quiera arrancártela. Ni a La Vecina Rubia le queda tan puto bien.

—¿Sabes quién es La Vecina Rubia? —pregunta con picardía.

—Soy tatuador, querida. ¿Tú sabes cuántas chicas vienen a tatuarse un arcoíris o un «voy con todo»? He dejado de contarlas. Son muchas.

—Me pone que sepas tantas cosas.

Le doy un mordisco en el cuello y vuelvo a besarle la boca. Por mucho que me joda, tenemos que trabajar, y mi siguiente cita llega en diez minutos. O debería.

—¿Dónde anda Izan?

—Tatuando. Le he pedido que me cubra para estar pendiente de la recepción y, de paso, ir organizando el mes. El pasado tuvimos muy buena facturación.

—Eso ha sido gracias a que has diversificado. Ahora puedes prestar atención a otras cosas, como las redes sociales, gracias a que Izan hace algunos trabajos.

—Toda la razón —reconozco. A pesar de que el chico tiene la bragueta un poco suelta, sé que va a llegar a ser un tatuador de la hostia.

—Yo siempre tengo razón —alardea.

Dios, qué mujer.

—¿Qué tal la tutoría? —Inés me mira con desconfianza, así que levanto las manos en son de paz—. Me preocupo en serio, cielo. No quiero volver a discutir por el tema, ¿vale? Solo quiero saber cómo vas.

Inés resopla y se deja caer en su silla, detrás del mostrador.

—Bien, Tiago hace que todo parezca fácil. Los últimos temas se me están atragantando, pero ni siquiera es culpa de los temas. Soy yo, que estoy un poco agobiada. En un mes son los exámenes finales y… —suspira—. Yo qué sé, siento que no estoy preparada.

—Ey, cariño, mírame. Poco a poco, ¿vale? Y lo que puedas. Sabes que yo te puedo ayudar en lo que sea, como hicimos en diciembre.

—Lo sé, pero no quiero arrastrar asignaturas. No quiero que la universidad dure más de lo estrictamente necesario con la edad que tengo.

Yo no dejo de darle vueltas a algo. En cuanto Sara vuelva de la baja, Inés tendrá que buscar otro trabajo, muy a pesar de los dos. Y, como ella misma dijo, ahora lo tenemos fácil para coordinarnos con sus horarios, pero otro lugar no se lo va a poner tan sencillo. Necesita un horario establecido y no lo que hacemos nosotros, que son malabares, básicamente. Pero de momento nos funciona.

Nada de esto está siendo fácil para Inés. Muchos cambios en menos de un año. Y uno de ellos… yo. Supongo que no es nada fácil lidiar con tener a tu familia lejos por primera vez, la universidad y el inicio de una relación. Es una mierda e Inés tiene bastantes días malos en comparación a cuando la conocí. Pero estamos juntos y nos sostenemos el uno al otro cada vez que nos necesitamos. Hacemos un equipo de la hostia y yo siento que, por fin, todo está en el lugar y tiempo correctos.



Inés

22 de abril

VETERINARIOS SIN PULGAS

Martín uni
¡Feliz cumpleaños a la madurita más sexy de la universidad!

Lidia uni
¿Pero cómo se te ocurre llamarla madurita, anormal? No sé qué pude ver en ti.

Martín uni
Si quieres te lo explico, cariño. Mi monumental tranc...

Celia uni
luuuuuu. Qué asco, Martín.

¡Feliz cumple, Inés! Luego te tiro de las orejas.

Neus uni
¡Felicidadeeeees! ¿Has recibido felicitación de tu fan número uno? Apuesto a que sí.

Alex uni
Hostia, ¿es tu cumple? Muchas felicidadeeees.

Por cierto, ¿podrías prestarme los apuntes del tema 14 de genética, porfi? Tienes enchufe directo con el profe, seguro que están tan bien hechos que entiendo ese tema a la primera.

Lidia uni
Tío, qué cara le echas.

Martín uni
Hay que reconocer que la fijación que tiene el profe por Inés es más que evidente.

Lidia uni
¿Y qué tiene que ver eso con que Álex se aproveche de sus apuntes?

Martín uni
Solo era un comentario. Mi opinión al respecto, Inés la sabe más que de sobra.

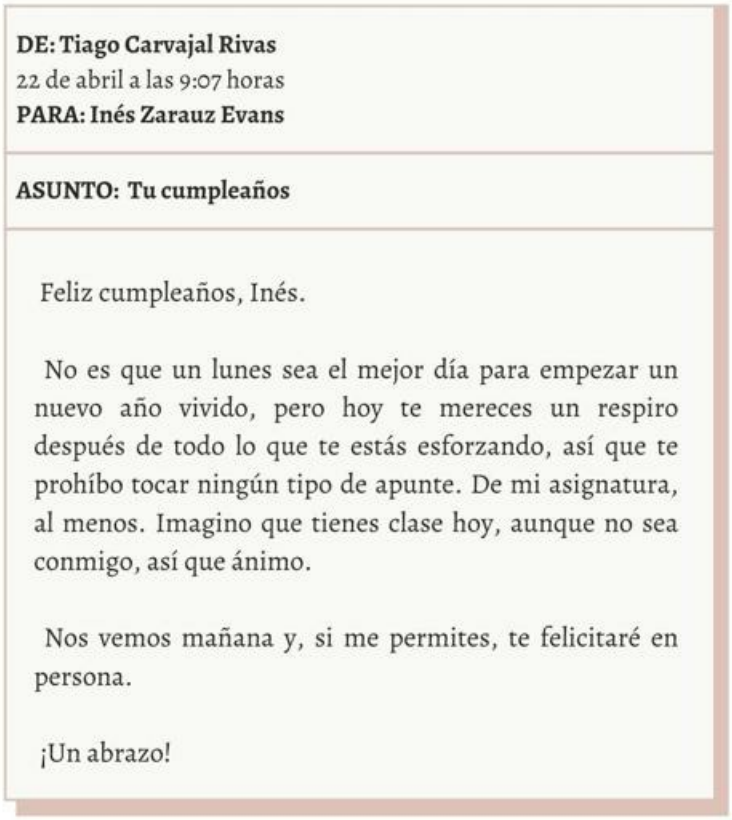
Inés
¡Muchas gracias, chicos! Menos a ti, Martín, vuélveme a llamar madurita y tu ridícula tranca se convertirá en polvo.

@álex hoy me has pillado generosa, así que en un rato te envío el tema.

No pienso hacer ninguna declaración al respecto sobre Tiago.

Neus uni
¿Así que ahora es Tiago? Interesante.

Alex uni
Que tu Diosa te lo pague con el mejor polvo cumpleañero de tu vida.



DE: Tiago Carvajal Rivas
22 de abril a las 9:07 horas
PARA: Inés Zarauz Evans

ASUNTO: Tu cumpleaños

Feliz cumpleaños, Inés.

No es que un lunes sea el mejor día para empezar un nuevo año vivido, pero hoy te mereces un respiro después de todo lo que te estás esforzando, así que te prohíbo tocar ningún tipo de apunte. De mi asignatura, al menos. Imagino que tienes clase hoy, aunque no sea conmigo, así que ánimo.

Nos vemos mañana y, si me permites, te felicitaré en persona.

¡Un abrazo!

Hay algo que tengo que reconocerle a Ulises: lo de Tiago me inquieta. No quiero decirlo de forma abierta después de cómo lo he defendido, pero hasta mis amigos se han dado cuenta. Martín fue el primero en mencionarme algo a solas, sin implicar al resto. Me advirtió, igual que hizo Ulises, y no quise creerlos. Pero no creo que sea muy normal que un profesor, por muy majo que sea, te envíe un correo personal para felicitarte por tu cumpleaños. Sigue siendo mi profesor favorito, pero creo que tengo que empezar a mantener las distancias. Aunque, bien mirado y en las fechas en las que estamos, creo que llego tarde.

Le propuse a Ulises hacer pellas hoy en la universidad, pero se negó en rotundo. Solo me absolvió de trabajar, decía que hoy no había mucho follón y que entre él e Izan se podían ocupar. A mí me ha olido raro, qué quieres que te diga; nunca sobra una mano en el estudio, pero tampoco voy a quejarme. Lo único que me pone un poco triste es que son las dos y media de la tarde, me falta media hora para salir de clase y apenas he hablado con mi chico en todo el día.

A pesar de estar cansada, los finales están a la vuelta de la esquina y estoy estudiando como una auténtica posesa. No dejo de sentir a los ratones recorriendo mi cuerpo. Y todo porque me muero por abrazar a Ulises y dejarme mimar por él. Ponernos un capítulo de *Embrujadas* con

dos boles de palomitas gigantes, uno de saladas para él y dulces para mí. Que me acaricie el pelo mientras me recuesto en su pecho. Acariciar los tatuajes de sus antebrazos. Hacer el amor y dejarme el alma en ello. Solo pido eso.

—¡Pocholito! Ya estoy en casa. ¿Estás?

—¡En la cocina! —grita.

Me deshago de mi inseparable chaqueta amarilla y la cuelgo en el perchero de la entrada. Me encuentro a Ulises detrás de la isla de la cocina mirando hacia… ¿el suelo?

—¿Se te ha perdido una lentilla? —lo vacilo. Ulises tiene vista de lince.

—¿Eh? No, no. —Me sonríe y yo me derrito, como siempre, pero no se mueve ni para darme un beso.

—¿Tengo que suplicarte por un beso?

—No, no. —Niega distraído y se apoya sobre la encimera para darme ese beso, aunque me tenga que acercar yo—. Hola, preciosa. ¿Qué tal va tu cumple?

—Me gustó más el del año pasado. —Le guiño un ojo.

Además, hace justo un año que nos conocimos. Hace un año que este chico vino con sus tatuajes, su pose de tipo duro falsa y su propuesta e hizo que mi vida empezara a girar más rápido que nunca. Porque este año a su lado ha sido como un suspiro y mira que hemos pasado por cosas.

—Me consta que fue un gran cumpleaños. Me conociste a mí.

—Qué engreído eres. —Le saco la lengua con burla—. Emmm, esto… ¿estás intentando ocultarme una erección?

Su ceño se frunce.

—Claro que no, ¿por? —Vuelve a mirar al suelo.

—Porque no te has dignado a salir de ahí atrás desde que he entrado. Ni me has abrazado. Ni dejas de mirar abajo de reojo.

Ulises suspira como si estuviera nervioso. Espera, ¿por qué está nervioso? ¿Por qué me está mirando así? ¿Por qué sonríe así? Diosa, ahora la que está nerviosa soy yo. Definitivamente, a Ulises tengo que incluirlo en la lista de forma oficial.

—Supongo que no tiene sentido que lo siga ocultando.

Justo en ese momento, Ulises se agacha y oigo un sonido extraño que proviene de detrás de la isla.

—¿Qué ha sido eso?

—Creo que la culpa la tiene esta cosita.

Ulises alza a una pequeña bola de pelo de color gris clarito. Es enano; apenas ocupa la palma de su mano. Agrando los ojos de la sorpresa porque me está costando procesar lo que estoy viendo. Me he quedado pillada.

—Feliz cumpleaños, torbellino.

Las lágrimas empiezan a agolparse en mis ojos. Me acerco con lentitud a ellos y Ulises me deja a la bolita de pelo, a la que ya estoy adorando muy fuertemente, en las manos.

—Pequeñín… Hola. Eres precioso. —Miro a mi chico dejando escapar dos lágrimas—. ¿Me has regalado un gatito?

—Un cliente ha tenido una camada y estaba buscando hogar para las crías, así que lo he adoptado para ti. Para nosotros —dice secándome las lágrimas con sus pulgares—. Ya tenía en mente hacerlo, sé que te encantan los gatos, pero decidí esperar a tu cumpleaños y darte la sorpresa. Así también me ha dado tiempo a investigar, buscar un veterinario…

No lo dejo acabar porque me he encargado de ocupar su boca con la mía. Lo quiero tanto

que siento presión en el pecho. Una presión angustiosa pero agradable al mismo tiempo, porque de una forma un tanto retorcida, me reconforta ser capaz de querer así a otra persona. Y de que me quieran.

—Espera, espera —interrumpe nuestro beso—. Quiero explicártelo todo. Mira. —Saca un montón de tarjetas del bolsillo trasero de su vaquero negro—. Aquí está el número del veterinario. Es un señor muy simpático que se nota que ama a los animales, me ha dado muy buenas vibraciones cuando lo he llevado a hacerse su primera revisión. Se llama David, por cierto. Y como soy un poco novato con esto de las mascotas, le pedí que me explicara los cuidados que requiere. Lo tengo todo aquí apuntado.

¿Se puede morir de ternura? Porque ver a Ulises tan implicado con todo esto, con la ilusión destelleando en sus ojos como si fuera un niño, hace que quiera comérmelo, abrazarlo, mimarlo y cuidarlo el resto de mi vida.

—Ya tengo comprado una especie de rascador, creo que se llama así, y una pequeña caseta que he leído que pocos gatos usan, pero al ser tan pequeño quizá podamos adiestrarlo. Y comida también, claro. Y el cajón de arena. Lo tengo todo. He estado liado todos estos días, intentando que no te dieras cuenta. Ha sido difícil, pero creo que ha merecido la pena por ver tu cara y esa sonrisa.

Estoy abrumadísima con todo esto. Se lo ha currado tanto. Lo abrazo con un solo brazo, ya que sigo con el pequeñín, que apenas se ha movido, en mi mano. Siento tanta gratitud, tanta ilusión, orgullo, amor…

—¿Y cómo vamos a llamar a esta bolita? ¿Es macho o hembra?

—Hembra. Yo tengo una sugerencia respecto al nombre, pero ponle el que tú quieras.

—Quiero escuchar tu propuesta.

—No es muy original, la verdad. —Se rasca la nuca algo avergonzado—. Había pensado en… Kit.

Levanto la vista hacia él, ya que me había distraído en el bostezo de la pequeñaja. Joder, es perfecto.

—Como la gata de las Halliwell. ¡Me encanta!

Y me encanta todavía más que le haya buscado un nombre que signifique algo para los dos. La siguiente hora nos la pasamos buscando los mejores rincones para la casa de nuestro nuevo miembro. Ulises me explica todo lo que le ha dicho el veterinario y nos pasamos el rato acariciando a Kit. Literalmente, es el juguete nuevo, ese al que no puedes dejar de prestar atención porque no quieres perderte nada de lo que haga, aunque todavía es muy pequeña.

Hago videollamada con mi familia y amigos para soplar las velas todos juntos y presentarles al nuevo miembro de la familia. Y yo no paro de emocionarme porque ha sido un gran día y porque no puedo estar más enamorada de este hombre que ha resultado ser un regalo caído del cielo.

Dejamos a Kit libre para que vaya inspeccionando la casa y se haga a su nuevo hogar mientras nosotros nos escabullimos hacia la habitación. Me muero de ganas de demostrarle a Ulises cuanto lo quiero y cuanto de agradecida estoy por ser el hombre más maravilloso del mundo, detrás de mi padre, claro.

Lo desnudo a los pies de la cama. Él me besa la clavícula y el cuello mientras sus manos se enredan en mis rizos. Después, mi ropa acaba esparcida por el suelo junto a la suya.

—Te quiero, pocholito —susurro en la penumbra de la habitación.

—Yo más.

—No empieces.

—Calla y bésame, anda —implora.

Y me callo y lo beso. Acaricio su erección con mimo, llevándole al extremo que yo quiero. Restriego su humedad por la punta cuando moja mis dedos, lo que le hace gemir con desesperación. Sus manos se entretienen con mis pezones y tira suavemente de ellos hasta provocarme escalofríos. Lo arrastro hacia la cama y lo dejo sentado y apoyado en el cabecero. A Ulises le encanta llevar el control en el sexo, pero hoy noto algo diferente. Algo intangible que nos ha envuelto y que me hace sentir drogada por él. Nuestros polvos son dignos de película porno, no voy a andarme con finuras a estas alturas, pero creo que hoy ninguno tenemos ganas de darnos placer de esa manera, sino que estamos buscando un placer más profundo.

—Necesito estar dentro de ti y no salir nunca más, Inés.

Ulises tantea mi entrada, acariciándome primero con su punta, porque sabe que eso me pone a tono enseguida, y se introduce en mí con una lentitud agónica mientras se muerde el labio inferior. No aparta ni un solo segundo los ojos de mí. Me siento tan importante ahora mismo que creo que puedo explotar en algún momento.

—Así teníamos que haber acabado esa noche porque, la verdad, me gustaste desde la primera vez que te vi.

Yo no puedo decir nada, estoy demasiado embriagada por las sensaciones mientras me muevo con lentitud sobre Ulises. Solo lo beso. Lo lamo. Le digo cositas sucias al oído que ya sé que le gustan. Pero no solo eso, también le digo que lo quiero. Él me dice que su vida ya no sería lo mismo sin mí. No cambiamos de postura, tampoco nos apetece movernos un ápice de cómo estamos.

—Torbellino, no me he puesto preservativo.

—Córrete fuera, pero avísame.

Ulises aguanta mientras empuja hacia arriba para buscar mi orgasmo, que no tarda en llegar y hace que todo el cuerpo me vibre y se descomponga en miles de pedazos. Al poco tiempo, Ulises sale de mí y se vacía en mi bajo vientre, quedándose desmadejado contra el cabecero de la cama. Nos tomamos unos minutos para recuperarnos antes de limpiarnos y volver a meternos en la cama.

—Hace tiempo me hiciste una pregunta que me dio miedo contestar. Hoy te digo que la respuesta es sí. Pase lo que pase en un futuro, siempre vas a ser de las personas más importantes que han pasado por mi vida y… —Toma aire—. Y sé que te voy a querer siempre.

Me encaramo más a su pecho y dejo un beso ahí, muy cerca de su corazón.

—Siempre es mucho tiempo.

—Pues hasta que la arena del reloj deje de ser eterna.

DE: Tiago Carvajal Rivas
3 de mayo a las 17:32 horas
PARA: Inés Zarauz Evans

ASUNTO: Lo siento

Hola, Inés:

Siento haber sido tan desagradable hoy en clase. No ha sido un buen día y no he tenido la paciencia suficiente. Sabes que eres mi alumna favorita, es imposible que no sea así después de todo lo que te implicas en las clases.

¿Me dejas compensarte? El examen es en dos días, así que te ofrezco una tutoría mañana para resolver las dudas que te queden.

Perdóname, por favor.

52

Pinchazos. señales

Ulises

Cuando era pequeño, siempre supe que papá estaba enfermo, aunque nunca me planteé que no se fuera a recuperar. El día que nos dejó definitivamente, no lloré. Mamá nos reunió a Isla y a mí y nos dijo, con la mirada perdida como si fuera un fantasma, pero sin derramar ni una sola lágrima, que nuestro padre no iba a volver. Por suerte, Isla era tan pequeña que no se acuerda de eso, pero yo tenía nueve años y era consciente de todo. Me acuerdo de ese momento como si lo hubiera vivido hace muy poco. Para mí ha sido el golpe más duro que he recibido en mi vida. Adoraba a mi padre, supongo que como cualquier niño, y no lo vi venir. Nunca esperas que, con nueve años, tu padre se vaya de tu lado de repente. El caso es que ese día, cuando me desperté, recuerdo que me dolía el estómago. Busqué a mamá, pero no la encontré por ningún lado. El dolor no se me pasó y, cuando volví a verla, fue para darnos la noticia.

Ahora, cada vez que se me asienta dolor de estómago, estoy intranquilo. Es una tontería porque la mayoría de las veces es un virus o algo que me ha sentado mal. No ha vuelto a pasar nada como lo de mi padre, por eso estoy intentando ignorar muy mucho los pinchazos que el estómago me está dando.

—Cielo, tienes mala cara. ¿Qué te pasa?

—El estómago. No sé. A veces me pasa. Voy a tomarme una manzanilla a ver.

Inés me sujeta la cara con las manos para estudiar mi rostro mejor.

—Me quedo. Te encuentras mal, pocholito.

—No, cariño, tienes que ir a esa tutoría. Mañana es el examen.

—Me quedo —reitera—. Te estarás haciendo el valiente conmigo, pero el color de tu cara demuestra que te duele mucho.

—Estoy bien, con la manzanilla se me pasa. Y si no, me acerco a urgencias. Seguro que no es nada.

—Quiero acompañarte. Las dudas que me queden para el examen, pues mala suerte. No sacaré un diez, pero llego al nueve seguro. Lo llevo bien, Ulises. Venga, me quedo.

—Que no, de verdad. —No me puedo creer que la esté empujando a ir a la última tutoría con el puto tipo ese al que sigo teniendo cruzado, pero no voy a ponerme yo por delante de sus estudios. Nunca—. Vete, que estoy bien.

Inés duda. Se resiste a irse, lo sé. Pero, joder, que no me estoy muriendo. Es un dolor de tripa. Sobreviviré.

—Está bien. No tardaré, ¿vale? Con lo que sea, me llamas.

La acerco a mí para darle un beso en la frente y un abrazo. Y no puedo evitar aspirar el olor que desprenden sus rizos. Me recuerdan al verano, al calor, a como huele el baño después de ducharse. Inés huele a hogar.

—Llévate el coche, así volverás antes. Pero el *parking* sale de tu bolsillo.

—Hostias, sí que debes de estar enfermo. —Abre mucho los ojos, pero enseguida recupera la sonrisa—. Pero, no, me voy en transporte. No vaya ser que lo necesites tú o Isla porque estás peor. Siempre te he dicho lo del coche para picarte.

—Lo sé, torbellino.

Le doy un beso en los labios de despedida y tengo que reconocer que me cuesta separarme de ella, pero, finalmente, Inés se dirige al perchero, que tenemos colocado al lado de la puerta del estudio, para ponerse su chaqueta amarilla, no sin antes advertirme por quinta vez que la llame si estoy peor.

—Eres una pesada. Anda, vete ya.

Y justo cuando esas palabras salen de mi boca, Inés desaparece con una sonrisa en los labios. Siento otro pinchazo y me da por reflexionar sobre que deberíamos meditar mucho más las palabras que le dedicamos a una persona al despedirnos.

53

Me lo advirtieron

Inés

Universidad Complutense
5 de mayo

¿Qué pasa hoy que el metro está atestado de gente? Diosa, qué agobio tengo encima. Además, no me apetece mucho tener esta tutoría. No sé por qué he aceptado.

«Porque para una asignatura en la que te has implicado al 100%,
no sacar la mejor nota no es una opción»

El caso es que, desde que Tiago me dio un corte bastante feo en mitad de clase, no me apetece ni verlo. En sus clases, siempre ha estado abierto al diálogo y al debate y nunca se ha molestado por que un alumno le lleve la contraria en alguna de sus opiniones. Pero el otro día…

—Inés, si no te gusta lo que intento enseñaros en esta asignatura, ahí tienes la puerta para abandonar la clase con efecto inmediato. En caso contrario, te pido que no intentes cuestionarme como profesor.

Me quedé helada. No me suelo dejar amedrentar, aunque tengo que reconocer que el ámbito universitario se me ha enquistado bastante. Dejé que él ganara esa batalla. Me callé, pero no dejé de mirarlo con reprobación en lo que quedaba de clase. Me enfadé muchísimo y no solo eso, sino que me decepcionó. Después de su *email*, me relajé. Se ha portado muy bien conmigo todos estos meses, me ha ayudado muchísimo y un mal día lo tienes cualquiera, ¿no? Aun así, me inquieta un poco esta tutoría.

Encima, la tengo más tarde que de costumbre. Al no ser el día oficial establecido para ello, Tiago ha tenido que buscar un hueco casi a última hora de la tarde para que me pudiera pasar. Y tampoco me ha gustado un pelo dejar a Ulises encontrándose mal.

Llego a la puerta de su despacho y entro sin llamar, como siempre. Percibo un aroma diferente en el ambiente. ¿Diosa, se ha cambiado de perfume? No me gusta. Es demasiado fuerte.

—Inés, qué bien que hayas venido. —Se acerca a mí con rapidez para darme dos besos, como siempre, y me envuelve con tanta fuerza su perfume que me sobreviene una arcada—. ¿Cómo estás?

Me separo con rapidez de él y me dirijo a mi silla.

—Bien —contesto un poco seca.

—Entiendo que no me hayas perdonado, me porté como un capullo.

—Tiago…

—Dame la oportunidad de arreglarlo. No me perdonaría que mi mejor alumna acabara la asignatura enfadada conmigo.

Tiago se apoya en el borde de la mesa, justo frente a mí. Desde aquí parece más alto y no es que vaya corto de estatura. Lleva un traje gris claro y una camisa blanca arremangada hasta los codos con un par de botones del cuello desabrochados. Su americana descansa en el respaldo de la silla.

—No estoy enfadada, solo descolocada. Fuiste muy desagradable y me dejaste fatal delante de toda la clase.

—Lo sé, lo sé. Fui un imbécil. —Se retira con nerviosismo su flequillo castaño de la frente.

—¿Empezamos con la tutoría?

Tiago parece que lo deja estar y, en vez de sentarse en su silla, se sienta en la que está a mi lado. Me parece extraño, pero no digo nada. Solo quiero acabar con esto y volver con Ulises. Pasamos la siguiente media hora resolviendo mis dudas y repasando alguna cosilla que llevo floja para el examen de mañana. Me alivia haber tardado tan poco porque eso significa que puedo irme ya.

—Gracias por todo, Tiago, has sido un gran profesor —digo mientras recojo mis cosas. Un incidente aislado no borra que haya amado la genética de principio a fin.

Se queda quieto sin parar de observarme. Yo sigo a lo mío. Termino de recoger mis cosas y me levanto colgándome el bolso del hombro. No obstante, la mano de mi profesor sujetándome la muñeca me obliga a volver a sentarme. Lo miro con confusión y se me acelera el pulso.

—Inés —susurra—, ¿te apetece tomar algo? Como despedida.

Está tan pegado que noto su aliento muy cerca de la cara y siento asco. Además, no sé qué perfume se ha puesto hoy pero he tenido todo el rato el estómago revuelto.

—Pues te lo agradezco, pero no puedo. Me están esperando —me excuso con toda la educación que puedo mientras vuelvo a levantarme.

—¿Tu novio el tatuado?

Un sudor frío me recorre el cuerpo. ¿Cómo tiene él esa información?

—Te escuché a ti y a tu grupito hablar de él —dice con un tono bastante despectivo, sacándome de dudas.

—Pues sí, él. Me está esperando, así que me voy ya. Lo siento.

Vuelve a detenerme sujetándome del codo. Estoy empezando a inquietarme. Y todos mis temores se confirman cuando acerca su boca a mi oído.

—No he podido dejar de observarte desde la primera vez que hablaste en clase. No puedo dejar de pensar en ti, Inés. Entre nosotros ha surgido algo. Dime que tú también lo has sentido. Estamos conectados, nena.

Me muero del asco. Lo empujo para que se separe de mí.

—¿Qué coño haces, Tiago? Te has confundido pero del todo. Y soy tu alumna, así que respétame.

Vuelve a acercase a mí y, esta vez, me sujeta por el brazo. Intento zafarme, pero tiene más fuerza que yo.

—Suéltame —siseo—. Suéltame o vas a tener un problema.

—El problema lo vas a tener tú, zorra. ¿Has estado calentándome todos estos meses para ahora dejarme así? —Se atreve a llevar mi mano a su entrepierna y me sobreviene una arcada.

—Hay que joderse lo engañada que he estado. Es que soy imbécil. —Y mira que me lo advirtieron—. Suéltame, Tiago. Deja que me vaya y mañana será el último día que nos

crucemos. No me sueltes y te juro que hago lo que sea para que no vuelvas a pisar una clase en tu vida.

Mierda, eso parece cabrearlo, porque me arrincona contra la pared y sube su mano a mi cuello.

Joder, joder, joder.

Estaba más cabreada que asustada, pero ahora empiezo a angustiarme de verdad. Las lágrimas empiezan a avasallarme. O pienso algo rápido o no tengo claro que pueda salir bien parada aquí. Nunca me he visto en una situación así y estoy paralizada. Sus labios empiezan a pasearse por toda mi cara y siento su saliva asquerosa por las mejillas. Joder, tengo muchas ganas de vomitar.

—Te atreves a amenazarme, ¿eh? Veremos a ver si ahora eres tan valiente.

Sus labios me invaden la boca y me tiene tan encajada que no puedo moverme, aunque intento luchar. Lloro sin poder parar. Me siento asqueada y muy imbécil por cómo me he dejado engañar. Solo puedo pensar en Ulises y se me parte el corazón. Si se entera de esto…

Lloro más mientras sigo peleando contra el beso de Tiago.

—Mmm, me gusta que te resistas. Seguro que eres de las que grita cuando se corre.

Su mano alrededor de mi cuello ejerce más presión y apenas puedo respirar. No puedo hablar. Su otra mano va directa al botón de mis pantalones, que desabrocha sin esfuerzo, y cuela la mano dentro, tocándome por encima de las bragas.

—Venga, Inés. Sé buena chica y moja las bragas. Prepárate para mí.

Saca su mano de mi ropa interior para desabrocharse sus pantalones. Sin que pueda evitarlo, mi palma acaba sobre su erección y me obliga a acariciarlo. Ojalá alguien pudiera escuchar mis sollozos, pero la presión que siento en la garganta es tan fuerte que no soy capaz de emitir apenas sonidos.

—¿Ves lo que me provocas? Así de duro estoy desde que te conocí —dice poniendo los ojos en blanco de placer.

Me va a violar y no puedo defenderme. ¿De verdad voy a dejar que esto pase? Tengo que luchar más. Tengo que coger todas las fuerzas que me queden y salir de aquí.

—Me… das… mucho… asco.

No sé cómo ni de dónde saco la entereza y las fuerzas, pero mi rodilla acaba clavada en sus testículos. Tiago cae al suelo, retorcido de dolor.

«Gracias instinto de supervivencia por existir».

Salgo del despacho sin parar de llorar y corro por todo el campus para alejarme de allí todo lo que pueda. Mi cabeza no para de reproducir la imagen de Ulises una y otra vez. Solo quiero que él me abrace y me diga que todo va a estar bien. Pero cuando se entere… Diosa, cuando se entere…

Me detengo en la primera papelera que encuentro en la calle y vomito. No podía más. No paro de temblar como si tuviera mucho frío a pesar de que la temperatura es buena. Joder, nunca me había encontrado tan mal, ni en mi peor resaca.

Me siento sucia. Me odio por permitir que un tío me haya hecho sentir así y por no haberme dado cuenta antes de las señales. Por haber ignorado las advertencias de Martín y Ulises. Me siento culpable a pesar de que me he pasado media vida denunciando cosas como estas. El «no es no». El que una mujer no ha de sentirse culpable porque otra persona no sepa respetar. Y, aun así, mírame. Me siento asqueada y culpable. Y hace mucho que me prometí que no iba a permitir que nadie pasara por encima de mí.

Necesito hablar con alguien. Necesito tranquilizarme antes de encontrarme con mi chico y romperle la vida. Tengo que pedirle perdón y no puede verme en este estado. No sé cómo consigo marcar su número porque apenas veo la pantalla de las lágrimas.

—¡Holaaa! ¿Qué tal ha ido la tutoría? Dame un segundo, que termino de cerrarle el pañal a Guille.

—Blanca…

Hay un eterno silencio a través de la línea.

—¿Qué pasa, Inés? ¿Por qué lloras? ¿Qué le pasa a tu voz?

—Tiago… —Apenas puedo articular palabra. Mi voz suena ronca. Me duele la garganta de lo fuerte que ha apretado, pero es que además estoy al borde del ataque de ansiedad porque no les llega oxígeno a mis pulmones.

—Inés, me estás asustando. Por favor, háblame.

—Pichurrina. —Toso—. Ha… Ha intentado…

—¿Qué te ha hecho? Joder, Inés, por favor, dime algo. Estoy a punto de sufrir un infarto.

Sigo corriendo de camino al metro. Necesito no volver a pisar esta universidad en mucho tiempo. No quiero volver. No quiero volver nunca.

—Ha intentado violarme.

Esas tres palabras son lo último que consigo decir. Lo siguiente que percibo es una luz cegadora y un golpe seco. Y, después, solo oscuridad.

—¿Inés? ¿Qué ha sido eso? ¿Inés? ¿INÉS?

La oscuridad es aterradora. Asusta, inquieta, te hace sentir vulnerable. Roba todo atisbo de esperanza. Y, a la vez, puede ser un lugar cómodo, tranquilo y sordo. Sobre todo sordo. Porque puedes estar rodeado de ruido en la oscuridad y sentir que lo escuchas todo como en un eco lejano. Como si tuvieras una cantidad ingente de cera en los oídos.

Pero no hay oscuridad más perturbadora que la de tu propia mente.

El apagón global.

La oscuridad definitiva.

Y lo peor de todo es que, cuando eres consciente de esa oscuridad, ya es tarde.

No puedes hacer nada.

No hay esperanza ni salvación.

Solo queda… la nada.

54

Aguanta

Ulises

5 de mayo (tarde-noche)

—Me cago en mi vida.

—¿Qué te pasa? —pregunta Izan, mientras se acerca al mostrador de recepción.

—El estómago. Me acaba de dar un pinchazo que me ha dejado doblado. Dios, voy a tener que ir al médico.

—A lo mejor son nervios.

—No estoy nervioso.

No lo estoy, de verdad que no. No quiero volver a emparanollarme, pero estoy empezando a preocuparme. Inés hace dos horas que no da señales de vida y me dijo que la tutoría iba a ser rápida, que no tenía muchas dudas.

Mi móvil suena y veo un nombre en la pantalla que me hace fruncir el ceño de inmediato.

—¿Blanca?

—¿Está Inés contigo? —pregunta con ansiedad en la voz.

—Eh, no. Estaba en la tutoría, ¿por? —Y Dios sabe que estoy intentando mantener mucho la calma porque el nerviosismo de Blanca deja patente que algo no va bien.

—Es que estaba hablando con ella y la llamada se cortó. Y de esto hace un buen rato. Ulises…

—Dame un segundo, Blanca.

El móvil pita en mi oído indicando que tengo otra llamada. Me retiro un momento el teléfono de la oreja para ver quién es y un número largo aparece en la pantalla. Ahora el estómago me pesa y un escalofrío me recorre la espina dorsal. Lo cojo y ni siquiera tengo en consideración que estoy dejando a Blanca en espera. Todo mi cuerpo me dice que tengo que coger esa llamada. Y, a partir de ahí, mi cerebro se pone en piloto automático.

—¿Sí?

—Buenas noches, pregunto por Ulises Márquez.

—Soy yo. ¿Quién pregunta?

—Hola, Ulises —vuelve a saludarme la voz amable de una mujer—. Te llamo porque eres el contacto de emergencia de Inés Zarauz. Verás, te llamo desde el Hospital Clínico San Carlos porque Inés ha sufrido un accidente y…

Accidente.

Hospital.

Inés.

No sé ni cómo proceso toda la información que me está dando la mujer porque mi cerebro se ha fundido a negro. No puedo ver nada. Los sonidos los percibo lejos. Siento presión en el pecho. Cierro los ojos con fuerza. Y, sin poder evitarlo, pienso en las últimas palabras que le he dicho. La he llamado pesada y le he dicho que se fuera. Mi cabeza empieza a dar vueltas y el dolor que siento me inunda por completo.

—Necesito que me diga cómo está.

—Ha entrado con un cuadro grave, pero no puedo informarle de su estado actual. Los médicos están con ella.

Mi mundo se desploma. Creo que hasta caigo de rodillas en el suelo. Pero no siento nada. Solo dolor. Solo angustia. Creo que Izan me zarandea, pero tampoco lo siento. Solo sé que lucho contra mí mismo para recuperar el control y correr tras ella. Mi único objetivo, ahora mismo, es estar con ella. Necesito estar con ella.

Torbellino, aguanta.

55

Juntas

Marta

Ciudad costera
5 de mayo (noche)

Cometemos un error pensando que las desgracias solo les pasan a otros. Que el cáncer, las enfermedades graves, los embarazos adolescentes o los accidentes solo le ocurren a gente ajena a nosotros. Hasta que un día recibes una llamada que te cambia y te jode la vida. Por una maldita llamada estamos todos en casa de mi hermano llorando a mares e intentando tomar una decisión.

—Necesito estar allí, ¿no lo entendéis? ¿Y si se muere?

—No se va a morir, Blanca —asegura mi chico, intentando agarrarse a un clavo ardiendo.

—No, Inés no va a permitir nada de eso, ¿me oís? —Ese es mi hermano intentando aportar algo de esperanza a toda esta historia mientras acuna a su hijo—. Blanca, Marta, creo que deberíais ir vosotras.

—¿Y Gabriela? Hermano, si vamos allí es sin saber cuándo volver. No sabemos nada del estado de Inés. Ulises…

—Ulises no sabe ni por dónde le llega el aire, si es que le llega. Pobre, estaba destrozado cuando me ha dado la noticia. Pero yo tampoco estoy cómoda dejando a Guille.

—Gonzalo y yo nos encargamos de los peques —resuelve Miguel—. Vosotras ahora tenéis que estar a su lado.

—Tú también eres su amigo, cariño. —No me gusta que Gonzalo o Miguel se queden fuera de esto.

—Sí, pero todos no podemos ir. Tenemos hijos de los que preocuparnos y Gonzalo y yo hemos hablado y decidido que tenéis que ir las dos. Punto y final.

—Voy a hacer la maleta —anuncia Blanca—. Date prisa, Marta, yo no puedo esperar un segundo más.

Vuelvo a mi casa *ipsofacto* con Miguel pisándome los talones junto a mi hija. Me duele separarme de ellos, pero solo puedo pensar en que Inés nos necesita a su lado. Y Ulises también. No me quiero imaginar el calvario por el que está pasando. Si a Miguel le ocurriera algo…

—Ey, vida, todo va a estar bien, ¿vale?

—No puedes prometerlo.

—No, no puedo, pero me niego a pensar que Inés vaya a acabar así. No es su destino. Lo sé.

—Quiero creerte, pero…

Sollozo. Nunca antes me había enfrentado a algo similar. Nunca antes había tenido la desgracia así de cerca y no sé cómo actuar. Solo sé que Blanca tiene razón y que debemos estar allí con ella. Quiero agarrarme a la esperanza. Inés es demasiado especial para dejar este mundo

tan pronto. Ojalá hubiera podido enamorarme de ella. Sé que habría sido la compañera más divertida, buena, generosa y loca del mundo. Pero el mundo es injusto y cruel. Miguel me abraza y lloro unos minutos con la cara pegada a su camiseta. Necesito esto antes de montarme con Blanca en el coche. Lleva llorando desde que habló con Ulises, así que espero que Gonzalo la tranquilice lo suficiente para conducir. Yo no tengo carné y dependo de ella totalmente.

Preparo una mochila en diez minutos y llaman a la puerta. Me despido de mi hija con un abrazo bastante apretado, me reúno con Blanca, la cual parece que se ha tomado cincuenta cafés de la tensión que refleja su cuerpo, y nos montamos en su coche.

—Inés va a estar bien —digo.

—Marta, he querido hacerme la fuerte delante de los chicos, pero lo cierto es que el pronóstico no es bueno. Si Inés no aguanta esto, yo…

Blanca vuelve a llorar. Le cojo la mano en un impulso un poco estúpido, porque sé que eso no le va a aliviar el dolor, pero quiero que sepa que estamos juntas en esto y que, pase lo que pase, me tiene a mí para apoyarse.

—Aguantará, Blanca, tiene una vida maravillosa que vivir. Esto va a ser un bache más en el camino, solo eso. Vamos a apoyar a nuestra amiga, no a despedirnos de ella, ¿comprendes?

Blanca asiente, sacando fuerzas de dónde sé que no las encuentra, y pone el coche en marcha. Nos esperan por delante muchas horas de viaje y somos conscientes de que van a ser las más agónicas de lo que llevamos de vida.

Ulises

Madrid
5 de mayo (noche)

Nunca había usado el piloto automático de mi cabeza con tanto ahínco como en este momento. Soy una persona que se ha esforzado durante años por tener el control de su cabeza a raya y ahora no estoy pensando. Solo actúo. Me muevo por instinto. Por necesidad. Por supervivencia.

Creo que me he saltado trece semáforos en rojo para llegar al hospital. Estoy seguro de que me van a empapelar a putas multas. Y me la suda. Que me embarguen las cuentas si quieren. Pero tenía que llegar a ella lo más rápido posible. La vida son prioridades. O priorizas, o te mueres, porque algo que no hemos comprendido todavía es que no podemos llegar a todo. No podemos estar en todo y, que yo sepa, la proyección astral no existe. Mierda, no sabía lo que era eso hasta que no me he tragado siete temporadas de *Embrujadas*. Tampoco podemos contentar a todo el mundo y sé que, cuando esto se sepa, habrá unas cuantas personas preguntándose por qué no las he llamado. Pero he priorizado y la he priorizado a ella. Solo he hablado con Blanca porque estaba con ella al teléfono cuando me han llamado, sino, no pongo la mano en el fuego porque la hubiera avisado. Solo pienso en estar a su lado y ver con mis propios ojos el alcance del accidente.

Dejo el coche en el primer hueco que veo. ¿Plaza de minusválidos? Lo siento, no tengo tiempo ahora de preocuparme por una jodida multa. Otra más. Cuando llego a la recepción de urgencias, siento que me mareo. Me doy cuenta de que habré respirado dos o tres veces desde que he recibido la llamada. El corazón no me ha latido tan rápido en mi puta vida. Está a punto de darme algo, así que me obligo a focalizar y a tranquilizarme un mínimo porque lo importante es Inés. No la ayudo desplomándome.

—Vengo por Inés Zarauz. Me acaban de llamar —informo a la chica de recepción con toda la serenidad que soy capaz de reunir.

—¿Y usted es?

—Su marido.

La chica me mira con desconfianza y observo que baja la mirada ligeramente a mis manos tatuadas y apoyadas en el mostrador, supongo que buscando una alianza. Me la pela haber mentido, sé que si les digo que soy su pareja a secas me pueden enviar a casa por no ser un familiar directo. Y no me puedo permitir eso. Estoy convencido de que no me van a pedir el libro de familia de los cojones.

—¿Me podrías decir cómo está, por favor? —ruego con impaciencia, ya que la chica sigue mirándome sin disimulo ninguno.

Se debate entre si creerme o no, pero supongo que la situación tiene que estar muy jodida para que, cuando comprueba algo en su ordenador, ponga cara de susto y me diga que va a avisar al médico que está con ella para que me informe de su estado. Me manda a la puta sala de espera. A la jodida sala de espera. Yo no quiero esperar. Yo quiero verla, joder. Aun así, voy allí, aunque no me siento.

No puedo estarme quieto. El dolor del pecho cada vez es más acuciante y mi cerebro no deja de torturarme repitiendo en bucle nuestro último encuentro. Siento que me asfixio en este maldito sitio. Pero tampoco quiero moverme de aquí por si el médico viene. Sería un momento cojonudo para llamar a mi hermana, por ejemplo, pero es que no tengo fuerzas. Por masoquista que parezca, quiero pasar por esto solo. Al menos, hasta que sepa cómo de grave es. Me sorprende el grado de masoquismo del ser humano y la volubilidad de su estado de ánimo. En un momento, puedes estar eufórico o riéndote a carcajadas y, al minuto siguiente, tu vida se ha venido abajo. Y, aunque el cuerpo es sabio, también colapsa. Sin embargo, no somos conscientes de lo tóxicos que somos a veces para nosotros mismos. Porque nos empeñamos en estar bien, en autoconvencernos de que no pasa nada, de que somos fuertes, de que tenemos que serlo, en vez de escucharnos y darnos a nosotros mismos lo que necesitamos. ¿Qué conseguimos con eso? Ansiedad, depresión, estados nerviosos… y todo porque la sociedad nos encasilla en débiles y fuertes. Si no eres fuerte, estás jodido, porque no les sirves. Te desechan, te hacen de menos, te ignoran, al igual que a los pobres de la calle. Y yo hoy soy débil, soy muy débil.

—¿Familiares de Inés Zarauz?

En cuanto escucho su nombre, me falta tiempo para alcanzar al médico en dos zancadas.

—Soy su marido. Ulises —me presento. La mentira la pienso llevar hasta el final.

—Hola, Ulises —me devuelve el saludo con cautela. Creo que está midiendo mi grado de nervios—. Soy el doctor Araújo y he tratado a Inés desde que la trajeron al hospital. ¿Le han contado lo ocurrido?

—No sé nada.

El doctor asiente con pesar, seguro que nada encantado de tener que contarme él los pormenores del accidente de Inés. Y yo creo que ya me he arrancado todos los padrastros de los dedos de lo nervioso que estoy.

—Acompáñeme a un lugar más tranquilo y le informo de todo.

Lo sigo hacia una sala contigua que está vacía y tiene unas pocas sillas. Que quiera hablar en un sitio más tranquilo no augura nada bueno.

—Según el atestado policial, Inés ha sido atropellada en un paso de peatones a las afueras de Ciudad Universitaria.

—¿Atropellada? —murmuro.

—Sí. El conductor asegura que se le echó encima y no pudo frenar a tiempo. Ha sido el que ha llamado a la policía y a la ambulancia. De hecho, si no llega a actuar tan rápido, no sabemos si hubiéramos podido salvarla.

—Joder, joder, joder —musito tapándome la cara con las manos—. ¿Y cómo está ahora? ¿Puedo verla?

—Ahora mismo se encuentra en la UCI. Cuando llegó, presentaba un cuadro grave. Tenía fractura de la tibia izquierda, luxación en el brazo derecho y hematoma intracraneal. Hemos tenido que inducirle un coma para ver si el coágulo de sangre que se ha formado en su cerebro por el golpe remite solo. Si no, habrá que operar.

—¿Está en coma? —me da por preguntar, aunque no es que no lo haya entendido, es que creo que intento asimilar todo lo que el médico me está contando.

—Sí. En principio es temporal. Si vemos que el coágulo se reabsorbe, retiraremos la sedación y veremos cómo evoluciona.

—¿Se va a recuperar?

La respuesta a esa pregunta me angustia. Me angustia de la hostia, porque no contemplo otra posibilidad que no sea que Inés vuelva conmigo a casa sana y salva.

—Estas primeras horas son cruciales y nunca podemos asegurar nada, pero tenemos esperanza.

La primera lágrima resbala por mi rostro sin que pueda contenerla. Me la limpio con la manga rápidamente, pero toda la tensión acumulada tenía que salir por algún lado.

—¿Puedo verla? —Es lo único que quiero. Estar con ella y no soltarle la mano nunca más.

—Claro, acompáñeme, le llevo a la UCI, aunque tiene visitas restringidas. Solo dos personas y un máximo de una hora por la mañana y otra por la tarde.

—¿No puedo pasar la noche con ella?

—Me temo que no, pero tranquilo, estará bien vigilada y al cuidado del equipo de enfermería.

Caminamos por innumerables pasillos. No sé si voy a saber volver a encontrar este sitio. Siento que es un laberinto, aunque también es cierto que sigo con el piloto automático. Voy a dónde me dice, hago lo que me dicen. Nunca había abusado tanto del instinto de supervivencia. Cuando llegamos a la UCI, el médico se hace a un lado para dejarme pasar a mí primero a la habitación donde tienen a Inés. Entro sin demasiada ceremonia y sin meditar demasiado qué me voy a encontrar. Y cuando me detengo delante de la cama, la imagen me impacta.

—Inés…

Corro a su lado y me arrodillo para cogerle de la mano con sumo cuidado porque está llena de tubos y cables para vigilar sus constantes. No puedo describir el alivio que siento al poder estar tocándola después del miedo que he pasado. Sollozo sin poder remediarlo.

—Ulises, hay algo más que quiero comentarte.

—¿Más? ¿Qué es lo que pasa?

—Quiero que mires estas marcas. —El doctor Araújo se acerca a Inés y señala su cuello, donde se pueden apreciar unas marcas moradas que se parecen sospechosamente a una mano—. Parece como si alguien la hubiera agarrado del cuello antes del accidente y estamos obligados a hacer un parte de lesiones para enviárselo a la policía por una posible agresión.

Mi cabeza hila muy rápido y la rabia fluye de tal manera que me tengo que controlar para no reventar algo de la habitación.

—Qué hijo de puta. Qué hijo de puta.

—¿Tienes alguna idea de cómo ha podido hacerse esas marcas?

—La tengo, pero no tengo pruebas. Joder, no tengo pruebas, pero sé que ha sido ese desgraciado.

—La policía agradecería un nombre para empezar a buscar, aunque suelen empezar por el círculo más cercano de la víctima.

El doctor me mira con cautela. Soy estúpido. Por supuesto que de la primera persona de la que van a sospechar es de mí. Seguro que me han juzgado y la policía me juzgará por mi apariencia, porque, a día de hoy, la gente así de tatuada no causamos buena impresión.

—Ha sido Tiago. Tiago Carvajal y es profesor de la Universidad Complutense. Grado de veterinaria. Genética. Y si me da unas horas, puedo conseguir más información.

Sospechen o no sospechen de mí, voy a hacer lo imposible por que empapelen a ese hijo

de puta.

—No te preocupes. Coméntaselo a la policía cuando venga a hacer preguntas. —Se queda callado unos instantes—. Y hay una última cosa que debes saber.

Lo miro con absoluta desesperación y miedo. Esto es como si no acabara nunca. Una puta pesadilla. Siento que me muero con cada noticia que recibo del estado de Inés. No puedo más.

—Acabe con esto, por favor. ¿Qué más le ha pasado?

—No sé si sabías de su estado, diría incluso que ni ella misma lo sabía, pero Inés estaba embarazada de unas tres semanas.

Se me hiela la maldita sangre. Se me hiela. No siento el corazón latir. No siento los pulmones inhalando oxígeno. No siento mi puto cuerpo funcionar.

—¿Estaba? —murmuro con un hilo de voz.

—Lamento decirte que ha sufrido un aborto causado por el impacto del accidente. Lo siento mucho.

Otra lágrima cae. Él médico me da un leve apretón en el hombro en señal de apoyo, me recuerda que tengo una hora y me deja a solas con ella. Le agarro más fuerte la mano, intentando aferrarme al calor de su cuerpo, a que respira. A que está viva.

Estábamos embarazados, joder. Lo estábamos. ¿Por qué la vida no para de darnos golpes y lo trunca todo? Hasta ahora no me había planteado ser padre, pero sin duda solo me lo plantearía con ella. Y hemos estado a punto de que eso fuera una realidad.

Mi rabia va dirigida toda al puto profesor. Quiero matarlo. Quiero torturarlo hasta que suplique por su vida y luego matarlo. Él no ha provocado el accidente; por lo que parece, Inés se aventuró al paso de cebra sin mirar, pero para mí tiene la culpa de todo. Porque estoy empezando a hilar, porque estoy convencido de que ese hijo de puta es el responsable de las marcas de su cuello e Inés salió de su despacho tan asustada que ni pensó en mirar la carretera.

Me incorporo sin dejar de contemplarla. Está intubada. Y muy quieta. Sobre todo muy quieta. Ni siquiera cuando duerme sabe estar tranquila, por eso me rompe el corazón no ver ningún estímulo por su parte. Acaricio sus rizos, que parece que ahora no tienen vida, y poso los labios en su frente. Necesito estar en contacto constante con ella. Necesito tocarla, comprobar cada segundo que sigue caliente y que respira. Sobre todo que respira.

—Torbellino, aguanta. Mi vida, lucha, ¿vale? Yo estoy aquí contigo y no me voy a separar de ti. Estamos juntos en esto. Pero, por favor, no me dejes.

La voz se me entrecorta y empiezo a llorar como un niño. No puedo más. Llevo horas poniendo mi cuerpo al límite y ya no puedo más. Ahora elijo ser débil y dejarme llevar por la pena, la tristeza, la preocupación y el susto. Lloro hasta desgarrarme las cuerdas vocales, hasta sentir los ojos como pelotas de tenis, hasta que mis lágrimas se secan. Pero necesito esto para serenarme y estar junto a ella al cien por cien.

Porque hay que priorizar. Y mi prioridad es esta mujer que me cambió la vida el día que su chaqueta amarilla paró mi tiempo.

57

Estamos aquí

Blanca

La vida es una cacho hija de puta. Siempre al quite para recordarte que no te puedes relajar ni un solo segundo. Que cuando destensas los hombros por un momento, está ahí para cargarte más peso y más angustia.

Llevábamos una época muy buena. Gonzalo y yo empezamos a llevar nuestra paternidad con algo de dignidad. Entiéndeme, es que los primeros meses son muy jodidos. Entre la falta de sueño, los lloros continuos, los miedos, las dudas, la incertidumbre, el comprobar cada minuto si el bebé respira y las discusiones. Hemos discutido mucho porque no nos entendíamos, porque estábamos cansados, porque Gonzalo se obsesionaba con no perderse nada y me echaba en cara que yo no estuviera tan pendiente. Cada uno es como es y adoro a mi bebé, pero a mí me pudo el agotamiento y las dudas de si lo estaba haciendo bien, así que delegué bastante en Gonzalo. El caso es que, joder, lo estábamos superando, ahora somos un equipo cojonudo. El trabajo nos va bien. Nuestra familia estaba bien. E Inés… Ella por fin era feliz. Levantó cabeza en la universidad y la estaba disfrutando. Ahora tiene un gatito al que adora y del que no para de enviarnos fotos. Le gusta Madrid y su casa con Ulises. Encontró a una persona que vale la pena, que la quiere, por fin, sin reservas y…

—Ahí hay un hueco.

Marta me saca de mis pensamientos de golpe, justo a tiempo para evitar cabrearme y ponerme a llorar a la vez.

Aparco en una sola maniobra arriesgada.

PUM.

—Joder…

—No te rayes. Mi hermano lo entenderá.

—Eso espero. No es el primer golpecito que le doy a su coche.

—Ya, pero hoy no te puede pedir más.

Marta y yo nos miramos y la tristeza la podemos apreciar perfectamente en la otra. Es un día de mierda. Estamos destrozadas y cansadas. Pero ahora lo importante no somos nosotras. Caminamos con ansiedad, deseando llegar lo antes posible a la puerta de urgencias, pero teniendo la sensación de que cada paso que damos nos lleva más lejos de nuestro destino, como si anduviéramos a cámara lenta.

—Hola —saludo al chico que hay en recepción—. Preguntamos por Inés Zarauz.

Cada vez que pronuncio su nombre, la congoja me aprieta la garganta. Es como si sintiera que ya la he perdido. Pero no, no la he perdido todavía. Y no la voy a perder, ¿verdad?

Cerebro

«Por mucho que te lo repitas, si tiene que pasar, pasará».

«Vete a la mierda, agorero».

—¿Sois familiares?

—Soy su hermana. —A ver si tiene cojones a decirme que no lo soy. No se va a atrever a pedirme el DNI—. Y ella es nuestra prima.

Si el chico duda de nuestra sinceridad, tampoco lo demuestra, porque enseguida nos indica que está en la UCI, pero que el horario de visitas ya se ha acabado.

—Pero habrá sala de espera, ¿no?

—Oigan, señoras, ¿por qué no se van a casa? Quedan muchas horas hasta que las visitas vuelvan a estar permitidas. Vuelvan mañana por la mañana. Es muy tarde.

Son las doce de la noche, sí, es tarde. Pero me da igual. Yo no me muevo de este hospital y si tengo que dormir en la sala de espera, duermo.

—Gracias por su consideración, pero preferimos la sala de espera —le contesto.

No he sido lo que se dice muy agradable, pero me está tocando el higo y yo solo quiero estar cerca de mi amiga. Punto. Y no le he pedido su opinión.

Nos indica a dónde tenemos que dirigirnos y con tanta seña, no sé si vamos a acabar perdiéndonos. En el ascensor, Marta y yo nos agarramos de la mano. La sujeto fuerte porque tiene la misma pinta que yo de desplomarse en cualquier momento de los nervios. Sabemos que no la vamos a poder ver, pero a mí me vale con saber que está cerca. Que estamos cerca. Cuando damos con la dichosa sala de espera, quince minutos después, encontramos a alguien sentado en una de las sillas, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas sujetando su frente, como si estuviera rezando.

—Ulises… —Me arrodillo junto a él.

Levanta la mirada un solo segundo para ver quién soy y, en cuanto me reconoce, vuelve a agacharla y empieza a sollozar. El llanto se vuelve más desesperado y yo…, lo siento, pero me estoy poniendo atacada.

—Ulises, dime que no. Por favor, dime que no.

Él niega sin dejar de llorar y me está partiendo el corazón, pero es que el mío está a punto de desangrarse.

—Está grave, pero el médico tiene esperanza.

Eso hace que mi respiración se relaje un poco. Solo un poco. Ulises nos cuenta todo lo que ha hablado con el médico respecto a su accidente. Cuando llega a la parte de las marcas en el cuello, siento deseos de matar.

—Ha sido el profesor —afirmo.

—¿Tú también lo piensas?

—No, no lo pienso. Lo sé, Ulises. Yo estaba hablando por teléfono con Inés cuando tuvo el accidente. Me contó… —Se me atascan las palabras—. Me contó que había intentado violarla.

A Ulises se le oscurece la mirada de tal manera que sus ojos parecen negros y no de ese verde transparente de siempre.

—Lo mato. Juro que voy a matarlo —amenaza.

—Y yo también. Y Marta. Vamos a ir a por él. Pienso hundirle la puta vida, Ulises.

—Chicos, obviamente también quiero descuartizarlo, pero creo que deberíamos poner esto en conocimiento de la policía.

—El hospital ya lo ha hecho. Solo hace falta que vengan a hacer preguntas y les demos su

nombre. Pero me encantaría reventarlo con mis propias manos.

Nos sentamos cada una a su lado y posamos nuestras manos en las suyas, que ahora descansan en sus rodillas. Los tres necesitamos toda la fuerza que podamos reunir para pasar por esto.

—Chicas, hay una cosa más. —A Ulises se le vuelven a escapar las lágrimas sin poder evitarlo—. Inés estaba embarazada.

—¿Qué? No… —Marta se echa a llorar.

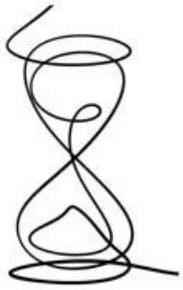
—¿Lo ha perdido?

Ulises asiente con rabia, sin aguantarse el sollozo, y yo le sigo. Porque no puedo evitar pensar en Guille y seguro que Marta tampoco en Gabriela. Mataríamos por nuestros hijos. Y Ulises e Inés han perdido de manera injusta y cruel lo que se había creado con el amor que se tienen. Algo que sé que a Ulises le ha terminado de romper por cómo llora.

—¿Lo sabíais?

—No. Al menos yo no, aunque creo que Inés tampoco. Pero…

—Lo sé. —Le aprieto más la mano—. Duele igual.



Mataría por un yogur de coco. De verdad, creo que tengo síndrome de abstinencia, pero es que, cuando me pongo nerviosa, los necesito. Hemos dormido mal y poco. Tengo contracturado hasta el pelo y Alberto me ha gruñido un poco cuando lo he llamado a las siete de la mañana, despertando a su hija, para avisarle de lo que ha pasado y de que no voy a poder ir a trabajar. No lo pensé cuando salí a toda hostia para venir aquí. Aun así, me ha dicho que Gonzalo ya lo había avisado y que no me preocupara por nada.

Mi chico, siempre tan atento. Lo echo de menos. Los echo de menos. Me encantaría que estuvieran aquí conmigo, sosteniéndome. Pero Guille es muy pequeño para pasar por todo esto.

Quedan apenas quince minutos para poder entrar a ver a Inés y me subo por las paredes. Vamos a dividirnos el turno de visita entre Ulises y nosotras. Como no podemos entrar todos juntos y nos dejan como máximo dos personas, la primera media hora entramos Marta y yo y la segunda, Ulises.

Ayer, antes de salir de casa, avisamos a Carlos, el padre de Inés. No fue una llamada fácil. ¿Cómo le dices al padre de tu mejor amiga que está muy grave en el hospital? ¿A muchos kilómetros de su casa? Declinó venirse con nosotras para hacer el viaje con sus hermanas en su coche. Ellas no podían quedarse fuera, claro. Me envió un mensaje hace un par de horas cuando consiguieron ponerse todos de acuerdo para salir, así que todavía les queda un trecho de camino.

—Podéis pasar —nos avisa un enfermero.

Siempre lo diré: las profesiones no tienen género y me gusta ver, cada vez más, que hay un equilibrio entre enfermeros y enfermeras y se dejan los estereotipos a un lado.

Marta y yo volvemos a cogernos de la mano y echamos un vistazo atrás para mirar a Ulises. Está serio, triste, derrotado. Parece un fantasma. Solo asiente para que continuemos.

Cuando llegamos a la puerta tras la que se encuentra nuestra amiga, tiemblo entera. Marta, que siempre ha sido más valiente, la abre con decisión y nos quedamos petrificadas. Uno intenta mentalizarse para ver cosas fuertes en la vida, pero créeme cuando te digo que nunca lo haces lo suficiente. El impacto siempre es inesperado y rara vez como lo visualizaste en tu cabeza.

—Dios mío —murmura Marta.

—Ey, cielo, ya estamos aquí.

Me he acercado a la cama porque necesito tocarla. Le acaricio los rizos con cuidado y paso el dorso de mi dedo por su mejilla. Está caliente. Nunca me había aliviado tanto la calidez de una persona. También necesito hablarle. Dicen que los pacientes en coma escuchan, ¿no? Pues yo quiero que me sienta cerca.

—Vaya susto nos has dado —comienza Marta—. No te lo perdonamos, ¿me oyes?

—Te parecerá bonito provocarnos estos infartos —sigo yo y ambas nos reímos con tristeza—. Pero ahora ya estamos aquí y todo va a salir bien. Lucha, Inés, que tienes una vida preciosa esperándote. Kit está esperándote. Ulises está esperándote. ¿Sabes cuánto te quiere ese chico? ¿Te acuerdas cuando me llorabas porque pensabas que nadie te iba a querer de esa manera nunca?

Marta rompe a llorar y sé lo que está pensado. Ella fue una de esas personas que no pudo quererla como Inés quería.

—Pues Ulises te quiere por encima de todo, tía. No serás tan tonta de dejarlo escapar, ¿verdad? —termina Marta, rota de dolor.

Nos quedamos unos segundos en silencio, contemplando el cuerpo de nuestra amiga inmóvil en esta cama. Es raro verla tan quieta cuando siempre derrocha vida con cada movimiento que hace. Siento un desasosiego que no soy capaz de calmar.

Cerebro

«Una tilita o dos nos vendrían bien»

«No nos gusta la tila»

Cerebro

«Pues un yogur de coco»

«Ahora me gusta más como piensas»

—No sabes la de veces que he pensado en que ojalá hubiera podido corresponderla como ella quería. Nunca ha merecido sufrir y ahora que tiene a alguien que la quiere…

—No termines esa frase, Marta. Inés se va a recuperar. —Es lo que me repito constantemente—. Y tú no puedes martirizarte más por eso. La vida es así y tú lo sabes. Siempre has sido la más madura de las tres para ser la más joven.

—Sí, pero a veces una también necesita tener la edad que tiene y ser irracional. Y caprichosa y egoísta. Y cagarse en lo puta que es la vida.

Lo medito unos segundos.

—Toda la razón.

58
Débil

Ulises

6 de mayo (tarde)

—Lamento no daros buenas noticias.

El suelo se vuelve a mover bajo mis pies. He dejado de escuchar al médico y menos mal que mi hermana me está sujetando disimuladamente del brazo porque sería capaz de desplomarme. He entrado en un estado de inconsciencia consciente si es que eso tiene algún sentido. Parezco una pelota yendo de un sitio a otro manejado por los que me rodean. De la habitación de Inés a la sala de espera de la que no han conseguido moverme. Marta tuvo que contactar con Isla por Instagram porque tanto ella como Blanca estaban desesperadas. Apenas como, apenas duermo, apenas hablo. Solo con ella. Es a la única a la que le hablo suplicando que vuelva conmigo.

He perdido la noción del tiempo en estas horas. Nunca me había pasado. Nunca en toda mi maldita vida había tenido la cabeza tan vacía, sin planes, sin ganas de hacer nada. Estoy dejando que la angustia y la incertidumbre me coman por dentro. Y me la pela. En lo único en lo que puedo pensar es en ella.

Y ahora el médico nos está dando el parte de su estado y a mí me tiemblan las rodillas porque no es halagüeño.

—¿Qué quiere decir? —El que habla es Carlos, que ha llegado junto a sus hermanas hace unas horas.

Solo nos han dejado quedarnos a Blanca, a Carlos, a mi hermana y a mí. Y porque Isla se ha puesto burra en que ella no se iba porque tenía que cuidarme.

—El coágulo no se ha reabsorbido, por lo tanto tenemos que drenarlo. Hay que intervenir.

—Haga lo que tenga que hacer.

—¿Qué riesgos conlleva?

Carlos y yo hablamos a la vez. Supongo que queda claro que soy el de la impaciencia y la impulsividad. El padre de Inés me pide prudencia con la mirada, estamos hablando de su hija y entiendo que no quiera correr ningún riesgo. Y yo tampoco, pero por verla abrir los ojos me agarraría a cualquier clavo ardiendo. A cualquiera.

El médico nos explica los riesgos y los porcentajes de que la intervención salga bien. Es un porcentaje aceptable de éxito y es la única manera de que Inés esté antes de vuelta con nosotros.

Es su padre quien firma todos los permisos después de consultarlo conmigo. Es un detalle

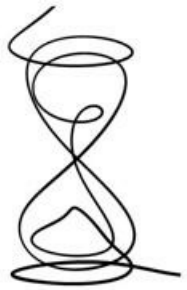
que me tenga en cuenta, aunque yo la decisión la tomara en el primer segundo. Carlos está destrozado. He podido apreciar el temblor de su mano cuando sujetaba el boli. Intenta mantenerse entero por su hija, porque no sirve de nada derrumbarse mientras la esperanza siga existiendo. Lo admiro, de verdad que lo admiro. Yo me consideraba una persona fuerte y me doy cuenta de lo débil que estoy siendo. Que soy otra persona desde que recibí esa llamada. Que me estoy perdiendo a mí mismo sin luchar ni un poco por mantenerme cuerdo.

—¿Habéis avisado a Zoe? —le pregunto a Carlos cuando nos quedamos solos. Las chicas se han bajado a por unos cafés.

—Está en el aeropuerto peleándose por encontrar un vuelo. He intentado tranquilizarla todo lo que he podido, pero… No me puedo creer que esto esté pasando otra vez —se lamenta y se lleva una mano a la boca.

—Yo tampoco.

No tengo fuerzas para consolarlo o para ser fuertes juntos.



Lucas
Nene, estamos aquí, ¿vale? Llámame cuando quieras y a la hora que sea.

Mamá
Cariño, mañana cojo un autobús para Madrid. Te guste o no, voy a estar ahí contigo. Me quedo en casa de tu hermana.

Izan
Ulises, ¿cómo va todo? Por aquí todo en orden, me he encargado de mantenerlo a flote entretanto. Dime lo que quieres que haga y lo hago.

Marcos
Colega, me acabo de enterar de lo de Inés. Cuenta conmigo para lo que necesites. De verdad, lo que sea.

Al único mensaje que respondo es al de Izan. Y solo porque tiene que ver con mi trabajo, aunque ahora mismo me importa bien poco. Le digo que cierre hasta nuevo aviso y que publique un

comunicado en redes sociales. A pesar de no responder a nadie más, siento calor en el pecho cuando leo todos esos mensajes. Gente que se preocupa por mí. Por nosotros. Por ella.

Mi familia. Me gusta esa palabra. No es que sea la palabra más bonita del diccionario, pero su significado sí es importante. La sangre no te hace familia, eso lo tengo claro. Solo hay que ver el amor que se tienen Blanca e Inés, que más que amigas son hermanas. Sin embargo, yo tengo la suerte de que mi familia de sangre es la mejor que podía desear.

—Hermano.

Isla intenta llamar mi atención, pero le cuesta tres intentos antes de que yo le haga un veinte por ciento de caso.

—¿Qué?

Se sienta en la silla de al lado. No se ha despegado de mí en todo el día y cuando pueda tener una conversación de persona normal, se lo agradeceré con creces.

—Mírame, por favor.

Su tono de voz es firme pero cálido. Es única a la hora de ser contundente sin hacer que te sientas como una puta mierda. Obedezco y el rostro de mi hermana me transmite una serenidad que llevo horas sin sentir.

—Hola —me saluda y sonríe como si no llevara horas pegada a mí.

—Hola.

—Esto es una puta mierda, Ulises, lo sé. Pero no puedes seguir así. Tienes que comer y descansar. Y ducharte. ¿O quieres que cuando Inés se despierte lo primero que huela sea tu perfume a choto?

—Dios, a veces no te soporto, Isla.

—Ni yo a ti. Vámonos a casa, anda. Descansas un rato, te duchas y volvemos. Te lo prometo.

—No me muevo de aquí hasta que salga de quirófano.

—Vale.

—¿Y ya está? ¿No vas a replicar más?

—No. Mi obligación es cuidar de ti o, al menos, intentarlo. Pero si fuera Diego el que estuviera dentro de ese quirófano, yo no permitiría que nadie me moviera de su lado.

Miro a mi hermana y no puedo evitar emocionarme hasta las lágrimas. No sé qué haría sin ella. No sé cómo estaría ahora si no estuviera ella sujetándome la mano para que no me termine de caer.

—Fue culpa mía —musito.

—Fue un accidente, Ulises, no es culpa de nadie.

—Ella no quería ir a esa tutoría, Isla. Quería quedarse conmigo y yo la empujé a ir con ese hijo de puta. Si no hubiera insistido, ella ahora estaría bien.

—Era imposible que supieras lo que iba a pasar, cielo.

—Me da igual. Podría haberlo evitado.

No me voy a parar a explicarle que todo mi cuerpo me estaba avisando de esto. Mi pinchazo en el estómago; el mismo que tuve cuando nuestro padre murió y el del día que Inés casi se marcha de mi vida para siempre.

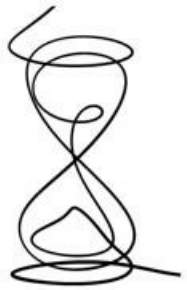
Isla me rodea por el costado, bastante fuerte para sus pequeños brazos, y hunde la cara en mi pecho. Me encantaría corresponderle, pero me siento entumecido. Sin embargo, la vibración de su cuerpo me obliga a reaccionar.

—Pequeña, ¿por qué estás llorando?

—Nunca te había visto así, Ulises. Nunca en toda mi maldita vida. Siempre has sido tú el

que nos ha sujetado a nosotras y ahora me da miedo no saber hacerlo bien contigo. Me odio ahora mismo por preocuparme por si yo lo estaré haciendo bien cuando eso no es lo importante. Y también odio tener ganas de llorar todo el día porque…

—Shhh, Isla, no lo podrías estar haciendo mejor. No necesito nada más que esto.



—La intervención ha ido bien. Ahora solo hace falta ver cómo evoluciona. Si todo va bien, retiraremos la sedación poco a poco.

Son buenas noticias, por fin. Sin embargo, yo hasta que no vea a Inés abrir los ojos, no voy a volver a respirar. Están siendo, sin duda, las peores horas de mi vida.

—¿Está fuera de peligro? —pregunta Carlos.

—Es pronto para afirmarlo, veamos cómo evoluciona, ¿de acuerdo? Vendré mañana para ver cómo ha pasado la noche. El personal de enfermería irá vigilando sus constantes para asegurarse de que todo está correcto. Y, por favor, descansad todos —se dirige a toda la tropa que le rodea—. Entiendo que es una situación muy difícil y que el susto ha sido grande, pero Inés os necesitará a todos al cien por cien cuando despierte.

El doctor Araújo se despide, dejándonos a todos con un poco más de esperanza. Yo me niego a moverme de aquí, pero soy arrastrado hacia la salida en contra de mi voluntad por mi hermana y Blanca. Al parecer, tanto ella como Marta se quedan en mi casa. Creo que se lo he ofrecido yo, pero no recuerdo casi nada de lo que digo por culpa de la maldita burbuja en la que me he metido.

—Me doy una ducha, ceno y vuelvo al hospital —advierto.

—Ulises… —intenta replicar Isla.

—No, chicas, Inés ya está en una habitación y puede quedarse alguien por la noche. Voy a quedarme con ella. Carlos no ha puesto pegas, así que me ducho, ceno y me voy. Estáis en vuestra casa —les digo a Blanca y Marta—. Podéis dormir donde queráis. La habitación de Inés es la del fondo, aunque hace meses que no la usa.

No hay discusión.

59

Calor familiar

Isla

Me siento paralizada. Intento mantenerme entera y fuerte por mi hermano, pero verlo así me deja completamente desarmada. No lo reconozco. No reconozco al fantasma en el que se ha convertido en unas horas. Es otra persona. En mi vida lo había visto desprenderse de esa manera del tiempo y el espacio. Y me asusta. Me repito continuamente que pasará, que Inés se recuperará y todo volverá a su ser, pero ¿y si no? ¿Soy la única que ha pensado en qué pasará si Inés, no sé, despierta sin memoria? ¿Soy la única que piensa que a lo mejor no despierta en meses? Quiero mantener la esperanza, de verdad que sí. El médico no parece alarmado ni demasiado preocupado dentro de la gravedad. Pero es que yo miro a mi hermano y me muero de pena.

Siempre pensé que, después de Laura, iba a ser muy tocapelotas cuando Ulises saliera con alguien. Que querría que fuera feliz y, a la vez, querría encerrarlo para que no volviera a sufrir. Y apareció Inés con su desparpajo, poca vergüenza, poniendo nervioso a mi hermano como nunca antes lo había visto y yo también me enamoré de ella. Juntos son un todo. Empastan tan bien que con solo observarlos unos segundos sabes que están hechos para quererse siempre. Por eso me niego a creer que Inés no se vaya a recuperar, por mucho que no deje de ponerme en las peores situaciones.

Y, encima, las náuseas no me están ayudando a calmarme para pensar con claridad. Intento disimular todo lo que puedo, porque no es el momento de dar esta noticia, pero creo que las amigas de Inés ya se han pispado de algo, aunque no lo digan.

—Me largo.

—Ulises, no cojas el coche —le pido.

Su gesto se suaviza, debe de notar la preocupación que emano, pero no me mira a los ojos. Lleva sin mirar a nadie a los ojos casi dos días.

—He pedido un Uber, tranquila. Me voy.

Se despide con la mano de Marta y Blanca, que están haciendo videollamada con sus chicos e hijos.

—Ulises está fatal —comenta Blanca con los ojos enrojecidos.

No me he percatado de que habían colgado la llamada porque me he quedado como una tonta mirando a la puerta por la que se ha ido mi hermano.

—No se merecen nada de esto.

—Saldrán adelante, Isla —me intenta tranquilizar Marta—. Tienen que hacerlo.

—Inés va a despertar pronto —asegura Blanca—. No he conocido a nadie con más ganas de vivir que ella. Y no he conocido a nadie con más ganas de enamorarse que Inés. Se merecen ser felices, pero… —se quiebra— es que no puede existir un mundo sin Inés, ¿entendéis?

Marta y yo abrazamos a Blanca. Bueno, más bien, nos abrazamos entre todas. Nos

consolamos a pesar de ser casi desconocidas, pero cuando la pena une, construye un vínculo inquebrantable. Porque en los momentos felices es tan fácil estar y, sin embargo, en estos momentos de mierda es cuando de verdad aprecias tener a personas a tu alrededor que te aporten consuelo y apoyo. Que sean tu pilar. Y yo pienso ser el de mi hermano, aunque por dentro yo me muera por él. Ulises me va a tener al pie del cañón y no voy a permitir que se hunda en su tristeza.

Por encima de mi cadáver.

Ulises

Hospital

—Hola, torbellino.

Le acaricio la frente con cuidado. Tengo miedo de que cualquier gesto pueda perjudicarla. Es como si se hubiera cristalizado y con cualquier roce pudiera romperse.

—Ya puedo pasar la noche contigo y no me pienso separar de ti.

Me duele el pecho al verla así de inmóvil. Me mata por dentro que no me replique, que no se meta conmigo, que no… Que no me llame *pocholito*.

Me siento en el sillón que está al lado de la cama y en el que ha estado Carlos hasta hace diez minutos. Apoyo los codos en las rodillas y me inclino hacia ella.

—Tienes que ponerte bien, ¿vale? Tenemos un montón de cosas que hacer juntos. Kit te está esperando en casa y creo que te echa de menos. Antes se ha enroscado en mi pierna y ha empezado a lloriquear. Todas las personas que te quieren están aquí esperando a que despiertes.

Inspiro hondo para seguir cogiendo fuerzas para hablar.

—Cariño, vuelve conmigo, por favor.

Isla

—Ey.

Me asomo a la habitación de Inés para verificar que mi hermano no se ha movido de ahí en toda la noche. Cuando levanta la cabeza, sus ojeras me impactan. No ha dormido nada, otra vez. Pero ahora mismo no quiero darle la murga, quiero aportarle un poco de calor familiar.

—Mira quién ha venido conmigo.

Mamá se asoma junto a mí. Primero mira el cuerpo de Inés tendido en la cama y luego a su hijo. Ulises, en cuanto la ve, agacha la cabeza para intentar esconder que solloza como un niño. Se aparta las lágrimas con rabia, como si estuviera cansado de soltarlas, y mamá se acerca al sofá donde está sentado para abrazarlo.

—Mamá…

La voz rota de Ulises y que no la llame *mami* me impactan. Nunca, en toda mi vida, he

escuchado llamarla de otra manera. Y eso solo significa que Ulises se está metiendo en una espiral de negatividad de la que no sé cómo sacarlo.

—Mi vida, tranquilo, juntos podremos.

Rompo a llorar yo también.

—Fue culpa mía —murmura contra el cuello de nuestra madre.

No, Ulises no ha entrado en una espiral de negatividad como creía, sino en el bucle de la culpabilidad. Y ese sí que es más peligroso. Ese te come por dentro hasta no dejar nada vivo de ti. Hasta minarte mentalmente. Hasta hacerte sentir que eres una persona de mierda que no merece lo que tiene.

—Hijo, escúchame. —La voz de mi madre es firme y algo brusca, señal de que de su boca no van a salir palabras vacías—. Ni se te ocurra ir por ahí. Isla me ha contado todo lo que ha pasado y fue un accidente. Inés tuvo suerte de que el conductor fuera quien llamara a la ambulancia. Tú no podías hacer nada por evitarlo. No eres adivino como para haberlo previsto.

—Ella siempre dice que tengo las dotes de adivinación estropeadas.

Ulises esboza una casi imperceptible sonrisa de cariño. Mamá y yo nos miramos e intentamos contener las lágrimas.

—Y tiene razón. Siempre eres un inoportuno, hermano —intento bromear para rebajar el desasosiego que se respira en esta habitación.

—Te pareces a tu padre en eso.

Ulises mira a nuestra madre y vuelve a agachar el rostro, intentando ocultar más lágrimas. Aunque mi hermano no lo haya dicho nunca, papá siempre le ha dolido mucho. Aprendió a vivir sin él, sí, como todos, pero creo que a él se le enquistó de otra manera. Decidió ser fuerte por las dos a pesar de su propio dolor y desconcierto cuando tenía nueve años. Por eso ahora no consigo encajar a la persona que está en esta habitación muriéndose de culpa, tristeza y pena.

Lo que está claro es que debemos estar al cien por cien con él y devolverle todo el calor y el amor que nos ha dado a nosotras en los momentos más oscuros de nuestras vidas.

60

Tu secreto está a salvo

Ulises

9 de mayo

Pestañear parece una acción sencilla. Lo hacemos todos los días de nuestra vida de manera automática e inconsciente. Abrimos y cerramos los ojos.

Abrimos y cerramos.

Abrimos y cerramos.

Pero los de Inés no se abren. La he observado tanto estos días que he podido apreciar que sus párpados se mueven inquietos, como si estuviera teniendo una pesadilla constante. Y me encantaría poder despertarla, que me cuente su pesadilla y abrazarla para consolarla. Pero sigue dormida. El doctor Araújo nos asegura que lo hará dentro de poco, han retirado la sedación y el drenaje ha hecho su función con el coágulo. Pero tengo que reconocer que el miedo me atenaza. Miedo a que algo salga mal y no despierte. Que pase algo inusual que le impida volver con nosotros. Conmigo.

Blanca y Marta se han ido al hospital y me he quedado solo en casa. Por unos minutos, claro, porque nadie se atreve a dejarme solo. Carlos y las tías de Inés están a punto de llegar. A pesar de nuestros ánimos taciturnos, intentamos apoyarnos entre todos. Pero la gran verdad es que ellos se apoyan y me apoyan y yo voy a mi puto aire. Porque no me apetece hablar. No me apetece consolar. Y puede sonar la hostia de egoísta porque ellos son familia y amigos de Inés. La conocen desde hace muchísimo más tiempo que yo. Y, sin embargo, no puedo evitar sentir que es una parte de mi vida la que está en esa cama de hospital en coma.

—Ulises, hijo, ¿cómo estás?

—Hola, Carlos. Pasad.

Ignoro su pregunta. Creo que es obvio cómo estoy y no quiero responder con una mentira.

—¿Cómo ha pasado Inés la noche?

Las noches son mías. Me he visto obligado a abandonar el hospital durante algunas horas del día, pero las noches son mías. Necesito esa intimidad con ella, cuando todo está en penumbra y estamos solos para poder hablarle. Para poder observarla a mi antojo.

—Como las anteriores. Ningún cambio.

Carlos pone una mueca de disgusto, pero enseguida sus hermanas empiezan a revolotear a nuestro alrededor dejando comida en la nevera y recogiendo un poco mi casa. Tengo que reconocer que la limpieza y la organización me la han pelado bastante estos días.

—Hola, cosita bonita —saluda Susi a Kit.

—Estáis en vuestra casa —les digo—. Voy a darme una ducha.

La verdad es que necesito estar unos minutos a solas con mis pensamientos. O conmigo mismo, o lo que sea. No es por la familia de Inés, que en realidad son todos muy agradables y familiares; soy yo, que me siento muy desubicado. Y no quiero que nadie tenga que aguantarme más de lo estrictamente necesario.

La ducha, por desconcertante que me parezca, me sienta bien. El agua caliente consigue que se me despeje la mente durante un rato. Me reconforta. Cuando salgo, me anudo la toalla a la cintura, quito el vaho del espejo con la mano y choco con mi reflejo en el espejo. Me cuesta reconocerme. Mis ojeras son más oscuras que nunca, tengo los pómulos hundidos, estoy pálido y casi no distingo el blanco de mis ojos entre tantas venas sangrientas.

Tengo suerte. Tengo la hostia de suerte por que esa gente no se separe de mí ni un segundo para que no me caiga. Y eso incluye personas que hasta hace cinco minutos no me conocían.

Salgo del baño y me encierro en mi habitación para vestirme y seguir solo un rato más. Me pongo un vaquero azul claro y una camiseta de manga larga blanca. Recojo mínimamente, sin pararme a mirar mucho todas las cosas de Inés. Lo único que me permito hacer es oler su champú cuando me ducho. Cojo mi cartera de la mesilla de noche, pero antes de guardarla en el bolsillo trasero del pantalón, siento el impulso de hacer algo.

Me siento en el borde de la cama, abro la cartera y saco la foto. Esa que lleva más de veinte años conmigo y de la que no podría desprenderme nunca. Somos mi padre y yo cuando acababa de cumplir siete años. Estábamos en el pueblo, había nevado y nos retábamos con bolas de nieve. Papá me dejó ganar, sin duda. En la foto, salgo abrazado a su costado, con su brazo rodeando mis hombros y abrigados hasta los dientes, pero con sendas sonrisas en nuestras bocas. Es uno de los últimos recuerdos que tengo de mi padre sano porque, tiempo después, enfermó.

—Ojalá estuvieras aquí, papá. No sabes la falta que nos haces a los tres.

Entonces recuerdo algo que Inés me preguntó hace casi un año. Una pregunta que no fui capaz de responder y que ahora daría lo que fuera porque Inés escuchara su respuesta.



Hospital
Noche

—Hola, torbellino.

Todas las noches el mismo saludo, todas las noches la misma despedida: «vuelve conmigo». Me gusta pensar que es una de nuestras rutinas, como tantas otras que establecimos. Solo nuestras.

Me siento en el sillón de siempre, en la misma posición de siempre.

—Hoy he pensado en mi padre, ¿sabes? En que lo echo de menos más de lo que quiero

reconocer y en que desearía con todas mis fuerzas que estuviera ahora aquí. —Hago una pausa —. ¿Te acuerdas cuando me preguntaste qué le diría a mi padre si tuviera la oportunidad de hablar con él por última vez? Usé nuestra palabra de seguridad porque no estaba preparado para abrirme así. Tampoco sé con exactitud qué le diría. Supongo que serían muchas cosas, probablemente desordenadas. Pero creo que me encantaría decirle que conseguí que nuestra familia se reconstruyera. Que fue difícil, que tragué mucha mierda durante años, pero que lo conseguí. Que somos felices. Y que siempre he sentido su mano dándome una palmada en la espalda en todos los momentos importantes de mi vida.

Me quedo en silencio unos segundos, sopesando mis propias palabras. No sé si Inés escucha todo lo que le digo. Dicen que los pacientes en coma escuchan, pero lo dudo. Estar en coma es similar a estar dormido, pero sin tener el control de cuándo despertarás. Y si cuando dormimos no nos enteramos de nada apenas, creo que para alguien en coma es parejo. Aun así, me gusta hablarle, por muy loco que pueda parecer.

—Mi obsesión con el tiempo nunca fue parte de mi personalidad —confieso y es algo que solo le voy a revelar a ella—. Yo era un niño que no se paraba mucho a pensar en la vida ni en el tiempo que gastaba. Luego, papá dejó de existir. Dejó de ser una constante en mi vida. En ese momento, fui terriblemente consciente de que podemos desperdiciar muchísimo tiempo cuando hay otras personas que no disponen de él. Mi padre ya no tenía más tiempo. Por eso, me prometí que cada minuto de mi vida no sería vacío. Me encorseté —sonrío al pensar en que esa palabra apareció en mi vida a la vez que Inés— poco a poco con el paso de los años. Pensé que no habría vuelta atrás, ¿sabes? Y llegaste tú y casi arrancaste el corsé de cuajo cuando me miraste por primera vez. Sin ti, los minutos no son una medida de tiempo. Nada lo es. Porque desde que no escucho tu voz replicándome y retándome, el tiempo se ha parado, Inés. Tú y tu chaqueta amarilla habéis parado mi tiempo, joder.

Hago otra pausa para coger aire.

—Ha sido un secreto del que jamás me he atrevido a hablar, pero necesitaba contártelo a ti, torbellino.

—Tu secreto está a salvo.

61

¿Quién eres?

Inés

10 de mayo (madrugada)

Me duele la cabeza.

Tengo una incesante taladradora metida dentro del cráneo. Diosa, por favor, que pare. Quiero quejarme, quiero llorar, pero no puedo moverme.

Todo está oscuro. Solo veo imágenes sueltas que mi cabeza está reproduciendo sin ningún tipo de orden o coherencia. Lo único que percibo es una voz.

No consigo reconocerla o ubicarla en alguno de mis recuerdos. Pero me gusta, me reconforta. Tiene un tono agradable y grave. Es un hombre, claramente, y está contando algo. Parece afectado. Lo último que consigo escuchar es que está desvelando un secreto que jamás ha contado y, aunque no sé bien qué es lo que dice, creo que necesita que alguien le abrace. Pero como yo no puedo abrazar…

—Tu secreto está a salvo.

No reconozco mi propia voz. Siento áspera la garganta y me pica. Como si llevara mucho tiempo sin hablar. ¿Cuánto he dormido?

—Torbellino…

El chico que está en la habitación se levanta con rapidez para acercarse a mí. Apenas puedo abrir los ojos, pero noto su mano acariciándome el pelo.

—Voy a avisar a los enfermeros para que vengan, ¿vale? Tú tranquila.

¿Enfermeros? ¿Pero dónde leches estoy? En lo que me parece una eternidad, otro chico viene y empieza a tocar los aparatos que me rodean. Mi visión es borrosa, no consigo enfocar. Miro a un lado y a otro intentando ubicarme. Percibo al chico número uno cerca de mí, en silencio, contemplándolo todo.

—Hola, preciosa. Soy Javier, tu enfermero esta noche. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele la cabeza y tengo mucha sed.

—No te preocupes, es normal después de lo que te ha pasado. Ahora te traemos algo para quitarte la sed. ¿Recuerdas cómo te llamas?

¿Qué?

Por extraño que parezca, me paro unos segundos a pensarlo. Me ha costado recordar mi nombre.

—Inés.

—¿Sabes dónde estás?

—¿En el hospital?

—Exacto. ¿Y recuerdas lo que te ha pasado?

Mi mente va a trescientos por hora intentando recordar por qué estoy aquí. No consigo recordar nada y me estoy empezando a agobiar.

—No.

—Vale, no te preocupes, poco a poco. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Blanco. Está todo en blanco en mi cabeza.

—No lo sé…

—Vale, tranquila, ahora descansa, ¿de acuerdo? Tus constantes son normales, pero el médico te examinará mañana por la mañana. Te dejo en buenas manos —dice mirando al chico número uno.

—Pero ¿quién eres tú?

—¿No lo reconoces? —pregunta Javier con lo que me parece preocupación.

Observo al chico moreno, que se ha quedado pálido. Sus ojos se han aguado y una mueca de dolor le cruza el rostro.

—No.

Una lágrima le brota cuando esa respuesta sale de mi boca, pero se la aparta con rapidez.

—Torbellino, soy yo, soy Ulises. ¿No me reconoces?

—Ehh, no. ¿Por qué me llamas *torbellino*?

El tal Ulises da un paso atrás como si algo lo hubiera golpeado. Mierda, ahora sí que estoy agobiada. No sé qué me ha pasado, no sé quién es este chico, pero parece que forma parte de mi vida. ¿Por qué no consigo acordarme?

—No te preocupes, ¿vale? —Su tono parece muy afectado, aunque es suave, como si quisiera transmitirme tranquilidad de verdad—. Voy a llamar a tu familia para decirles que has despertado.

Ulises sale por la puerta de la habitación sin mirar atrás, dejándome a mí con una sensación muy amarga en el pecho.

¿Qué leches ha pasado y por qué no lo recuerdo?

62

Cuéntame nuestra historia

Ulises

Nadie te enseña cómo manejar el dolor o la pérdida. Solo cuando te encuentras de frente con la situación, te dicen que debes ser fuerte y ya está.

Ser fuerte. ¿Qué coño significa eso? ¿No llorar? ¿No mostrar debilidad? ¿No hablar de cómo te sientes? ¿No derrumbarte cuando te mueres de ganas por dejarte arrastrar? No lo estamos haciendo bien. No estamos aprendiendo a gestionar emociones complicadas. Las apartamos, las ignoramos. Claro, es mucho más fácil compartir las emociones positivas que las negativas. Y yo no sé gestionar cómo me siento ahora mismo y para mi cerebro está siendo una puta tortura.

La he perdido.

Estaba obsesionado con que despertara y volviera conmigo. Bien, ha despertado y está más lejos de mí que nunca. Me ha olvidado. Y no paro de repetirme que la he perdido. La amnesia puede ser de por vida, o eso dice Google. Ya, joder, ya lo sé. Sé que mirar en Google es lo último que debía hacer, pero estoy desesperado, ¿comprendes? La mujer a la que quiero me ha olvidado y no sé cómo asimilar que mi vida ha dado un cambio sin retorno. Esto no es una relación que se ha roto, no es una pérdida porque ella ha dejado de existir, no. Es que Inés va a seguir con su vida sin mí porque no me recuerda. No nos recuerda. Y no sé qué hacer.

He llamado a Blanca y a Carlos para darles la noticia, viéndome en la obligación de advertirles de que es posible que no los recuerde porque a mí no me reconoce. El silencio a través de la línea ha sido doloroso. He podido sentir su pánico y sus ganas de venir y salir de dudas. Aun así, como solo puede quedarse con ella una persona por las noches, he insistido en quedarme, a pesar de todo. No quiero dejarla sola porque, aunque ella no sepa quién soy, yo sí sé lo que som… hemos sido. Y la quiero. Nunca la dejaría sola.

—Hola…

Inés no se ha dormido, sino que mantiene los ojos abiertos atentos al techo. No me quiero imaginar lo difícil que tiene que ser también su situación. Despertar y que no puedas recordar los últimos momentos antes de quedarte en negro.

—¿Sigues aquí? —No lo dice de manera cortante, sino que parece sorprendida.

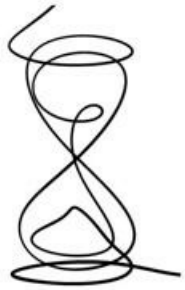
—Tu familia no puede venir hasta mañana, así que, si no te importa, me voy a quedar aquí esta noche por si necesitas algo. —Inés está a punto de decir algo, pero se lo piensa mejor —. Dormiré fuera, ¿vale? Entiendo que para ti ahora soy un desconocido y que puede ser violento que me quede en la habitación.

—Gracias.

Es lo único que dice y lo entiendo, aunque me parta en dos. Salgo de la habitación sin ser capaz de articular ninguna palabra más. Me encierro en el baño para lavarme la cara con la

esperanza de despertar de esta pesadilla, pero no ocurre. Me siento encima de la tapa del váter y me derrumbo. No puedo más. Estoy agotado física y emocionalmente. Todo esto me supera. No sé hacerlo mejor y estoy muy agobiado. Me restriego los ojos con furia y me quedo mirando la pared. Mi cabeza echa humo.

Y sé que estoy empezando a perder la lucidez cuando empiezo a ver formas con sentido en las grietas de los azulejos.



Me despiertan unos toques en el hombro. Es Blanca.

—Buenos días —saluda con la voz muy suave.

A pesar de que intenta aparentar tranquilidad, puedo apreciar el miedo en el azul de su mirada. Imagino que no han entrado todavía a verla.

—¿Qué hora es?

—Las ocho. ¿Por qué estás en la sala de espera?

Miro a Carlos, que está de pie a nuestro lado. Otro que no ha dormido casi nada. Y no es para menos. La última vez que miré el reloj eran las seis y media. Mi cabeza no deja de darle vueltas. Mi pecho tampoco deja de sangrar.

—No quería que se sintiera incómoda con un desconocido en su habitación.

—Ulises…

—Es la verdad. Para ella soy un desconocido, Blanca.

—Seguro que recupera la memoria pronto —dice Carlos.

—No voy a hacerme ilusiones. Pasad a verla.

—Ven con nosotros.

—Blanca, no se acuerda de mí —recalco frustrado y cansado—. No quiero incomodarla más.

—No hay discusión, Ulises —interviene Carlos, de nuevo—. Hay que recordarle entonces lo importante que eres para ella.

No me queda más remedio que claudicar. No tengo más fuerzas para discutir. En realidad, no tengo fuerzas para nada.

Carlos toca con los nudillos la puerta de la habitación y entramos los tres. Yo, el último, y tengo que reconocer que estoy rezando a la Diosa de Inés para que se haya despertado recordándome.

—Pichurrina…

Blanca se echa a llorar en cuanto su amiga procesa que a ella sí la recuerda. Carlos también se acerca a su hija y todos lloran. Los recuerda. A ellos los recuerda. Y no puedo evitar cabrearme muchísimo. ¿Por qué a mí no? ¿Por qué cojones a mí no? Inés les cuenta que, después de darle muchas vueltas a la cabeza, lo último que consigue recordar son las navidades en las que hizo de celestina con Marta y Miguel. Yo no ubico ese momento, claro, pero Blanca parece

recordarlo.

—Hola, Ulises —me saluda con una sonrisa. Levanto la vista, porque hasta ahora no me había atrevido a hacerlo, y juro por Dios que tengo ganas de llorar, abrazarla y suplicarle que me recuerde.

Antes de que mi cuerpo me traicione, el doctor Araújo aparece para examinar a Inés. Después de comprobar sus constantes, le cuenta todo lo sucedido. Cuando llega a la parte del aborto, Inés me mira a mí y tengo que contenerme muchísimo para no salir por la puerta y respirar, porque no lo soporto. Está demasiado confundida, como es lógico. Creo que es demasiada información de golpe.

El doctor nos indica que los episodios de amnesia son normales cuando sufres un traumatismo como el que ha sufrido Inés. Que la memoria es algo volátil y que, en unos días, es posible que vuelva a ser la de antes o no vuelva nunca. Nada que no supiera ya. Nos dice que puede ser bueno que, poco a poco, vayamos rellenando sus huecos para estimular su memoria.

—Os dejo para que podáis hablar tranquilos. —Intento escapar de aquí porque esto está siendo demasiado duro.

—Espera, Ulises. ¿Puedes quedarte?

Me quedo bastante sorprendido y, a la vez, siento algo cálido en la boca del estómago. Hace unas horas suplicaba por volver a escuchar mi nombre en su voz.

—¿Por qué?

—Puedo estar amnésica, pero quiero pensar que mi instinto sigue intacto, a pesar del golpe en la cabeza. Y mi instinto me dice que tú y yo hemos tenido o tenemos una historia. Si fueras un primo, por ejemplo, ya me lo habrías dicho. En cambio, pude ver tu dolor cuando te dije que no te recordaba. Quiero que me cuentes nuestra historia.

63

La vida que siempre había soñado

Inés

—No me puedo creer que haya vivido mi gran historia de amor y no la recuerde, pichurrina.

La historia que Ulises me ha contado me ha dejado dolida y enfadada. Me ha hecho querer recordar con todas mis fuerzas todos esos momentos. Tengo una vida en esta ciudad que no reconozco. Y no solo eso. Es que, al parecer, me he mudado a Madrid, estoy estudiando en la uni, me ha intentado violar mi profesor, tengo una gata y estaba embarazada de Ulises. ¿No es todo una puta locura? Me siento agobiada porque esa vida que me han contado me resulta ajena, como si no fuera mi realidad ahora mismo. Y el problema viene cuando mi cerebro no quiere colaborar para ayudarme a resucitar mis recuerdos.

—No quiero añadir más leña al fuego, pero la verdad es que encajasteis desde el segundo cero. Temías al principio no adaptarte bien a la convivencia y, sin embargo, nunca te oí quejarte de vivir con él. Tu única preocupación era enamorarte. Y, aun así, pasó.

Me ha puesto profundamente triste escuchar la desolación en la voz de Ulises mientras hablaba. Estaba destrozado. Y también me siento culpable por haber perdido nuestros recuerdos. Por ser la causa de su dolor. No dejo de pensar que, si nunca recupero la memoria, puede que le haga un agujero en su vida para siempre.

—Me duele no recordarlo. Encima, joder, está buenísimo. ¿De verdad ese hombre está enamorado de mí?

—Hasta las trancas, Inesita.

Me vuelvo a tumbar en la cama, desesperada. Quiero acordarme de Ulises. Quiero recordar lo que somos. Para mí sigue siendo un desconocido a pesar de todo, pero deseo que deje de sufrir por mi culpa.

—Todo esto es demasiado.

—Poco a poco, Inés. Acabas de despertar, dale a tu cabeza un poco de tregua.

—Tengo año y medio de memoria que recuperar.

—No hay prisa, ¿vale? Mañana seguimos hablando. Ahora descansa.

—No tengo sueño. No creo que pueda dormir después del día de hoy.

—Pues si no te importa, yo sí voy a dormir. Tengo que aprovechar ahora que ya estás despierta y que Guille no llorará en mitad de la noche.

—¿Quién es Guille?

Ulises no ha querido quedarse a dormir y yo tampoco me he sentido cómoda pidiéndoselo. Sé que no se ha separado de mí en todos estos días, pero ahora mismo estamos en un punto complicado. Diosa, ahora que me faltan tantos recuerdos me doy cuenta de que en un año y medio la vida te puede cambiar de forma radical. Y también me doy cuenta de que la vida puede ser una auténtica mierda. Porque lo tenía todo y ahora se me ha privado de, quizá, los

recuerdos más maravillosos de mi vida.

Cierro los ojos, intentando hacerle caso a Blanca y dormir. Aunque, ¿cómo voy a querer dormir si me he pasado días haciéndolo? ¿Es todo esto una maldita broma? Joder, estoy muy enfadada. Si creyera en los deseos, pediría que, al despertar, mis neuronas se hayan espabilado y pueda recuperar una vida que parecía la que siempre había soñado.

64

No quiero ser un cobarde

Ulises

Odisea Ink
13 de mayo

Carlos y sus hermanas no han podido ocultar la felicidad por que Inés haya despertado acordándose de todos ellos. Y me alegro, de verdad que sí, pero eso no quita que yo no pueda estar feliz. No puedo estarlo porque a mí la vida se me ha roto. Se ha borrado junto a sus recuerdos. Se ha esfumado. Por mucho que yo le haya contado cómo ha sido nuestra historia desde que nos conocimos, eso no va a hacer que me quiera y que desee recuperar la vida que teníamos. Las cosas no funcionan así. Lo más probable es que vuelva a su casa con su familia y yo me quede aquí, solo otra vez, pero con un agujero permanente en el pecho, porque yo no puedo borrarme la memoria. Porque yo no puedo dejar de quererla.

Voy andando solo por la calle de camino al estudio, el único lugar en el que puedo respirar. En casa no para de aparecer gente. Para empezar, aunque Carlos y sus hermanas se alojan en un hotel, se pasan el día en mi casa. Blanca y Marta viven en ella. Y mi hermana y mi madre, a pesar de vivir a dos pasos, están más en mi casa que en la suya. Así que me permito desaparecer en este lugar durante algunas horas. Debería estar pensando en abrir de nuevo, ya que Inés está bien atendida por sus amigas y familia. Pero no puedo. Sigo sin fuerzas para enfrentarme a nada. Han pasado tres días desde que despertó y no he sido capaz de volver al hospital. ¿Para qué? Ya le conté todo lo que ella me pidió y tampoco me ha hecho saber que quiere que vuelva. Así que no lo he hecho.

Cuando entro al estudio, bajo la verja sin cerrar del todo y me quedo totalmente a oscuras. Qué puta paz. Me siento tentado de dejarme engullir por esta oscuridad, pero, de momento, me tengo que conformar con escapar solo unas horas.

Pero al poco rato, no sé decirte cuánto, oigo que la verja metálica se levanta y maldigo. Solo hay dos personas que podrían encontrarme aquí.

—¿Uli?

—Por favor, marchaos, ¿vale? He venido aquí para estar solo y lo sabéis.

Ninguno dice nada. Sara y Lucas se sientan en el sofá en el que estoy, cada uno a un lado de mí, y me abrazan. Y debo de tener todo mi organismo descompensado, porque vuelvo a derrumbarme. Me aprietan más fuerte. Ya no puedo contar la de lágrimas que he derramado en estos días.

—Estamos aquí, nene.

—Todo irá bien, Uli.

—Nada está bien. Nada. La he perdido.

Es como si estuviera en un bucle constante. Salgo de uno y entro en otro.

—Escúchame, Uli, si se enamoró una vez de ti, puede volver a hacerlo. Esto es muy duro, lo sabemos, pero no la has perdido. Eso solo pasará si te aíslas, si sales de su vida por decisión propia.

—Soy un desconocido para ella.

—Todos somos desconocidos hasta que nos conocemos, nene. Y vosotros partís de una historia en común, aunque ella no lo recuerde. Joder, no te des por vencido tan rápido. Ese fue tu error la primera vez. ¿Vas a dejar que se repita?

Sopeso las palabras de Lucas y tengo que reconocer que razón tiene. Sara me aparta las lágrimas y vuelve a abrazarme. Ahora puedo respirar un poco mejor. Las circunstancias no han cambiado, pero puedo intentarlo, ¿no? Al menos puedo seguir ahí para ella hasta que me deje; hasta que decida que ya no me quiere cerca. O quizá yo acabe más jodido si me hago ilusiones y, aun así, se acabe marchando. Pero debo tomar una decisión y, esta vez, no quiero ser un cobarde. No voy a serlo.

—Voy a ir a verla.

—Así se habla. Te acompañamos.

Perdí a mis mejores amigos de toda la vida de una forma bastante cruel, sí, pero a cambio, la vida me ha regalado a dos personas la hostia de maravillosas que no sé si merezco, pero que doy gracias porque hayan decidido aguantar a la persona que fui, soy y seré.

Me levanto del sofá del estudio sin que mis amigos me suelten. Me abrazo a ellos y les doy las gracias por estar siempre conmigo y abrirme los ojos. Cuando estamos echando la verja de nuevo, recibo una llamada.

—Hola, Carlos. ¿Cómo estás?

—Incorrecto. Prueba otra vez.

Frunzo el ceño y me retiro el móvil de la oreja para volver a mirar la pantalla. Sí, pone «Carlos», no lo he visto mal.

—¿Inés?

—Esa soy yo. Bueno, parte de ella, al parecer. La otra parte se fue por el desagüe junto a sus recuerdos.

Me quedo en silencio a través de la línea porque al recordarlo he sentido que algo muy afilado me atravesaba el pecho. Contengo la respiración, como si me hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago.

—Mierda. Muy pronto para bromear con esto, ¿no? Joder, qué insensible soy, lo siento.

—Un poco pronto, sí —admito—, pero no te preocupes. ¿Por qué llamas desde el móvil de tu padre? ¿Y el tuyo?

—Pues al parecer quedó inservible cuando tuve el accidente y todavía no he podido conseguir uno nuevo.

Mierda.

—Ah, claro, ya imagino. —Respiro hondo—. ¿Necesitas algo?

Me mata hablar con ella de esta forma tan correcta. No hace más que recordarme que nosotros ya no somos. Nunca más.

—Verte.

Agrando los ojos de la sorpresa y me da un vuelco el estómago.

—¿A mí?

—No, a tu hermano, en realidad. —Hace una minipausa—. Espera, no sé si tienes hermanos. Bueno, da igual. La cosa es que me gustaría verte. ¿Vienes al hospi, porfa?

No puedo evitar esbozar una pequeñísima sonrisa. La primera en días. Pero voy, claro que voy.

Inés

Hospital
14 de mayo

Un día más con una mancha de pintura blanca encima de los colores que eran mis recuerdos del último año y medio. Si pudiera ser biológicamente posible, estoy segura de que podría verse humo salir de mi cabeza. No dejo de darle vueltas. Me he propuesto pasar más tiempo con Ulises para ver si estimulo mis recuerdos. Aunque tengo sentimientos encontrados con todo esto. Me da mucha envidia la Inés que estaba enamorada de Ulises, porque tenía lo que yo he deseado siempre. Pero, por otro lado, no lo conozco y su sola presencia me pone nerviosa. Y solo hay dos cosas en esta vida que a mí me pongan nerviosa. Todo el mundo me habla maravillas de él, de nosotros. Pero ¿era feliz? ¿Realmente era feliz con la vida que tenía? Cuando me den el alta, ¿qué voy a hacer? ¿Quedarme en un lugar que no reconozco con un hombre que está enamorado de mí y no me acuerdo de él? Tengo muchas ganas de volver a mi casa, pero, a la vez, cuando Ulises viene a verme hace que todo parezca fácil, me hace reír aunque a él le cueste hacerlo.

Toc. Toc.

—Hola…

Sonrío. Desde que desperté, no he podido sacarme esa voz ronca de la cabeza.

—¡Te estaba esperando! Estaba muerta del aburrimiento.

—¡Oye! Gracias por la parte que me toca, *little doll*.

—Zoe, pero si estás más pendiente de tu Dani que de mí. Me matas de aburrimiento.

—Ay, perdón, es que…

Miro a mi hermana, que está sentada en una silla al lado de mi cama, y le cojo la mano.

—Lo sé, tonta. ¿Por qué no *videollamas* a tu chico? Yo me quedo con Ulises.

No me hace falta insistir.

Ulises se ha quedado parado junto a la puerta, bloqueado. Creo que todavía no sabe bien cómo enfrentarse a esto. O a mí.

—No muerdo —intento bromear—. Puedes acercarte.

—No me preocupa que muerdas. Es solo…

—Es raro para ti, ¿no?

Levanta la vista y su rostro me grita que siente una pena que no es capaz de disimular.

—Mucho. —Carraspea, supongo que para ahuyentar el nudo de su garganta. Diosa, Ulises es muy transparente. O, al menos, a mí me lo parece.

—Lo siento. Si prefieres no volver, lo entenderé, de verdad. Pero, por alguna extraña razón, no quiero que la Inés que tú conociste desaparezca. Supongo que intento estimular mi memoria, por eso te pedí que vinieras ayer.

Ayer hablamos mucho, pero sigo sin poder recordar nada y llegó un punto en el que me frustré tanto que Ulises lo notó y salió de la habitación cabizbajo. Supongo que por eso hoy viene

con todos los muros levantados.

—Quiero venir, aunque me duela cada segundo que paso con una Inés que no sabe quién soy. Me da igual, porque yo te quiero, aunque tú no lo recuerdes. Y no pienso ser yo el que se marche. Si decides volver a la vida que tenías antes, me parecerá bien, porque es lo que te hace feliz. —Da un paso hacia la cama—. Pero, mientras, voy a quedarme hasta que decidas que no me quieres a tu lado.

Arroba Samur.

El corazón se me ha detenido y mínimo quince ratones se han escapado y están recorriendo mi cuerpo de arriba abajo. Siento calor. Seguro que se me nota en las mejillas, pero no aparto la mirada de él.

—Guau —exhalo.

—¿Qué?

Lo miro entrecerrando un poco los ojos, como si así pudiera enfocarlo mejor. Y, por primera vez desde que desperté, quiero saberme a Ulises de memoria.

—Empiezo a entender por qué la Inés de hace unos días estaba loca por ti.

Sonríe. Diosa, Ulises sonríe y acaba de iluminar toda la maldita habitación. Es la primera sonrisa que le veo y es preciosa.

—La tenía en el bote —bromea, pero enseguida vuelve a su pose habitual: la taciturna. Como si no pudiera permitirse ser un poco feliz en este momento.

—¿Te sientas a mi lado? Me gustaría que me enseñaras más vídeos de Kit.

Y así nos pasamos la tarde, hablando de nuestra gata, de las noches viendo *Embrujadas* en el sofá, del puzle que al parecer le regalé y que no ha conseguido acabar, pero que lo acaba por sus santas narices… Me gusta lo que lleva días contándome y me pone muy triste. Intento disimular que tengo la lágrima al borde de caer durante parte de la tarde porque no quiero hacerlo sentir peor. Sin embargo, cuando se despide hasta mañana, que promete volver, lloro en el regazo de mi hermana porque todo esto es una maldita mierda.

Ulises

17 de mayo

Dije que no quería separarme de ella, pero cada día que pasa es más duro que el anterior. Inés mantiene mi esperanza viva, pero el setenta por ciento de mi cuerpo me grita que es muy improbable que me vuelva a recordar. Entro en bucle todos los días. No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí una noche entera. De hecho, Inés me ha pedido que me quede con ella esta noche. Por supuesto, he dicho que sí, pero una corazonada me aprieta el pecho. Es una leve molestia que me pinza el corazón desde que me lo ha pedido.

Camino despacio por los pasillos del hospital, supongo que para retrasar mi llegada. Necesito poner mi cabeza y mis sentimientos en orden. A veces siento que la estoy obligando a recordarme, que la hago sentir culpable. Y lo odio. Joder, odio todo esto. Claro que quiero estar con ella y que me recuerde, pero ¿a qué precio? ¿A que ella se sienta mal? ¿A obligarla a pasar tiempo juntos para que yo me sienta un poco mejor? No puedo hacer eso. Estoy hecho un puto lío, no sé qué es lo correcto.

Sacudo la cabeza y agarro el pomo de la puerta. Lo sujeto con fuerza mientras exhalo para infundirme fuerza. Cada vez que la veo, tengo ganas de abrazarla y llorar. Y me tengo que contener para no asustarla.

Joder, cuánto la echo de menos.

—Hola.

—Hola, Ulises.

No es Inés la que me da la bienvenida, sino Blanca.

—Está dormida —me dice moviendo la cabeza hacia su amiga.

Me detengo unos segundos en mi torbellino y el corazón me llora. No puedo evitar sentir un poco de miedo a que no despierte después de aquellos días en coma.

—Procuraré no hacer ruido. ¿Cómo ha pasado el día?

—Bien —Sonríe—. Voy a contarte algo, pero quiero que tomes estas palabras con cuidado, ¿vale?

Asiento, aunque me da mucho terror lo que pueda decirme.

—Ha recordado la noche de su cumpleaños. Cuando os conocisteis.

El estómago me da un vuelco.

—¿De verdad?

—Sí, pero no recuerda la parte del *pub*. Solo te recuerda cuando te acercaste en la cena y lo demás está difuso. No quiero que nos hagamos ilusiones, pero quizá sea una buena señal, ¿no?

—Quizá.

Ambos nos quedamos mirándola a ella.

—Bueno, me marcho. Pasado mañana volvemos a casa, por cierto. Echo mucho de menos a Guille y al usurpador. Además, Inés ya está bien cuidada aquí. —Me guiña un ojo.

Cuando Blanca está a punto de rebasarme para salir, la sujeto del brazo y la estrecho en un abrazo. Quién me iba a decir a mí que la chica que llegó tarde a mi estudio a tatuarse una montaña rusa desde otra ciudad iba a formar parte de mi vida así. Una tan importante.

—Por si no coincidimos hasta que te vayas, cuídate, ¿vale?

—Cuídate tú, Ulises. Quiero a mi *cuñado* en perfectas condiciones. Y sabes que tienes tu casa en la costa para cuando quieras.

Me quedo a solas con Inés. Es la primera noche desde que despertó hace ocho días. Y estoy nervioso. Qué gilipollez, ¿no? Ella está dormida y solo me tengo que dedicar a mirarla.

A las pocas horas, no soy capaz de conciliar el sueño, así que me atrevo a acercarme un poco más a ella y la cojo de la mano. Rezo una súplica en silencio.

«Recuérdame».
«Recuérdame».
«Recuérdame».

—¿Ulises? —Inés comprueba si soy yo con la voz melosa por el sueño sin conseguir abrir los ojos.

Deshago el agarre de nuestras manos porque me da un poco de vergüenza que me haya pillado tocándola sin que ella me lo haya pedido. Ya no tenemos ese tipo de confianza.

—Soy yo. Duérmete, es tarde, torbell… —me detengo. No puedo acabar la frase.

Inés consigue entreabrir los ojos y gira la cabeza para mirarme.

—¿Por qué me llamabas torbellino?

—¿Por qué me has pedido que me quede esta noche?

—He preguntado yo primero —me reta. Joder, como echo de menos que me rete.

Suspiro con cansancio. Me duele, pero si sirve para estimular su memoria, pues…

—Eres una persona muy vital, siempre revoloteando de un lado para otro. Hablas mucho. Constantemente. Te haces notar, da igual dónde estés y en qué contexto. No sé, supongo que me recuerdas a un torbellino que arrasa con todo a su paso.

Que me arrasó a mí.

—Me gusta. Te dejo llamarme torbellino si quieres.

Esbozo una sonrisa triste. No creo que pueda, me recuerda demasiadas cosas.

—Me siento bien contigo, Ulises. Por eso quería que te quedaras esta noche. Para hablar, como siempre hacemos, pero los malditos analgésicos me dejan grogui y me pesan mucho los ojos…

Y eso se siente jodidamente esperanzador.

—No te preocupes, duérmete. Estaré aquí cuando despiertes.

65
Luz

Inés

Hospital
19 de mayo

Tengo un sueño muy raro. Pasan muchas cosas y siento que viajo en el tiempo cada pocos segundos. Lo veo todo como un halo naranja. Siento cómo mis ojos, aún cerrados, se mueven de un lado para otro intentando visualizar todas las imágenes que mi cerebro reproduce. Una. Y otra.

Otra.

Otra.

Otra.

Otra.

Otra.

Abro los ojos sobresaltada. Miro a mi alrededor. No hay nadie. Estoy sola. Me incorporo en la cama y me toco la cabeza, justo donde me di el golpe en el accidente. Me duele una barbaridad, pero, de repente…

—Diosa.

Ulises

Lucas y Sara me han traído al hospital en su coche. He venido pegado a la sillita de Aina todo el rato y me ha dado pena no ver a esa pequeña mocosa que me ha robado el corazón. Puedo parecer un loco, pero ese olor a bebé me reconforta.

—Gracias por traerme, chicos.

Isla necesitaba mi coche para trabajar, así que, con la excusa de sacarme de casa, mis amigos me han venido a buscar para llevarme a desayunar con ellos y, de paso, acercarme al hospital. Inés quería que viniera ahora por la mañana. No sé por qué las prisas, pero, bueno, supongo que en ese sentido sigue siendo ella y la paciencia no es una de sus virtudes.

Entro en el hospital y ando el mismo recorrido de todos los días. Ya me lo sé de memoria y no me hace falta mirar las señales para ubicarme. Joder, odio este sitio. Subo en el ascensor con cuatro personas más, las cuales me miran raro. ¿Se habrán dado cuenta de la tristeza

permanente que me acompaña? ¿Tendré pinta de estar a punto de explotar? Porque por algún lado tendré que reventar, ya sea de nervios o pena al ritmo que llevo.

Cuando estoy delante de la puerta cerrada de la habitación, llamo con los nudillos, pero no espero a que alguien me dé paso. Entro despacio y con un poco de cautela. Quiero pensar que me ha llamado tan pronto porque quiere verme. En plan, que pasemos más tiempo juntos. Más horas. O lo mismo yo me estoy haciendo aquí unas ilusiones preciosas y ella solo quiere pedirme que no vuelva.

Joder.

Tengo que parar.

—Hola…

Me encuentro a Marta, Blanca y Carlos dentro de la habitación, mirándome con una sonrisa en la cara que no entiendo. No sé si sonreírles o no, así que opto por mirarla a ella. Está sentada en la cama, con la pierna escayolada en alto y el brazo en cabestrillo, y me mira… Joder, me mira como Inés me miraba antes del accidente. Sus ojos están aguados y también me sonríe. El corazón se me va a salir del pecho. ¿Qué está pasando?

—Pocholito…

Dios.

Dios.

Dios.

Cierro los ojos con fuerza y me llevo las manos a la cara para tapar mis sollozos. No me puedo creer que la esté escuchando llamarme así otra vez. Por favor, que esto no sea un sueño. Miro a los demás y asienten emocionados, confirmándomelo. Vuelvo a mirar a Inés, que ahora sí llora, y no puedo evitar sentarme en la cama, abalanzarme sobre ella, abrazarla y besarla.

Por fin.

El beso sabe a lágrimas, pero también a alivio, a felicidad y a amor.

—Au, pocholito, mi brazo.

—Perdón, perdón, perdón —susurro contra su boca y me separo un poco para mirarla a los ojos—. ¿De verdad me recuerdas? ¿No estoy soñando? Auuu. Joder. —Inés me ha pellizcado un brazo con bastante fuerza—. Vale, no es un sueño.

Le enmarco la cara con las manos para observarla mejor. No puedo dejar de mirarla ni de besarla por todas partes.

—Has vuelto conmigo.

—Siempre volvería contigo, Ulises.

Siento una presión en el pecho que me llena. Me llena en plan bien. En plan: soy capaz de todo ahora que ella me recuerda. Soy capaz de cometer locuras. Muchas.

—Cásate conmigo, torbellino.

—Hostias…

Y esa no ha sido Inés, han sido Blanca y Marta a la vez.

—¿Qué? —Esa sí ha sido mi chica.

—No sé, Inés. —Intento controlar mis nervios mordiéndome el labio para que deje de temblarme—. Lo que nos ha pasado me ha hecho darme cuenta de que he perdido mucho tiempo valioso de mi vida intentando controlarlo todo. Incluso el tiempo, que es incontrolable. Me ha hecho darme cuenta de que lo que más feliz me hace es perder el tiempo juntos. Fluir contigo. Todos estos días he venido dispuesto a quedarme a tu lado, a pesar de no reconocerme. He venido dispuesto a crear recuerdos nuevos. Ya fuimos desconocidos una vez, ¿no? No quería sentir que te había perdido del todo sin luchar, ¿sabes? Y…

No puedo continuar porque los labios de Inés atrapan los míos con urgencia. Y yo correspondo al beso como se merece hasta que un carraspeo me hace consciente de que no estamos solos en esta habitación. Sin embargo, aunque separamos nuestros labios, no dejo de mirarla. Me moría por volver a ver sus ojos azules mirándome así. Me moría por volver a verla sonreírme así.

—Sí, quiero —dice.

—¿El qué?

—Casarme contigo, tonto. Sí, quiero.

Mierda. Un poco tonto sí me he quedado, sí. Por un momento había olvidado que se lo he pedido, así a las bravas.

—¿No te parece una locura? No es que lo haya dicho por el calor del momento, que también un poco, pero quiero hacer esto contigo de verdad. Quiero…

—Cállate —me interrumpe y menos mal, porque estaba poniéndome bastante intenso—. ¿Cuándo no me han gustado a mí las locuras? Y me gustan más si son contigo.

Me besa otra vez y creo que lloramos de nervios y alegría. Porque, joder, la he recuperado. La he recuperado del todo y ahora sí que no me pienso mover de esta habitación ni de su lado nunca más. Marta, Blanca y Carlos estallan en aplausos y nos dan la enhorabuena. Carlos me abraza y las chicas empiezan a gritar alrededor de Inés.

—Por favor, ¿qué es este escándalo? Están molestando a otros pacientes —nos regaña una enfermera.

—Pues dígales que no sean tan muermos, que estamos celebrando que nuestros amigos se casan —replica Marta.

—Me parece fenomenal, pero celebren más bajito.

—Ni caso —susurra Blanca—. Vamos a liarla a lo grande. Qué pena no poder brindar con nada de alcohol, pero bajo ahora mismito a la cafetería a por refrescos.

—Dios, qué cutre —se queja Marta.

Nosotros nos abstraemos de la conversación para mirarnos. Solo mirarnos. No me cansaría de hacerlo nunca.

—Antes de que hagamos esto, tengo que advertirte de una cosa. Y no es negociable.

Inés me reta con la mirada, como siempre. Quiere ver cuánto de advertencia real puede albergar la frase que acabo de soltar.

—A ver…

—Mi hermana es la mujer de mi vida.

Su mirada se rasga, divertida, y frunce los labios intentando contener una sonrisa.

—Puedo aceptar eso.

—No he terminado. Tú, torbellino, me has tatuado el puto corazón. Y esa tinta es para toda la vida.

Nunca he creído en el destino ni en las señales ni en ninguna mierda de esas, al contrario que mi hermana. Y, sinceramente, dudo que esto haya sido una prueba del destino para que ambos aprendiéramos alguna lección. Sería una prueba cruel de cojones. Pero no puedo evitar pensar que, desde que Inés y yo tropezamos en la vida del otro, he abierto los ojos en muchos aspectos y, sea el destino o no, estoy agradecido de haber recorrido todo este camino con ella y, sobre todo, de tener la oportunidad de seguir recorriéndolo agarrado a su mano.

66

El gordo de la lotería

Inés

Diciembre
Dos años y medio después

No nos hemos casado. Vamos, es que ni siquiera hemos hecho el intento. Estos dos últimos años no han sido nada fáciles para ninguno. Mi salida del hospital no fue un camino de rosas. El golpe de la cabeza me dejó como secuela unas migrañas terribles durante el primer año. Por no hablar de la tediosa rehabilitación de la pierna, que se me hizo muy cuesta arriba. Por suerte, mi brazo se recuperó rápido. También nos tocó lidiar con el hecho de que me había quedado embarazada. No queríamos pasar por ese tema de puntillas, como si no hubiera sido una realidad. Hablamos largo y tendido y llegamos a la conclusión de que, aunque nos dolía mucho cómo habían pasado las cosas, no era nuestro momento para ser padres. ¿Qué hubiera pasado si me hubiera enterado antes del accidente? No lo sé. Hemos decidido no pensarlo demasiado porque ya no podemos hacer nada. El caso es que sí nos gustaría ser padres juntos, pero todo a su tiempo y cuando nosotros lo decidamos.

Obviamente, no pude volver a mi trabajo y, además, la baja de Sara había llegado a su fin y tenía que reincorporarse. Así que me fui directamente al paro que, por suerte, me daba unos pocos ingresos.

En el estudio las cosas tampoco fueron fáciles. Ulises hacía malabares para ir conmigo a todos los médicos y a la rehabilitación y, además, atender su trabajo. Es verdad que ha delegado mucho más en Izan en estos meses; ha cogido soltura y los clientes (sobre todo clientas) están encantados con su carisma, cara dura y desparpajo. Pero el estudio es como un hijo para Ulises. Siempre habían sido él y Sara contra el mundo. Solos mano a mano. Y desentenderse en parte le ha costado mucho.

Por otro lado, también fue un caos horrible el tema de Tiago. Mientras estaba en el hospital, lo cesaron como profesor de la universidad por la denuncia que interpuso Blanca. Le dijo a la policía que yo estaba hablando con ella cuando tuve el accidente y se lo había contado todo. En cuanto me recuperé un mínimo, fui yo quién corroboró y completó la historia. Lo detuvieron por tentativa de agresión sexual, aunque gracias a su abogado no llegó a entrar en la cárcel. Eso sí, solicitamos una orden de alejamiento por si se le ocurría volver a pisar la universidad o acercarse a mí. No quiero volver a verlo nunca más. En mi vida me habría imaginado que me vería envuelta en una mierda así y ya ves.

Volver a la universidad fue más duro de lo que me imaginé en un primer momento. Todos se habían enterado del altercado con el profesor de Genética, por lo que fue imposible pasar desapercibida y evitar los comentarios desdeñosos. Por suerte, tuve a mis amigos al pie del

cañón para apoyarme y hacerme las cosas mucho más fáciles. Ese verano me esforcé más que nunca por ponerme al día. No pude hacer los exámenes finales por razones obvias, pero tuvieron la deferencia de darme la oportunidad de hacerlos en septiembre. No conseguí aprobarlo todo, a pesar de la ayuda incondicional de Ulises, pero la universidad sigue siendo un reto, aunque vaya un poco pillada.

Total, que lo de casarnos no es que haya pasado a un segundo plano, es que ha pasado a un quinto o sexto. Y, en realidad, nos da igual.

Ulises

—Kit no está bien —le digo a Inés mientras acaricio a nuestra preciosa gata que ahora está sentada en mi regazo.

—¿Qué le pasa? —pregunta mi chica desde nuestra mesa redonda. Tiene un montón de papeles y bolis desparramados. Está estudiando, o eso dice, porque cada dos por tres la veo coger el móvil para hablar con su grupito de clase.

—Está rara. Perezosa. Y hoy apenas ha comido. Y mira los legañones que tiene.

Inmediatamente, mi torbellino rubio se levanta y viene a nuestro encuentro para examinarla. Kit estornuda, o eso creo. Miro a Inés con preocupación mientras su ceño no deja de estar fruncido mientras le da mimos.

—Parece un resfriado, pero yo se la llevaría a David para que le eche un vistazo.

—Me visto y voy.

Ya me había puesto el pijama y las zapatillas de estar por casa, pero lo primero es nuestra pequeña.

—Te acompaño —resuelve ella.

—No, cariño, tú quédate estudiando.

Inés resopla, pero acepta. Es consciente de que lleva regular el examen de pasado mañana, así que no le queda otra.

—Suerte intentando meter a Kit en el transportín —se burla.

La madre que la parió. Es verdad. Meter a la gata en ese cacharro es la mayor lucha cuerpo a cuerpo a la que me he enfrentado en la vida.

Cuando llego al veterinario, eso parece la jungla. Y no porque esté todo lleno de animales, sino porque parece que David está desbordado.

—La que tienes liada ahí fuera —le digo cuando por fin nos toca, una hora después.

Por suerte, he conseguido desprenderme en parte de mi obsesión enfermiza con el tiempo. Solo en parte, no te vayas a pensar. Es difícil desprenderse de manías o rutinas que llevan arraigadas tantos años en ti.

—Está siendo todo un poco caótico. Mi ayudante se ha marchado porque le ha salido un trabajo mejor y, hasta que encuentre a otro, voy a estar desbordado.

Qué interesante información. Mi cabeza empieza a maquinar mientras David examina a Kit. Quizá…

—Oye, David, ¿buscas a otro veterinario o te vale alguien sin mucha experiencia?

—Hombre, si tiene algo de experiencia, mejor, pero solo busco a un ayudante que me

quite un poco de carga con tareas administrativas o consultas sencillas. Unas horas al día, nada más.

—Pues creo que tengo a la candidata perfecta para ti.

¿Es posible que nos haya tocado el gordo de la lotería antes de tiempo?

Epílogo 1

Inés

Cuidad costera
Nueve meses después

Seguimos sin casarnos. Y, esta vez, no vamos a echar la culpa a un año difícil por todo lo que vivimos hace más de tres años. Es que nos ha dado pereza. Cada año que pasa, la universidad se complica y hemos estado muy volcados en mis estudios. Y digo «hemos estado» porque Ulises se ha dejado los cuernos en ayudarme en lo que ha podido. No con las asignaturas, pero sí a repasar, a organizarme, etc. Como hicimos aquel primer año. Además, ha conseguido tomarse la vida con más calma. Izan ya es uno más de la familia de Odisea Ink y ahora Sara es socia junto a Ulises. Después de tantos años, no podía ser de otra manera. Ahora el negocio es de los dos y así reparten carga, gastos e ilusión.

Pero lo de casarnos nos sigue dando igual. Además, hoy hemos venido a celebrar el amor de mi mejor amiga.

—¡Guille! No hagas correr a la tita Inés con estos tacones. ¿No tienes piedad por tu tía favorita?

El muy endiablado niño corre como si estuviera entrenando para corredor olímpico. Estamos en una finca preciosa con vistas al mar en la que todo es césped. Vamos, una yincana bastante interesante para invitadas con tacones de aguja.

—Yep, ya te tengo.

Ulises intercepta a nuestro sobrino, que estaba a punto de precipitarse hacia el suelo, y se lo sube a los hombros.

—Menos mal, pocholito. Creo que el fin último de este bicho —digo haciéndole cosquillas en la barriguita— es ponerme a mí las cosas difíciles.

—Todo controlado, torbellino. Anda, vamos a llevar al pequeñajo con sus padres. Seguro que se están volviendo locos buscándolo.

Yo creo que no, pero bueno. No voy a llevarle la contraria. Esta vez.

—Guille, ¿dónde está mamá?

El niño mira hacia todas partes, en busca de la única mujer de la fiesta que lleva un vestido enorme de color blanco.

—Mamá —señala con su diminuto índice.

La verdad es que mi pichurrina está espectacular. Radiante. Y Gonzalo… Gonzalo brilla a su lado. Como cuando se conocieron. Eso no ha cambiado ni un ápice, a pesar de los años. Para mi sorpresa (y la de todos), Gonzalo nunca le pidió matrimonio. Fue Blanca la que un día despertó, miró a su chico dormido a su lado y se lo susurró. Mi *cuñado* no se murió de un infarto

porque todavía es joven, pero no rechazó la proposición, claro. Y te estoy hablando de que esto ha pasado hace tres meses, por lo que esta ha sido la boda más exprés a la que he tenido el honor de asistir. Es que Blanca o hace las cosas a lo grande o no las hace.

—Pequeña delincuente, estás preciosa, pero tengo muchísimas ganas de arrancarte este vestido con los dientes.

Ups.

Ni se han dado cuenta de que Ulises, su hijo y yo estamos justo al lado. Mi chico, en un alarde de protección al menor, le tapa los oídos a Guille por si la conversación de sus padres sigue por esa línea.

—Es por culpa de tu don para la oportunidad —le susurro a mi novio. Aun así, ellos no se dan cuenta de nuestra presencia.

—Siempre podemos escaparnos un ratito de nuestra boda, usurpador. Me pone mala como te queda la camisa desabrochada.

—¡Vale! Se acabó, pervertidos. Os dejamos a vuestro retoño. Vuestros planes de darle un hermanito van a tener que esperar.

Cuando entregamos el niño a sus padres, lo hacemos con el tino de haber elegido el momento justo de que empiece el baile de los novios. Y ellos bailan abrazados a su hijo. Saco mi móvil del bolsillo del pantalón de mi novio y me dedico a sacar mil fotos de este momento. Y algún vídeo también.

Miro en derredor a toda la gente que está disfrutando de este momento. Marta y Miguel se besan con Gabriela pisándoles los pies en medio. Diosa, se ha hecho tan mayor de repente que no lo asimilo. Todo el mundo parece feliz. Las bodas siempre tienen ese efecto anestésico. Te hacen escapar de tu vida unas horas y creer que el amor verdadero existe y que es para siempre.

—Siento que no hayamos podido celebrar nuestra boda todavía —me susurra Ulises muy cerca del oído y me abraza por detrás.

Niego con la cabeza como gesto de despreocupación.

—Eso me da igual, Ulises. Lo que realmente me hace feliz es tener el privilegio de que me abraces cada día. Además, yo ya me siento casada contigo.

—Entonces, ¿qué te hace tener el ceño fruncido?

Ni siquiera he sido consciente de que lo tenía fruncido.

—Que empiezo las clases en dos días.

—Mentirosa…

—En realidad estaba pensando una maldad.

—Qué raro —se burla mi chico—. Ahora cuéntamela.

—¿Has visto a la madre de Blanca? Está más tiesa que un palo. Y esa señora, con la cantidad justa de alcohol, es ultradivertida. Creo que voy a emborracharla discretamente. Verás que bien.

—Estás loca.

Le saco la lengua, aunque tenga razón.

—Te gusta que lo esté.

—Lo que me gusta es cómo te queda este jodido vestido, Inés. Como no pares de mover el culo así con él, no respondo.

Para variar, no llevo un vestido discreto, ya que tiene ese tipo de tela (satén, creo) con la que no puedes llevar ropa interior (je, no la llevo, pero eso es un secreto entre tú y yo) porque se te marcan hasta los lunares. Es verde botella, con tirantes muy finos que cruzan mi espalda y largo hasta los pies, pero con una raja infinita en la falda que deja casi todo mi muslo al

descubierto.

—¡Inés! *Porfa*, acompáñame al baño. Necesito mear y no puedo apuntar a la taza y sujetar este vestido a la vez.

Suelto una carcajada bastante escandalosa y Ulises murmura un «joder». No solo por el comentario de mi amiga, sino porque ha jodido sus planes más inmediatos. Blanca parece toda finura con su carita angelical, hasta que abre la boca. Es una cosa… Para que luego digan que la excesiva soy yo.

—Sube más el vestido.

—Pichurrina, si lo subo más, te lo saco por la cabeza. ¿Quieres sentarte?

—Ni de coña, ¿tú sabes la de enfermedades que puede pillar mi chichi si me siento en este váter?

—¿Ponemos papel alrededor?

—Déjalo, apenas nos podemos mover las dos en este cubículo.

—Apunta bien, no te vayas a mear el vestido.

Ambas nos reímos porque vaya puto cuadro somos.

—¿Chicas?

—¡Aquí, Marta! —grito.

—¿Qué hacéis?

—Enrollándonos, no te jode —suelto—. ¿Tú qué crees?

Salimos del cubículo como podemos. Por suerte, Blanca no se ha meado el vestido y era fácil fallar. Una vez recompuestas, nos quedamos las tres mirándonos. Creo que, en todo el día, no hemos tenido ni un ratito para estar las tres juntas.

—Sé que no es agradable hablar de dinero en una boda y bla, bla, bla, pero te he hecho la transferencia de mi regalo, como pedisteis en la invitación.

—¿Tú? ¿Transferencia? Pero si no sabes ni usar Bizum.

—Ahora ya sí —le hago burla a Marta—. Ulises me ha enseñado.

—Joder con el pocholito. Desde luego que es el hombre de tu vida.

—Lo es —confirmo sin poder contener una sonrisa.

—Inés, te pienso rebotar la transferencia. No quiero tu dinero.

—Como me lo rebotes, te dejo de hablar.

—Joder, que sé que no estáis muy bien económicamente este año. No hacía falta, ya te lo dije.

Es verdad que conseguí trabajar con David en su clínica unas horas, a pesar de que el sueldo no era muy boyante, pero me sirve para ganar experiencia y soltura. Vamos, que el dinero no me sobra. Y a Ulises tampoco, ya que ha invertido bastante en el estudio últimamente para hacer mejoras. Aun así, no iba a permitir ir de gratis a la boda de mi mejor amiga.

—Y yo te dije que ni se te ocurriera hacer distinciones. Y menos conmigo. Así que te quedas el dinero y punto. Y si no lo quieres, lo ingresas en la cuenta de Guille. Podré hacerle regalos a mi sobrino, ¿no?

—Eres imposible.

—Brindo por no dejar de serlo nunca. Por cierto, tengo algo que contaros.

No es que sea el mejor momento, pero mañana vuelvo a Madrid y no quiero hablar de esto por videollamada. Y es el único momento a solas que vamos a tener, probablemente. Así que, allá va.

—Ya lo sabemos, Inés —dice Blanca.

Frunzo el ceño. Es imposible. O…

—Mierda, ¿Ulises se ha chivado? Me prometió que no diría nada.

—No, no se ha chivado —me tranquiliza Marta—. Es que era evidente. Sabíamos que iba a pasar tarde o temprano.

Ya era consciente de la decisión que había tomado, lo juro, pero creo que esto lo hace más real. Que me acaba de caer una losa en la espalda al darme cuenta de que… no voy a volver.

—Esta siempre será mi casa, pero mi vida ahora está allí. Mi hogar ahora es Madrid.

—Lo sabemos —asegura mi pichurrina al borde del llanto.

—Chicas, voy a ponerme un poco emotiva, ¿vale? Pero no sabéis la suerte que tuve el día que os cruzasteis en mi rellano. Cuando tuve a Gabri, muchas de mis amigas desaparecieron porque no estábamos en el mismo punto. Y sabéis que siempre me he sentido mucho más mayor de lo que soy, así que gracias por haberos convertido en mis mejores amigas. Gracias a ti, Blanca, por ser la hermana que nunca tuve, por hacer feliz a mi hermano y por darme un sobrino maravilloso. Y a ti, Inés… —Se emociona y se le traban las palabras—. Gracias por quererme de una forma tan sincera y por ser mi amiga después de todo. Gracias también por presentarme al amor de mi vida y ser familia para mi hija. Te vamos a echar de menos, pero sé que siempre correrías hacia nosotras si te necesitáramos.

Blanca llora.

Marta sorbe los mocos porque ella ya empezó a llorar hace rato.

Y yo las abrazo. Porque son las mejores amigas que yo podría desear. Porque también son mi familia. Porque son las mujeres que me inspiran y me hacen querer ser mejor en todo. Porque el tiempo lo cuento en momentos con las personas que me importan y no en minutos.

Epílogo 2

Ulises

El pueblo
Un año y medio después

—Pocholito, ¿estás bien?

No, estoy de puta pena, como cada vez que me monto en la parte de atrás de un jodido coche, pero voy a aguantar el tipo como un campeón porque no me da la gana darle la razón a ninguno de estos.

—¿Te encuentras mal? —pregunta Diego.

—Está pálido como Casper. O peor aún, incluso. Casper no tenía tan mal aspecto. A lo mejor está teniendo un embarazo psicológico. Está de obsesionado…

Miro a mi mujer como si quisiera matarla, aunque en realidad la adore, pero es que no puto ayuda. ¿No me pueden dejar tranquilo? Necesito tranquilidad.

Vamos de camino al pueblo junto a Isla y Diego para celebrar mi cumpleaños. Quería conducir yo, pero Inés se ha emperrado en ir detrás junto a nuestra sobrina. Lo lógico habría sido que sus padres hubieran ido detrás con la pequeña, pero no, claro, Inés no entiende de cosas lógicas. O solo lo hace por tocarme los huevos, no lo sé. El caso es que yo quería ir junto a mi chica, por si le entraban náuseas o mareos o por si necesitaba algo. Para cuidar de ella. Y al final el que va puto mareado soy yo y ella fresca como una lechuga.

—Estoy perfectam…

—Puaaaj. ¡Tito, qué asco!

Me cago en la puta. Odio con toda mi alma vomitar. Y más en un coche lleno de gente. Y lo derrotado que me encuentro después, como si mi cuerpo hubiera hecho el esfuerzo de su vida. No lo soporto.

—Joder, qué mal huele, Ulises —se queja mi hermana.

—¡Pues abrid las ventanillas!

—¿Pero cómo vamos a abrir las ventanillas si vamos a 120 kilómetros por hora? Nos reventarían los oídos —apunta Diego.

—¡Esperad! Tengo colonia en el bolso —añade Inés.

—Esto es culpa tuya, Isla, siempre te digo que parece que conduces borracha.

—Vete a la mierda, gilipollas.

—¡Mamá!

—¡Isla!

Vaya, padre e hija sincronizados regañando a mi hermana. Me haría gracia e incluso me

burlaría si no me encontrara tan mal.

—Perdón, perdón, ha sido sin querer.

Inés se descojona. Intenta controlarse, su risa no ha mejorado ni un poquito en todos estos años, aunque he conseguido acostumbrarme. El amor también es reconocerle a tu pareja que su risa es horrible y, aun así, querer escucharla el resto de tu vida.



—Torbellino, deja las maletas, ya las llevo yo. Sabes que no puedes coger peso. De hecho, no sé ni cómo tienes ganas.

—Pufff. En qué hora dejé que me la metieras sin condón. Además, ¿se puede tener peor puntería que tú?

—Eh, primero, esto ha sido buscado, así que no me eches toda la culpa ahora. Y, segundo, en realidad, he tenido una puntería de la hostia. Pero te lo voy a perdonar porque te quiero y por tus hormonas.

—No te aguanto.

Mamá nos recibe en la puerta de casa, como siempre. Me abalanzo sobre ella de inmediato para abrazarla y levantarla del suelo. Me da unas palmaditas en la espalda para que la baje y beso su mejilla. No sé qué clase de pacto ha hecho mi madre con el diablo, pero yo la veo cada día más joven. Después, toda la atención recae en Noel, y es que la pequeña es el centro de atención desde que vino a este mundo. Es inquieta como su madre pero reflexiva como su padre. Aunque todo el mundo sabe que ha salido a su tío favorito. Esta niña va a ser carne de cañón de tinta, ya verás.

Una vez Noel se aburre de tanto protagonismo, se pone a jugar a su bola y nos toca el turno a nosotros. Mamá está emocionada por el embarazo de Inés. Le pregunta también por su trabajo en la clínica de David y mi mujer le cuenta con pelos y señales cada caso que pasa por sus manos. Convalidó las prácticas con el trabajo en la clínica y está emocionada y motivada con lo que hace, por fin. Ya solo le queda que el título de veterinaria le llegue a casa. Lo programó todo para que intentáramos quedarnos embarazados justo al final de sus estudios. Ella, programar, qué locura, ¿no? Y yo diciéndole que no había prisa, que podíamos intentarlo cuando hubiera acabado del todo y que fuera a su ritmo. Hace unos años no nos habríamos reconocido ninguno de los dos. Sin embargo, se empezó a agobiar con el tema de la edad. Por desgracia, cuando una mujer se acerca a los cuarenta, más difícil es intentar concebir. Por suerte, no tuvimos que esperar mucho.

Después de comer, nos retiramos a nuestras habitaciones a descansar un poco. Inés se tumba de lado, porque ya no puede hacerlo de otra manera, y se sujeta el vientre como si estuviera protegiéndolo. Apoyo la mano en él porque estos pequeños ya se mueven y me encanta sentirlos vivos bajo las palmas de mis manos.

—Helena y Héctor están muy activos hoy.

—Me tienen los riñones hechos polvo. —Mi mujer me mira con una ternura que me

desarma—. Pero es un alivio sentirles moverse todo el rato. Significa que están bien.

—Lo están, torbellino. Y lo estarán. —Acaricio su mejilla—. Vas a ser una madre cojonuda.

Inés cierra los ojos sin contestarme. Dos segundos después, está dormida como un ceporro. Lleva bien el embarazo, pero lo que más le está afectando es el sueño, sin duda. Me quedo mucho rato observándola; tanto, que pierdo la noción del tiempo. Unos minutos después, no sé cuántos, unos nudillos llaman a la puerta con suavidad y me levanto corriendo para que Inés no se despierte.

—Hola…

—Isla, ¿estás bien?

—Sí, no tengo sueño. Diego y Noel están dormidos como troncos. ¿Te apetece dar una vuelta?

—Claro

Caminamos despacio, aparentemente sin un rumbo fijo, pero ambos sabemos a dónde estamos yendo. Llegamos a la construcción de piedra, llena de peña, abandonada y derruida que está a las afueras del pueblo. Nos sentamos en nuestro sitio de siempre, abrigados hasta los dientes. Miramos el horizonte, de cara al sol que ya empieza a descender a pesar de que los días son un poco más largos. No decimos nada en un buen rato, pero al final es Isla la que rompe el silencio.

—Ha merecido la pena, ¿verdad?

—¿El qué?

—El viaje hasta aquí.

—Hombre, si tienes en cuenta que conduces medio borracha y que por tu culpa me mareo en el coche, podría haber ido mejor, la verdad.

Me llevo una colleja, merecida.

—No, imbécil. Me refería al camino de estos años. A todo lo que hemos vivido: bueno, regular y malo.

Lo sabía, pero es que si yo no me meto con mi hermana, mi vida no tendría sentido ninguno. Es así desde que nació y eso no va a cambiar nunca.

—Claro que ha merecido la pena. Tenemos una familia preciosa, ¿no crees?

—Es perfecta. —Sonríe y apoya la cabeza en mi hombro.

—Tengo que decirte algo, Isla, y no te va a gustar.

—Ya estamos. Vas a joder el momento, como siempre.

La verdad es que creo que no, pero ella no lo sabe.

—Ya no puedes ser la mujer de mi vida, pequeña. Estaría traicionando mucho a otra persona.

Isla lo entiende enseguida y finge estar dolida, pero me acaba mirando emocionada.

—Será un honor ser desbancada por la pequeña Helena cuando nazca. Va a ser muy afortunada por tenerte como padre, o desafortunada, según se mire, porque pesado eres un rato. Que sí, que eres menos intensito a veces y todo eso, pero hay cosas que nunca cambian.

—Quién ha jodido el momento ahora, ¿eh?

—No me has dejado terminar. Yo también soy muy afortunada de tenerte como hermano, Ulises. Y siempre será así. Pasé lo que pase, y a no ser que tenga un hijo varón, lo cual no es mi intención, siempre vas a ser el hombre de mi vida.

Mi hermana y yo nos abrazamos, demostrándonos que siempre estaremos el uno para el otro toda nuestra vida. Cuando nos separamos, le doy un beso en la frente. Al levantar la cabeza,

veo por el rabillo del ojo que se acercan Diego e Inés.

—Hola, señorita.

Diego se sienta al lado de su chica y la abraza.

—Hola, pocholito.

Me levanto para ayudar a Inés a sentarse a mi derecha, no sin dificultad. Me engancha por el brazo y apoya la cabeza en mi hombro.

Nos quedamos los cuatro contemplando el atardecer en mi rincón favorito del pueblo. No puede haber una despedida de los 34 mejor. Estoy con mi familia, la cual está a punto de crecer. Porque todo el mundo sabe que la familia para mí es sagrada y que, con ellos, el tiempo se queda parado en medio de las dos mitades del reloj arena. Estoy junto a las personas que sé que voy a querer hasta que la arena del reloj deje de ser eterna.

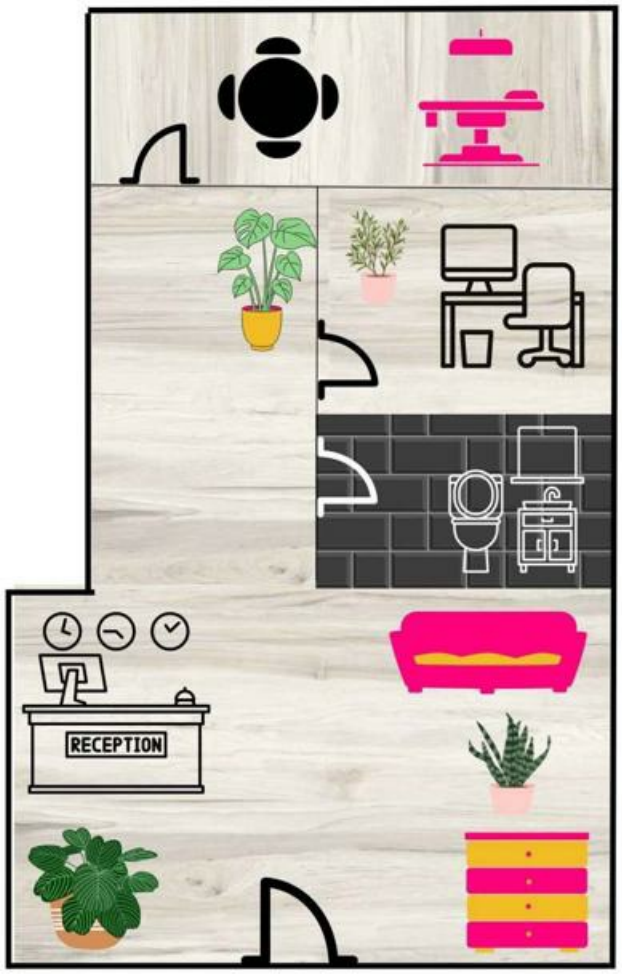
Fin

Extras

Me apetecía compartiros una especie de planos hechos por mí (perdón por la cutrez de alguna cosas) de dos de los lugares más importantes de la novela. No soy arquitecta, se nota, pero os quería mostrar, más o menos, cómo son en mi cabeza, así que me puse a diseñar y salió esto. No esperéis algo muy elaborado porque esto del diseño de planos no es lo mío y la página donde lo he hecho tampoco me daba excesivo margen de maniobra. Por favor, sed benevolentes.

A todas esas personas que, como a mí (a veces), les cuesta ubicarse cuando se describen lugares, espero que os ayude a verlo un poquito mejor.

Estudio de Ulises



Casa de Inés y Ulises



Nota de autora

Para aquellos que hayáis estudiado en la universidad (o no, pero sabes de qué va la vaina), sabréis la cantidad de horas que puedes echar entre clases teóricas, prácticas, trabajos, etc. Y, por ello, quizá no te han parecido demasiado realistas los horarios que Inés tiene en su primer año de carrera (o grado, como se llama ahora). Ni que lo pudiera compaginar tan bien con un trabajo de cuatro horas al día.

Decidí tomarme esa pequeña licencia literaria con el fin de favorecer la fluidez de la trama, para que me diera un poco más de margen de maniobra. Todo en aras de la ficción y del desarrollo de la historia.

Lo que sí quería plasmar es el esfuerzo que hacen muchas personas para perseguir sus sueños. Da igual la edad que tengas porque nunca es tarde para alcanzarlos. Como Inés, que dejó su ciudad, familia, amigos y hasta su trabajo. Se mudó, conoció a gente nueva, empezó a estudiar de nuevo, encontró otro trabajo para poder pagar el vivir en otra ciudad y la universidad.

Así que, permíteme tomarme la libertad de decirte que, si estás en ese punto de tu vida en el que te estás planteando tirar para un lado incierto, pero que hace que la tripa y el corazón te burbujeen, ve a por ello. Una de las cosas que estoy aprendiendo con el paso de los años (aunque me siga costando arrancar) es que las cosas que hago con incertidumbre y terror, son las que luego me sacan una sonrisa. Y, aunque salgan mal o regular, me hacen sentir orgullosa por vencer mis límites y haberme atrevido.

Agradecimientos

Estamos otra vez aquí. Por tercera vez. ¿Quién me lo iba a decir? Me tengo que pellizcar muy fuerte a día de hoy para darme cuenta de que es real: escribo y publico las historias que, durante mucho tiempo, me han llenado los pensamientos y el corazón.

En primer lugar, me vais a permitir darles las gracias a Inés y Ulises. Ellos eran dos personas ajenas la una a la otra, viviendo sus vidas en puntos diferentes de la geografía mundial (aunque no muy alejados) hasta que la magia surgió. Porque esto funciona así, es magia. Cuando estaba pensando en una historia para Ulises (porque *sorry*, es mi ojito derecho), Inés hizo *toc, toc*, en mi cabeza, llamando mi atención. Empecé a pensar si, que ellos se encontraran, era una locura, si era viable. Incluso si era posible que no se mataran con el carácter tan diferente que tienen. Sin embargo, pasó todo lo contrario. A los dos segundos, imágenes de ellos sucedían en mi cabeza: se picaban, se retaban, se sonreían, se sacaban de quicio… Y fue perfecto. Espero que su historia os haya divertido, entretenido y conmovido igual que a mí cuando estaba escribiendo lo que me contaban.

Para mí, ha sido una despedida a estos personajes y a estas tres primeras novelas publicadas. Con ellos he convivido durante tres maravillosos años y no puedo estarles más agradecida por todo lo que me han aportado y hecho sentir. Me cuesta dejarlos ir, pero es hora de comenzar nuevas aventuras.

Gracias a mi familia: mamá y papá, porque, aunque no lo sepan, no podría estar haciendo esto sin todas las facilidades que me dan sin saberlo. Por haber respetado las decisiones de mi vida siempre, aunque no estuvieran de acuerdo. También a mi hermana, porque, como ya dije una vez, me hace recordar cada día la belleza de lo diferente y lo importante que es soñar despierta.

A mi Herizo porque siempre me empujó a que mis historias salieran a la luz. Y porque, a pesar de que le cueste entender cómo funciona mi cerebro, siempre me mira con una sonrisa y piensa que he hecho un buen trabajo aunque no haya leído ni una palabra. Sobre todo, gracias por tus opiniones sinceras que me hacen bajar a tierra y replantearme todo de manera más coherente.

A mi Mari, la primera que, cuando leyó *La libertad contigo* me dijo: yo quiero una historia para Inés, no me puedes dejar así. Y que, cuando leyó *La banda sonora de los deseos*, me dijo: exijo la historia de Ulises. Y la que gritó cuando le conté que los había juntado. También se leyó el primer borrador, literalmente, casi en 24 horas (eres una bestia). Gracias también por tus comentarios al terminarla porque me ayudó a que quedara perfecta. ¿Qué haría yo sin ti?

A mi arcoíris, Lara (@yosoyaral) por estar siempre conmigo al pie del cañón y por esa tarde de viernes en la que nuestros dedos se dejaron llevar en un documento de Word y Marcos, Ari, Inés y Ulises compartieron mucho más que un ratito juntos. Y, tía, joder, lo clavamos, ¿no? Lo pasé tan bien aquella tarde y fluyó tanto que ¡tenemos que repetirlo! Y gracias por ayudarme siempre a que mis borradores queden puliditos con la sabiduría que, a veces, a mi me falta. Te quiero, *little rainbow*.

A Irene Mármol (@irenemarmol_) por aguantarme en la vida, por ser mi *partner in crime* para todo, porque Sorene es imparable. Por serme sincera siempre para que mis historias brillen. Porque, como siempre te digo, eres la luz que le falta a este mundo y haces que todos los que estamos a tu alrededor también brillemos. Gracias por acompañarme por todos mis caminos y los de mis personajes, por ser mi editora, por la paciencia infinita maquetando mis novelas que, todo hay que decirlo, tienen tela de la cantidad de «cositas» que les añado y que luego dan dolor de cabeza. Te love you, nena.

A todxs mis amigxs. Porque, aunque me repito mucho, sois inspiración y gracias a vosotrxs puedo ser quién me dé la gana ser. Me puedo desahogar y ser políticamente incorrecta. Gracias por apoyarme en esta locura en la que me embarqué hace ya más de tres años. Os admiro a todxs y cada unx de vosotrxs. Y os quiero. Sobre todo os quiero porque sin vosotrxs iría coja por el mundo.

A Madrid, por ser mi hogar y el principal escenario de esta novela. Porque comparto el sentimiento de Ulises de no conocer del todo tu ciudad por el simple hecho de pensar que tienes todo el tiempo del mundo para vivirla.

Y gracias a ti que, ya hayas llegado hace poquito o cuando publiqué por primera vez, has decidido dar una oportunidad a mis historias y a mí. Porque tú les das vida, los haces reales y me animas a mí a continuar, a perseguir un sueño. Espero que cada vez que veas un reloj de arena, recuerdes que el tiempo es lo más infinito y efímero que existe. Cuídalo.



La autora



Soy Soraya Sánchez Torralba o Soraya Torralba cuando vivo en el mundo literario, ya que decidí homenajear a mi abuelo usando su apellido para firmar como autora. Aunque durante toda mi vida, tanto mi familia como mis amigos, me han llamado Sory, más cortito.

Estudié Derecho y Administración y Dirección de Empresas, pero mientras decidía si ese era el camino que quería recorrer, los libros fueron un refugio que acabó convirtiéndose en una pasión, en una necesidad. Ahora, soy abogada ocho horas al día, cinco días a la semana y escritora el 100% de mi tiempo.

Nacida en el romántico mes de febrero de 1995 y piscis hasta la médula, durante toda mi infancia destaqué por vivir dentro de mi imaginación, creando mil mundos en los que perderme. Tarareo canciones a cada rato, adoro los erizos y mi corazón será *swiftie* hasta su último latido.

Me podéis encontrar en redes como:

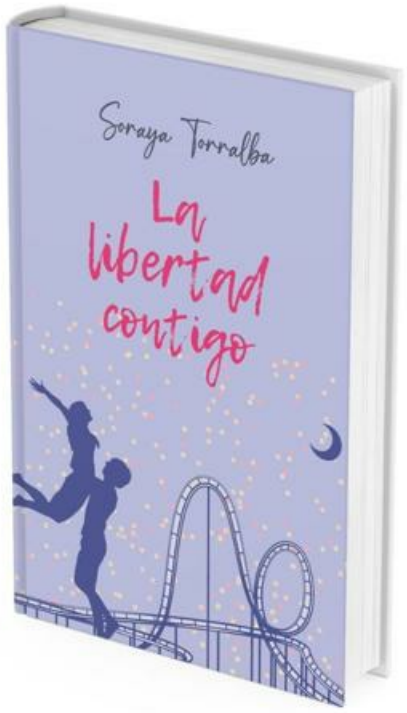
@herizonte

@herizonte_

sorayatorralba

herizonte@hotmail.com

Libros de la autora



¿Alguna vez has tenido la sensación de llegar tarde a todo?

Una chica que cree que ha perdido la libertad.
Un chico que cree en el amor con letras mayúsculas.

Un comienzo.
Una nota.
Un acto delictivo.
Reconectar...

La libertad contigo

Disponible en tapa blanda, Kindle y Kindle Unlimited.

amazon

Libros de la autora



¿Alguna vez te has sentido solo?

Una chica que es muy de construir muros.
Un chico al que la música le salvó la vida.

La nieve
La música.
Dos pasados que se unen.

La banda sonora de los deseos

Disponible en tapa blanda, Kindle

amazon